

Salambó

Gustave Flauvert

I. El festín

Sucedía en Megara, arrabal de Cartago, en los jardines de Amílcar.

Los soldados que éste había capitaneado en Sicilia celebraban con un gran festín el aniversario de la batalla de Eryx, y como el jefe se hallaba ausente y los soldados eran numerosos, comían y bebían a sus anchas.

Los capitanes, calzados con coturnos de bronce, se habían colocado en el sendero central, bajo un velo de púrpura con franjas doradas que se extendían desde la pared de las cuadras hasta la primera azotea del palacio. La soldadesca se hallaba esparcida a la sombra de los árboles, desde donde se veía una serie de edificios de techumbre plana, lagares, bodegas, almacenes, tahonas y arsenales, con un patio para los elefantes, fosos para las fieras y una cárcel para los esclavos.

En torno a las cocinas se alzaban unas higueras, y un bosquecillo de sicómoros llegaba hasta una verde espesura, donde las granadas resplandecían entre los copos blancos de los algodoueros. Parras cargadas de racimos trepaban por entre el ramaje de los pinos; un vergel de rosas florecía bajo los plátanos; de trecho en trecho, sobre el césped, se balanceaban las azucenas; cubría los senderos una arena negra, mezclada con polvo de coral, y de un extremo a otro, en medio del jardín, la avenida de los cipreses formaba como una doble columnata de obeliscos verdes.

El palacio, construido con mármol húmeda de vetas amarillas, elevaba en el fondo, sobre amplios basamentos, sus cuatro pisos y sus azoteas. Con su gran escalinata recta, de madera de ébano, que ostentaba en los ángulos de cada peldaño la proa de una galera enemiga; con sus puertas rojas cuarteladas por una gran cruz negra; sus verjas de bronce que lo protegían a ras de tierra de los escorpiones, y su enrejado de varillas doradas que cerraban las aberturas superiores, parecía a los soldados, en su severa opulencia, tan impenetrable y solemne como el rostro de Amílcar.

El consejo había elegido la casa de Amílcar para celebrar este festín. Los convalecientes que dormían en el templo de Eschmún se habían puesto en marcha al despuntar la aurora y, ayudándose de sus muletas, se arrastraban hasta el palacio. Afluían sin cesar por todos los senderos, como torrentes que se precipitaban en un lago. Se veían correr entre los árboles a los esclavos de las cocinas, despavoridos y medio desnudos; las gacelas huían gamitando por el césped; el sol declinaba, y el aroma de los limoneros hacía más penetrante aún las emanaciones de aquella multitud sudorosa.

Había allí hombres de todas las naciones: ligures, lusitanos, baleares,

negros y fugitivos de Roma. Se oían, junto al pesado dialecto dórico, las sílabas célticas que restallaban como los látigos de los carros de guerra, y las terminaciones jónicas chocaban con las consonantes del desierto, ásperas como gritos de chacal. Se reconocía a los griegos por su talle esbelto, al egipcio por sus hombros altos y al cántabro por sus gruesas pantorrillas. Los soldados caños balanceaban orgullosamente las plumas de su casco; unos arqueros de Capadocia se habían pintado con zumo de hierbas grandes flores en sus cuerpos, y algunos lidios, vestidos de mujer y con zarcillos en las orejas, comían en zapatillas. Otros, que para más gala se habían embadurnado de bermellón, parecían estatuas de coral.

Se tumbaban en los cojines y comían, unos, acurrucados en torno a grandes bandejas, y otros, tendidos de bruces, cogían las tajadas de carne y se hartaban, apoyados en los codos, en esa actitud pacífica de los leones cuando despedazan su presa. Los últimos en llegar, de pie y recostados contra los árboles, contemplaban las mesas bajas, que casi desaparecían bajo los tapices escarlata, y aguardaban su turno.

No siendo suficientes las cocinas de Amílcar, el consejo había enviado esclavos, vajilla y lechos; y en el centro del jardín ardían, como en un campo de batalla cuando se queman los muertos, grandes hogueras en las que se asaban bueyes. Los panes espolvoreados de anís alternaban allí con los enormes quesos más pesados que discos, y las cráteras llenas de vino, con las jarras llenas de agua, hallábanse colocadas junto a unas canastillas de filigranas de oro, rebosantes de flores. La alegría de poder hartarse a su gusto hacía chispear los ojos de todos, y acá y allá comenzaban a entonarse canciones.

Se les sirvió, en primer lugar, aves en salsa verde, en unos platos de arcilla roja, decorada con dibujos negros; luego, papillas de harina de trigo, de habas y de cebada, y caracoles aderezados con comino, servidos en fuentes de ámbar amarillo.

Después, las mesas se cubrieron de carnes: antílopes con sus cuernos, pavos con sus plumas, carneros enteros guisados con vino dulce, piernas de camello y de búfalo, erizos al garum, cigarras fritas y lirones confitados. En unas gamellas de madera de Tamrapanni flotaban, en medio de una espesa salsa de azafrán, grandes trozos de manteca. Todo estaba recargado de salmuera, de trufa y de asafétida. Las pirámides de frutas se desmoronaban sobre los pasteles de miel, y no se habían olvidado algunos de esos perritos panzudos y de pelaje rojizo que se cebaban con orujo de aceitunas, plato cartaginés que abominaban los demás pueblos. La novedad de los manjares excitaba la avidez de los estómagos. Los galos, con sus largos cabellos recogidos en la coronilla, se disputaban las sandías y los limones, que se comían con la corteza. Negros que nunca habían visto langostas de mar se

arañaban la cara con sus púas rojas. En cambio, los griegos, afeitados y más blancos que el mármol, tiraban detrás de sí los desperdicios de su plato, en tanto que los pastores del Brutium, vestidos con piel de lobo, devoraban silenciosamente su ración sin levantar la cabeza del plato.

Iba anocheciendo. Se retiró el velarium que cubría la avenida de los cipreses y se trajeron antorchas.

Los vacilantes resplandores del petróleo, que ardía en vasos de pórvido, asustaron a los monos consagrados a la luna que, encaramados en lo alto de los cedros, alegraban con sus gritos a los soldados.

Llamas oblongas se reflejaban temblonas en las corazas de bronce. Centelleaban en un chisporroteo multicolor los platos con incrustaciones de piedras preciosas. Las cráteras, con bordes de espejuelos convexos, multiplicaban la imagen alargada de los objetos, y los soldados, apiñándose a su alrededor, se miraban embobados en ellas, haciéndose muecas para excitar la risa. Por encima de las mesas se arrojaban los escabeles de marfil y las espátulas de oro. Bebían a grandes tragos los vinos griegos contenidos en odres, los vinos de Campania guardados en ánforas, los vinos cántabros, que se transportaban en toneles, y los vinos de azufaifo, de cinamomo y de loto. Había charcos de vino en el suelo, muy resbaladizo. El humo de las carnes subía hasta el follaje mezclado con el vaho de los alientos. Oíanse a un mismo tiempo el crujir de las mandíbulas, el ruido de las palabras, de las canciones y de las copas, el estrépito de los vasos de Campania que se estrellaban contra el suelo saltando en mil pedazos y el sonido argentino de las grandes fuentes de plata.

A medida que aumentaba su embriaguez iban recordando más vivamente la injusticia de Cartago. La república, en efecto, agotada por la guerra, había dejado que se acumularan en la ciudad todas las bandas de mercenarios que volvían de ella. Giscón, su general, había tenido, sin embargo, la prudencia de ir licenciándolos poco a poco para facilitar el pago de sus haberes, y el consejo confiaba en que acabarían por transigir con alguna rebaja; pero se veía ya en la imposibilidad de pagarles.

Para la opinión pública, esta deuda se enlazaba con los tres mil doscientos talentos euboicos exigidos por Lutatius, y, lo mismo que Roma, los mercenarios se daban cuenta de ello, y por eso su indignación estallaba en amenazas y revueltas. Por último, solicitaron reunirse para conmemorar una de sus victorias, y el partido de la paz accedió, vengándose así de Amílcar, que había sido el propulsor de la guerra. Ésta había terminado a despecho de todos los esfuerzos del general, quien, desesperando de lograr nada de Cartago, había entregado a Giscón el mando de los mercenarios. Designar su palacio para reunir a los mercenarios era atraer sobre él algo del odio con que se los

miraba. Además, los gastos serían exorbitantes y correrían casi todos a su cargo.

Orgullosos de haber doblegado a la república, los mercenarios creían que al fin iban a volver a sus hogares, con el precio de su sangre en la capucha de su manto. Pero sus penalidades, vistas ahora a través de la embriaguez, les parecían prodigiosas y hartamente mal recompensadas. Se enseñaban unos a otros sus heridas y hablaban de los combates en que habían tomado parte, de sus viajes y de las cacerías en sus países natales, imitando los gritos, y hasta los saltos, de las fieras. Recordaron después las apuestas inmundas: hundían la cabeza en las ánforas y bebían sin tregua, como dromedarios sedientos. Un lusitano de estatura gigantesca, que llevaba un hombre colgado de cada muñeca, recorría las mesas echando fuego por las narices. Algunos lacedemonios que no se habían quitado las cormas saltaban pesadamente. Unos andaban como mujeres, haciendo gestos obscenos; otros se desnudaban para combatir, en medio de las copas, a la manera de los gladiadores, y un grupo de griegos bailaba alrededor de un vaso, en el que estaban pintadas unas ninfas, al son de un escudo de bronce que golpeaba un negro con un hueso de buey.

De pronto, oyeron un canto quejumbroso, un canto viril y melódico, que ondulaba en el aire como el aleteo de un pájaro herido.

Era la voz de los esclavos en la ergástula. Varios soldados se levantaron de un brinco y corrieron a libertarlos.

Volvieron empujando, en medio de los gritos y del polvo, a unos veinte hombres que contrastaban con los demás por la palidez de sus rostros. Cubría sus cabezas rasuradas un bonete cónico, de fieltro negro; calzaban todos sandalias de madera y hacían un ruido metálico, como chirrido de carros.

Llegaron hasta la avenida de los cipreses, donde se mezclaron con el gentío, que los interrogaba. Uno de ellos se había quedado aparte y de pie. A través de los jirones de su túnica se veían sus hombros surcados por largas cicatrices. Cabizbajo, miraba en torno suyo con desconfianza y entornaba los párpados, deslumbrado por los resplandores de las antorchas. Pero cuando vio que ninguno de los soldados lo zahería, dio un profundo suspiro, balbuciendo y sonriendo burlescamente bajo las lágrimas que bañaban su rostro; luego cogió por las asas una cratera llena de vino, la levantó en el aire con sus brazos cargados de cadenas y, mirando al cielo, mientras sostenía aún la copa, exclamó:

—¡Salud a ti primero, Baal-Eschmún, libertador, a quien las gentes de mi patria llaman Esculapio! ¡Y a vosotros, genios de las fuentes, de la luz y de los bosques! ¡Y también a vosotros, dioses que vivís ocultos bajo las montañas y en las cavernas de la tierra! ¡Y a vosotros, hombres fuertes de armaduras

relucientes, que me habéis libertado!

Luego dejó caer la copa y contó su historia. Se llamaba Spendius. Los cartagineses lo habían hecho prisionero en la batalla de las Eginusas, y como hablaba griego, ligur y púnico, dio nuevamente las gracias a los mercenarios; les besaba las manos y, en fin, los felicitó por el banquete, extrañándose de no ver en las mesas las copas de la legión sagrada. Estas copas, que llevaban una vid de esmeralda en cada una de sus seis caras de oro, pertenecían a una milicia formada exclusivamente por jóvenes patricios, escogidos entre los de más estatura. Era un privilegio, casi un honor sacerdotal, y entre los tesoros de la república era el más codiciado por los mercenarios. Por eso detestaban a la legión, y había quienes arriesgaban su vida por el inconcebible placer de beber en ellas.

Mandaron, pues, que fuesen a buscar las copas. Estaban depositadas en casa de los syssitas, asociaciones de comerciantes que comían en común. Volvieron los esclavos diciendo que a aquella hora todos los syssitas dormían.

—¡Que los despierten! —gritaron los mercenarios.

Después del segundo recado se enteraron de que las copas estaban guardadas en un templo.

—¡Que lo abran! —contestaron.

Y cuando los esclavos, temblando, confesaron que estaban en poder del general Giscón, exclamaron:

—¡Que las traiga!

Giscón apareció enseguida por el fondo del jardín, con una escolta de la legión sagrada. Su amplio manto negro, sujeto a la cabeza por una mitra de oro constelada de piedras preciosas, y que colgaba cubriendo al caballo hasta los cascotes, se confundía de lejos con las sombras de la noche. Sólo se veía su barba blanca, el centelleo de su mitra y su triple collar de anchas placas azules que se balanceaban sobre su pecho.

Al verlo entrar, los soldados lo saludaron con gran entusiasmo, gritando todos:

—¡Las copas, las copas!

Giscón empezó por declarar que las merecían, atendiendo a su valor. La turba aulló de alegría y lo aplaudió.

¡Bien lo sabía él, que los había capitaneado en los campos de batalla de Sicilia, y que había vuelto con la última cohorte en la última galera!

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —decían los soldados.

Sin embargo, continuó diciendo Giscón, la república había respetado sus divisiones por pueblos, sus costumbres y sus cultos. ¡Eran libres en Cartago! En cuanto a los vasos de la legión sagrada eran de propiedad particular. De improviso, un gallo que se hallaba junto a Spendius saltó por encima de las mesas y corrió hacia Giscón, a quien amenazó esgrimiendo dos espadas.

El general, sin dejar de hablar, lo golpeó en la cabeza con su pesado bastón de marfil y el bárbaro cayó al suelo. Los galos rugieron, y su furor, que se comunicaba a los demás, parecía que iba a apoderarse de los legionarios. Giscón se encogió de hombros al ver su furia. Pensó que su valor personal sería inútil contra aquellos brutos exasperados, y que sería preferible vengarse de ellos más tarde por medio de la astucia; dio, pues, una orden a sus soldados y se alejó lentamente. Al llegar al umbral de la puerta, volviéndose hacia los mercenarios, les gritó que se arrepentirían de su acción.

Continuó el festín. Pero Giscón podía volver y, cercando el arrabal, que lindaba con las últimas murallas, aplastarlos despiadadamente. Entonces se sintieron solos, a pesar de su número, y la gran ciudad que dormía a sus pies, en la sombra, les dio miedo, de pronto, con sus amontonamientos de graderías, sus altas casas negras y sus arcanos dioses, más implacables aún que su pueblo. A lo lejos, algunos fanales brillaban en el puerto y había luces en el templo de Kamón. Se acordaron de Amílcar. ¿Dónde estaba? ¿Por qué los había abandonado al firmarse la paz? Sus disensiones con el consejo no eran sino una estratagema para perderlos. Su odio insaciable cayó sobre él; lo maldecían y se exasperaban unos contra otros enardecidos por su propia cólera. En aquel momento algunos se aglomeraron bajo los plátanos; era para ver a un negro que se retorció por el suelo preso de una convulsión, con las pupilas inmóviles, el cuello torcido y echando espuma por la boca. Alguien gritó que estaba envenenado. Todos creyeron estar envenenados a su vez. Cayeron sobre los esclavos; se elevó un clamoreo espantoso y un vértigo de destrucción se apoderó del ejército ebrio. Daban golpes al azar, a diestro y siniestro, destruían y mataban; unos lanzaron antorchas encendidas en la enramada; otros, apoyándose en la balaustrada de los leones, los mataban a flechazos, y los más atrevidos corrieron al patio de los elefantes para cortarles la trompa y comer la médula de los colmillos.

Entre tanto, los honderos baleares, que para entregarse al pillaje más tranquilamente habían dado la vuelta por la esquina del palacio, se vieron detenidos por una alta barrera de bambúes de la India. Cortaron con sus puñales las correas del cerrojo y se encontraron en la fachada que miraba a Cartago, en otro jardín lleno de plantíos artísticamente recortados. Líneas de flores blancas, una tras otra, describían en la tierra azulada largas parábolas, como regueros de estrellas. Los matorrales, envueltos en tinieblas, exhalaban olores cálidos y suaves. Había troncos de árboles embadurnados con cinabrio,

que parecían columnas sangrantes. En el centro, doce pedestales de cobre sustentaban grandes bolas de vidrio; rojizas luces fulguraban vagamente en aquellos globos huecos, como enormes pupilas palpitantes. Los soldados se alumbraban con antorchas, tropezando a cada paso en los declives del terreno, profundamente cultivado.

De pronto, divisaron un pequeño lago, dividido en varios estanques por paredes de piedras azules. El agua era tan límpida que la luz de las antorchas penetraba hasta el fondo, formado por un lecho de guijarros blancos y polvo de oro. Burbujeó el agua, se deslizaron unas lentejuelas luminosas, y grandes peces, que llevaban pedrerías en la boca, aparecieron en la superficie.

Los soldados, riendo a carcajadas, los cogieron por las agallas y se los llevaron a las mesas.

Eran los peces de la familia Barca. Todos ellos descendían de las primeras lotas que habían puesto el místico huevo en el que se ocultaba la diosa. La idea de cometer un sacrilegio excitó la glotonería de los mercenarios; pusieron inmediatamente al fuego unas vasijas de bronce y se divertieron viendo cómo los hermosos peces se retorcían en el agua hirviendo.

La marejada de la soldadesca se encrespaba. Ya habían perdido el miedo, y comenzaron a beber. Los perfumes que bañaban sus frentes les caían humedeciendo con gruesas gotas sus túnicas hechas jirones, y acodados sobre las mesas, que parecían oscilar como navíos, paseaban alrededor sus ojos de borracho para devorar con la vista lo que no estaba al alcance de su mano. Había quienes, andando entre los platos por encima de los manteles de púrpura, rompían a puntapiés los escabeles de marfil y los frascos tirios de cristal. Las canciones se mezclaban con el estertor de los esclavos agonizantes entre las copas rotas. Pedían vino, carne, oro. Querían mujeres. Deliraban en cien idiomas distintos. Algunos creían hallarse en los baños, a causa del vaho que flotaba en torno a ellos, o bien, al ver el follaje, imaginaban estar de caza y corrían detrás de sus compañeros como en pos de animales selváticos. El incendio se propagaba de un árbol a otro, y los altos macizos de verdura, de los que salían largas espirales blancas, parecían volcanes que comenzaran a humear. El clamor redoblaba; los leones heridos rugían en la oscuridad.

De repente se iluminó la terraza más alta del palacio, se abrió la puerta central, y una mujer, la misma hija de Amílcar, vestida de negro, apareció en el umbral. Bajó la primera escalera que atravesaba oblicuamente el primer piso, luego la segunda y la tercera, y se detuvo en la última terraza, en lo alto de la escalinata de las galerías. Inmóvil y con la cabeza baja, contempló a los soldados.

Detrás de ella, y a cada lado, había dos largas filas de hombres pálidos, vestidos de túnicas blancas con franjas rojas que caían rectas sobre sus pies.

No tenían barba, ni cabello, ni cejas. En sus manos, deslumbrantes de anillos, llevaban enormes liras, y todos cantaban con voz aguda un himno a la divinidad de Cartago. Eran los sacerdotes eunucos del templo de Tanit, a quienes Salambó llamaba con frecuencia a su casa.

Al fin, bajó la escalinata de las galeras. Los sacerdotes la siguieron. Avanzó por la avenida de los cipreses y anduvo lentamente por entre las mesas de los capitanes, que retrocedían un poco al verla pasar.

Su cabellera, empolvada con finísima arena de color violeta y peinada en forma de torre, a la usanza de las vírgenes cananeas, le hacía parecer más alta de lo que era. Trenzas de perlas que arrancaban de sus sienes caían hasta las comisuras de su boca, roja como una granada entreabierta. Llevaba sobre el pecho un collar de piedras luminosas, que imitaba por la variedad de sus colores las escamas de una lamprea. Sus brazos, adornados de diamantes, salían desnudos de su túnica sin mangas, constelada de flores rojas sobre fondo negro. Anudada a los tobillos llevaba una cadenilla de oro para regular su paso, y su gran manto de púrpura oscura, cortado de una tela desconocida, arrastraba colgante, pareciendo a cada paso una gran ola que la seguía.

De vez en cuando los sacerdotes pulsaban sus liras, arrancándoles acordes casi imperceptibles, y en los intervalos se oía el tintineo de la cadenita de oro con el chasquido acompasado de sus sandalias de papiro.

Nadie la conocía. Únicamente se sabía que hacía una vida retirada, entregada a prácticas piadosas. Algunos soldados la habían visto de noche, en lo alto del palacio, arrodillada ante las estrellas, entre los remolinos de los pebeteros encendidos. Era la luna la que la había vuelto tan pálida, y algo de la esencia divina la envolvía como un velo sutil. Sus pupilas parecían mirar a lo lejos, más allá de los espacios terrestres. Caminaba con la cabeza inclinada y llevaba en su mano derecha una lira de ébano.

Los soldados la oyeron murmurar:

—¡Muertos! ¡Todos muertos! ¡Ya no vendréis obedientes a mi voz cuando, sentada al borde del lago, os echaba en la boca pepitas de sandías! El misterio de Tanit alentaba en el fondo de vuestros ojos, más límpidos que la ninfa de los ríos —y llamaba a los peces por sus nombres, que eran los nombres de los meses—: ¡Siv! ¡Sivan! ¡Tammuz! ¡Elu! ¡Tischri! ¡Schebar! ¡Oh, ten piedad de mí, diosa!

Los soldados, sin comprender lo que decía, se agrupaban a su alrededor. Contemplaban embelesados sus adornos; pero ella los miró a todos con espanto, y luego, extendiendo los brazos y hundiendo la cabeza entre los hombros, repitió varias veces:

—¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho? ¡Teníais, para divertirnos, pan,

carne, aceite y todo el malobrato de los graneros! ¡Ordené que os trajeran bueyes de Hecatómpila y envié cazadores al desierto! —y su voz subía de tono, se le enrojecían las mejillas y añadió—: ¿Dónde creéis estar? ¿En una ciudad conquistada o en el palacio de un jefe? ¡Y qué jefe! ¡El sufeta Amílcar, mi padre, servidor de los Baals! Vuestras armas, rojas por la sangre de sus esclavos, son las que él ha arrebatado a Lutacio. ¿Conocéis a alguien en vuestros países que sepa dirigir mejor las batallas? ¡Ved en los peldaños de nuestro palacio los trofeos de las victorias! ¡Seguid incendiándolo todo! ¡Quemadlo! Me llevaré conmigo el genio de mi casa, mi serpiente negra, que duerme allá arriba, sobre las hojas de loto. Silbaré y me seguirá; y, si me embarco en mi galera, correrá sobre la estela de mi navío, entre la espuma de las olas.

Palpitaban las delicadas aletas de su fina nariz. Aplastaba sus uñas contra la pedrería que le adornaba el pecho. Al languidecer sus ojos, añadió:

—¡Ah, infeliz Cartago! ¡Desdichada ciudad! Ya no tienes para defenderte aquellos hombres fuertes de antaño que iban más allá de los océanos para edificar templos en sus costas. Todos los países trabajaban para ti, y las llanuras del mar, aradas por tus remos, balanceaban tus cosechas.

La joven comenzó a cantar las aventuras de Melkart, dios de los sidonios y padre de su familia.

Narraba la ascensión a las montañas de Ersifonia, el viaje a Tartessos y la lucha con Masisabal para vengar a la reina de las serpientes, y dijo:

—Perseguía en el bosque al monstruo hembra, cuya cola ondulaba sobre las hojas secas como un arroyo de plata, y llegó a una pradera donde unas mujeres, de grupa de dragón, estaban reunidas en torno a una gran hoguera, erguidas sobre sus colas. La luna, de color de sangre, resplandecía en un círculo lívido, y sus lenguas de color escarlata, hendidas como arpones de pescadores, se alargaban encorvándose hasta el borde mismo de la llama.

Después, Salambó, sin detenerse, relató cómo Melkart, luego de haber vencido a Masisabal, puso en la proa de la nave su cabeza cortada.

—A cada oleada la cabeza se sumergía bajo la espuma. Pero el sol la embalsamaba, haciéndola más dura que el oro; sin embargo, los ojos no cesaban de llorar y las lágrimas caían continuamente en el agua.

Cantaba todo esto en un antiguo idioma cananeo, que no entendían los bárbaros. Se preguntaban qué podía decirles con aquellos ademanes espantosos con que subrayaba sus palabras; y subidos, en torno a ella, sobre las mesas, en los lechos y en las ramas de los sicómoros, con la boca abierta y alargando el cuello, trataban de comprender aquellas vagas historias que surgían ante su imaginación, a través de la oscuridad de las teogonías, como

fantasmas en las nubes.

Sólo los sacerdotes lampiños comprendían a Salambó. Temblaban sus manos rugosas, que pendían sobre las cuerdas de las liras, y a las que de cuando en cuando arrancaban un lúgubre acorde; pues, débiles como mujeres, temblaban a la vez de emoción mística y del miedo que le inspiraban los hombres. Los bárbaros ni se preocupaban de ellos; sólo atendían a la virgen que cantaba.

Nadie la contemplaba con tanta avidez como un joven jefe nómada, que estaba en la mesa de los capitanes, entre los soldados de su país. Su cinturón estaba tan erizado de dardos que ahuecaban su holgado manto, anudado en las sienes por un lazo de cuero. La tela flotaba sobre sus hombros, ensombrecía su rostro, del que sólo se percibían las llamas de sus dos ojos fijos.

Se encontraba en el festín por casualidad. Por orden de su padre vivía con los Barcas, según la costumbre de los reyes que enviaban a sus hijos a las casas de las familias importantes para preparar alianzas; pero hacía seis meses que Narr-Havas se alojaba allí y aún no había visto a Salambó. Sentado en cuclillas y con la barba tocando las astas de sus jabalinas, la contemplaba dilatando las ventanas de la nariz como un leopardo agazapado entre los bambúes.

Al otro lado de las mesas se hallaba un libio de estatura colosal y de cabellos negros, cortos y rizados. Vestía únicamente un sayo militar, cuyas láminas de bronce desgarraban la púrpura del lecho. Un collar con una luna de plata se enredaba entre el vello de su pecho. Salpicaduras de sangre manchaban su rostro y, apoyado en el codo izquierdo, con la boca muy abierta, sonreía.

Salambó no cantaba ya conforme al ritmo sagrado. Empleaba simultáneamente todos los idiomas de los bárbaros, ardid femenino con el que esperaba calmar su cólera. A los griegos les hablaba en griego; luego se dirigía a los ligures, a los campanios, a los negros, y todos, al escucharla, hallaban en su voz la dulce remembranza de su patria. Embargada por los recuerdos de Cartago, cantaba ahora las antiguas batallas contra Roma, y ellos aplaudían. Se enardecía al brillo de las espadas desnudas y gritaba con los brazos abiertos. Cayó su lira al suelo y enmudeció; y, oprimiendo su corazón con ambas manos, permaneció unos momentos con los párpados cerrados, saboreando el entusiasmo de aquellos hombres.

El libio Matho se inclinaba hacia ella. Involuntariamente, la joven se acercó a él, e impulsada por el reconocimiento de su orgullo, escanció en una copa de oro un buen chorro de vino para reconciliarse con el ejército.

—¡Bebe! —le dijo Salambó.

Cogió Matho la copa, y ya se disponía a llevársela a los labios, cuando un galo, el mismo a quien Giscón había herido, le dio una palmada en el hombro, bromeando con aire jovial en la lengua de su país. Spendius, que estaba cerca, se ofreció a traducir sus palabras.

—¡Habla! —le dijo Matho.

—Los dioses te protegen. Vas a ser rico. ¿Cuándo son las bodas?

—¿Qué bodas?

—¡Las tuyas! —replicó el galo—. Entre nosotros, cuando una mujer da de beber a un soldado, es que le ofrece su lecho.

No había acabado de decir esto cuando Narr-Havas, levantándose de un salto, sacó un dardo de su cintura y, apoyándose con el pie derecho en el borde de la mesa, lo lanzó contra Matho.

El dardo silbó entre las copas y, atravesando el brazo del libio, lo clavó en el mantel de la mesa con tal fuerza, que la empuñadura temblaba en el aire.

Matho se lo arrancó rápidamente; pero no tenía armas, estaba desnudo; al fin, levantando con ambos brazos la mesa cargada, la arrojó contra Narr-Havas en medio de la turba que se apresuraba a separarlos. Los soldados y los nómadas se apiñaban de tal modo, que no podían sacar sus machetes. Matho se abrió paso embistiendo a topetazos con la cabeza. Cuando la levantó, Narr-Havas había desaparecido. Lo buscó con la mirada. Salambó también había desaparecido.

Volviendo entonces la vista hacia el palacio, advirtió que en lo alto se cerraba la puerta roja de la cruz negra. Y se abalanzó hacia ella.

Se le vio correr entre las proas de las galeras, reaparecer luego a lo largo de las tres escaleras hasta llegar a la puerta roja, contra la que se abalanzó. Jadeante, se apoyó en la pared para no caer.

Un hombre lo había seguido y, a través de las tinieblas, pues los resplandores quedaban ocultos por el ángulo del palacio, reconoció a Spendius.

—¡Vete! —le dijo.

El esclavo, sin responder, desgarró con los dientes su túnica; luego, arrodillándose junto a Matho, le cogió delicadamente el brazo, palpándolo en la oscuridad para dar con la herida.

A la luz de un rayo de luna que rompió entre las nubes, Spendius vio en medio del brazo una llaga profunda. Lo vendó con el trozo de tela; pero el otro, irritado, decía:

—¡Déjame! ¡Déjame!

—¡Oh, no! —respondió el esclavo—. Tú me has librado de la ergástula. ¡Te pertenezco! ¡Eres mi amo! ¡Mándame!

Matho, arrimado a las paredes, dio la vuelta a la terraza. Aguzaba el oído a cada paso y, por entre los intersticios de las cañas doradas, hundía sus miradas en los aposentos silenciosos. Por fin, se detuvo con aire desesperado.

—¡Escúchame! —le dijo el esclavo—. No me desprecies por mi debilidad. He vivido en el palacio y puedo deslizarme por las paredes como una víbora. ¡Ven! En la cámara de los antepasados hay un lingote de oro debajo de cada losa; un camino subterráneo conduce a sus tumbas.

Spendius se calló.

Estaba en la terraza. Una enorme masa oscura se extendía ante ellos; los manchones de la sombra parecían olas gigantescas de un océano negro petrificado.

Pero una franja luminosa se elevó por el lado de oriente. A la izquierda, en lo más profundo, los canales de Megara recortaban con sus blancas sinuosidades el verdor de los jardines. Los techos cónicos de los templos heptágonos, las escaleras, las terrazas y las murallas iban perfilándose poco a poco en la claridad del alba; y en torno a la península cartaginesa se agitaba un cinturón de blanca espuma, en tanto que el mar verde esmeralda parecía coagulado por el frescor de la mañana. A medida que el cielo sonrosado iba ensanchándose, las altas casas inclinadas en las vertientes del terreno se alzaban y se amontonaban como un rebaño de cabras negras que bajaran de las montañas. Las calles desiertas se alargaban; las palmeras, que sobresalían acá y allá sobre las paredes, no se balanceaban; las cisternas, rebosantes de agua, semejabán escudos de plata abandonados en los patios, y el faro del promontorio Hermaeum comenzaba a palidecer. En lo alto de la acrópolis, en el bosque de cipreses, los caballos de Eschmún, al llegar el día, ponían sus cascos sobre el parapeto de mármol y relinchaban cara al sol.

Surgió el sol; Spendius, levantando los brazos, dio un grito.

Todo se agitaba en un desbordamiento rojizo, pues el dios, como desangrándose, derramaba profusamente sobre Cartago la lluvia de oro de sus venas. Los espolones de las galeras resplandecían, el techo de Kamón parecía envuelto en llamas, y en el fondo de los templos, cuyas puertas empezaban a abrirse, brillaban vivos resplandores. Los pesados carros que llegaban de la campiña rechinaban sus ruedas en las losas de las calles. Dromedarios cargados de bagajes descendían por las rampas. Los mercaderes instalaban en las encrucijadas sus tenderetes. Alzaron el vuelo unas cigüeñas; palpitaban las velas blancas de las naves. Resonaba en el bosque de Tanit el tamboril de las

cortesanas sagradas, y en la punta de Mappales empezaban a humear los hornos donde se cocían los ataúdes de arcilla.

Spendius se asomó a la terraza, le castañeteaban los dientes, y repetía:

—¡Ah, sí..., sí..., mi amo! Ahora comprendo por qué desdeñabas hace un instante el saqueo de la casa.

Matho pareció despertar al oír el silbido de su voz, sin comprender el sentido de sus palabras. Spendius continuó:

—¡Ah, cuántas riquezas! ¡Los hombres que las poseen no tienen ni siquiera hierro para defenderlas!

Y señalándole con su mano derecha algunos plebeyos que se arrastraban sobre la arena al otro lado del embarcadero, para buscar pepitas de oro, le dijo:

—Mira, la república es como esos miserables: se inclina sobre la orilla de los océanos, hunde en todas las riberas sus brazos ávidos y el rumor del oleaje ensordece de tal manera sus oídos, que no oye tras ella la pisada de un jefe.

Llevó a Matho al otro extremo de la terraza, y mostrándole el jardín donde resplandecían las espadas de los soldados, colgadas de los árboles, le dijo:

—¡Pero aquí hay hombre fuertes, exasperados por el odio! ¡Nada los liga a Cartago: ni sus familias, ni sus juramentos, ni sus dioses!

Matho seguía apoyado contra la pared; Spendius, acercándose, prosiguió en voz baja:

—¿Me comprendes, soldado? Nos paseamos vestidos de púrpura, como unos sátrapas. Nos lavarán con agua perfumada, ¡y yo tendré esclavos! ¿No estás cansado de dormir en el duro suelo, de beber el vinagre de los campamentos y de oír siempre la trompeta? Que ya descansarás más adelante, ¿no es eso? ¡Sí, cuando te quiten la coraza para arrojar tu cadáver a los buitres! O acaso cuando, apoyado en un báculo, ciego, cojo y viejo, vayas de puerta en puerta contando las hazañas de tu juventud a los niños y a los vendedores de salmuera. ¡Recuerda todas las injusticias de tus jefes, los campamentos en las nieves, las marchas bajo el sol, la tiranía de la disciplina y la eterna amenaza de la cruz! Después de tantas miserias te han dado un collar de honor, como se cuelga del pecho de los asnos una collera de cascabeles para aturdirlos en su marcha y que no sientan la fatiga. ¡Un hombre como tú, más valiente que Pirro! ¡Si tú quisieras! ¡Cuán feliz serías en las grandes y frescas salas, al son de las liras, acostado en un lecho de flores, acompañado de bufones y de mujeres! ¡No me digas que la empresa es irrealizable! ¿Acaso los mercenarios no se apoderaron ya de Regio y de otras plazas fuertes de Italia? ¿Quién te lo impide? Amílcar está ausente; el pueblo odia a los ricos, y Giscón no puede hacer nada con los cobardes que lo rodean. ¡Pero tú eres valiente y te

obedecerán! ¡Ponte al frente de tus soldados! ¡Cartago es nuestra! ¡Apoderémonos de ella!

—¡No! —dijo Matho—. La maldición de Moloch pesa sobre mí. La he sentido en sus ojos, y hace poco acabo de ver en un templo un carnero negro que reculaba —y mirando en torno suyo añadió—: ¿Dónde está ella?

Spendius se dio cuenta de la vivísima inquietud que lo dominaba y no se atrevió a seguir hablándole.

Detrás de ellos, los árboles seguían humeando; de sus ramas ennegrecidas caían de cuando en cuando esqueletos de monos medio quemados en medio de los platos. Los soldados, ebrios, roncaban con la boca abierta al lado de los cadáveres, y los que no dormían inclinaban la cabeza, deslumbrados por el día. El suelo desaparecía bajo charcos rojos. Los elefantes balanceaban, entre las estacas de su encierro, sus trompas ensangrentadas. Se veían en los graneros abiertos sacos de trigo esparcidos por el suelo, y frente a la puerta se amontonaban los carros destruidos por bárbaros. Los pavos reales, encaramados en los cedros, hacían la rueda y empezaban a chillar.

Sin embargo, la inmovilidad de Matho asombraba a Spendius. Estaba más pálido que antes y, acodado sobre el pretil de la azotea, sus pupilas fijas parecían seguir algo en el horizonte. Spendius se asomó y acabó por descubrir lo que contemplaba. Un punto dorado brillaba a lo lejos, entre el polvo, en el camino de Útica; era el cubo de la rueda de un carro tirado por dos mulos. Un esclavo corría por delante de la lanza, sujetándolos por las riendas. En el carro iban dos mujeres sentadas. Las crines de los animales formaban bucles entre las orejas, a la usanza persa, bajo una red de perlas azules. Spendius las reconoció y contuvo un grito.

Por detrás del carro, un gran velo flotaba al viento.

II. En Sicca

Dos días después, los mercenarios salieron de Cartago.

Se le dio a cada uno de ellos una moneda de oro, a condición de que fueran a acampar en Sicca, y se les había halagado con toda clase de lisonjas.

—¡Sois los salvadores de Cartago! Pero la reduciríais al hambre si permanecierais; la arruinaríais y no podría pagaros. ¡Alejaos! La república premiará más tarde vuestra condescendencia. Inmediatamente vamos a imponer nuevos impuestos; os pagaremos íntegramente y se equiparán galeras para llevaros a vuestros países.

No sabían qué contestar a tales promesas. Aquellos hombres, acostumbrados a la guerra, se aburrían en el recinto de una ciudad; costó poco trabajo convencerlos y el pueblo subió a las murallas para verlos partir.

Desfilaron por la calle de Kamón y la puerta de Cirta, mezclados arqueros con hoplitas, capitanes con soldados, lusitanos con griegos. Marchaban con paso firme, haciendo resonar en las losas sus pesados coturnos. Sus armaduras estaban abolladas por las catapultas, y sus rostros curtidos por la intemperie y el polvo de las batallas. Broncos gritos salían de entre las espesas barbas; sus cotas de malla, desgarradas, entrechocaban con los pomos de las espadas, y a través de los agujeros del bronce se veían sus miembros desnudos, espantosos como máquinas de guerra. Las sarissas, las hachas, los venablos, los gorros de fieltro y los cascos de bronce oscilaban al unísono, en un solo movimiento. Llenaban la calle, rebosante hasta estallar sus paredes, y aquella interminable masa de soldados armados fluía entre las altas casas de seis pisos, embadurnadas de betún. Detrás de sus rejas de hierro o de cañas, las mujeres, con la cabeza cubierta con un velo, contemplaban en silencio el desfile de los bárbaros.

Las azoteas, las fortificaciones y las murallas desaparecían bajo la muchedumbre cartaginesa, vestida de negro. Las túnicas de los marineros resaltaban como manchas de sangre entre aquella sombría multitud, y niños casi desnudos, cuya piel brillaba bajo sus brazaletes de cobre, gesticulaban entre el follaje de las columnas o en las ramas de las palmeras. Integrantes del consejo de los ancianos ocupaban las plataformas de las torres, y admiraba ver, de trecho en trecho, un personaje de luenga barba y actitud meditabunda. Parecía de lejos, sobre el fondo del cielo, tan vago como un fantasma y tan inmóvil como las piedras.

Todos, sin embargo, se sentían agobiados por la misma inquietud: temían que los bárbaros, conscientes de su fuerza, tuvieran el capricho de continuar en la ciudad. Pero se iban con tanta confianza, que los cartagineses se animaron y se mezclaron con los soldados. Se los abrumaba con promesas, juramentos y abrazos. Algunos los incitaban a que no abandonaran la ciudad, por ardid de política y audaz hipocresía. Arrojaban a su paso perfumes, flores y monedas de plata. Les daban amuletos contra las enfermedades, pero no sin haber escupido antes tres veces encima de ellos para atraer la muerte o encerrado tres pelos de chacal, que vuelven al corazón cobarde. Se invocaba a grito herido el favor de Melkart y, por lo bajo, su maldición.

Vino luego la barahúnda de los bagajes, de las acémilas y de los rezagados. Los enfermos gemían sobre los dromedarios; otros se apoyaban, renqueando, en el asta de una pica. Los borrachos cargaban con odres de vino; los glotones con cuartos de carne, dulces, frutas, manteca envuelta en hojas de higuera y nieve en sacos de tela. Había algunos que llevaban quitasoles en la mano y

papagayos en el hombro. Seguían a otros perros, gacelas o panteras. Mujeres de raza líbica montadas en asnos increpaban a las negras que por seguir a los soldados habían abandonado los lupanares de Malqua; algunas amamantaban a sus críos, sujetos al pecho con una correhuela de cuero. Los mulos, aguijoneados con la punta de las espadas, hundían el lomo bajo el peso de los fardos de las tiendas de campaña; pululaban innumerables criados y aguadores, pálidos, consumidos por la fiebre y llenos de parásitos, hez de la plebe cartaginesa que seguía a los bárbaros.

Una vez que salieron se cerraron las puertas, sin que el pueblo bajara de las murallas; el ejército se esparció enseguida por la anchura del istmo.

La soldadesca se dividía en masas desiguales. Luego las lanzas aparecieron como altas briznas de hierbas, desvaneciéndose al fin todo en una densa polvareda. Los soldados que se volvían para mirar a Cartago no distinguían más que sus largas murallas, cuyas almenas desiertas se recortaban en el horizonte.

Entonces los bárbaros oyeron un recio clamor. Creyeron que algunos de los suyos se habían quedado en la ciudad, pues ignoraban cuántos eran, y se entretenían en saquear algún templo. Se rieron con todas sus ganas ante semejante idea; luego continuaron su camino.

Se sentían alegres de encontrarse, como en otros tiempos, marchando juntos al aire libre, en pleno campo. Los griegos cantaban la antigua canción de los mamertinos:

Con mi lanza y mi espada, aro y cosecho.

¡Yo soy el amo de la casa!

El hombre desarmado cae a mis pies

y me llama señor y gran rey.

Gritaban, saltaban; los más festivos comenzaban a relatar cuentos; la época de las calamidades había terminado. Al llegar a Túnez, algunos advirtieron que faltaba una tropa de honderos baleares. No estarían lejos, sin duda; nadie volvió a preocuparse más de ellos.

Unos se alojaron en las casas, otros acamparon al pie de las murallas; la gente de la ciudad fue a charlar con los soldados.

Durante toda la noche se vieron brillar unas fogatas que iluminaban el horizonte, hacia el lado de Cartago; sus resplandores, como antorchas gigantescas, se reflejaban en la inmóvil superficie del lago. Nadie, en el ejército, sabía decir qué fiesta se celebraba.

Al día siguiente, los bárbaros atravesaron una campiña muy bien cultivada.

Las quintas de los patricios se alineaban unas tras otras a lo largo del camino; las acequias corrían entre palmerales; los olivos trazaban largas líneas de color verde grisáceo; vapores sonrosados flotaban en las gargantas de las colinas, y por detrás, cerrando el horizonte, se elevaban varias montañas azules. Soplaban un viento cálido. Por las hojas anchas de los cactus se arrastraban los camaleones.

Los bárbaros aminoraron la marcha.

Se disgregaban en destacamentos aislados, o se arrastraban unos detrás de otros, con grandes intervalos. Comían uvas en las lindes de las viñas. Se tendían en la hierba y miraban asombrados los grandes cuernos de los bueyes, retorcidos artificialmente; las ovejas cubiertas de pieles para proteger su lana, los surcos que se entrecruzaban formando rombos y las rejas de los arados, como anclas de navíos, junto a los granados que rociaban con silfo. La opulencia de la tierra y aquellos inventos del saber los deslumbraban.

Por la noche se echaron sobre las tiendas sin desplegarlas, y al dormirse de cara a las estrellas pensaban en el festín de Amílcar.

Al mediodía siguiente hicieron un alto a orillas de un río, entre matas de adelfas. Tiraron rápidamente sus lanzas, sus escudos, sus cinturones. Se lavaban dando gritos, cogían agua en sus cascos, en tanto que otros bebían de bruces, entremezclados con las acémilas, a las que se les caía la carga.

Spendius, sentado sobre un dromedario que había robado en los parques de Amílcar, vio a lo lejos a Matho, quien, con el brazo en cabestrillo, sin nada a la cabeza y la mirada baja, dejaba beber a su mulo, viendo correr el agua. Enseguida se abrió paso a través de la turba, llamándolo:

—¡Amo! ¡Amo!

Apenas si Matho le dio las gracias. Sin preocuparse por ello, Spendius echo a andar detrás de él, y de cuando en cuando volvía sus ojos inquietos hacia Cartago.

Era hijo de un retórico griego y de una prostituta de Campania. Al principio se había enriquecido en el comercio de mujeres; luego, arruinado por un naufragio, había hecho la guerra a los romanos con los pastores samnitas. Lo cogieron prisionero, pero logró escapar; lo volvieron a apresar y entonces trabajó en las canteras, se quemó en las estufas, gritó en los suplicios, fue esclavo de muchos amos y conoció toda clase de calamidades. Al fin, un día, desesperado, se arrojó al mar desde lo alto del trirreme en que navegaba. Marineros de Amílcar lo recogieron moribundo y lo llevaron a Cartago, donde lo encerraron en la ergástula de Megara. Pero como los tráfugas debían ser devueltos a los romanos, se aprovechó del desorden para huir con los soldados.

Durante todo el camino permaneció cerca de Matho; le llevaba comida, le ayudaba a apearse del mulo y por la noche le extendía un tapiz bajo su cabeza. Matho acabó por conmoverse ante estas atenciones y, poco a poco, contó al esclavo su historia.

Había nacido en el golfo de las Sirtes. Su padre lo llevó en peregrinación al templo de Ammón. Después cazó elefantes en las selvas de los Garamantes. En seguida se alistó al servicio de Cartago. Lo nombraron tetrarca en la conquista de Drepanum. La república le debía cuatro caballos, veintitrés medimnas de trigo y la soldada de un invierno. Temía a los dioses y deseaba morir en su patria.

Spendius le habló de sus viajes, de los pueblos y templos que había visitado, así como de las muchas cosas que sabía: tejer redes, hacer sandalias, forjar venablos, domesticar fieras y cocer pescados.

A veces se interrumpía, lanzando desde el fondo de su garganta un grito ronco; el mulo de Matho apretaba el paso; los demás se apresuraban a seguirlos; luego Spendius volvía a empezar, agitado siempre por su angustia, hasta que se calmó en la noche del cuarto día.

Caminaban juntos, a la derecha del ejército, por la ladera de una colina. Abajo se prolongaba la llanura, perdida entre los vapores de la noche. Las columnas de soldados que desfilaban a sus pies serpenteaban en la sombra. De vez en cuando remontaban eminencias iluminadas por la luna; entonces las puntas de las picas brillaban como el temblor de una estrella, los cascos espejeaban un instante, desaparecía todo y volvía a centellear continuamente al pasar los demás. A lo lejos balaban los rebaños y una infinita dulcedumbre parecía cernerse sobre la tierra.

Spendius, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entornados, aspiraba a bocanadas el aire fresco; extendía los brazos y movía los dedos para sentir mejor la caricia que envolvía su cuerpo. De nuevo, se sentía arrebatado por el deseo de venganza. Se tapó la boca con la mano para contener sus sollozos y, embriagado de placer, soltaba el cabestro de su dromedario que avanzaba a pasos largos y acompasados. Matho había vuelto a su tristeza; sus piernas colgaban hasta el suelo, y las hierbas, al rozar con sus coturnos, producían un chasquido agudo y continuado.

Sin embargo, el camino se alargaba interminablemente. Al término de una llanura, se llegaba siempre a una altiplanicie circular, luego se descendía de nuevo a un valle, y las montañas que parecían cerrar el horizonte, retrocedían lentamente a medida que se acercaban a ellas. De trecho en trecho surgía un riachuelo entre el verdor de los tamariscos, para ir a perderse detrás de las colinas. A veces, se erguía una roca enorme, parecida a la proa de una nave o al pedestal de algún coloso desaparecido.

A intervalos regulares encontraban templetes de forma cuadrangular, que servían de estaciones a los peregrinos que se dirigían a Sicca. Estaban cerrados como tumbas. Para que los abrieran, los libios daban recios golpes en la puerta. Nadie respondía desde el interior.

Después los labrantíos fueron escaseando. Entraban de pronto en terrenos arenosos, erizados de matas espinosas. Rebaños de carneros pacían entre las piedras; una mujer, con una faja azul ceñida a la cintura, cuidaba de ellos. Echó a correr dando gritos tan pronto como vio entre las rocas las picas de los soldados.

Marchaban por una especie de gran corredor, bordeando por dos cadenas de montículos rojizos, cuando un olor nauseabundo hirió el olfato de los mercenarios, que creyeron ver en la copa de un algarrobo algo extraordinario: la cabeza de un león se erguía por encima de las hojas.

Corrieron a verlo. Era un león atado a una cruz por los cuatro miembros, como un criminal. Su enorme hocico le caía sobre el pecho; sus dos patas delanteras casi desaparecían bajo la abundante melena y estaban tan separadas como las alas abiertas de un pájaro. Sus costillas se marcaban una a una por debajo de la piel distendida; sus patas traseras, clavadas una sobre otra, estaban un poco encogidas, y la sangre negra, al manar entre su pelaje, formaba estalactitas en la punta de su cola, que colgaba recta a lo largo de la cruz. Los soldados se divirtieron a su costa; lo llamaron cónsul y ciudadano de Roma, y le arrojaron piedras a los ojos para espantar a los moscardones.

Cien pasos más adelante vieron a otros dos; luego apareció, de improviso, una larga fila de cruces con leones clavados. Algunos llevaban tanto tiempo muertos, que sólo quedaban en los maderos los restos de sus esqueletos; otros, medio roídos, contraían las fauces en una mueca espantosa; los había de gran corpulencia, el árbol de la cruz se doblegaba bajo ellos y se balanceaban al viento, en tanto que sobre sus cabezas revoloteaban unas bandadas de cuervos, sin detenerse nunca. Así procedían los campesinos cartagineses cuando cazaban alguna fiera; mediante este ejemplo esperaban atemorizar a las demás. Los bárbaros, al dejar de reír, quedaron asombrados. «¿Qué pueblo es éste — se decían— que se entretiene en crucificar leones?».

Por otra parte, sobre todo los hombres del norte, estaban algo inquietos, turbados, enfermos ya; se desgarraban las manos con las espinas de los áloes, nubes de mosquitos zumbaban en sus oídos y la disentería comenzaba a diezmar al ejército. Les preocupaba no llegar pronto a Sicca. Tenían miedo de extraviarse y de ir a parar al desierto, la región de las espantosas tempestades de arena. Muchos se negaban a continuar y otros emprendieron el camino de regreso a Cartago.

Por fin, el séptimo día, después de haber seguido durante largo rato la base

de una montaña, el camino torció bruscamente hacia la derecha; apareció entonces una línea de murallas asentadas sobre rocas blancas, confundándose con ellas. De pronto surgió la ciudad entera; velos azules, amarillos y blancos se agitaban sobre las murallas, a la luz rojiza del atardecer. Eran las sacerdotisas de Tanit, que acudían a recibir a los bárbaros. Estaban alineadas a lo largo del baluarte, batiendo sus tamboriles, pulsando las liras, castañeteando sus crótalos, y los rayos del sol poniente, por las montañas de Numidia, pasaban por entre las cuerdas de las arpas, acariciadas por los brazos desnudos de las vírgenes. A intervalos, cesaba la música, bruscamente, y estallaba un grito estridente, vivo, furioso y continuado, especie de ladrido que lanzaban las jóvenes azotando con la lengua los dos ángulos de la boca. Otras permanecían acodadas, con la barbilla apoyada en las palmas de las manos, y más inmóviles que esfinges, asaetaban con sus grandes ojos negros al ejército que se iba acercando.

Aunque Sicca era una ciudad sagrada, no podía contener a toda aquella multitud; sólo el templo con sus dependencias ocupaba la mitad del recinto urbano. Los bárbaros acamparon en la llanura para más comodidad; unos disciplinados como tropas regulares, otros por naciones o según su capricho.

Los griegos plantaron en filas paralelas sus tiendas de pieles; los iberos dispusieron en círculo sus pabellones de tela; los galos construyeron barracones de madera; los libios, cabañas de piedra sin argamasa, y los negros cavaron con sus uñas fosos en la arena para dormir. Muchos, no sabiendo dónde meterse, erraban por entre los bagajes y llegada la noche se acostaban en el suelo envueltos en sus mantos agujereados.

**

La llanura se extendía a su alrededor, bordeada de montañas. Aquí y allá se cimbreaba una palmera sobre una colina de arena; abetos y encinas sombreaban los flancos de los precipicios. A veces, la lluvia de una tormenta, como un largo chal, pendía del cielo, en tanto que en el resto de la campiña el firmamento seguía azul y sereno; después, un viento tibio levantaba torbellinos de polvo... y un arroyuelo bajaba en cascadas desde las alturas de Sicca, donde se alzaba, con su techumbre de oro sobre columnas de cobre, el templo de la Venus cartaginesa, dominadora de la comarca. El espíritu de la diosa parecía infundir su alma a aquel paisaje. Por los contrastes del terreno, los cambios de temperatura y los juegos de luz, la diosa manifestaba la extravagancia de su fuerza junto con la belleza de su eterna sonrisa. Las cimas de las montañas tenían la forma de una media luna; otras parecían turgentes senos de mujer, y los bárbaros sentían pesar sobre sus fatigas una postración llena de delicias.

Spendius, con el dinero de su dromedario, se había comprado un esclavo.

Durante todo el día dormía tumbado delante de la tienda de Matho. A menudo se despertaba sobresaltado, creyendo, en su sueño, oír silbar las correas; entonces, sonriéndose, se pasaba las manos por las cicatrices de sus piernas en el sitio donde había llevado tanto tiempo los grilletes, y luego volvía a dormirse.

Matho aceptaba su compañía. Cuando salía, Spendius, con una larga espada a la cintura, lo escoltaba como un lictor, o bien, Matho apoyaba negligentemente el brazo sobre su espalda, pues Spendius era de baja estatura.

Una noche que atravesaban juntos las calles del campamento vieron a unos hombres cubiertos con mantos blancos; entre ellos se encontraba Narr-Havas, el príncipe de los nómadas. Matho se estremeció.

—¡Dame tu espada! —exclamó—. ¡Quiero matarlo!

—Aún no —respondió Spendius, deteniéndolo, pues ya Narr-Havas venía a su encuentro.

Le besó el nómada sus dos pulgares en señal de alianza, achacando a la embriaguez el acto de cólera que había tenido en el festín; luego habló extensamente contra Cartago, pero no dijo lo que le había traído entre los bárbaros.

«¿Era para traicionarlo o para servir a la república?», se preguntaba Spendius; mas como su intención era aprovecharse de todos los desórdenes, agradecía por anticipado a Narr-Havas todas las perfidias de que lo creía capaz.

El jefe de los nómadas se quedó con los mercenarios. Parecía querer intimar con Matho. Le enviaba cabras cebadas, polvo de oro y plumas de avestruz. El libio, conmovido con tantos halagos, no sabía si corresponder a ellos o exasperarse. Pero Spendius lo apaciguaba y Matho se dejaba llevar por el esclavo, pues era irresoluto y lo dominaba siempre una invencible pereza, como quien ha bebido un brebaje del que ha de morir.

Una mañana que salieron los tres a cazar un león, Narr-Havas ocultó un puñal en su manto. Spendius caminó constantemente detrás de él, pero volvieron sin que el nómada hubiera sacado el arma.

En otra ocasión, Narr-Havas los llevó muy lejos, hasta las fronteras de su reino. Llegaron a un desfiladero; Narr-Havas sonrió al decirles que había perdido la ruta; Spendius la volvió a encontrar.

Pero lo más frecuente era que Matho, melancólico como un augur, saliera, en cuanto despuntaba el sol, a vagabundear por la campiña. Se echaba en la arena y permanecía allí inmóvil hasta que llegaba la noche.

Consultó, uno tras otro, a todos los adivinos del ejército, a los que

observaban el rastrear de las serpientes, a los que leen en las estrellas, a los que soplan en las cenizas de los muertos. Ingirió galbanum, seseli y veneno de víbora, que hiela el corazón; unas mujeres negras, cantando al claro de luna canciones bárbaras, le pincharon en la frente con estiletos de oro; se cargaba de collares y amuletos, y por turno fue invocando a Baal-Kamón, a Moloch, a los siete cabiros, a Tanit y a la Venus de los griegos. Grabó su nombre en una placa de cobre y la enterró en la arena, en el umbral de su tienda. Spendius lo oía gemir y hablar a solas.

Una noche entró.

Matho, desnudo como un cadáver, estaba acostado boca abajo sobre una piel de león, con la cara entre las manos. Una lámpara suspendida del techo alumbraba sus armas, colgadas sobre su cabeza en el mástil de la tienda.

—¿Sufres? —le preguntó el esclavo—. ¿Qué necesitas? Dímelo —y le sacudió por el hombro, llamándolo repetidas veces—: ¡Amo! ¡Amo! Al fin, Matho lo miró con sus grandes ojos velados.

—¡Escucha! —le dijo en voz baja, llevándose un dedo a los labios—. ¡Es la ira de los dioses! ¡Me persigue la hija de Amílcar! ¡Tengo miedo, Spendius! —y se apretaba contra su pecho como un niño asustado por un fantasma—. ¡Háblame, estoy enfermo! ¡Quiero curarme! Lo he intentado todo. Dime: ¿sabes tú acaso de dioses más fuertes o de cualquier invocación irresistible?

—¿Para qué? —preguntó Spendius.

Y golpeándose la cabeza con sus dos puños, contestó:

—¡Para librarme de ella!

Luego, murmurando frases entrecortadas, a largos intervalos, decía como hablándose a sí mismo:

—¿Seré sin duda la víctima de algún holocausto que haya prometido a los dioses?... ¡Me tiene sujeto por una cadena invisible! Si ando, es porque ella camina delante de mí; si me detengo, es porque ella descansa. Sus ojos me abrasan, oigo su voz. Siento que envuelve todo mi ser y penetra dentro de mí. ¡Es como si se hubiese convertido en mi propia alma!... Y, sin embargo, media entre nosotros una distancia tan grande como las olas invisibles de un océano sin límites. ¡Cuán lejana e inaccesible es para mí! El esplendor de su belleza la rodea de un halo de luz; y a veces creo que no la he visto jamás..., que no existe..., que todo esto es un sueño.

Así lloraba Matho en las tinieblas. Los bárbaros dormían. Spendius, contemplándolo, se acordaba de los jóvenes que, con vasos de oro en las manos, le suplicaban antaño, cuando paseaba por las ciudades su tropa de cortesanas. Sintió por él una gran compasión y le dijo:

—¡Sé fuerte, jefe! ¡Recurre a tu voluntad y no imploras más a los dioses, porque éstos no se preocupan de las invocaciones de los hombres! ¡Lloras como un cobarde! ¿No te humilla la idea de sufrir así por una mujer?

—¿Acaso soy un niño? —contestó Matho—. ¿Crees que me enternecen aún sus rostros y sus canciones? Las teníamos en Drepanum para barrer nuestras cuadras. Las he violado en medio de los asaltos, bajo los techos que se derrumban y cuando vibraba aún la catapulta... ¡Pero ésta, Spendius, ésta...!

El esclavo le interrumpió:

—Si no fuera la hija de Amílcar...

—¡No! —exclamó Matho—. ¡No se parece a ninguna otra hija de los hombres! ¿Has visto sus hermosos ojos bajo sus grandes cejas, como soles bajo arcos de triunfo? Acuérdate: cuando ella apareció palidecieron todas las antorchas. Entre los diamantes de su collar resplandecía la piel de su pecho en los sitios que lo llevaba desnudo; dejaba, al pasar, como el olor de un templo, y de todo su ser emanaba algo que era más suave que el vino y más terrible que la muerte.

Iba andando entre tanto, y luego se paró.

Quedó embebido, cabizbajo y con las pupilas fijas.

—¡Pero yo la quiero, la necesito, me muero por ella! Al pensar que la estrecho entre mis brazos siento un arrebató de alegría furiosa y, sin embargo, la odio, Spendius, ¡quisiera maltratarla! ¿Qué he de hacer? Me dan ganas de venderme para llegar a ser su esclavo. ¡Tú lo has sido! ¡Tú podías verla! ¡Háblame de ella! Todas las noches sube a la terraza de su palacio, ¿verdad? ¡Ay, las piedras deben de estremecerse bajo sus sandalias y las estrellas asomarse para verla!

Volvió a enfurecerse, bramando como un toro herido.

Luego Matho cantó:

Perseguía en la selva al monstruo hembra,
cuya cola ondulaba sobre las hojas secas
como un arroyo de plata.

Y arrastrando su voz, imitaba la voz de Salambó, mientras que sus manos extendidas hacían como que pulsaba las cuerdas de una lira.

A todos los consuelos de Spendius respondía siempre con las mismas razones; se pasaban las noches entre gemidos y exhortaciones.

Matho quiso aturdirse bebiendo. Después de sus borracheras estaba aún

más triste. Intentó distraerse jugando a la taba y perdió una tras otra las placas de oro de su collar. Se dejó llevar junto a las servidoras de la diosa, pero bajó la colina sollozando como quien vuelve de un funeral.

Spendius, por el contrario, se iba volviendo cada vez más atrevido y alegre. Se lo veía en las cantinas de las enramadas, departiendo con los soldados. Reconponía las corazas viejas. Hacía juegos de manos con los puñales. Iba al campo a coger hierbas para los enfermos. Era chistoso, sutil, ocurrente y decidor. Los bárbaros se acostumbraron a sus servicios y él se hacía querer de todos.

Esperaban a un embajador de Cartago que había de traerles, en una recua de mulos, cestas cargadas de oro; y haciendo siempre el mismo cálculo, dibujaban con sus dedos cifras en la arena. Cada cual arreglaba por anticipado su vida; tendrían concubinas, esclavos, tierras; otros anhelaban esconder su tesoro o arriesgarlo en empresas marítimas. Pero en aquella ociosidad los caracteres se agriaban; estallaban continuas disputas entre jinetes e infantes, bárbaros y griegos, y estaban constantemente aturridos por la voz áspera de las mujeres.

Todos los días llegaban tropeles de hombres casi desnudos con hierbas en la cabeza para resguardarse del sol; eran los deudores de los cartagineses ricos, obligados a trabajar sus tierras, que se habían escapado. Afluían libios, campesinos arruinados por los impuestos, desterrados y malhechores. Luego venía la horda de los mercaderes, vendedores de vino y de aceite, furiosos porque no se les pagaba, vociferando contra la república. Spendius les hacía coro. Enseguida disminuyeron los víveres. Se hablaba de ir en masa sobre Cartago y de llamar a los romanos.

**

Una noche, a la hora de cenar, se oyeron unos ruidos sordos y cascados que se iban acercando, y a lo lejos se vio una cosa roja que aparecía y desaparecía en las ondulaciones del terreno.

Era una gran litera de púrpura, adornada con penachos de plumas de avestruz en sus cuatro esquinas. Sobre su toldo cerrado tintineaban sartas de cristal, con guirnaldas de perlas. La escoltaban unos camellos que hacían sonar sus cencerros colgados del pecho, y en torno a ellos se veían unos jinetes con armaduras de escamas de oro que los cubrían desde los talones hasta los hombros.

Se detuvieron a trescientos pasos del campamento para sacar de los estuches que llevaban a la grupa su escudo redondo, su ancha espada y su casco a la beocia. Algunos se quedaron con los camellos; los demás reanudaron la marcha. Pronto aparecieron las enseñas de la república; es decir,

unos bastones de madera azul rematados por cabezas de caballo o pifias de pino. Los bárbaros se levantaron de súbito y aplaudieron: las mujeres se precipitaron sobre los guardias de la legión y les besaban los pies.

La litera avanzaba a hombros de doce negros, que caminaban a paso corto, pero rápido y acompasado. Iban tan pronto a la derecha como a la izquierda, al azar, obstaculizados por las cuerdas de las tiendas, por las trébedes en que se cocían los condumios y por los animales que andaban sueltos por el campamento. A veces, una mano carnosa, llena de sortijas, entreabría la litera y una voz ronca gritaba palabras injuriosas; entonces los portadores se detenían, tomando luego otro camino a través del campo.

Pero se levantaron las cortinillas de púrpura de la litera; sobre un ancho almohadón apareció una cabeza humana, impasible y abotargada. Las cejas formaban como dos arcos de ébano que se unían por las puntas; lentejuelas de oro centelleaban entre sus crespos cabellos, y la cara era tan pálida que parecía espolvoreada con raspadura de mármol. El resto del cuerpo desaparecía bajo los vellones que llenaban la litera.

Los soldados reconocieron en aquel hombre así tendido al sufeta Hannón, el que había contribuido con su lentitud a la pérdida de las islas Aegates. En cuanto a su victoria de Hecatómpila sobre los libios, los bárbaros pensaban que si se condujo con clemencia había sido por codicia, pues había vendido por su cuenta a todos los cautivos, declarando a la república que habían muerto.

Cuando, después de un rato, encontró un sitio cómodo para arengar a los soldados, hizo una señal; la litera se detuvo. Y Hannón, sostenido por dos esclavos, puso los pies en tierra, tambaleándose.

Calzaba borceguíes de fieltro negro, adornados con lunas de plata. Unas vendas se enrollaban en torno a sus piernas, como si fuesen las de una momia, pero sus carnes flácidas asomaban entre los lienzos cruzados. Su vientre desbordaba en el sayo corto de color escarlata que le cubría los muslos; los pliegues de su cuello le caían hasta su pecho, como papadas de buey; su túnica, pintada de flores, parecía que iba a estallar por los sobacos. Llevaba una banda, un cinturón y un amplio manto negro con dobles mangas enlazadas. La profusión de sus vestidos, el gran collar de piedras azules, sus broches de oro y sus pesados aretes hacían más odiosa su deformidad. Se le hubiera tomado por un ídolo ventrudo, tallado en un bloque de granito, pues una lepra pálida, extendida por todo su cuerpo, le daba la apariencia de una cosa inerte. Sin embargo, su nariz, ganchuda como pico de buitre, se dilataba con fuerza para aspirar el aire, y sus ojillos pitarrosos brillaban con un fulgor duro y metálico. Llevaba en la mano una espátula de áloe para rascarse los pies.

Por fin, dos heraldos tocaron sus cuernos de plata; se apaciguó el tumulto y Hannón empezó a hablar.

Comenzó elogiando a los dioses y a la república; los bárbaros debían felicitarse por haberla servido. Pero había que mostrarse más razonables; los tiempos eran duros, «y si un amo no tiene más que tres olivos, ¿no es justo que guarde dos para él?».

De este modo, el viejo sufeta entreveraba su discurso con apólogos y proverbios, haciendo gestos con la cabeza para solicitar aprobación.

Hablaba en púnico, y los que lo rodeaban (los más avispados, que habían acudido sin armas) eran campanios, galos y griegos, de modo que ninguno de ellos lo entendía. Hannón se dio cuenta de esto, dejó de hablar y, sosteniéndose pesadamente sobre una y otra pierna, reflexionó.

Se le ocurrió la idea de convocar a los capitanes; entonces los heraldos gritaron esta orden en griego, lenguaje que, desde Xantipo, se empleaba para las voces de mando en el ejército cartaginés.

Los guardias apartaron a latigazos a la turba de soldados; enseguida llegaron los capitanes de las falanges a la espartana y los jefes de las cohortes bárbaras, con las insignias de su grado y la armadura de su nación. Había caído la noche; un gran rumor reinaba en la llanura; acá y allá brillaban hogueras; iban de un lado para otro, se preguntaban: «¿Qué pasa?», y por qué el sufeta no distribuía el dinero.

Hannón explicaba a los capitanes las cargas infinitas que abrumaban a la república. Su tesoro estaba vacío; el tributo de los romanos la arruinaba:

—¡Ya no sabemos qué hacer!... ¡Es lamentable!

De vez en cuando se rascaba los miembros con su espátula de áloe o se detenía para beber en una copa de plata, que le alargaba un esclavo, una tisana hecha con ceniza de comadreja y espárragos hervidos en vinagre; luego se limpiaba los labios con una servilleta de escarlata y continuaba:

—¡Lo que valía un siclo de plata, vale hoy tres shekels de oro, y los cultivos abandonados durante la guerra no producen nada! Nuestras pesquerías de púrpura están casi perdidas, y las mismas perlas tienen un precio exorbitante. ¡Apenas si tenemos el unguento necesario para el servicio de los dioses! En cuanto a las cosas de comer, no quiero ni hablar de ello, ¡es un desastre! Por falta de galeras carecemos de especias, y cuesta proveerse de silphium a causa de las rebeliones en la frontera de Cirene. Sicilia, de donde se traían tantos esclavos, está ahora cerrada para nosotros. ¡Ayer mismo, por un bañero y cuatro pinches de cocina, di más dinero que en otros tiempos por dos elefantes!

Desenrolló un largo papiro y leyó, sin omitir ni una sola cifra, todos los gastos que había hecho el gobierno, tanto para la restauración de los templos como para el enlosado de las calles, la construcción de navíos, las pesquerías de coral, el aumento de las syssitas y para el laboreo de las minas en el país de los cántabros.

Pero los capitanes, al igual que los soldados, no entendían el púnico, aunque los mercenarios se saludasen en esta lengua. De ordinario, figuraban como intérpretes en el ejército de los bárbaros algunos oficiales cartagineses; después de la guerra se habían ocultado por temor a venganzas, y Hannón no había pensado en llevarlos consigo. Por otra parte, su voz demasiado sorda se perdía en el aire.

Los griegos, con su cinturón de hierro bien apretado, aguzaban el oído, esforzándose por adivinar sus palabras, en tanto que los montañeses, cubiertos de pieles como osos, lo contemplaban con desconfianza o bostezaban, apoyados en sus mazas con clavos de cobre. Los galos sacudían descuidadamente sus altas cabelleras sonriendo burlescamente, y los hijos del desierto escuchaban inmóviles, bajo las capuchas de sus vestidos de lana gris. Llegaban otros por detrás; los soldados de la guardia, empujados por la turba, vacilaban sobre sus caballos; los negros tenían en las manos ramas de abeto ardiendo, y el obeso cartaginés continuaba su arenga, subido en un cerrillo de césped.

Pero los bárbaros se impacientaban, los murmullos crecieron y todos lo apostrofaron. Hannón gesticulaba con su espátula; los que querían imponer silencio gritaban más fuerte que los demás y aumentaban el alboroto.

De pronto, un hombre de mezquina apariencia saltó a los pies de Hannón, arrancó la trompeta a un heraldo, sopló en ella y Spendius —pues era él— anunció que iba a decir algo importante. Ante esta declaración, rápidamente propalada en cinco lenguas diferentes, griego, latín, galo, líbico y balear, los capitanes, entre alborozados y sorprendidos, respondieron:

—¡Habla! ¡Habla!

Spendius vaciló; temblaba; por fin, dirigiéndose a los libios, que eran los más numerosos, les dijo:

—¡Todos habéis oído las horribles amenazas de este hombre!

Hannón no replicó, pues no entendía el líbico, y para proseguir la experiencia, Spendius repitió la misma frase en los demás idiomas de los bárbaros.

Se miraron asombrados; todos, a continuación, como por tácito acuerdo, creyendo tal vez haber comprendido, bajaron la cabeza en señal de

asentimiento.

Entonces Spendius comenzó con voz vehemente:

—¡Primero ha dicho que todos los dioses de los demás pueblos no son sino quimeras al lado de los dioses de Cartago! ¡Os ha llamado cobardes, ladrones, embusteros, perros e hijos de perras! La república, sin vosotros, ¡así lo ha dicho!, no se vería obligada a pagar el tributo a los romanos; por vuestros excesos le habéis privado de perfumes, especias, esclavos y silphium, ¡porque os entendéis con los nómadas de la frontera de Cirene! ¡Y los culpables serán castigados! Ha leído la enumeración de sus suplicios; se les hará trabajar en el enlosado de las calles, en la construcción de navíos, en el embellecimiento de las syssitas, y otros irán a excavar la tierra de las minas, en el país de los cántabros.

Spendius repitió lo mismo a los galos, a los griegos, a los campanios y a los baleares. Al reconocer varios de los nombres propios que habían herido sus oídos, los mercenarios se convencieron de que el esclavo traducía fielmente el discurso del sufeta. Algunos le gritaron:

—¡Mientes! —pero sus voces se perdieron en el tumulto de los demás. Spendius añadió:

—¿No habéis visto que he dejado fuera del campamento una reserva de sus jinetes? A la menor señal acudirán a degollaros a todos.

Los bárbaros se volvieron hacia aquel lado y, al apartarse la multitud, apareció en el centro, avanzando con la lentitud de un fantasma, un ser humano derrengado, escuálido, completamente desnudo y tapado hasta las caderas por largos cabellos erizados de hojas secas, de polvo y de espinas. Alrededor de la cintura y de las rodillas llevaba trenzados de paja y harapos de tela; su piel, lacia y terrosa, colgaba de sus miembros descarnados, como andrajos de las ramas secas; sus manos temblaban con un estremecimiento continuo y caminaba apoyándose en un bastón de olivo.

Llegó junto a los negros que sostenían las antorchas. Una especie de risa idiota dejaba al descubierto sus pálidas encías, mientras con ojos asustados contemplaba a la multitud de bárbaros que tenía a su alrededor.

Pero, lanzando un grito de espanto, se echó atrás de ellos, escudándose en sus cuerpos, balbuciendo: «¡Ahí están! ¡Ahí están!», señalando a los soldados de la guardia del sufeta, inmóviles bajo sus armaduras relucientes. Sus caballos piafaban, deslumbrados por el resplandor de las antorchas que chisporroteaban en las tinieblas; el espectro humano se agitaba y aullaba:

—¡Los han matado!

Al oír aquellas palabras vociferadas en balear, sus compatriotas se

acercaron y lo reconocieron; sin responderles, repetía:

—¡Sí, todos muertos, todos! ¡Aplastados como uvas! ¡Los hermosos jóvenes!, ¡los honderos!, ¡mis compañeros y los vuestros!

Se le dio de beber vino y lloró; luego se desahogó hablando.

Spendius no podía reprimir su alegría al explicar a los griegos y a los libios las cosas horribles que contaba Zarxas; no se atrevía a creerlas por lo bien que le venían para sus propósitos. Los baleares palidecían al enterarse de cómo habían caído sus compañeros.

Se trataba de una tropa de trescientos honderos que desembarcaron la víspera, y que el día de la marcha se quedaron dormidos hasta muy tarde. Cuando llegaron a la plaza de Kamón, los bárbaros ya se habían ido y se encontraron sin defensa, porque sus bolas de arcillas se habían cargado en los camellos con el resto de los equipajes. Se los dejó entrar en la calle de Satheb, hasta la puerta de encina forrada con chapas de bronce; entonces el pueblo se lanzó en masa contra ellos.

En efecto, los soldados recordaron haber oído un gran clamor; grito que Spendius, que huía a la cabeza de las columnas, no había escuchado.

Luego los cadáveres fueron colocados en los brazos de los dioses pataicos, que rodeaban el templo de Kamón. Se los acusó de todos los crímenes de los mercenarios: su glotonería, sus robos, sus impiedades, sus desprecios y la matanza de los peces en el jardín de Salambó. Sus cuerpos sufrieron mutilaciones infames; los sacerdotes quemaron sus cabellos para atormentar su alma; se les colgó en pedazos en las carnicerías; algunos incluso les hincaron los dientes, y por la noche, en fin, como remate, se encendieron hogueras en las encrucijadas.

Aquéllas eran las llamas que brillaban de lejos en el lago. Pero, habiéndose incendiado algunas casas, arrojaron rápidamente por encima de las murallas lo que quedaba de los cadáveres y los agonizantes. Zarxas permaneció oculto hasta el día siguiente entre los cañaverales de la orilla del lago; luego vagó a campo traviesa en busca del ejército, siguiendo el rastro de los pasos en el polvo. Durante el día se ocultaba en las cavernas; al atardecer se ponía de nuevo en marcha, con sus llagas sangrientas, hambriento, enfermo, alimentándose de raíces y carroñas; hasta que un día vio unas lanzas en el horizonte y las siguió instintivamente, pues su razón ya estaba perturbada con tantos terrores y miserias.

La indignación de los soldados, contenida mientras estuvo hablando, estalló como una tempestad; querían asesinar a la guardia y al sufeta. Algunos se interpusieron, diciendo que era preciso oírlo y saber por lo menos si les pagarían. Entonces gritaron todos: «¡Nuestro dinero!». Hannón les respondió

que lo traía consigo.

Corrieron a las avanzadas, y los bagajes del sufeta, empujado por los bárbaros, llegaron en medio de las tiendas del campamento. Sin esperar a los esclavos, desataron apresuradamente las cestas. Encontraron ropas de color jacinto, esponjas, raspadores, cepillos, perfumes y punzones de antimonio para pintarse los ojos; todo era propiedad de los soldados de la guardia, hombres ricos acostumbrados a estas delicadezas. Enseguida descubrieron en un camello una gran tina de bronce; pertenecía al sufeta para bañarse durante el camino, pues había tomado toda clase de precauciones, incluso la de llevar en jaulas comadreas de Hecatómpila, a las que se quemaban vivas para prepararle su tisana. Pero como su enfermedad le abría mucho el apetito, había allí además gran cantidad de víveres y vinos, salmuera, carnes y pescados con miel junto con tarritos de Comagene, grasa de ganso derretida, recubierta de nieve y de paja menuda. La provisión era considerable. A medida que se destapaban las cestas aparecían más manjares, y las risas estallaban como las olas que entrechocan.

En cuanto a la soldada de los mercenarios, llenaba poco más o menos dos serones de esparto. En uno de ellos se veía también esos rodetes de cuero de los que se servía la república para ahorrar numerario; y como los bárbaros se sorprendieran, Hannón les manifestó que, por estar tan embrolladas sus cuentas, los miembros del consejo de los ancianos no habían tenido tiempo de examinarlas. Se les enviaba aquello como un anticipo.

Entonces derribaron y revolvieron todo: mulos, criados, litera, provisiones y equipajes. Los soldados cogieron las monedas de las seras para apedrear a Hannón. A duras penas pudo éste montar en un asno: huía agarrado a las crines, dando alaridos, gimoteando, bamboleado y magullado, clamando porque cayera sobre el ejército la maldición de todos los dioses. Su ancho collar de pedrería le saltaba hasta las orejas. Sostenía con los dientes su manto demasiado largo que arrastraba y de lejos le gritaban los bárbaros:

—¡Vete, cobarde, cerdo, cloaca de Moloch! ¡Suda tu oro y tu peste! ¡Más aprisa, más aprisa!

La escolta, en desorden, galopaba a sus lados.

Pero el furor de los bárbaros no se apaciguó. Se acordaron de que muchos de sus compañeros que marcharon a Cartago no habían vuelto; sin duda, los habían matado. Tanta injusticia los exasperó; arrancaron las estacas de sus tiendas, arrollaron sus mantos, embridaron sus caballos, cogió cada uno su casco y su espada, y en un instante todo estuvo dispuesto. Los que no tenían armas corrieron al bosque a proveerse de estacas.

Amanecía. Los moradores de Sicca, despertados por aquel barullo, se

lanzaban a la calle. «Van a Cartago», decían, y este rumor se extendió pronto por la comarca.

Surgían hombres de cada sendero, de cada barranco. Hasta los pastores bajaban corriendo de las montañas.

Cuando se fueron los bárbaros, Spendius dio una vuelta al campamento, montado en un semental púnico y acompañado de un esclavo que llevaba de la brida un tercer caballo.

Quedaba en pie una sola tienda. Spendius entró en ella.

—¡Levántate, amo, levántate! ¡Nos marchamos!

—¿Adónde vais? —preguntó Matho.

—¡A Cartago! —gritó Spendius.

Matho montó de un brinco en el caballo que el esclavo tenía a la puerta.

III. Salambó

La luna se elevaba a ras de las olas, y sobre la ciudad, aún envuelta en tinieblas, brillaban puntos luminosos, zonas de blancura: la lanza de un carro en cualquier patio, algún pingajo de tela colgado, la esquina de una pared o el collar de oro en el pecho de un dios. Las bolas de vidrio en los techos de los templos irradiaban acá y allá como gruesos diamantes. Pero las informes ruinas, los montones de tierra negra y los jardines se destacaban como sombras más densas aún en la oscuridad, y más allá de Malqua las redes de los pescadores se extendían de casa en casa, como murciélagos gigantes que desplegaran sus alas. Ya no se oía el rechinar de las ruedas hidráulicas que elevaban el agua al último piso de los palacios; en el centro de las terrazas descansaban tranquilamente los camellos, tumbados sobre el vientre, al modo de los avestruces. Los porteros dormían en las calles, en el dintel de las casas; la sombra de los colosos se alargaba en las plazas desiertas; a lo lejos, la llama de algún sacrificio seguía ardiendo, y la humareda se escapaba a veces por las tejas de bronce; la penetrante brisa traía entremezclados con los aromas de las especias los olores del mar y el vaho de las murallas recalentadas por el sol. En torno a Cartago resplandecían las ondas inmóviles, pues el resplandor de la luna caía a la vez sobre el golfo rodeado de montañas y sobre el lago de Túnez, donde los finicópteros formaban largas líneas sonrosadas en los bancos de arena, mientras que del otro lado, bajo las catacumbas, la gran laguna salada espejeaba como un trozo de plata. La bóveda azul del cielo se hundía en el horizonte; por un lado, en la polvareda de las llanuras; por otro, en las

brumas del mar; y en la cima de la acrópolis los cipreses piramidales que rodeaban el templo de Eschmún se balanceaban y susurraban como las olas acompasadas que batían lentamente a lo largo del muelle, al pie de las fortificaciones.

Salambó subió a la terraza de su palacio, sostenida por una esclava que llevaba en un brasero de hierro carbones encendidos.

Había en el centro de la terraza un pequeño lecho de marfil, cubierto de pieles de lince, con cojines de pluma de papagayo, animal fatídico consagrado a los dioses; y en las cuatro esquinas se elevaban altos pebeteros, llenos de nardo, incienso, cinamomo y mirra. La esclava prendió fuego a los perfumes. Salambó miró a la estrella polar, saludó lentamente a los cuatro puntos cardinales y se arrodilló en el suelo, entre el polvo de azul sembrado de estrellas de oro, a imitación del firmamento. Luego, apoyando los codos en los costados, con los antebrazos extendidos y las manos abiertas, echando la cabeza hacia atrás bajo la luz de la luna, dijo:

—¡Oh Rabbetna!... ¡Baalet!... ¡Tanit! —y su voz se elevaba quejumbrosa, como si llamara a alguien—. ¡Anaitis! ¡Astarté! ¡Derceto! ¡Astaroth! ¡Mylitta! ¡Athara! ¡Elissa! ¡Tiratha!... ¡Por los símbolos ocultos, por los sistros sonoros, por los surcos de la tierra, por el eterno silencio y por la eterna fecundidad, dominadora del mar tenebroso y de las playas, oh reina de las cosas húmedas, salud!

Balanceó todo su cuerpo dos o tres veces, y luego hundió la frente en el polvo, con los brazos extendidos.

Su esclava la levantó lentamente, pues era menester, según los ritos, que alguien fuese a sacar al suplicante de su prosternación. Equivalía a decirle que los dioses quedaban agradecidos. La nodriza de Salambó no olvidaba jamás este deber piadoso.

Unos mercaderes de la Getulia-Daritiana la habían traído de niña a Cartago, y después de obtener su libertad no quiso abandonar a sus amos, como lo atestiguaba su oreja derecha perforada por un ancho agujero. Un sayo de listas multicolores le ceñía la cintura, bajando hasta los tobillos, donde se entrechocaban dos aros de estaño. Su cara, algo aplastada, era amarilla como su túnica. Agujas de plata, muy largas, formaban como un sol detrás de su cabeza. Llevaba en la nariz un botón de coral y permanecía junto al lecho, más erguida que un hermes y con los párpados caídos.

Salambó avanzó hasta el borde de la terraza. Por un instante oteó el horizonte, luego contempló a la ciudad dormida y un hondo suspiro levantó sus senos e hizo ondular de un extremo a otro la larga simarra blanca que colgaba en torno de ella, sin broche ni cinturón. Sus sandalias de punta

encorvada desaparecían bajo un montón de esmeraldas, y sus cabellos en desorden henchían una redecilla de hilo de púrpura.

A poco levantó la cabeza para contemplar la luna, y mezclando con sus palabras fragmentos de himnos, murmuró:

—¡Cuán levemente giras, sostenida por el éter impalpable! El firmamento se bruñe en torno tuyo, y el movimiento de tu rotación distribuye los vientos y los rocíos fecundos. Según tú creces o disminuyes, se alargan o se achican los ojos de los gatos y las manchas de las panteras. ¡Las esposas te invocan en los dolores del parto! ¡Tú hinchas las conchas, haces hervir los vinos, pudres los cadáveres, formas las perlas en el fondo del mar! «Y todos los gérmenes, ¡oh diosa!, fermentan en las oscuras profundidades de la humedad». «Cuando apareces, se esparce la quietud por la tierra; las flores se cierran, se calman las olas, los hombres fatigados dilatan su pecho hacia ti, y el mundo, con sus océanos y sus montañas, se mira en tu cara como en un espejo. ¡Eres blanca, suave, luminosa, inmaculada, auxiliadora, purificadora, serena!».

La luna, en cuarto creciente, aparecía entonces sobre la montaña de las Aguas Calientes, en la hendidura de sus dos cimas, del otro lado del golfo. Tenía debajo una pequeña estrella y alrededor un círculo pálido. Salambó continuó:

—¡Pero tú eres terrible, señora!... Tú produces los monstruos, los fantasmas aterradores, los ensueños engañosos; tus ojos devoran las piedras de los edificios y los monos enferman cada vez que tú rejuveneces. «¿Adónde vas? ¿Por qué cambias perpetuamente de forma? Tan pronto, fina y curvada, surcas los espacios como una galera sin arboladura; o bien, en medio de las estrellas, pareces un pastor que guarda su rebaño. Redonda y brillante, rozas la cumbre de los montes como si fueras la rueda de un carro». «¡Oh Tanit! Tú me amas, ¿verdad? ¡Te he contemplado tanto! ¡Pero no, tú vuelas por la azul inmensidad y yo permanezco en la tierra inmóvil!». «¡Taanach, coge tu nebal y toca en tono quedo la cuerda de plata, pues mi corazón está triste!».

La esclava levantó una especie de arpa de madera de ébano, más alta que ella y triangular como una delta; fijó la punta en un globo de cristal y se puso a tañerla con ambos brazos.

Los sonidos se sucedían, sordos y acelerados como zumbido de abejas, y cada vez más sonoros ascendían en la noche con el gemir de las olas y el susurro de los altos árboles en la cima de la acrópolis.

—¡Cállate! —exclamó Salambó.

—¿Qué te pasa, ama? La brisa que sopla, la nube que pasa, todo te inquieta ahora y te agita.

—No sé.

—¡Te fatigas con oraciones demasiado largas!

—¡Oh Taanach, quisiera disolverme en ellas como una flor en el vino!

—¿Será acaso el aroma de tus perfumes?

—¡No! —dijo Salambó—. El espíritu de los dioses habita en los buenos olores.

Entonces la esclava le habló de su padre. Se le creía de viaje al país del ámbar, más allá de las columnas de Melkart.

—Pero si no vuelve —le decía la nodriza— te convendrá, sin embargo, puesto que era su voluntad, escoger un esposo entre los hijos de los ancianos del consejo, y entonces tus penas desaparecerán en los brazos de un hombre.

—¿Por qué? —preguntó la joven. Todos los que había visto le causaban horror con sus risas de animales salvajes y su tosca contextura.

—A veces, Taanach, desde el fondo de mi ser se exhala como un hálito ardiente, más denso que los vapores de un volcán. Oigo voces que me llaman, una bola de fuego sube y baja en mi pecho, me ahoga, me siento morir; y luego, algo suave, que va desde mi frente hasta mis pies, pasa por mi carne... Es una caricia que me envuelve y me siento aplastada como si un dios se extendiese sobre mí. ¡Oh, quisiera perderme en las brumas de la noche, en el chorro de las fuentes, en la savia de los árboles; salir de mi cuerpo, no ser más que un soplo, un rayo de luz, y deslizarme, subir hasta ti, oh madre!

Levantó sus brazos lo más alto posible, cimbreando el talle, pálida y leve como la luna, con su larga vestimenta. Luego cayó jadeante sobre el lecho de marfil, pero Taanach le pasó en torno al cuello un collar de ámbar con dientes de delfín para ahuyentar los terrores, y Salambó dijo con voz desfallecida:

—Vete a buscar a Schahabarim.

Su padre no había querido que ella entrase en el colegio de las sacerdotisas, y mucho menos que conociese los ritos de la Tanit popular. La reservaba para algún enlace que pudiera servir a su política; de modo que Salambó vivía sola, en medio de aquel palacio, pues su madre había muerto hacía ya mucho tiempo.

Se había criado entre abstinencias, ayunos y purificaciones, rodeada siempre de cosas exquisitas y graves, saturado el cuerpo de perfumes, el alma llena de oraciones. Jamás había probado el vino, ni comido carne, ni tocado a bestia inmundada, ni puesto los pies en casa de ningún muerto.

Ignoraba los ritos obscenos, pues manifestándose cada dios en formas diferentes, cultos a menudo contradictorios atestiguaban a la vez el mismo

principio, y Salambó adoraba a la diosa en su manifestación sideral.

La influencia de la luna gravitaba así sobre la virgen; cuando el astro iba menguando, Salambó se debilitaba. Lánguida durante todo el día, se reanimaba por la noche. En una ocasión, con motivo de un eclipse, estuvo a punto de morir.

Pero la celosa Rabbet se vengaba de esta virginidad sustraída a sus sacrificios y atormentaba a Salambó con obsesiones tanto más fuertes cuanto más vagas eran, avivadas por una fe sincera.

La hija de Amílcar pensaba en Tanit constantemente. Había aprendido sus aventuras, sus viajes y todos sus nombres, que repetía sin concederles significación distinta. A fin de penetrar en las profundidades de su dogma, quería conocer en lo más secreto del templo el viejo ídolo con el magnífico manto del que dependían los destinos de Cartago, pues la idea de un dios no puede desprenderse de su representación, y tener, o al menos ver, su simulacro era arrebatarle parte de su virtud y, en cierto modo, dominarlo.

Salambó se volvió. Había reconocido el ruido de las campanillas de oro que Schahabarim llevaba en la fimbria de su túnica.

Subió las escaleras y al llegar al dintel de la terraza se detuvo cruzando los brazos.

Sus ojos hundidos brillaban como las lámparas de un sepulcro; su cuerpo, alto y delgado, flotaba dentro de su túnica de lino, que hacía más pesados los cascabeles que alternaban en sus talones con redondas esmeraldas. Era de miembros débiles, cráneo oblicuo y barbilla puntiaguda; su piel parecía fría al tacto y su rostro amarillo, surcado por profundas arrugas, parecía contraído por un deseo o por una eterna tristeza.

Era el gran sacerdote de Tanit, el que había educado a Salambó.

—¡Habla! —le dijo—. ¿Qué quieres?

—Esperaba... Casi me habías prometido... —balbuceaba.

Se turbó, luego dijo de repente:

—¿Por qué me menosprecias? ¿He olvidado algo de los ritos? Tú eres mi maestro y me has dicho que nadie comprendía como yo el culto de la diosa, pero hay algo que no quieres decirme. ¿No es así, padre?

Schahabarim se acordó de las órdenes de Amílcar y respondió:

—¡No, no tengo nada más que enseñarte!

—Un genio —replicó la joven— me empuja a este amor. He subido las gradas de Eschmún, dios de los planetas y de las inteligencias; he dormido

bajo el olivo de oro de Melkart, patrón de las colonias tirias; he abierto las puertas de Baal-Kamón, iluminador y fertilizador; he sacrificado a los cabiros subterráneos, a los dioses de los bosques, de los vientos, de los ríos y de las montañas; pero todos están demasiado lejos, demasiado altos y son demasiado insensibles ¿comprendes? Mientras que a ella la siento confundida con mi vida; llena mi alma y me estremezco por ímpetus interiores como si ella saltara para escaparse. Me parece que voy a oír su voz, a ver su rostro, me deslumbran sus rayos fulgurantes y luego vuelvo a hundirme en las tinieblas.

Schahabarim callaba. La joven le imploraba con la mirada.

Por fin, el gran sacerdote hizo una señal para que se alejase la esclava, pues no era de raza cananea. Taanach desapareció y Schahabarim, levantando un brazo en el aire, dijo:

—Antes de que nacieran los dioses existían únicamente las tinieblas y un soplo flotaba, pesado e indistinto como la conciencia de un hombre que sueña. El soplo se contrajo creando el deseo y la nube, y del deseo y de la nube salió la materia primitiva. Era un agua fangosa, negra, helada, profunda. Encerraba monstruos insensibles, partes incoherentes de formas que habían de nacer y que están pintadas en la pared de los santuarios. Después la materia se condensó, se convirtió en un huevo y se rompió. Una mitad formó la Tierra, la otra el firmamento. El Sol, la Luna, los vientos, las nubes aparecieron; y, al estallido del rayo, los animales inteligentes se despertaron. Entonces Eschmún se desarrolló en la esfera estrellada; Kamón resplandeció en el sol; Melkart, con sus brazos, lo empujó más allá de Gades; los Rabyrim descendieron al fondo de los volcanes, y Rabbetna, como una nodriza, se inclinó sobre el mundo, vertiendo su luz como una leche y su noche como un manto.

—¿Y después? —interrogó la joven.

El sacerdote le había contado el secreto de los orígenes para distraerla con más altas perspectivas, pero el deseo de la virgen se avivó con aquellas últimas palabras y Schahabarim, cediendo a medias, añadió:

—Inspiró y gobernó los amores de los hombres.

—¿Los amores de los hombres? —repitió Salambó, soñadora.

—Tanit es el alma de Cartago —continuó el sacerdote—, y aunque está en todas partes es aquí donde mora, bajo el velo sagrado.

—¡Oh padre! —exclamó Salambó—. La veré, ¿no? ¡Tú me conducirás allí! Vacilaba desde hace mucho tiempo; la curiosidad de ver su forma me devora. ¡Por piedad, ayúdame! ¡Vayamos!

El sacerdote la rechazó con gesto vehemente y lleno de orgullo.

—¡Jamás! ¿No sabes que produce la muerte? Los Baals hermafroditas

únicamente dejar caer sus velos para nosotros, hombres por el espíritu, mujeres por la debilidad. Tu deseo es un sacrilegio. ¡Confórmate con la ciencia que posees!

Salambó cayó de rodillas, metiendo dos de sus dedos en los oídos, en señal de arrepentimiento; anonadada por las palabras del sacerdote, llena a la vez, contra él, de terror y de humillación. Schahabarim, de pie, permanecía más insensible que las piedras de la terraza. La contemplaba despreciativo estremecida a sus pies y experimentaba una especie de alegría al verla sufrir por su divinidad, a la que tampoco él podía comprender por completo. Ya cantaban los pájaros, soplaban un viento frío y unas nubecillas corrían por el cielo ya pálido.

De pronto, el sacerdote vio en el horizonte, detrás de Túnez, como nieblas ligeras que se arrastraban por el suelo; luego fue una cortina de polvo gris, extendida perpendicularmente, y entre los torbellinos de esta masa polvorienta fueron apareciendo cabezas de dromedarios, lanzas y escudos. Era el ejército de los bárbaros que avanzaba sobre Cartago.

IV. Bajo las montañas de Cartago.

Gentes de la campiña, montados en asnos o corriendo a pie, pálidos, sin aliento, despavoridos, llegaron a la ciudad. Venían huyendo delante del ejército. En tres días los mercenarios habían hecho el camino desde Sicca, para caer sobre Cartago y arrasarlo todo.

Se cerraron las puertas. Al punto aparecieron los bárbaros, pero se detuvieron en medio del istmo, a orillas del lago.

Al principio no dieron muestras de hostilidad. Muchos se acercaron con palmas en las manos. Fueron repelidos a flechazos. ¡Tan grande era el terror!

De madrugada y a la caída de la tarde, los merodeadores vagaban a veces a lo largo de las murallas. Llamaba la atención especialmente un hombre pequeño, envuelto cuidadosamente en su manto y cuyo rostro desaparecía bajo una visera muy caída. Se pasaba horas enteras mirando al acueducto con tal persistencia que sin duda quería engañar a los cartagineses acerca de sus verdaderos designios. Le acompañaba otro hombre, una especie de gigante que iba con la cabeza descubierta.

Pero Cartago estaba bien defendida en toda la anchura del istmo: en primer lugar, por un foso; luego, por un talud cubierto de césped, y finalmente por una muralla, de treinta codos de alto, con piedras de sillería y de dos cuerpos. El primero contenía cuadras para trescientos elefantes, con almacenes para sus

caparazones, maniotas y alimentos, además de otras cuadras para cuatro mil caballos con las provisiones de cebada y los arneses, y cuarteles para veinte mil soldados con las armaduras y todo el material de guerra. Las torres se levantaban en el segundo piso, provistas de almenas que tenían en la parte de afuera escudos de bronce, colgados de garfios.

Esta primera línea de murallas defendía inmediatamente a Malqua, el barrio de los marineros y de los tintoreros. Se podían ver los mástiles en que se secaban las velas de púrpura, y en las últimas azoteas los hornos de arcilla para cocer la salmuera.

Por detrás, la ciudad desplegaba en anfiteatro sus altas casas de forma cúbica. Eran de piedra, de tablas, de guijarros, de cañas, de conchas y barro apisonado. Los bosques de los templos formaban como lagos de verdor en esta montaña de bloques, pintados de diversos colores. Las plazas públicas estaban niveladas a distancias desiguales; innumerables callejuelas se entrecruzaban, cortándola de un extremo a otro. Se distinguían los recintos de tres viejos barrios, ahora confundidos; destacándose acá y allá como grandes escollos, en los que se alargaban enormes lienzos, medio cubiertos de flores, ennegrecidos, muy manchados por el arrojado de las inmundicias, pasando las calles por sus amplias aberturas como ríos bajo puentes.

La colina de la acrópolis, en el centro de Byrsa, desaparecía bajo una confusión de monumentos. Eran templos de columnas retorcidas con capiteles de bronce y cadenas de metal, conos de piedra con franjas de azul, cúpulas de cobre, arquitrabes de mármol, contrafuertes babilónicos y obeliscos en punta como antorchas encendidas. Los peristilos llegaban a los frontispicios; las volutas se desplegaban entre las columnatas; muros de granito sustentaban tabiques de ladrillo, y todos aquellos edificios subían unos sobre otros, ocultándose a medias, de un modo maravilloso e incomprensible. Se sentía la sucesión de las épocas y como el recuerdo de patrias olvidadas.

Detrás de la acrópolis, en terrenos de arcilla roja, el camino de los Mappales, cercado de tumbas, se alargaba en línea recta, desde la ribera a las catacumbas; seguían luego quintas espaciadas que se alzaban en medio de jardines, y este tercer barrio, Megara, la ciudad nueva, llegaba hasta los cantiles de la costa, donde se erguía un faro gigantesco, luz de todas las noches.

Así se desplegaba Cartago ante los soldados acampados en la llanura. Desde lejos reconocían los mercados, las encrucijadas y discutían sobre el emplazamiento de los templos. El de Kamón, enfrente de los syssitas, tenía tejas de oro; el de Melkart, a la izquierda del de Eschmún, ostentaba en su techo ramas de coral; el de Tanit, más allá, redondeaba entre palmeras su cúpula de cobre, y el templo negro de Moloch estaba al pie de las cisternas,

del lado del faro. En los ángulos de los frontispicios, en lo alto de las murallas, en los rincones de las plazas, por todas partes, se veían divinidades de cabeza horrible, colosales o rechonchas, con vientres enormes, o desmesuradamente aplanadas, con las fauces abiertas, los brazos extendidos y con horcas, cadenas o jabalinas en la mano. El azul del mar, destacándose en el fondo de las calles, hacía parecer a éstas, por efecto de perspectiva, más escarpadas.

Una multitud bulliciosa las llenaba desde la mañana hasta la noche; mancebos que agitaban campanillas, voceaban a la puerta de los baños; humeaban las tiendas de bebidas calientes; retumbaba en el aire la batahola de los yunques; los gallos blancos, consagrados al sol, cantaban en las terrazas; los bueyes destinados a los sacrificios mugían en los templos; los esclavos corrían con cestas a la cabeza, y en el atrio de los pórticos aparecía algún que otro sacerdote envuelto en un manto oscuro, con los pies descalzos y el gorro puntiagudo.

Aquel espectáculo de Cartago irritaba a los bárbaros. Admiraban y execraban a la ciudad; hubiesen querido a un tiempo destruirla y vivir en ella. Pero ¿qué había en el puerto militar, defendido por una triple muralla? Más allá, detrás de la ciudad, al fondo de Megara, a mayor altura que la acrópolis, aparecía el palacio de Amílcar.

Los ojos de Matho se clavaban en él a cada instante. Se subía a los olivos y se doblaba con la mano extendida sobre las cejas. Los jardines estaban desiertos y la puerta roja con la cruz negra permanecía constantemente cerrada.

Más de veinte veces dio la vuelta a las fortificaciones, buscando alguna brecha para entrar. Una noche se arrojó al golfo, y durante tres horas nadó sin descanso. Llegó al final de los Mappales y quiso trepar por el acantilado. Se desolló las rodillas, se rompió las uñas y luego se tiró de nuevo al gua y se volvió.

Su impotencia le exasperaba. Tenía celos de aquella Cartago que guardaba a Salambó, como de alguien que la hubiese poseído. A su abatimiento sucedió el ardor de una acción loca y continua. Con las mejillas encendidas, los ojos irritados y ronca la voz corría con paso rápido el campamento; o bien, sentado en la orilla, frotaba con arena su enorme espada. Disparaba flechas contra los buitres que pasaban. Su corazón se desbordaba en palabras furiosas.

—Deja correr tu cólera como un carro que rueda —le decía Spendius—. Grita, blasfema, destruye y mata. El dolor se aplaca con sangre, y ya que no puedes saciar tu amor, alimenta tu odio. ¡Éste te sostendrá!

Matho volvió a tomar el mando de sus soldados. Los obligaba a hacer rudas maniobras implacablemente. Se le respetaba por su valor y, sobre todo,

por su fuerza. Además, inspiraba como un temor místico; se creía que de noche hablaba con los fantasmas. Los demás capitanes se animaron con su ejemplo. El ejército se disciplinó enseguida. Los cartagineses oían desde sus casas los toques de las bocinas que dirigían las maniobras. Por último, los bárbaros se acercaron.

Para aplastarlos en el istmo se hubiera necesitado que dos ejércitos pudiesen atacarlos a la vez por la espalda, desembarcando uno en el golfo de Útica y el otro en la montaña de las Aguas Calientes. Pero ¿qué se podía hacer con sólo la legión sagrada, integrada a lo sumo por seis mil hombres? Si los mercenarios se inclinaban hacia el oriente, se unirían a los nómadas interceptando la carretera de Cirene y el comercio del desierto. Si se replegaban hacia el occidente, se sublevaría la Numidia. Finalmente, la falta de víveres los llevaría a devastar, tarde o temprano, como una nube de langosta, las campiñas inmediatas. Los ricos temblaban por sus hermosas quintas, por sus viñedos y por sus cultivos.

Hannón propuso medidas drásticas e irrealizables, tales como prometer una fuerte suma por la cabeza de cada bárbaro o que se incendiase su campamento por medio de barcos y catapultas. Por el contrario, su colega Giscón quería que se les pagase; pero, a causa de su popularidad, los miembros del consejo de los ancianos le detestaban, pues temían el riesgo de que se impusiera un jefe y, por temor a la monarquía, se esforzaban en atenuar lo que de ella subsistía o la podía restablecer.

Fuera de las fortificaciones habitaba una raza de origen desconocido, integrada por cazadores de puercoespines y comedores de moluscos y de serpientes. Iban a las cavernas a cazar hienas vivas, con las que se divertían haciéndolas correr de noche por las arenas de Megara, entre las estelas de las tumbas. Sus cabañas, de barro y algas, se pegaban al acantilado como nidos de golondrinas. Vivían allí sin gobierno y sin dioses, todos revueltos, completamente desnudos, débiles y feroces a un tiempo, y execrados por el pueblo desde hacía muchos siglos, a causa de sus inmundos alimentos. Una mañana los centinelas advirtieron que se habían ido todos.

Por fin, los miembros del gran consejo tomaron una resolución. Fueron al campamento, sin collares ni cinturones, en sandalias descubiertas, como simples particulares. Avanzaban con paso tranquilo, saludando a los capitanes o bien se detenían a hablar con los soldados, diciéndoles que todo estaba arreglado y que se haría justicia a sus reclamaciones.

Muchos de estos consejeros visitaban por vez primera un campo de mercenarios. En lugar de la confusión que se habían imaginado, vieron por todas partes un orden y un silencio impresionante. Una fortificación de tierra encerraba al ejército en una alta muralla, inquebrantable al choque de las

catapultas. El suelo de las calles estaba regado con agua fresca. Por los agujeros de las tiendas se advertían pupilas salvajes que brillaban en la sombra. Los haces de picas y las panoplias que estaban colgadas los deslumbraban como si fuesen espejos. Se hablaba en voz baja y temían derribar cualquier objeto con sus largos vestidos.

Los soldados pidieron víveres, comprometiéndose a pagarlos con el dinero que se les debía.

Les enviaron bueyes, corderos, pintadas, frutas secas y conejos, con caballas ahumadas, esas caballas excelentes que Cartago expedía a todos los puertos. Pero daban vueltas desdeñosamente en torno a los magníficos ganados y, denigrando a quienes los codiciaban, ofrecían por un morueco lo que valía un pichón y por tres cabras el precio de una granada. Los comedores de cosas inmundas, que habían llevado como árbitros, afirmaban que trataba de engañárseles. Entonces los mercenarios tiraban de espada y amenazaban con matarlos.

Los comisarios del gran consejo tomaron nota del número de anualidades que se debía a cada soldado. Pero era imposible ya saber a punto fijo cuántos mercenarios se habían enganchado en el ejército, y los miembros del consejo de ancianos se asustaron de lo exorbitante de la suma que debería pagarse. Era preciso vender la reserva de silphium y sobrecargar de impuestos a las colonias. Los mercenarios se impacientarían. Túnez los apoyaba. Los ricos, aturdidos por el furor de Hannón y los reproches de su colega, recomendaron a los ciudadanos que conociesen a algún bárbaro, que fueran a visitarlo inmediatamente para ganarse de nuevo su amistad, haciéndoles buenas promesas... Pensando que esta confianza los calmaría.

Comerciantes, escribas, obreros del arsenal, familias enteras se dirigieron al campamento de los bárbaros.

Los soldados permitieron la entrada a todos los cartagineses, pero por un paso tan estrecho que apenas podían pasar cuatro hombres a la vez. Spendius, de pie junto a la barrera, los hacía registrar cuidadosamente. Matho, frente a él, examinaba aquella multitud, tratando de encontrar a alguien a quien hubiese visto en el palacio de Salambó.

El campamento parecía una ciudad; tal era la muchedumbre y la agitación que en él reinaba. Las dos multitudes distintas se mezclaban sin confundirse, una vestida de tela o de lana con gorros de fieltro en forma de piña, y la otra vestida con sus armaduras y sus cascos. En medio de los criados y de los vendedores ambulantes circulaban mujeres de todas las razas; morenas como dátiles maduros, verdosas como aceitunas, amarillas como naranjas, vendidas por los marineros, escogidas en los tabucos, robadas a las caravanas, tomadas en el saqueo de las ciudades, a quienes se hartaba de amor mientras eran

jóvenes y se las tundía a palos cuando llegaban a viejas, y que venían a morir después de las derrotas a lo largo de los caminos, entre los bagajes, con las acémilas abandonadas. Las mujeres de los nómadas balanceaban sobre sus talones túnicas de pelo de dromedario, cuadradas y de color leonado; cortesanas de la Cirenaica, envueltas en tules violetas y con las cejas pintadas, cantaban sentadas en cuclillas sobre esteras; negras viejas, de pechos colgando, recogían, para hacer fuego, excrementos de animal que desecaban al sol; las siracusanas llevaban placas de oro en la cabellera; las lusitanas, collares de conchas; las mujeres de los galos, pieles de lobo sobre su pecho blanco, y arrapiezos robustos, llenos de suciedad y de piojos, desnudos, incircuncisos, daban a los que pasaban cabezazos en el vientre, o llegando por detrás, como tigrezuelos, les mordían las manos.

Los cartagineses se paseaban por el campamento, sorprendidos de la multitud de cosas que allí encontraban. Los más pobres estaban tristes y los otros disimulaban su inquietud.

Los soldados les daban palmadas en el hombro, animándolos a divertirse. En cuanto veían a un personaje lo invitaban a tomar parte en sus juegos. Cuando jugaban al disco se las arreglaban para aplastarle los pies, y en el pugilato, al primer envite, le rompían la mandíbula. Los honderos asustaban a los cartagineses con sus hondas; los psilos, con víboras, y los jinetes con sus caballos. Aquellas gentes de ocupaciones pacíficas, a cada ultraje, bajaban la cabeza y se esforzaban por sonreír. Algunos, presumiendo de valientes, les decían por señas que querían ser soldados. Se les hacía partir leña y almohazar mulos. Les ponían una armadura y los rodaban como toneles por las calles del campamento. Y cuando se disponían a marcharse, los mercenarios se mesaban los cabellos con grotescas contorsiones.

Pero muchos, por necesidad o prejuicio, creían sinceramente que todos los cartagineses eran muy ricos y los acosaban suplicándoles que les dieran alguna cosa. Pedían todo lo que les parecía bonito: un anillo, un cinturón, sandalias, la franja de una túnica y cuando el cartaginés despojado exclamaba: «Si no tengo nada más. ¿Qué quieres?», unos les contestaban: «¡Tu mujer!», y otros decían: «¡Tu vida!».

Las cuentas militares fueron remitidas a los capitanes, leídas a los soldados y aprobadas definitivamente. Entonces reclamaron tiendas, y se las dieron. Después los polemárcas griegos pidieron algunas de las hermosas armaduras que se fabricaban en Cartago; el gran consejo votó un crédito para adquirirlas. Pero los jinetes consideraban lógico que la república los indemnizara de la pérdida de sus caballos: uno afirmaba haber perdido tres en tal asedio; otro, cinco en tal marcha; otro, catorce despeñados en los precipicios. Les ofrecieron garañones de Hecatómpila, pero optaron por el dinero.

Pidieron luego que se les pagara en plata, en piezas de plata y no en monedas de cuero, todo el trigo que se les debía y al precio más alto a que se hubiera vendido durante la guerra, de modo que exigían por una medida de harina cuatrocientas veces más de lo que dieron por un saco de trigo. Tal injusticia exasperó a los cartagineses, pero tuvieron que pasar por ella.

Entonces los delegados de los soldados y los del gran consejo se reconciliaron, jurando por el genio de Cartago y por los dioses de los bárbaros. Con las demostraciones y la facundia orientales, se excusaron y se hicieron mil cumplidos. Luego los soldados reclamaron, en prueba de amistad, el castigo de los traidores que les habían indispuerto con la república.

Fingieron no comprenderlos. Entonces se explicaron ya con toda claridad, diciendo que querían la cabeza de Hannón.

Muchas veces al día salían de su campamento; se paseaban al pie de las murallas. Gritaban que les arrojasen la cabeza del sufeta, y extendían sus manos para recogerlas.

El gran consejo hubiera cedido tal vez, a no ser por una última exigencia más injuriosa que las anteriores: pidieron en matrimonio, para sus jefes, vírgenes elegidas entre las principales familias. Fue una idea de Spendius, que muchos la encontraron muy razonable y fácil de realizar. Pero esta pretensión de querer mezclarse con la sangre púnica indignó al pueblo; se les dijo rotundamente que no les darían nada más. Entonces gritaron que se les había engañado y que si antes de tres días no llegaba su paga, entrarían ellos mismos a cogerla en Cartago.

La mala fe de los mercenarios no era tan completa como pensaban sus enemigos. Amílcar les había hecho promesas exorbitantes, vagas, es verdad, pero solemnes y reiteradas. Pudieron creer, al desembarcar en Cartago, que se les entregaría la ciudad y que se repartirían sus tesoros; pero cuando vieron que apenas se les pagaba su soldada, la desilusión hirió su orgullo y su codicia.

Dionisio, Pirro, Agatocles y los generales de Alejandro ¿no eran ejemplos de fortunas maravillosas? El ideal de Hércules, que los cananeos confundían con el sol, resplandecía en el horizonte de los ejércitos. Se sabía que simples soldados habían llevado diademas, y el estruendo de los imperios que se desmoronaban hacía soñar a los galos en sus bosques de encinas y a los etíopes en las arenas de sus desiertos. Pero había un pueblo siempre dispuesto a pagar y utilizar a los valientes; y el ladrón arrojado de su tribu, el parricida que vagaba por los caminos, el sacrílego perseguido por los dioses, todos los hambrientos, todos los desesperados, procuraban llegar al puerto donde el agente de Cartago reclutaba soldados. Por lo general, Cartago cumplía las promesas, pero esta vez el exceso de su avaricia le había llevado a una infamia peligrosa. Los númidas, los libios, África entera iba a caer sobre Cartago. Sólo

estaba libre por mar; pero allí se encontraban los romanos... Como un hombre asaltado por asesinos, la república sentía que la muerte la rondaba.

Fue preciso recurrir a Giscón; los bárbaros aceptaron su mediación particularísima. Una mañana vieron bajarse las cadenas del puerto, y tres barcos de poco calado, pasando por el canal de la Taenia, entraron en el lago.

En la proa del primero se veía a Giscón. Detrás de él, y más alta que un catafalco, se elevaba una caja enorme, con anillos pendientes parecidos a coronas. Aparecía luego la legión de los intérpretes, peinados como esfinges y con un papagayo tatuado en el pecho. Seguían amigos y esclavos, todos sin armas, y eran tan numerosos que se tocaban hombro con hombro. Las tres barcas, cargadas hasta los topes, a punto de zozobrar, avanzaban entre las aclamaciones de los soldados.

En cuanto desembarcó Giscón, los soldados corrieron a su encuentro. Con sacos hizo levantar una especie de tribuna y declaró que no se iría sin haberles pagado íntegramente a todos.

Estallaron estruendosos aplausos: permaneció un buen rato sin poder hablar.

Luego censuró los errores de la república y los de los bárbaros; la culpa era de algunos sediciosos, que con su violencia habían asustado a Cartago. La mejor prueba de las buenas intenciones de la ciudad era que lo enviaban a él, el eterno adversario del sufeta Hannón, a tratar con ellos. No debían suponer que el pueblo fuera tan inepto que quisiera irritar a unos valientes, ni tan ingrato que menospreciara sus servicios. Giscón empezó a pagar a los soldados, comenzando por los libios. Como éstos habían declarado que las listas eran engañosas, no se sirvió de ellas.

Iban desfilando ante él, por pueblos, abriendo sus dedos para decir el número de años; se les marcaba sucesivamente en el brazo izquierdo con pintura verde; los escribas sacaban el dinero de un cofre abierto, y otros, con un estilete, iban haciendo agujeros en una lámina de plomo.

Pasó un hombre que andaba pesadamente, recordando a los bueyes.

—Sube a mi lado —le dijo el sufeta, sospechando algún fraude—. ¿Cuántos años has servido?

—Doce años —respondió el libio.

Giscón le pasó los dedos por debajo de la mandíbula, pues el bornaquejo del casco producía a la larga dos callosidades. Se las llamaba algarrobas. Y tener las algarrobas era una expresión que equivalía a ser un veterano.

—¡Ladrón! —exclamó el sufeta—. ¡Lo que te falta en la cara debes llevarlo en los hombros! —y desgarrándole su túnica le descubrió las espaldas

llenas de llagas sangrientas. Era un labrador de Hippo-Zarita. Le silbaron y fue decapitado.

En cuanto se hizo de noche, Spendius fue a despertar a los libios, y les dijo:

—Cuando los ligures, los griegos, los baleares y los hombres de Italia reciban sus pagas, regresarán a sus países. Pero vosotros os quedaréis en África, dispersos en vuestras tribus y sin defensa alguna. ¡Entonces se vengará la república! ¡Desconfiad del viaje! ¿Vais a dar crédito a semejantes palabras? Los dos sufetas están de acuerdo. Éste os engaña. ¡Acordaos de la isla de los Esqueletos y de Xantipo, al que enviaron a Esparta en una galera podrida!

—¿Qué debemos hacer? —le preguntaban.

—¡Reflexionad! —decía Spendius.

Los dos días siguientes se pasaron en pagar a las gentes de Magdala, de Leptis y de Hacamópila. Spendius se introdujo entre los galos.

—Pagan a los libios, enseguida pagarán a los griegos, después a los baleares, a los asiáticos y a todos los demás. ¡Pero a vosotros, como sois pocos, no os darán nada! ¡No volveréis a ver vuestra patria! ¡No tendréis barcos! Os matarán para ahorrarse la comida.

Los galos fueron a ver al sufeta. Autharita, a quien Giscón había golpeado en el palacio de Amílcar, lo interpeló. Desapareció, al ser rechazado por los esclavos, pero jurando que se vengaría.

Las reclamaciones y las quejas se multiplicaron. Los más obstinados penetraban en la tienda del sufeta. Para enternecerlo le cogían sus manos, le hacían palpar sus bocas sin dientes, sus brazos enflaquecidos y las cicatrices de sus heridas. Los que no habían cobrado aún se irritaban; los que habían recibido su paga, reclamaban otra por sus caballos; los vagabundos, los desterrados, haciéndose con las armas de los soldados, afirmaban que se les desatendía. A cada instante llegaban oleadas de hombres; las tiendas crujían, caían al suelo; la multitud, apiñada entre los fortines del campamento, oscilaba dando grandes gritos desde las puertas hasta el centro. A pesar del tumulto, Giscón apoyaba un codo en su cetro de marfil y, contemplando el mar, permanecía inmóvil, con los dedos hundidos en la barba.

Matho se apartaba con frecuencia para ir a conversar con Spendius; luego volvía a colocarse frente al sufeta, y Giscón sentía constantemente sus pupilas como dos faláricas llameantes clavadas en él. Muchas veces, de entre la muchedumbre, se elevaron injurias, que no comprendía. Sin embargo, la distribución continuaba y el sufeta sabía vencer todos los obstáculos.

Los griegos quisieron protestar por la diferencia de las monedas. Giscón

les dio tales explicaciones, que se retiraron sin rechistar. Los negros reclamaron ser pagados con las conchas blancas que se utilizaban en el comercio del interior de África. Les ofreció que irían a buscarlas a Cartago, y, como los demás, aceptaron el dinero.

Pero a los baleares se les había prometido algo mejor; mujeres. El sufeta les respondió que se esperaba para ellos toda una caravana de jóvenes vírgenes: el camino era largo y aún tardarían seis lunas (o meses) en llegar. Cuando estuvieran bien gordas y perfumadas con benjuí se las enviarían en barcos a los puertos de las Baleares.

De repente, Zarxas, remozado y vigoroso, saltó como un batelero sobre los hombros de sus amigos, y exclamó:

—¿Qué has reservado para los cadáveres? —y al decir esto señalaba la puerta de Ramón, en la muralla de Cartago.

A los últimos resplandores del sol las planchas de bronce, que la revestían de arriba abajo, refulgían; los bárbaros creyeron ver en ella un rastro sangriento. Cada vez que Giscón quería hablar, ellos gritaban insistentes. Por fin, bajó con paso grave y se encerró en su tienda.

Cuando volvió a salir al amanecer, sus intérpretes, que dormían afuera, no se movieron; estaban tendidos boca arriba, con los ojos abiertos, la lengua entre los dientes y la cara azulada. Mucosidades blancas fluían de sus narices, y sus miembros parecían rígidos, como si el frío de la noche los hubiese helado. Alrededor del cuello tenían todos un pequeño lazo de juncos.

Desde aquel instante la rebelión fue en aumento. El asesinato de los baleares, que les había recordado Zarxas, confirmaba las desconfianzas de Spendius. Se imaginaban que la república intentaba engañarlos siempre. ¡Había que acabar con ella! ¡No había necesidad de intérpretes! Zarxas, con una honda alrededor de su cabeza, cantaba canciones de guerra; Autharita blandía su gran espada; Spendius, mientras susurraba a uno sutiles palabras, proporcionaba a otro un puñal. Los más fuertes intentaban cobrar por sí mismos; los menos furiosos pedían que continuase la distribución. Nadie soltaba ya sus armas, y todas las iras se aunaron contra Giscón en un odio tumultuoso.

Algunos se le aproximaban dispuestos a hablar en la tribuna. Si se limitaban a vociferar injurias, se los escuchaba con paciencia; pero si le tentaban con la menor palabra, eran inmediatamente lapidados, o cercenadas sus cabezas a traición de un espadazo. El montón de sacos estaba más rojo que un altar.

¡Resultaban terribles después de las comidas, cuando estaban ebrios! Era un exceso prohibido bajo pena de muerte en los ejércitos púnicos, y

levantaban sus copas volviéndose hacia Cartago como una irrisión para su disciplina. Luego se iban en busca de los esclavos del fisco y se dedicaban a matarlos. La palabra «hiere», distinta en cada lengua, la comprendían todos.

Giscón sabía que la patria lo abandonaba, pero a pesar de esta ingratitud no quería deshonrarla. Cuando le recordaron que les habían prometido barcos, juró por Moloch que se los proporcionaría él mismo, a costa suya, y arrancándose su collar de piedras azules, lo arrojó entre la multitud para reforzar su juramento.

Entonces los africanos reclamaron el trigo que les había prometido el gran consejo. Giscón extendió las cuentas de los syssitas, hechas con pintura violeta en pieles de oveja; leyó todo lo que había entrado en Cartago, mes por mes y día por día.

De pronto se detuvo con los ojos muy abiertos, como si hubiese descubierto entre las cifras su sentencia de muerte.

En efecto, los ancianos del consejo las habían reducido fraudulentamente, y el trigo vendido durante la época más calamitosa de la guerra figuraba a un precio tan bajo, que resultaba imposible no advertir el engaño.

—¡Habla! —le gritaron—. ¡Más alto! ¡Ah, es que el cobarde trata de mentir! ¡Desconfiemos de él!

Durante unos instantes vaciló. Por fin, reanudó su lectura.

Los soldados, sin sospechar que se los engañaba, dieron por buenas las cuentas de los syssitas. Entonces se apoderó de ellos una envidia furiosa, al ver la abundancia característica de Cartago. Rompieron la caja de sicómoro; estaba vacía en sus tres cuartas partes. Habían visto salir de ella tales cantidades de dinero que la creían inagotable. Sin duda, Giscón debía haber escondido el dinero en su tienda. Escalaron los sacos, Matho los conducía, y como gritasen: «¡El dinero, el dinero!», Giscón respondió al fin.

—¡Que os lo dé vuestro general!

Los miraba cara a cara, sin hablar, con sus ojos grandes y amarillos y su cara alargada, más pálida que su barba. Una flecha, detenida por las plumas, vibraba en el ancho anillo de oro, y un hilillo de sangre corría de su tiara hasta su hombro.

A un gesto de Matho avanzaron todos. Giscón extendió los brazos; Spendius, con un nudo corredizo, le ató las muñecas; otro lo derribó, y el sufeta desapareció entre el desorden de la multitud que se echaba sobre los sacos.

Saquearon su tienda. Sólo encontraron en ella las cosas más indispensables para la vida; luego, al buscar mejor, aparecieron tres imágenes de Tanit y, en

una piel de mono, una piedra negra caída de la luna. Muchos cartagineses habían querido acompañarlo; eran hombres importantes y todos partidarios de la guerra.

Los sacaron de sus tiendas y fueron arrojados al foso de las inmundicias. Con cadenas de hierro fueron atados por el vientre a sólidas estacas, y les daban el alimento en la punta de una jabalina.

Autharita, al tiempo que los vigilaba, los colmaba de invectivas, pero como no entendían su lengua, no contestaban; el galo, de cuando en cuando, se entretenía en tirarles piedras a la cara para hacerlos gritar.

**

Desde el día siguiente una especie de desasosiego se apoderó del ejército. Ahora que su cólera estaba satisfecha los dominaban las inquietudes. Matho sufría una vaga tristeza. Le parecía haber ultrajado indirectamente a Salambó. Aquellos ricos eran como una prolongación de su persona. Se sentaba por la noche al borde del foso y encontraba en sus gemidos algo de la voz que vibraba en su corazón.

Mientras tanto, todos acusaban a los libios, que eran los únicos a quienes les habían pagado. Pero al mismo tiempo que se avivaban las antipatías nacionales con los odios personales, sentían el peligro de entregarse a tales rencillas. Después de un atentado semejante las represalias serían terribles. Por tanto, había que precaverse contra la venganza de Cartago. Los conciliábulos y las arengas eran interminables. Hablaban todos, no escuchaban a nadie, y Spendius, tan locuaz de ordinario, se encogía de hombros ante todas las proposiciones.

Una noche le preguntó a Matho negligentemente si no había fuentes en el interior de la ciudad.

—¡Ni una! —respondió Matho.

Al día siguiente, Spendius lo llevó a la orilla del lago.

—¡Jefe! —le dijo el antiguo esclavo—. Si tu corazón es intrépido, te conduciré a Cartago.

—¿Cómo? —preguntó el libio, jadeante.

—¡Jura ejecutar todas mis órdenes y seguirme como una sombra! Entonces Matho, levantando su brazo hacia el planeta Chabar, exclamó:

—¡Lo juro por Tanit!

Spendius añadió:

—Mañana, después de ponerse el sol, me esperarás al pie del acueducto,

entre el noveno y el décimo arco. Llévate un pico de hierro, un casco sin penacho y sandalias de cuero.

El acueducto a que aludía atravesaba oblicuamente todo el istmo, obra considerablemente agrandada más tarde por los romanos. A pesar de su desprecio a otros pueblos, Cartago les había copiado torpemente este nuevo invento, lo mismo que hizo Roma con la galera púnica. Cinco hileras de arcos superpuestos, de abultada arquitectura, con contrafuertes en la base y cabezas de león en lo alto, llegaban hasta la parte occidental de la acrópolis, donde se hundían debajo de la ciudad para verter casi un río en las cisternas de Megara.

A la hora convenida, Spendius se encontró con Matho. Ató una especie de arpón al extremo de una cuerda, la hizo dar vueltas rápidamente como una honda, clavó los garfios de hierro y, uno detrás de otro, escalaron la pared.

Pero cuando llegaron al primer piso, como se caía el arpón cada vez que lo echaban, tuvieron que caminar por el borde de la cornisa para descubrir alguna hendidura. La cornisa se iba estrechando a cada hilera de arcos... La cuerda se aflojó. Varias veces estuvo a punto de romperse.

Por fin, llegaron a la plataforma superior. Spendius, de cuando en cuando, se agachaba para tantear las piedras con la mano.

—¡Allí es! —dijo—. ¡Comencemos! —y valiéndose del venablo que trajo Matho consiguieron apartar una de las losas.

Vieron a lo lejos un grupo de jinetes que galopaban en caballos sin bridas. Sus brazaletes de oro resaltaban entre los vaporosos paños de sus mantos. Se distinguía al frente de ellos a un hombre coronado con plumas de avestruz y galopando con una lanza en cada mano.

—¡Narr-Havas! —exclamó Matho.

—¡Qué nos importa! —replicó Spendius, y se metió por el agujero que acababa de abrir al separar la losa.

A una orden suya, Matho trató de recubrir el agujero. Pero por falta de espacio no podía mover los codos.

—Volveremos —dijo Spendius—; pasa delante —y los dos se aventuraron por el conducto de las aguas.

Les llegaba el agua hasta la cintura. Muy pronto perdieron pie y tuvieron que nadar. Sus miembros tropezaban contra las paredes del canal, demasiado estrecho. El agua corría casi tocando la losa superior. Se desgarraban la cara. Luego la corriente los arrastró. Un aire más pesado que el de un sepulcro les oprimía el pecho, y con la cabeza bajo los brazos, las rodillas juntas y estirándose cuanto podían pasaban como flechas en la oscuridad, jadeantes, dando boqueadas, casi muertos. De repente todo se volvió negro ante ellos y

aumentó la velocidad de las aguas. Cayeron.

Cuando volvieron a la superficie se mantuvieron durante unos minutos tendidos de espaldas, aspirando deliciosamente el aire. Las arcadas, unas a continuación de otras, se abrían en medio de las anchas paredes que separaban los depósitos. Todos estaban llenos y el agua formaba una extensa superficie a lo largo de las cisternas. Las cúpulas del techo dejaban pasar por un tragaluz una pálida claridad que reflejaba en las ondas como discos de luz, y las tinieblas del contorno, que se espesaban hacia las paredes, parecía alejarlas indefinidamente. El menor ruido producía un eco intenso.

Spendius y Matho se pusieron a nadar de nuevo y, pasando por la abertura de los arcos, atravesaron varios compartimentos seguidos. Otras dos hileras de depósitos más pequeños se extendían paralelamente a cada lado. Se perdieron, retrocedían, volvían a encontrarse. Por fin, algo resistió bajo sus pies. Era el pavimento de la galería que bordeaba las cisternas.

Entonces, avanzando con grandes precauciones, tantearon el muro para encontrar una salida. Pero sus pies resbalaban; caían en pilones profundos para volver a levantarse, como si sus miembros al nadar se disolvieran en el agua. Sus ojos se cerraron; agonizaban.

Spendius dio con la mano contra los barrotes de una reja. Tiraron de ella, cedió y se encontraron en los tramos de una escalera. Una puerta de bronce la cerraba por encima. Con la punta de un puñal apartaron la barra que se abría desde fuera; de pronto, los envolvió una ráfaga de aire puro.

La noche estaba transida de silencio y el cielo parecía de una altura desmesurada. Hileras de árboles elevaban sus ramas sobre las largas líneas de las murallas. Toda la ciudad dormía. Los fuegos de las avanzadillas brillaban como estrellas perdidas.

Spendius, que había pasado tres años en la ergástula, no conocía bien los barrios. Matho conjeturó que, para ir al palacio de Amílcar, debían tomar a la izquierda, atravesando los Mappales.

—No —dijo Spendius—; condúceme al templo de Tanit. Matho quiso hablar.

—¡Acuérdate! —dijo el antiguo esclavo, y levantando su brazo, le indicó el planeta Chabar, que resplandecía.

Entonces Matho se volvió silenciosamente hacia la acrópolis.

Se arrastraban a lo largo de las cercas de nopales que bordeaban los senderos. Chorreaba el agua de sus cuerpos sobre el polvo del suelo. Sus sandalias húmedas no hacían ningún ruido. Spendius, con sus ojos más brillantes que antorchas, registraba a cada paso los matorrales y caminaba

detrás de Matho con las manos en los mangos de los dos puñales que llevaba en los brazos, sostenidos bajo las axilas por una banda de cuero.

V. Tanit

Cuando salieron de los jardines se vieron detenidos por el recinto de Megara. Pero descubrieron una brecha en la gruesa muralla y pasaron por ella.

El terreno descendía, formando una especie de valle muy ancho. Era una plaza descubierta.

—¡Escucha —dijo Spendius— y no temas nada!... Cumpliré mi promesa...

Se interrumpió; reflexionaba como buscando las palabras que iba a decir.

—¿Te acuerdas cuando una vez te señalé, Matho, al salir el sol, desde la azotea de Salambó la ciudad de Cartago? ¡Aquel día éramos fuertes, pero tú no quisiste escucharme! —y tras un silencio añadió con voz grave—: Amo, en el santuario de Tanit hay un velo misterioso, caído del cielo, que envuelve a la diosa.

—Lo sé —dijo Matho.

—Es un velo divino, pues forma parte de la deidad. Los dioses ejercen su poder donde residen. Cartago es poderosa, porque Cartago posee el simulacro de la diosa —y acercándose a su oído, le dijo—: ¡Te he traído conmigo para robarlo!

Matho retrocedió horrorizado.

—¡Vete! ¡Búscate a otro! Yo no quiero ayudarte en esta acción execrable.

—Pero Tanit es tu enemiga —replicó Spendius—; te persigue, y su cólera te mata. Te vengarás de ella. La diosa te obedecerá. Serás casi inmortal e invencible.

Matho bajó la cabeza. Spendius prosiguió:

—Sucumbiríamos; el ejército se aniquilaría por sí mismo. ¡No tenemos escapatoria posible, ni socorro, ni perdón! ¿Qué castigo puedes temer de los dioses si tienes su poder en tus manos? ¿Prefieres morir en la amargura de una derrota, miserablemente, al amparo de un matorral, o entre el ultraje del populacho, en las llamas de una hoguera? Jefe, un día entrarás en Cartago entre los colegios de los pontífices, que besarán tus sandalias; y si el velo de Tanit te pesa aún, lo devolverás a su templo. ¡Sígueme! ¡Ven a cogerlo!

Un ansia terrible devoraba a Matho. Hubiera querido poseer el velo sin cometer ningún sacrilegio. Se decía que acaso no tendría necesidad de cogerlo para acaparar su virtud. No iba hasta el fondo de su pensamiento, parándose en el límite que le espantaba.

—¡Vamos! —dijo, y se alejaron con paso rápido, uno al lado del otro, sin hablarse.

El terreno volvió a elevarse; las casas de las quintas aparecieron. Torcían por calles estrechas en medio de las tinieblas. Jirones de esparto que cerraban las puertas golpeaban contra las paredes. En una plaza unos camellos rumiaban ante un montón de hierba cortada. Luego pasaron por debajo de una galería cubierta de follaje. Ladró una jauría de perros. Pero, de repente, se ensanchó el espacio y reconocieron la cara occidental de la acrópolis. Más abajo de Byrsa se destacaba una gran mole negra: era el templo de Tanit, conjunto de monumentos y jardines, de patios y antepatios, rodeado de un pequeño muro de piedras secas. Spendius y Matho lo franquearon.

Este primer recinto encerraba un bosque de plátanos, plantados por precaución contra la peste y el aire infestado. Acá y allá estaban diseminadas las tiendas en que se vendían durante el día pastas depilatorias, perfumes, vestidos, dulces en forma de medias lunas e imágenes de la diosa con reproducciones del templo, grabados en un bloque de alabastro.

No tenían nada que temer, pues las noches en que no salía el astro se suspendían todos los ritos. Sin embargo, Matho acertaba el paso; se detuvo ante los tres peldaños de ébano que conducían al segundo recinto.

—¡Adelante! —dijo Spendius.

Granados, almendros, cipreses y mirtos, inmóviles como si fuesen de bronce, alternaban con regularidad; el camino, pavimentado con guijarros azules, crujía bajo sus pies, y rosas en flor se mecían como cunas a lo largo de la avenida. Llegaron a una abertura oval, defendida por una verja. Entonces, Matho, a quien espantaba aquel silencio, le dijo a Spendius:

—Aquí es donde se mezclan las aguas dulces con las aguas amargas.

—Yo he visto todo esto —respondió el antiguo esclavo— en Siria, en la ciudad de Maphug.

Por una escalera de seis peldaños de plata subieron al tercer recinto.

Un cedro enorme se erguía en el centro. Sus ramas más bajas desaparecían bajo los montones de telas y collares que había colgado en ellas los fieles. Avanzaron aún unos pasos y apareció ante ellos la fachada del templo.

Dos largos pórticos, cuyos arquivoltas descansaban sobre unos pilares muy gruesos, flanqueaban una torre cuadrangular, adornada en su plataforma con

una luna en cuarto creciente. En los ángulos de los pórticos y en las cuatro esquinas de la torre se elevaban vasos llenos de aromas encendidos. Granadas y coloquintidas festoneaban los capiteles. Entrelizos, rombos y líneas de perlas se alternaban en los muros, y una barandilla de filigrana de plata formaba un amplio semicírculo delante de la escalera de bronce que bajaba del vestíbulo.

Había a la entrada, entre una estela de oro y otra de esmeralda, un cono de piedra. Matho, al pasar por su lado, se besó la mano derecha.

La primera cámara era muy alta, con innumerables aberturas en su bóveda; al levantar la cabeza se podían ver las estrellas. Alrededor de la pared, en cestas de cañas, se amontonaban barbas y cabelleras, primicias de adolescentes; y, en medio de la sala circular, el cuerpo de una mujer salía de una vaina cubierta de mamas. Gruesa, barbuda y con los párpados caídos, parecía sonreír, cruzando sus manos en la parte baja de su vientre redondo, pulido por los besos de la muchedumbre.

Después volvieron a encontrarse al aire libre, en un corredor transversal, donde un altar de exiguas proporciones se apoyaba contra una puerta de marfil. Nadie pasaba de allí; sólo los sacerdotes podían abrir aquella puerta, pues un templo no era un lugar de reunión para la multitud, sino la vivienda particular de una divinidad.

—¡La empresa es imposible! —decía Matho—. Tú no habías pensado en esto. ¡Volvámonos! —mientras Spendius examinaba las paredes.

Quería el velo, no porque tuviese confianza en su virtud —Spendius sólo creía en el oráculo—, sino porque estaba persuadido de que los cartagineses, al verse privados de él, caerían en un gran abatimiento. Para buscar una salida dieron la vuelta por detrás del altar.

Se veían, bajo grupos de terebintos, edículos de formas diferentes. Acá y allá se erguía un falo de piedra; grandes ciervos erraban tranquilamente, empujando con sus pezuñas las piñas caídas por el suelo.

Volvieron sobre sus pasos entre dos largas galerías que se adelantaban paralelamente. Unas celdillas se abrían a los lados. Tamboriles y címbalos pendían de arriba abajo en sus columnas de cedro. Unas mujeres dormían fuera de las celdas, tendidas sobre esteras. Sus cuerpos, engrasados con ungüentos, exhalaban un olor a especias y a pebeteros apagados; estaban tan cubiertas de tatuajes, de collares, de anillos, de bermellón y de antimonio que, a no ser por el movimiento de su pecho, se las hubiera tomado por ídolos tumbados en el suelo. Unos cuantos lotos florecían alrededor de una fuente, en la que nadaban unos peces parecidos a los de Salambó; luego, al fondo, contra la muralla del templo, refulgía una viña, cuyos sarmientos eran de vidrio y los racimos de esmeralda: las irisaciones de las piedras preciosas parecían juegos

de luz entre las columnas pintadas, sobre los rostros de las durmientes.

Matho se ahogaba en la cálida atmósfera que se desprendía de la fecundación, aquellos perfumes, aquellos brillos y hálitos lo abrumaban. A través de los deslumbramientos místicos pensaba en Salambó. La confundía con la misma diosa, y su amor iba en aumento, desplegándose como los grandes lotos que florecen sobre las aguas profundas.

Spendius calculaba el dinero que hubiese ganado en otro tiempo vendiendo aquellas mujeres, y de un vistazo valoraba, al pasar, los collares de oro.

El templo era tan impenetrable por este lado como por el otro. Volvieron por detrás de la primera cámara. En tanto que Spendius buscaba, fisgoneaba, Matho, prosternado ante la puerta, imploraba a Tanit. Le rogaba que no permitiera aquel sacrilegio. Trataba de amansarla con palabras cariñosas, como se hace con una persona irritada.

Spendius observó por encima de la puerta una abertura estrecha.

—¡Levántate! —le dijo a Matho, y le hizo arrimarse contra la pared, bien derecho. Entonces, poniendo un pie en sus manos y luego otro sobre su cabeza, llegó a la altura de la tronera, se metió por allí y desapareció. Después Matho sintió caer sobre sus hombros una cuerda de nudos, la misma que Spendius se había arrollado a su cuerpo antes de arriesgarse a entrar en las cisternas; y, cogiéndose con ambas manos a ella, enseguida se encontró junto a Spendius en una gran sala llena de una densa oscuridad.

Semejantes atentados eran una cosa extraordinaria. La insuficiencia de medios para evitarlos atestiguaba bien a las claras que los consideraban imposibles. El terror, más que los muros, defendía los santuarios. Matho, a cada paso, creía que iba a morir.

Sin embargo, un resplandor brillaba en el fondo de las tinieblas. Se acercaron allí. Era una lámpara que ardía en una concha, sobre el pedestal de una estatua tocada con el gorro de los cabiros. Discos de diamantes esmaltaban su larga túnica azul, y unas cadenas que se hundían bajo las losas la retenían por los talones. Matho contuvo un grito. Balbuceaba:

—¡Oh! ¡Aquí está! ¡Aquí está! —Spendius cogió la lámpara para alumbrarse.

—¡Qué impío eres! —murmuró Matho. Sin embargo, lo seguía.

La sala en que entraron sólo tenía una pintura negra, que representaba a otra mujer. Sus piernas subían hasta lo alto de la muralla. Su cuerpo ocupaba todo el techo. De su ombligo pendía un hilo con un huevo enorme, y la figura caía sobre la otra pared, con la cabeza hacia abajo, hasta el nivel de las losas, en las que se apoyaban sus dedos puntiagudos.

Para seguir adelante apartaron un tapiz, pero sopló el viento y la luz se apagó.

Entonces anduvieron errantes, vagando a la ventura, perdidos en el dédalo de piedra de aquella complicada arquitectura. De pronto, notaron bajo sus pies una cosa de extraña suavidad. Saltaban y chisporroteaban chispas; caminaban sobre fuego. Spendius tocó el suelo y se dio cuenta de que estaba cuidadosamente alfombrado con pieles de lince; luego le pareció que una gruesa cuerda, húmeda, fría y viscosa, se deslizaba entre sus piernas. Hendiduras talladas en el muro dejaban pasar tenues rayos blancos. Avanzaban con esta luz incierta. Por fin, descubrieron una gran serpiente negra. Serpeó rápidamente y desapareció.

—¡Huyamos! —exclamó Matho—. ¡Es ella! ¡La oigo, ya viene!

—¡Oh, no! —respondió Spendius—. El templo está vacío.

En aquel instante una luz les hizo cerrar los ojos. Luego vieron en torno suyo a una infinidad de animales flacos, jadeantes, enseñando las garras y confundidos unos con otros, en un desorden misterioso que daba espanto. Serpientes con patas, toros con alas, peces con cabezas de hombre devoraban frutas, flores que se abrían en las fauces de los cocodrilos y elefantes, con la trompa levantada, volaban por el cielo, orgullosamente, como águilas. Un esfuerzo terrible distendía sus miembros incompletos o múltiples. Al sacar la lengua parecía como si quisiesen hacer salir su alma. Todas las formas se hallaban allí como si el receptáculo de los gérmenes, reventando en una súbita eclosión, se hubiera vaciado sobre las paredes de la sala.

Doce globos de cristal azul la rodeaban circularmente, sostenidos por monstruos que parecían tigres. Sus pupilas sobresalían como los ojos de los caracoles, y encorvando sus lomos poderosos se volvían hacia el fondo, donde resplandecía, en un carro de marfil, la Rabbet suprema, la omnifecunda, la última inventada.

Escamas, plumas, flores y pájaros le subían hasta el vientre. Por pendientes tenía unos címbalos de plata que le tintineaban en las mejillas. Sus ojos grandes miraban con fijeza, y una piedra luminosa, engastada en su frente como un símbolo obsceno, alumbraba toda la sala, al reflejarse por encima de la puerta, en espejos de cobre rojizo.

Matho dio un paso; una losa cedió bajo sus pies, y he aquí que las esferas empezaron a girar, los monstruos a rugir; se elevó una música, melodiosa y arrulladora como la armonía de los planetas; el alma tumultuosa de Tanit se desbordaba chorreando. De pronto, los monstruos cerraron la boca y los globos de cristal dejaron de girar.

Una lúgubre modulación ondeó algún tiempo en el aire, hasta que al fin se

extinguió.

—¿Y el velo? —dijo Spendius.

No se veía por ninguna parte. ¿Dónde estaría? ¿Cómo descubrirlo? ¿Y si los sacerdotes lo habían escondido? Matho experimentaba un desgarró en su corazón y como una decepción en su fe.

—¡Por aquí! —cuchicheó Spendius. Lo guiaba una inspiración. Arrastró a Matho detrás del carro de Tanit, donde una hendidura, de un codo de ancha, cortaba la pared de arriba abajo.

Entonces penetraron en una salita redonda y tan alta que parecía el interior de una columna. En el centro había una gran piedra negra, semiesférica, como un tamboril; encima de ella ardían unas llamas; por detrás se elevaba un cono de ébano, que sostenía una cabeza y dos brazos.

A distancia les pareció ver una nube cuajada de estrellas; de entre las profundidades de sus pliegues surgían mil figuras: Eschmún con los cabiros, algunos de los monstruos que ya habían visto, los animales sagrados de los babilonios, además de otros que ni Matho ni Spendius conocían. El velo pasaba como un manto bajo el rostro del ídolo, y remontándose desplegado sobre la pared, se enganchaba por los ángulos, a la vez azulado como la carne, amarillo como la aurora, purpúreo como el sol, innumerable, leve, diáfano, centelleante. Aquel era el manto de la diosa, el zaimph sagrado que nadie podía ver.

Los dos palidecieron.

—¡Cógelo! —dijo al fin Matho.

Spendius no vaciló, y, apoyándose en el ídolo, desenganchó el velo, que cayó a tierra. Matho puso la mano encima; después metió su cabeza por la abertura y se envolvió el cuerpo con él, separando los brazos para contemplarlo mejor.

—¡Vámonos! —dijo Spendius.

Matho, jadeante, permanecía con los ojos fijos en las losas. De pronto, exclamó:

—¿Y si fuera a su casa? ¡Ya no me da miedo su belleza! ¿Qué podría hacer contra mí? Ahora soy más que un hombre. ¡Me siento capaz de atravesar las llamas y de caminar sobre las aguas! ¡Qué emoción me embarga! ¡Salambó! ¡Salambó! ¡Yo soy tu dueño!

Su voz atronaba. A Spendius le pareció de mayor estatura y como transfigurado.

Se oyó un ruido de pasos, se abrió una puerta y apareció un hombre, un

sacerdote, con su gorro alto y los ojos desmesuradamente abiertos. Antes que pudiera hacer un ademán, Spendius se había precipitado sobre él y, estrechándole entre sus brazos, le clavó en los flancos los dos puñales. La cabeza chocó contra las losas.

Luego, inmóviles como el cadáver, permanecieron algún tiempo escuchando. No se oía más que el murmullo del viento por la puerta entreabierta.

Daba ésta a un pasadizo estrecho. Spendius se metió por él, Matho lo siguió y se encontraron casi inmediatamente en el tercer recinto, entre los pórticos laterales, donde estaban las habitaciones de los sacerdotes.

Detrás de las celdas debía de haber un camino más corto para salir. Se apresuraron para encontrarlo.

Spendius, arrodillándose al borde de la fuente, se lavó sus manos ensangrentadas. Las mujeres dormían. La viña de esmeraldas brillaba. Se pusieron en marcha de nuevo.

Pero alguien, por entre los árboles, corría detrás de ellos, y Matho, que llevaba el velo, sintió varias veces que tiraban de él suavemente, por debajo. Era un gran cinocéfalo, uno de los que vivían sueltos en el recinto de la diosa. Como si tuviese conciencia del robo, se agarraba al manto. Sin embargo, no se atrevían a pegarle por temor a que redoblara sus gritos; de pronto se aplacó su cólera y empezó a trotar al lado de ellos, balanceando su cuerpo, con sus largos brazos colgantes. Luego, al llegar a la barrera, de un salto se subió a una palmera.

Cuando salieron del último recinto se dirigieron al palacio de Amílcar, pues Spendius comprendió que era inútil querer disuadir a Matho de su propósito.

Tomaron por la calle de los Curtidores, la plaza de Muthumbal, el mercado de las hierbas y la encrucijada de Cynasyn. Al doblar una esquina, un hombre retrocedió, asustado por aquel objeto centelleante que brillaba entre las tinieblas.

—¡Oculta el zaimph! —dijo Spendius.

Se cruzaron con otras personas, pero no fueron vistos por ellas. Por fin divisaron las casas de Megara.

El faro, que se levantaba por la parte de atrás, en la cumbre del acantilado, iluminaba el cielo con una claridad rojiza, y la sombra del palacio, con sus terrazas superpuestas, se proyectaba en los jardines como una monstruosa pirámide. Entraron por el seto de azufafos, cortando las ramas con sus puñales.

Todo evidenciaba las huellas del festín de los mercenarios. Los parques estaban destrozados, los regatos secos, las puertas de la ergástula abiertas. No se veía a nadie por las cocinas y bodegas. Les asombraba aquel silencio, sólo interrumpido a veces por el resoplido de los elefantes que se agitaban en sus encierros y el crepitar del faro, donde ardía una hoguera de áloe.

Matho, sin embargo, repetía:

—¿Dónde está? ¡Quiero verla! ¡Llévame a su lado!

—¡Eso es una locura! —decía Spendius—. ¡Llamará, acudirán sus esclavos y, a pesar de tu fuerza, morirás!

Llegaron así a la escalinata de las galeras. Matho levantó la cabeza y creyó advertir, en lo alto, una vaga claridad, suave y radiante. Spendius quiso contenerlo, pero él se lanzó escaleras arriba.

Al encontrarse en los sitios donde ya la había visto, el intervalo de los días transcurridos se borró de su memoria. La veía ahora cantando entre las mesas; había desaparecido, y desde entonces la seguía subiendo por aquella escalinata. El cielo, sobre su cabeza, estaba cubierto de luminarias; el mar limitaba todo el horizonte; a cada paso que daba le envolvía una inmensidad más grande, y seguía subiendo con esa extraña facilidad que se tiene en los sueños.

El ruido del velo al rozar contra las piedras le recordó su nuevo poder, pero en el ardor de su esperanza ya ni sabía lo que tenía que hacer y esta incertidumbre le intimidó.

De vez en cuando pegaba su cara contra los vanos cuadrangulares de los aposentos cerrados y creyó ver en muchos de ellos personas dormidas.

El último piso, más estrecho, formaba como un dado en lo alto de las terrazas. Matho dio la vuelta en torno a él lentamente.

Una luz lechosa iluminaba las láminas de talco que tapaban las pequeñas aberturas de la muralla; y, como estaban simétricamente dispuestas, parecían en la oscuridad hileras de perlas finas. Reconoció la puerta roja con la cruz negra. Los latidos de su corazón se aceleraron. Hubiese querido huir, pero empujó la puerta y se abrió.

Una lámpara en forma de galera ardía colgada en lo más apartado de la cámara, y tres rayos de luz, que se escapaban de su carena de plata, temblaban en los altos artesonados pintados de rojo con franjas negras. El techo era un conjunto de pequeñas vigas doradas, que llevaban amatistas y topacios en los nudos de la madera. A los dos lados de la habitación aparecía un lecho muy bajo, de correas blancas; y cimbras, en forma de conchas, se abrían por encima en el espesor de la pared, de las que desbordaba algún vestido que colgaba

hasta el suelo.

Una grada de ónice daba la vuelta en torno a un estanque ovalado; unas finas sandalias de piel de serpiente habían sido dejadas a la orilla, junto a un jarro de alabastro. Más allá se veían las huellas húmedas de unas pisadas. Perfumes exquisitos se aspiraban en el aire.

Matho se deslizaba levemente por las losas incrustadas de oro, de nácar y de vidrio; y a pesar del bruñido del suelo, le parecía que sus pies se hundían como si caminase por la arena.

Por detrás de la lámpara de plata había visto un gran marco azul, suspendido en el aire por cuatro cordones que subían hasta el techo, y Matho se acercó allí, encorvado y con la boca abierta.

Alas de fenicópteros, sujetas a mangos de coral negro, estaban tiradas entre cojines de púrpura, cepillos de escamas, cofrecillos de cedro y espátulas de marfil. De cuernos de antílope colgaban, enfilados, anillos y brazaletes; vasos de arcilla se refrescaban al aire, en la hendidura de la pared, sobre un tendal de cañas. Varias veces tropezó, pues el suelo tenía niveles a altura desigual que hacían de la cámara como una serie de aposentos. En el fondo, balaustres de plata rodeaban un tapiz lleno de flores pintadas. Por fin, llegó junto al lecho colgante, al lado de un escabel de ébano que servía para subir a él.

Pero la luz cesaba en el mismo borde de la cama, y la sombra, como una gran cortina, sólo dejaba ver en un ángulo del colchón rojo la punta de un piececillo desnudo apoyado sobre el tobillo. Entonces Matho tiró de la lámpara muy suavemente.

Salambó dormía con una mano en la mejilla y el otro brazo extendido a lo largo del cuerpo. Los bucles de su cabellera se esparcían a su alrededor en tal abundancia que parecía estar acostada sobre plumas negras, y su amplia túnica blanca se ondulaba en suaves pliegues hasta sus pies, siguiendo el contorno de su talle. Se percibían un poco sus ojos entre sus párpados medio cerrados. Las cortinas, perpendicularmente tendidas, la envolvían en una atmósfera azulada, y el movimiento de su respiración, que se comunicaba a las cuerdas, parecía mecerla en el aire. Un mosquito largo zumbaba.

Matho, inmóvil, sostenía con la mano la galera de plata, pero el mosquitero ardió de repente, desapareció y Salambó se despertó.

La llamarada se extinguió en un abrir y cerrar de ojos. Salambó no hablaba. La lámpara hacía oscilar en los artesonados grandes ondas luminosas.

—¿Qué es eso? —dijo Salambó.

Matho, le respondió:

—¡Es el velo de la diosa!

—¿El velo de la diosa? —exclamó Salambó. Y apoyándose en las manos se inclinaba hacia fuera, estremecida. Matho prosiguió:

—¡He ido a buscarlo para ti en las profundidades del santuario! ¡Mira! — El zaimph, centelleante, fulguraba con sus vivos destellos.

—¿Te acuerdas? —decía Matho—. De noche te aparecías en mis sueños, pero ¡yo no adivinaba la orden muda de tus ojos! —Salambó adelantaba un pie sobre el escabel de ébano—. Si hubiese comprendido, habría acudido inmediatamente; hubiera abandonado el ejército y no habría salido de Cartago. Para obedecer tus órdenes descendería por la caverna de Adrumeto al reino de las sombras... ¡Perdóname! Era como si pesasen sobre mí montañas y, sin embargo, algo me arrastraba. Me esforzaba por llegar a ti. ¡Sin los dioses jamás me hubiera atrevido!... ¡Vámonos! ¡Es preciso que me sigas, o si no quieres, me quedaré! ¡Me es igual!... ¡Anega mi alma en el soplo de tu aliento! ¡Que mis labios se gasten besando tus manos!

—¡Déjame verlo! —decía Salambó—. ¡Más cerca! ¡Más cerca! Apuntaba el alba y un color vinoso teñía las horas de talco en las paredes. Salambó se apoyaba desfallecida en los cojines del lecho.

—¡Te amo! —gritaba Matho.

Ella balbució:

—¡Dámelo! —y se iban acercando.

Salambó seguía avanzando, vestida con su túnica blanca que le arrastraba y con sus ojos arrobados fijos en el velo. Matho la contemplaba, deslumbrado por los esplendores de su cabeza, y, tendiendo hacia ella el zaimph, iba a envolverla en un abrazo. Salambó abría los brazos. De repente, se detuvo, y los dos se quedaron absortos contemplándose.

Sin comprender lo que él solicitaba, se sobrecogió de terror. Sus finas cejas se enarcaron, sus labios se entreabrieron; temblaba. Por fin, golpeó una de las páteras de bronce que colgaban en las puntas del colchón rojo, gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Atrás, sacrílego! ¡Infame! ¡Maldito! ¡A mí, Taanach, Krum, Ewa, Micipsa, Schaul!

Y la cara asustada de Spendius, apareciendo en la pared, entre los jarros de arcilla, profirió estas palabras:

—¡Huye, que vienen!

Un gran tumulto subió por las escaleras y un tropel de gente, mujeres, criados y esclavos, se abalanzaron dentro de la habitación, blandiendo estacas, rompecabezas, cuchillas y puñales. Todos se quedaron paralizados de indignación al ver a un hombre; las sirvientas lanzaban el plañido de los

funerales y los eunucos palidecían bajo su piel negra.

Matho se mantenía detrás de los balaústres. Con el zaimph que le envolvía parecía un dios sideral rodeado del firmamento. Los esclavos iban a arrojarse sobre él. Salambó los contuvo:

—¡No lo toquéis! ¡Es el velo de la diosa!

Había retrocedido hasta un rincón, pero dando un paso hacia él y extendiendo su brazo desnudo, exclamó:

—¡La maldición sea sobre ti porque has robado a Tanit! ¡Odio, venganza, muerte y dolor! ¡Que Gurzil, dios de las batallas, te destruya! ¡Que Matisman, dios de los muertos, te ahogue! ¡Y que el otro, aquél a quien no se puede nombrar, te quemé!

Matho lanzó un grito como herido por una espada. Salambó gritó repetidas veces:

—¡Vete! ¡Vete!

El tropel de los criados se apartó, y Matho, con la cabeza baja, pasó lentamente entre ellos, pero se detuvo en la puerta, pues la franja del zaimph se había enganchado en una de las estrellas de oro que esmaltaban las losas. Dio un brusco tirón con el hombro y bajó las escaleras.

Spendius, saltando de terraza en terraza y brincando por encima de los setos y las tajeas, se escapó por los jardines. Llegó al pie del faro. En aquel sitio cesaba la muralla por lo inaccesible que era el acantilado. Se acercó al borde, se tumbó de espaldas y con los pies hacia delante se dejó deslizar hasta abajo; luego ganó a nado el cabo de las Tumbas, dio un gran rodeo por la laguna salada y de noche entró en el campamento de los bárbaros.

Había salido el sol, y como un león que se aleja, Matho bajaba por los caminos, lanzando en torno suyo terribles miradas.

Un rumor indeciso llegó a sus oídos. Había partido del palacio y, al cabo del tiempo, volvía a oírse del lado de la acrópolis. Unos decían que habían robado el tesoro de la república en el templo de Moloch; otros hablaban de un sacerdote asesinado. Corría el rumor, por otra parte, de que los bárbaros habían entrado en la ciudad.

Matho, que no sabía cómo salir de los recintos, caminaba sin vacilar en línea recta. Lo vieron, y entonces se elevó un gran clamoreo. Todos habían comprendido; se produjo una consternación general, luego una cólera inmensa.

Desde el fondo de los Mappales, de las alturas de la acrópolis, de las catacumbas, de las orillas del lago acudía un tropel de gentes. Los patricios

salían de sus palacios; los vendedores, de sus tiendas; las mujeres abandonaban a sus hijos; se echaba mano a las espadas, hachas y bastones, pero los detuvo el mismo obstáculo que había detenido a Salambó. ¿Cómo recobrar el velo? Sólo verlo era un crimen; era de la naturaleza de los dioses y su contacto originaba la muerte.

En el peristilo de los templos los sacerdotes, desesperados, se retorcían los brazos. Los guardias de la legión galopaban de un lado para otro; la gente se subía a las casas, a las terrazas, sobre los hombros de las estatuas y a los mástiles de los navíos. Matho seguía avanzando, sin embargo, y a cada paso que daba aumentaba la ira de la gente, pero también su terror. Las calles quedaban desiertas al aproximarse él, y aquel torrente humano que huía rebotaba por los dos extremos hasta encima de las murallas. Por todas partes no se veía más que ojos muy abiertos como para devorarlo con la vista, rechinar de dientes, puños amenazadores, y las imprecaciones de Salambó resonaban, multiplicándose por doquier.

De pronto, silbó una larga flecha; luego otra, y pasaron zumbando unas piedras. Pero los tiros, mal dirigidos por miedo de tocar al zaimph, pasaban por encima de la cabeza de Matho. Por otra parte, haciendo del velo escudo, lo desplegaba a derecha, a izquierda, adelante y atrás, y no sabían cómo aprisionarlo. Caminaba cada vez más rápido, internándose por las calles libres. Estaban interceptadas con cuerdas, carros y trampas; a cada obstáculo se volvía atrás. Por fin entró en la plaza de Kamón, donde habían perecido los honderos baleares; Matho se detuvo, palideciendo como quien se siente morir. Esta vez estaba perdido; la multitud batía palmas.

Corrió hasta la gran puerta cerrada. Era muy alta, de corazón de encina, con clavos de hierro y chapada de bronce. Matho se lanzó. El pueblo aullaba de alegría al ver la impotencia de su furor; entonces se quitó una sandalia, escupió encima y azotó con ella las inmóviles hojas. Toda la ciudad aulló. Olvidándose del velo ahora iban a aplastarlo. Matho dirigió a la muchedumbre una mirada vaga. Las sienes le latían hasta aturdirlo; se sentía invadido por el estupor de las gentes ebrias. De repente, reparó en la larga cadena de la que se tiraba para maniobrar la báscula de la puerta. Se agarró a ella de un brinco, forcejeando con los brazos, apuntalándose con los pies, y al fin, los enormes batientes se entreabrieron.

Cuando estuvo fuera, se quitó del cuello el gran zaimph y lo levantó sobre su cabeza lo más alto que pudo. La tela, sostenida por el viento del mar, resplandecía al sol, con todos sus colores, sus pedrerías y las figuras de los dioses. Llevándolo así, Matho atravesó toda la llanura hasta las tiendas de los soldados, y el pueblo, desde las murallas, veía alejarse la fortuna de Cartago.

VI. Hannón

—¡Debí haberla robado! —le decía por la noche Matho a Spendius—. ¡Tenía que haberla cogido y arrebatarla de su casa! ¡Nadie me lo hubiera impedido! Spendius no lo escuchaba. Echado de espaldas, descansaba a sus anchas, junto a una gran jarra llena de hidromiel, en la que de cuando en cuando metía la cabeza para beber más abundantemente.

Matho añadió:

—¿Qué haremos ahora?... ¿Cómo volveremos a entrar en Cartago?

—No lo sé —le dijo Spendius.

Su impasibilidad exasperaba a Matho. Y éste exclamó:

—¡Tú tienes la culpa! ¡Me animas y luego me abandonas, como lo que eres, como un cobarde! ¿Por qué te he de obedecer? ¿Acaso crees ser mi jefe? ¡Tú, alcahuete, esclavo, hijo de esclavos!

Rechinaba los dientes y levantaba contra Spendius su recia mano.

El griego no respondió. Una lámpara de arcilla ardía plácidamente en el palo de la tienda, donde el zaimph refulgía, colgado de una panoplia.

De pronto, Matho se calzó sus coturnos, ciñó su peto de láminas de bronce y cogió su casco.

—¿Adónde vas? —le preguntó Spendius.

—¡Me vuelvo allí! ¡Déjame! ¡La traeré! ¡Y si me hacen frente los aplastaré como víboras! ¡La voy a matar, Spendius! —y repitió—: ¡Sí, la mataré, ya lo verás, la mataré!

Pero Spendius, que estaba con el oído alerta, arrancó bruscamente el zaimph y lo echó en un rincón, cubriéndolo con pieles de ovejas. Se oyó un murmullo de voces, brillaron unas antorchas y Narr-Havas entró seguido de unos veinte hombres.

Llevaban mantos de lana blanca, largos puñales, collares de cuero, aretes de madera en las orejas y calzado de piel de hiena; y, parados en el umbral, se apoyaban en sus lanzas como pastores que descansan. Narr-Havas era el más apuesto de todos; ceñían sus delgados brazos unas correas adornadas de perlas; el círculo de oro, que sujetaba alrededor de su cabeza el amplio manto, retenía una pluma de avestruz que le caía por la espalda; una eterna sonrisa descubría sus dientes; sus ojos parecían agudos como flechas, y toda su persona tenía algo de llamativo y distinguido.

Declaró que venía a unirse con los mercenarios porque la república amenazaba desde hacía tiempo a su reino. Tenía, pues, interés en ayudar a los bárbaros y les podría ser útil.

—Os proveeré de elefantes, mis bosques están llenos de ellos, de vino, de aceite, cebada, dátiles, resinas y azufre para los asedios, de veinte mil infantes y diez mil caballos. Si me dirijo a ti, Matho, es porque la posesión del zaimph te ha convertido en el jefe del ejército —y añadió—: Además, somos viejos amigos.

Matho, entre tanto, miraba a Spendius, que escuchaba sentado sobre los montones de pieles de cordero, haciendo con la cabeza leves señales de asentimiento. Narr-Havas seguía hablando. Ponía por testigos a los dioses, a la par que maldecía a Cartago. En sus imprecaciones rompió un dardo por la mitad. Sus hombres lanzaron a la vez un alarido de entusiasmo, y Matho, arrastrado por las demostraciones de ira, dijo que aceptaba la alianza.

Entonces trajeron un toro blanco y una oveja negra, símbolos del día y de la noche. Los degollaron al borde de una zanja. Cuando ésta se llenó de sangre, metieron sus brazos en ella. Luego Narr-Havas puso su mano en el pecho de Matho, y Matho la suya en el pecho de Narr-Havas. Repitieron este estigma en la tela de sus tiendas. Después se pasaron la noche comiendo, y los restos de la carne se quemaron juntamente con la piel, los huesos, los cuernos y las pezuñas de las reses sacrificadas.

Una inmensa aclamación había saludado a Matho cuando apareció con el velo de la diosa; hasta los que no creían en la religión cananea sintieron con vago entusiasmo que un genio aparecía. En cuanto a tratar de apoderarse del zaimph, a nadie se le ocurrió pensar en ello; la forma misteriosa en que había sido adquirido era suficiente, en el espíritu de los bárbaros, para legitimar su posesión. Así pensaban los soldados de raza africana. Los demás, cuyo odio era menos antiguo, no sabían qué resolver. De haber tenido barcos se hubiesen marchado enseguida.

Spendius, Narr-Havas y Matho enviaron mensajeros a todas las tribus del territorio púnico.

Cartago extenuaba a estos pueblos. Exigía impuestos exorbitantes; los grilletes, el hacha y la cruz castigaban los retrasos y hasta las reclamaciones. Había que cultivar lo que convenía a la república, darle lo que pedía; nadie tenía derecho a poseer un arma; cuando se rebelaban pueblos y aldeas, se vendía a sus habitantes; los gobernadores, como los lagares, eran estimados según la cantidad de jugo que producían. Más allá de las regiones directamente sometidas a Cartago estaban los aliados, que sólo pagaban un módico tributo. Detrás de los aliados vagaban los nómadas, que podían concitarse contra ellos. Mediante este sistema las cosechas eran siempre

abundantes, las yeguas florecientes y las plantaciones magníficas. El viejo Catón, maestro en materia de cultivos y de esclavos, se asombró de ello noventa y dos años más tarde, y el grito de muerte que repetía en Roma no era sino la exclamación de una envidia codiciosa.

Durante la última guerra las exacciones se habían redoblado, por lo que casi todas las ciudades de Libia se habían entregado a Regulus. Para castigarlas se les había exigido mil talentos, veinte mil bueyes, trescientos sacos de polvo de oro, considerables anticipos de grano, y los jefes de las tribus habían sido crucificados o arrojados a los leones.

Túnez, especialmente, detestaba a Cartago. Más antigua que la metrópoli, no le perdonaba su grandeza; y permanecía frente a sus murallas, agazapada en el fango, a la orilla del mar, contemplándola como un animal venenoso. Las deportaciones, las matanzas y las epidemias no la debilitaban. Había sostenido a Arcagate, hijo de Agatocles, y provisto de armas a los comedores de cosas inmundas.

Aún no habían partido los correos de los bárbaros, cuando estalló en las provincias una alegría general. Sin esperar a más estrangularon en los baños a los intendentes de las casas y a los funcionarios de la república; sacaron de las cuevas las armas que habían escondido antaño; con el hierro de los arados se forjaron espadas; los niños aguzaban dardos en las piedras de las puertas, y las mujeres entregaban sus collares, sus sortijas y sus pendientes, todo cuanto podía servir para la destrucción de Cartago. Todos querían contribuir a ella de alguna manera. Los haces de lanzas se amontonaban en las aldeas como gavillas de maíz. Se enviaron ganados y dinero. Matho pagó enseguida a los mercenarios los atrasos de su soldada, y por esta idea de Spendius fue nombrado general en jefe, schalischim de los bárbaros.

Al mismo tiempo afluían los socorros de hombres. Primero aparecieron las gentes de raza autóctona; luego los esclavos de la campiña. Secuestraron caravanas de negros, se los armó, y hasta mercaderes que iban a Cartago se unieron a los bárbaros con la esperanza de sacar mejor provecho. Incesantemente llegaban bandas numerosas. Desde lo alto de la acrópolis se veía cómo aumentaba el ejército.

En la plataforma del acueducto hacían centinela los guardias de la legión; cerca de ellos, de trecho en trecho, había altas calderas de cobre en las que hervían asfalto. Abajo, en la llanura, la muchedumbre de los bárbaros se agitaba tumultuosamente. Estaban inquietos y experimentaban esa vaga incertidumbre y temor que siempre inspiran a los bárbaros las murallas.

Útica e Hippos-Zarita rehusaron aliarse con ellos. Colonias fenicias como Cartago se gobernaban por sí mismas, y, en los tratados que concluía la república, hacían incluir siempre cláusulas que las favorecieran. Sin embargo,

respetaban a su hermana más fuerte, que las protegía, y no creían que un montón de bárbaros fuera capaz de vencerla, sino que, por el contrario, éstos serían exterminados. Deseaban permanecer neutrales y vivir tranquilas.

Pero por su posición eran indispensables. Útica, en el fondo de un golfo, era el conducto por donde llegaban fácilmente a Cartago los socorros de fuera. Tomada Útica, Hippo-Zarita, a seis leguas de la costa, la reemplazaría, y la metrópoli, así avituallada, sería inexpugnable.

Spendius quería que se emprendiese inmediatamente el asedio a Cartago. Narr-Havas se opuso; era preciso ante todo asegurar la frontera. Tal era la opinión de los veteranos, incluso la del mismo Matho, y se decidió que Spendius atacaría a Útica y Matho a Hippo-Zarita; el tercer cuerpo de ejército, apoyándose en Túnez, ocuparía la llanura de Cartago; Autharita se encargaría de esto. En cuanto a Narr-Havas volvería a su reino para traer elefantes, y con su caballería limpiaría los caminos de enemigos.

Las mujeres clamaron contra esta decisión; codiciaban las joyas de las damas púnicas. Los libios también protestaron. Se les había llamado contra Cartago y los llevaban a otra parte. Los soldados partieron casi solos. Matho mandaba a sus compañeros, juntamente con los iberos, los lusitanos, los hombres de occidente y de las islas, y todos los que hablaban griego pidieron servir bajo las órdenes de Spendius, pues fiaban en su inteligencia.

La estupefacción fue grande cuando vieron moverse al ejército de pronto; luego se alejó bajo la montaña de la Ariana, por el camino de Útica, del lado del mar. Un destacamento quedó delante de Túnez; el resto desapareció y volvió a aparecer al otro lado del golfo, en la linde de los bosques, en los cuales se internó.

Eran ochenta mil hombres, tal vez. Las dos ciudades tirias no resistirían y volverían pronto para atacar a Cartago. Ya un ejército considerable la amenazaba, ocupando la base del istmo, y enseguida tendría que rendirse por hambre, pues no podía vivir sin el auxilio de las provincias, ya que sus ciudadanos, al contrario que los de Roma, no pagaban contribuciones. Cartago carecía de genio político. Su eterna sed de ganancias le impedía tener esa prudencia que dan las ambiciones más nobles. Galera anclada en la costa líbica, se sostenía a fuerza de trabajo. Los pueblos, como las olas, mugían en torno a ella, y la menor tempestad quebrantaba esta máquina formidable.

El tesoro estaba exhausto por la guerra contra Roma y por todo lo que se había derrochado y perdido, mientras que se regateaba con los bárbaros. Sin embargo, necesitaba soldados y ningún gobierno se fiaba de la república. Hacía poco que Ptolomeo le había negado dos mil talentos. Además, el robo del velo los descorazonaba, como había previsto Spendius.

Pero este pueblo, que se sentía aborrecido, apretaba contra su corazón su dinero y sus dioses, y su patriotismo se sostenía por la constitución misma de su forma de gobierno.

En primer lugar, el poder dependía de todos, sin que nadie fuese lo bastante fuerte para acapararlo. Las deudas privadas eran consideradas como deudas públicas, y los hombres de raza cananea tenían el monopolio del comercio; multiplicando los beneficios de la piratería con los de la usura, y explotando rudamente tierras, esclavos y pobres, se llegaba a veces a alcanzar la riqueza. Sólo los ricos podían optar a las magistraturas, y aunque el poder y el dinero se perpetuaban en las mismas familias, se toleraba la oligarquía porque se abrigaba la esperanza de alcanzarla.

Las sociedades de comerciantes, en las que se elaboraban las leyes, elegían a los inspectores del fisco, quienes, al dejar su cargo, nombraban a los cien miembros del consejo de los ancianos, que dependían a su vez de la gran asamblea, reunión general de todos los ricos. En cuanto a los sufetas, aquellos restos de reyes, menos poderosos que cónsules, se elegían el mismo día en el seno de dos familias distintas. Se procuraba dividirlos por toda clase de odios para que se debilitaran recíprocamente. No podían deliberar sobre la guerra, y cuando eran vencidos, el gran consejo los crucificaba.

Así pues, la fuerza de Cartago emanaba de los syssitas, es decir, de una gran corte en el centro de Malqua, en el sitio donde, según la tradición, había abordado la primera barca de los marineros fenicios, habiéndose retirado el mar desde entonces un gran trecho. Era un conjunto de pequeñas edificaciones de arquitectura arcaica, construidas de troncos de palmeras con esquinazos de piedra, y separadas unas de otras para que pudiesen deliberar aisladamente las diferentes compañías. Los ricos se aglomeraban allí todo el día para debatir acerca de sus intereses y los del gobierno, tratando desde la traída de la pimienta hasta el exterminio de Roma. Tres veces por luna hacían subir sus lechos a la alta azotea que bordeaba el muro del patio, y desde abajo se los veía banquetear al aire libre, sin coturnos y sin mantos, con los diamantes de sus dedos que manoseaban las viandas y sus grandes arracadas en sus orejas entre los jarros, todos fuertes y gordos, medio desnudos, felices, riendo y comiendo bajo el cielo azul, como tiburones que retozaban entre las olas.

Pero en aquellos momentos no podían disimular sus inquietudes y estaban demasiado pálidos; la muchedumbre que los esperaba en las puertas los escoltaba hasta sus palacios para saber alguna noticia. Como en tiempo de peste, todas las casas estaban cerradas; las calles se llenaban y se vaciaban en un momento; subían a la acrópolis; corrían al puerto; el gran consejo deliberaba todas las noches. Por fin, se convocó al pueblo en la plaza de Ramón y se decidió dar el poder supremo a Hannón, el vencedor de Hecatómpila.

Era un hombre devoto, astuto, implacable para las gentes de África; un verdadero cartaginés. Sus rentas igualaban a las de los Barca. Nadie tenía tanta experiencia como él en los asuntos administrativos.

Decretó el enrolamiento de todos los ciudadanos útiles, colocó catapultas en las torres, exigió exorbitantes provisiones de armas, ordenó también la construcción de catorce galeras sin que hubiese necesidad de ellas, y quiso que todo se registrara y se detallara por escrito. Se hacía transportar al arsenal, al faro, al tesoro de los templos; se veía continuamente su gran litera que, balanceándose de peldaño en peldaño, subía las escaleras de la acrópolis. De noche, en su palacio, como no podía dormir, para prepararse al combate, dirigía con voz terrible maniobras de guerra.

Todo el mundo, excitado por el terror, se volvía belicoso. Los ricos, apenas cantaban los gallos, se alineaban a lo largo de los Mappales y, remangándose las túnicas, se adiestraban en el manejo de la pica. Pero como no tenían instructor disputaban entre sí. Se sentaban, fatigados, sobre las tumbas, y luego volvían a empezar. Muchos de ellos se impusieron incluso un régimen. Unos, creyendo que era preciso comer mucho para estar fuertes, se hartaban, y otros, a quienes les molestaba su corpulencia, se extenuaban con ayunos para adelgazar.

Útica había reclamado ya muchas veces el auxilio de Cartago. Pero Hannón no quería partir en tanto que faltara una sola tuerca a las máquinas de guerra. Así perdió aún tres lunas en equipar los ciento doce elefantes que se alojaban en la muralla; eran los vencedores de Regulus; el pueblo los acariciaba; había que tratar con esmero a aquellos viejos amigos. Hannón hizo fundir las placas de bronce que protegían su pecho, dorar sus colmillos, ensanchar sus torres y cortar las mejores piezas de púrpura para los más hermosos caparzones bordados con franjas muy pesadas. En fin, como sus conductores venían de la India, habiendo llegado los primeros, ordenó que todos fuesen vestidos a la usanza india, es decir, con un rodete blanco alrededor de las sienes y un pequeño calzón de byssus que formaba con sus pliegues transversales.

El ejército de Autharita seguía delante de Túnez. Se ocultaba detrás de un muro hecho con el fango del lago y defendido en la cima por malezas espinosas. Los negros habían plantado allí, en grandes estacas, figuras espantosas: máscaras humanas hechas con plumas de pájaros, cabezas de chacal y de serpiente, que abrían sus fauces de cara al enemigo para amedrentarlo; y, creyéndose invencibles por este procedimiento, los bárbaros bailaban, jugaban y peleaban, convencidos de que Cartago no tardaría en sucumbir. Cualquier otro que no hubiese sido Hannón hubiera aplastado fácilmente a aquella multitud, obstaculizada en sus movimientos por sus ganados y mujeres. Además, no comprendían ninguna maniobra, y Autharita,

desalentado, nada les exigía.

Se apartaban cuando éste pasaba a su lado, mirándolos con sus ojos, grandes y azules. Llegado al borde del lago se quitaba su sayo de piel de foca, desataba la cuerda que sujetaba sus largos cabellos rojizos y los sumergía en el agua. Sentía no haber desertado al campamento de los romanos con los dos mil galos del templo de Eryx.

A menudo, en pleno día, el sol se oscurecía de repente. Entonces el golfo y la alta mar parecían inmóviles, como si fuesen de plomo fundido. Una nube de polvo oscuro, elevándose perpendicularmente, venía en torbellino; las palmeras se encorvaban, desaparecía el cielo, se oían rebotar las piedrecillas contra la grupa de los animales, y el galo, con los labios pegados a los agujeros de su tienda, se ahogaba de agotamiento y de melancolía. Soñaba con el aroma de los prados en las mañanas de otoño, con los copos de nieve, con los mugidos de los uros perdidos en la niebla, y, entornando los párpados, creía ver a lo lejos los fuegos de las cabañas, con techos de paja, brillando sobre los pantanos, al fondo del bosque.

Otros, además de él, añoraban la patria, aunque no estuviese tan lejana. En efecto, los cartagineses cautivos podían distinguir al otro lado del golfo, en las pendientes de Byrsa, los velarium, sus casas, echados sobre los patios. Pero los centinelas paseaban a su alrededor constantemente. Se los tenía atados a una misma cadena. Cada uno llevaba una argolla de hierro y la gente no se cansaba de verlos. Las mujeres mostraban a sus hijos sus hermosas túnicas convertidas en andrajos que colgaban de sus miembros enflaquecidos.

Cuantas veces Autharita contemplaba a Giscón se enfurecía al recordar la injuria que éste le había inferido; lo hubiera matado a no ser por el juramento que le había hecho a Narr-Havas. Entonces volvía a su tienda, bebía un brebaje de cebada y comino hasta caer embriagado, para despertar con la fuerza del sol, devorado por una sed terrible.

Matho, mientras tanto, asediaba a Hippo-Zarita.

Esta ciudad estaba protegida por un lago que comunicaba con el mar. Tenía tres recintos, y en las alturas que la dominaban corría una muralla fortificada con torres. Jamás se había metido en empresas semejantes. Por otra parte, el recuerdo de Salambó lo obsesionaba y soñaba con los placeres de su belleza como delicias de una venganza que lo transportaba de orgullo. Era una necesidad de verla, punzante, furiosa, continua. Pensó incluso en ofrecerse como parlamentario, pensando que una vez en Cartago podría llegar hasta ella. A menudo hacía tocar la señal de asalto, y, sin esperar a más, se lanzaba contra el muelle que intentaba levantar en el mar. Arrancaba las piedras con sus manos, desbarataba, golpeaba, hundía en todas partes su espada. Los bárbaros se precipitaban sin orden ni concierto; las escalas se rompían con gran

estrépito y racimos de hombres se despeñaban al agua, que rompía en olas sangrientas contra las murallas. Por fin, el tumulto disminuía y los soldados se alejaban para empezar de nuevo.

Matho iba a sentarse fuera de las tiendas; se enjugaba con el brazo su cara manchada de sangre y, volviéndose hacia Cartago, contemplaba el horizonte.

Frente a él, entre olivares, palmeras, mirtos y plátanos, se desplegaban dos grandes estanques que se unían a otro lago, del que no se veían los contornos. Por detrás de una montaña surgían otras montañas, y en el centro del lago inmenso se elevaba una isla completamente negra y de forma piramidal. A la izquierda, hacia el extremo del golfo, montones de arena parecían grandes olas amarillentas petrificadas, en tanto que el mar, liso como un enlosado de lapislázuli, subía insensiblemente hasta confundirse con el cielo. El verdor de la campiña desaparecía a trechos bajo grandes zonas amarillas; las algarrobas brillaban como botones de coral; los pámpanos colgaban de la copa de los sicómoros; se oía el murmullo del agua; saltaban las alondras crestadas y los últimos resplandores del sol doraban el caparazón de las tortugas que salían de entre los juncos para aspirar la brisa.

Matho lanzaba hondos suspiros. Se tenía de bruces en la arena; clavaba las uñas en el suelo y lloraba; se sentía desgraciado, débil y abandonado. Jamás llegaría a poseerla ni tampoco podría apoderarse de la ciudad.

Por la noche, solo en su tienda, contemplaba el zaimph. ¿De qué le serviría aquella prenda de los dioses? Y surgían dudas en el pensamiento del bárbaro. Luego le parecía, por el contrario, que el manto de la diosa pertenecía a Salambó, y que un soplo de su alma flotaba entre sus pliegues, más sutil que hálito vaporoso; y lo palpaba, lo olía, hundía en él su rostro y lo besaba sollozando. Se cubría los hombros con él para forjarse la ilusión de que estaba junto a ella.

Otras veces escapaba repentinamente. A la luz de las estrellas saltaba por encima de los soldados que dormían envueltos en sus mantos; al llegar a las puertas del campamento montaba a caballo y, dos horas después, se encontraba en Útica, en la tienda de Spendius.

Empezaba a hablarle del asedio, pero no había ido más que para aliviar su dolor charlando de Salambó. Spendius le aconsejaba que fuera prudente.

—¡Rechaza de tu alma esos pensamientos que te degradan! En otro tiempo obedecías; ahora mandas un ejército, y si no conquistamos Cartago, al menos nos concederán alguna provincia y seremos reyes.

Pero ¿por qué la posesión del zaimph no les daba la victoria? Según Spendius era preciso esperar.

Matho se imaginaba que el velo únicamente pertenecía a los hombres de raza cananea, y en su sutileza de bárbaro se decía: «El zaimph no hará nada en mi favor, pero como lo han perdido tampoco hará nada por ellos».

Enseguida lo atormentó un escrúpulo. Tenía miedo, al adorar a Aptuknos, dios de los libios, de ofender a Moloch; y le preguntó tímidamente a Spendius a cuál de los dioses sería preferible sacrificar un hombre.

—¡Sacrifica siempre! —dijo Spendius, riéndose de él.

Matho, que no comprendía esta indiferencia, sospechó que el griego adoraba a un genio, del que no quería hablar.

Todos los cultos, como todas las razas, se encontraban en las filas de los ejércitos de los bárbaros y se respetaban a los dioses de los demás, pues también infundían temor. Muchos mezclaban en su religión nativa prácticas extranjeras. Se tenía a gala adorar las estrellas, y a tal o cual constelación funesta o propicia se le hacían sacrificios; un amuleto desconocido, encontrado por casualidad en una ocasión que se había estado en peligro, se convertía en una divinidad; o bien era una palabra, nada más que una palabra, que se repetía sin intentar comprender lo que podía significar. Pero a fuerza de haber saqueado templos, de ver un sinfín de pueblos y de degüellos, muchos acababan por no creer más que en el destino y en la muerte; y todas las noches dormían con la placidez de las bestias feroces. Spendius había escupido a las efigies de Júpiter olímpico; sin embargo, temía hablar en voz alta en las tinieblas y no olvidaba nunca calzarse primero el pie derecho.

Ordenó levantar frente a Útica una gran terraza cuadrangular. Pero a medida que ésta subía también se elevaba la fortificación; lo que unos derribaban, casi inmediatamente se veía reedificado por los otros. Spendius procuraba ahorrar vidas, forjaba planes y procuraba recordar las estrategias que había oído contar en sus viajes. ¿Por qué no volvía Narr-Havas? Todo eran inquietudes.

**

Hannón había terminado sus preparativos. En una noche sin luna hizo trasladar en almadías a sus elefantes y soldados al otro lado del golfo de Cartago. Doblaron luego la montaña de las Aguas Calientes para evitar encontrarse con Autharita, y avanzaron con tanta lentitud que en vez de sorprender a los bárbaros al amanecer, como había calculado el sufeta, llegaron ya muy entrado el tercer día de camino.

Había, al este de Útica, una llanura que se extendía hasta la gran laguna cartaginesa; detrás de ella se abría en ángulo recto un valle comprendido entre dos bajas montañas que de pronto se cortaban. Los bárbaros estaban acampados más lejos, a la izquierda, a fin de poder bloquear el puerto; y

dormían en sus tiendas, pues aquel día los dos bandos en vez de combatir descansaban, cuando el ejército cartaginés apareció, dando un rodeo por las colinas.

Los honderos estaban repartidos por las dos alas. Los guardias de la legión, bajo sus armaduras de escamas de oro, formaban la primera línea, con sus grandes caballos sin crines, sin pelo y sin orejas, y en la mitad de la frente un cuerno de plata para parecerse a los rinocerontes. Entre sus escuadrones, unos jóvenes, cubiertos con un pequeño casco, blandían en cada mano un dardo de fresno; detrás asomaban las largas picas de la infantería pesada. Todos aquellos mercaderes iban cargados con el mayor número posible de armas: había quien llevaba a la vez una lanza, un hacha, una maza y dos espadas; otros, como puercoespines, estaban erizados de dardos y sus brazos sobresalían por entre sus corazas de láminas de cuerno o de placas de hierro. En último término aparecieron los armatostes de las máquinas de guerra; carroballistas, onagros, catapultas y escorpiones, que oscilaban sobre carromatos tirados por mulos y cuadrigas de bueyes. A medida que el ejército se desplegaba, los capitanes, vociferando, corrían a derecha e izquierda para comunicar órdenes, cerrar filas y mantener las distancias. Aquellos de los miembros del consejo de los ancianos que mandaban alguna tropa habían acudido con cascos de púrpura, cuyos flecos magníficos y larguísimos se enredaban en las correas de los coturnos. Sus rostros, pintados de bermellón, relucían bajo sus cascos enormes rematados con efigies de dioses, y como sus escudos tenían el reborde de marfil esmaltado de pedrerías, parecían soles que pasasen sobre murallas de bronce.

Los cartagineses maniobraban con tanta pesadez, que los bárbaros, por irrisión, los invitaron a sentarse. Les gritaban que enseguida irían a vaciarles sus gruesos vientres, a rasparles el dorado de su piel y a hacerles beber hierro fundido.

En lo alto del mástil plantado delante de la tienda de Spendius apareció un jirón de tela verde: era la señal. El ejército cartaginés contestó con un estrépito de trompetas, de címbalos, de flautas hechas con huesos de asno y de tímpanos. Ya los bárbaros habían saltado fuera de las empalizadas. Estaban cara a cara, a tiro de dardo.

Un hondero balear adelantó una pierna, puso en su honda una bola de arcilla y volteó el brazo: saltó en pedazos un escudo de marfil y los dos ejércitos se abalanzaron uno contra otro.

Con las puntas de las lanzas, los griegos, al pinchar a los caballos en las narices, los derribaron sobre sus jinetes. Los esclavos que debían lanzar piedras las habían cogido tan grandes, que no podían lanzarlas lejos. Los infantes púnicos, dando mandobles con sus grandes espadas, dejaban al

descubierto su costado derecho. Los bárbaros adelantaron sus líneas; los degollaban en masa; pisoteaban sobre los moribundos y cadáveres, cegados por la sangre que les saltaba a la cara. Aquel montón de picas, de cascos, de corazas, de espadas y de miembros entremezclados giraba sobre sí mismo, ensanchándose o replegándose con elásticas contracciones. Las cohortes cartaginesas menguaban cada vez más; sus máquinas no podían salir de las arenas; por fin, la litera del sufeta, aquella gran litera con arambeles de cristal que se veía desde el comienzo balanceándose entre los soldados como una barca entre las olas, cayó derribada. ¿Habría muerto Hannón? Los bárbaros se encontraron solos.

Aún caía el polvo a su alrededor y ya empezaban a cantar victoria, cuando el mismo Hannón apareció en lo alto de un elefante. Iba con la cabeza descubierta, bajo un quitasol de byssus que llevaba un negro sentado a su espalda. Su collar de placas azules le golpeaba en las flores de su túnica negra; aros de diamantes oprimían sus enormes brazos, y, con la boca abierta, blandía una pica descomunal, con la punta en forma de loto y más brillante que un espejo. La tierra pareció rajarse y los bárbaros vieron avanzar en una sola línea a todos los elefantes de Cartago con sus colmillos dorados, las orejas pintadas de azul, revestidos de bronce y, por encima de sus caparazones de escarlata, las torres de cuero, en cada una de las cuales iban tres arqueros con un gran arco abierto.

Apenas si los bárbaros conservaban sus armas y, considerando ya segura la victoria, se hallaban colocados al azar. El terror los paralizó y quedaron indecisos.

Desde lo alto de las torres les arrojaban dardos, flechas, faláricas y masas de plomo; algunos, pretendiendo subir a las torres, se aferraban a las franjas de los caparazones. Con grandes cuchillas les cortaban las manos y caían de espaldas sobre la punta de sus espadas. Las picas demasiado débiles se quebraban, los elefantes irrumpían entre las falanges como los jabalíes por los matorrales; arrancaban las estacas del campamento con sus trompas y atravesaron éste de un extremo a otro, derribando las tiendas con sus pechos. Todos los bárbaros huyeron, ocultándose en las colinas que bordeaban el valle por donde los cartagineses llegaron.

Hannón, vencedor, se presentó ante las puertas de Útica. Ordenó que tocasen las trompetas. Los tres jueces de la ciudad aparecieron en lo alto de una torre, entre los vanos de las almenas.

Los habitantes de Útica no querían recibir huéspedes tan bien armados. Hannón se encolerizó. Por fin, consintieron en admitirlo con una pequeña escolta.

Las calles resultaban demasiado estrechas para los elefantes y hubo que

dejarlos fuera.

En cuanto el sufeta entró en la ciudad, las personas más importantes de la misma fueron a saludarlo. Hannón se hizo conducir a los baños y llamó a sus cocineros.

**

Tres horas después estaba aún sumergido en el aceite de cinamomo que llenaba una tina; mientras se bañaba, comía, sobre una piel de buey extendida, lenguas de flamencos con semillas de adormidera sazonadas con miel. Junto a él, su médico, que, inmóvil, se envolvía en su larga túnica amarilla, hacía calentar de cuando en cuando la estufa, y dos mancebos, reclinados sobre las gradas del baño, le frotaban las piernas. Pero los cuidados de su cuerpo no le impedían preocuparse de los asuntos de la cosa pública; dictaba una carta para el gran consejo y, como se habían hecho prisioneros, se preguntaba qué castigo terrible se les daría.

—¡Espera! —dijo al esclavo que escribía de pie en la palma de la mano—. ¡Que los traigan! ¡Quiero verlos!

Del fondo de la sala, llena de un vapor blanquecino, en el que las antorchas ponían resplandores rojizos, surgieron a empellones tres bárbaros: un samnita, un espartano y un capadocio.

—¡Continúa! —dijo Hannón.

—¡Alegraos, luz de los Baals! ¡Vuestro sufeta ha exterminado a los perros voraces! ¡Bendita sea la república! ¡Ordenad preces! —Miró a los esclavos y, entre grandes risotadas, les dijo—: ¡Ah, mis valientes de Sicca! ¡Hoy ya no gritáis tan fuerte! ¡Soy yo! ¿Me reconocéis? ¿Dónde están vuestras espadas? ¡Oh, verdaderamente sois unos hombres terribles! —y fingía querer esconderse, como si les tuviera miedo—: ¡Pedíais caballos, mujeres, magistraturas y hasta sacerdocios! ¿Por qué no? Pues bien, yo os daré tierras de las que no saldréis nunca. ¡Se os casará en horcas nuevecitas! ¿Vuestra soldada? ¡Os la fundiremos en la boca en lingotes de plomo! ¡Y os pondré en buenos pastos, muy altos, entre las nubes, para que se os acerquen las águilas!

Los tres bárbaros, desgñados y cubiertos de harapos, lo miraban sin comprender lo que decía. Heridos en las rodillas, los había cogido echándoles cuerdas, y las pesadas cadenas de sus manos arrastraban sus extremos por las losas de la sala. Hannón se indignó al ver su impasibilidad.

—¡De rodillas! ¡De rodillas! ¡Chacales, polvo, gusanos, inmundicia! —Los desgraciados no chistaban—. ¡Basta! ¡Callaos! ¡Que los desuellen vivos ahora mismo!

Resoplaba como un hipopótamo, moviendo los ojos. El aceite perfumado

desbordaba por la masa de su cuerpo y, pegándose a las escamas de su piel, la hacía parecer sonrosada a la luz de las antorchas.

Siguió diciendo:

—Durante cuatro días hemos sufrido mucho calor. En el paso de Macar perdimos los mulos. A pesar de su posición, del valor extraordinario... ¡Ah, Demónades, cómo sufro! ¡Que calienten los ladrillos y que estén al rojo!

Se oyó un ruido de palas y de hornos. Humeó más fuerte el incienso en las anchas cazoletas de los pebeteros, y los masajistas, completamente desnudos, sudando como esponjas, le frotaban las articulaciones con un unguento compuesto de harina, azufre, vino tinto, leche de perra, mirra, gálbano y estoraque. Una sed inmensa lo devoraba; el hombre vestido de amarillo no cedió a sus deseos, y alargándole una copa de oro en la que humeaba un caldo de víbora:

—¡Bebe —le dijo— para que la fuerza de las serpientes, nacidas del sol, penetre en el tuétano de tus huesos y cobres valor, oh reflejo de los dioses! Tú sabes además que un sacerdote de Eschmún observa alrededor del Can las estrellas crueles de donde proviene tu enfermedad. Ya palidecen como las manchas de tu piel; ¡porque tú no debes morir!

—Sí, ¿verdad? —repitió el sufeta—. ¡Yo no debo morir! —y de sus labios violáceos se escapaba un aliento más nauseabundo que las emanaciones de un cadáver. Dos carbones encendidos parecían arder en el lugar de sus ojos, que no tenían ya cejas; un montón de piel rugosa caía sobre la frente; sus dos orejas, separándose de la cabeza, comenzaban a crecer, y las profundas arrugas que formaban semicírculos alrededor de sus narices le daban un aspecto extraño y espantoso, el aire de una bestia feroz. Su voz desnaturalizada parecía un rugido. Y añadió:

—Tal vez tengas razón, Demónades. Mira cuántas úlceras se han cerrado. Me siento fuerte. ¡Mira, mira con qué apetito como!

Y menos por gula que por ostentación, y para demostrarse a sí mismo que tenía buen apetito, devoraba rellenos de queso y de orégano, pescados sin espinas, calabacines, ostras, junto con huevos, rábanos, trufas y sartas de pajaritos. Mirando a los prisioneros se deleitaba pensando en el suplicio que iba a darles. Sin embargo, se acordaba de Sicca, y la rabia de todos sus dolores se desahogaba en injurias contra los tres bárbaros.

—¡Ah, traidores, miserables, infames, malditos! ¡Me ultrajasteis a mí, a mí, el sufeta! ¡Sus servicios, el precio de su sangre, como ellos dicen! ¡Ah, sí, su sangre, su sangre! —Luego, hablando consigo mismo—: ¡Perecerán todos! ¡No se venderá ni uno! Sería preferible conducirlos a Cartago, ya veremos...; pero no he traído bastantes cadenas. ¡Escribe! ¡Que las traigan! ¿Cuántos son?

¡Id a preguntárselo a Muthumbal! ¡Y nada de piedad! ¡Que me traigan en cestas todas sus manos cortadas!

Pero gritos extraños, a la vez roncós y agudos, llegaban a la sala, ahogando la voz de Hannón y el ruido de los platos que le servían. Sonaron más recios, y de pronto estalló el bramido furioso de los elefantes, como si empezara la batalla de nuevo. Un gran tumulto agitaba la ciudad.

Los cartagineses no habían intentado perseguir a los bárbaros. Se habían establecido al pie de las murallas, con sus bagajes, sus criados y todo su tren de sátrapas; se divertían en sus hermosas tiendas con bordados de perlas, mientras que el campamento de los bárbaros no era más que un montón de ruinas en la llanura. Spendius había recobrado su valor. Envió a Zancas a que se entrevistara con Matho, recorrió los bosques, reunió a sus hombres (las pérdidas no habían sido considerables), y rabiosos por haber sido vencidos sin combatir, formaban de nuevo sus tropas, cuando descubrieron una caba de petróleo, abandonada sin duda por los cartagineses. Entonces Spendius hizo traer cerdos de las granjas, los embadurnó de betún, les prendió fuego y los lanzó sobre Útica.

Los elefantes, asustados por aquellas llamas, huyeron. El terreno subía en cuesta, y como les arrojaban dardos, los elefantes dieron media vuelta, y embistiendo con sus colmillos y pisoteándolos con sus pies, despanzurraban a los cartagineses, los asfixiaban y los aplastaban. Tras ellos los bárbaros bajaban por la colina; el campamento púnico, sin atrincheramientos, fue saqueado al primer ataque y los cartagineses fueron aplastados contra las puertas porque los de Útica no quisieron abrirlas por miedo a los mercenarios.

Apuntaba el día; del lado de occidente se vieron llegar los soldados de infantería de Matho. Al mismo tiempo aparecieron unos jinetes; era Narr-Havas con sus nómidas. Saltando por encima de barrancos y matorrales, perseguían a los fugitivos como cazadores que cazan liebres. Aquel revés de la fortuna interrumpió al sufeta. Gritó para que vinieran a ayudarlo a salir del baño.

Los tres cautivos seguían delante de él. Entonces un negro, el mismo que en la batalla llevaba su quitasol, le dijo algo al oído.

—¿Qué?... —respondió el sufeta lentamente—. ¡Ah, mátalos! —añadió con tono brusco.

El etíope sacó de su cinto un largo puñal y las tres cabezas rodaron por el suelo. Una de ellas, rebotando entre los restos del festín, fue a saltar dentro de la tina, donde flotó unos momentos con la boca abierta y los ojos fijos. Los resplandores de la mañana entraban por las hendiduras del muro; los tres cuerpos, tendidos boca abajo, manaban a grandes borbotones como tres

fuentes y un charco de sangre corría por los mosaicos, enarenados con polvo azul. El sufeta mojó sus manos en aquel fango aún caliente y se frotó las rodillas. Era un remedio.

Al caer la noche escapó de la ciudad con su escolta y se internó en la montaña para reunirse con su ejército.

Llegó a encontrar sus restos.

Cuatro días después estaba en Gorza, en lo alto de un desfiladero, cuando aparecieron por la parte de abajo las tropas de Spendius. Veinte buenas lanzas, atacando al frente de su columna, los hubiera detenido fácilmente; los cartagineses los dejaron pasar, llenos de estupor. Hannón reconoció en la retaguardia al rey de los númidas; Narr-Havas se inclinó para saludarlo, haciéndole una señal que no pudo comprender.

Se volvieron a Cartago pasando toda clase de terrores. Caminaban de noche únicamente; por el día se ocultaban en los olivares. En cada etapa morían algunos; muchas veces creyeron estar perdidos para siempre. Por fin, llegaron al cabo Hermaeum, donde los recogieron unos barcos.

Hannón estaba tan fatigado, tan desesperado —le abrumaba sobre todo la pérdida de los elefantes—, que pidió un veneno a Demónades para acabar de una vez. Por otra parte, se veía ya clavado en una cruz.

Cartago no tuvo valor para indignarse contra él. Se habían perdido cuatrocientos mil novecientos setenta y dos siclos de plata, quince mil seiscientos veintitrés shekels de oro, dieciocho elefantes, catorce miembros del gran consejo, trescientos ricos, ocho mil ciudadanos, trigo para tres lunas, un bagaje considerable y todas las máquinas de guerra. La defección de Narr-Havas era cierta; los dos asedios iban a comenzar. El ejército de Autharita se extendía ahora sobre Túnez hasta Rhades. Desde lo alto de la acrópolis se veían en la campiña largas humaredas que subían al cielo; eran las quintas de los ricos, que estaban ardiendo.

Sólo un hombre podría salvar la república. Todos se arrepintieron de haberlo desdeñado, y el mismo partido de la paz votó los holocaustos para el regreso de Amílcar.

Ver el zaimph había trastornado a Salambó. Por las noches creía oír los pasos de la diosa y se despertaba sobresaltada dando gritos. Ordenaba todos los días que llevasen comida a los templos. Taanach se extenuaba cumpliendo sus órdenes, y Schahabarim no la abandonaba un momento.

VII. Amílcar Barca

El anunciador de las lunas, que velaba todas las noches desde lo alto del templo de Eschmún, para señalar con su trompeta las agitaciones del astro, vio una mañana, del lado de occidente, algo parecido a un pájaro rozando con sus grandes alas la superficie del mar.

Era un navío con tres filas de remos; llevaba en la proa un caballo esculpido. Salía el sol; el anunciador de las lunas puso la mano delante de los ojos; luego, empuñando con sus dos manos el clarín, dio un trompetazo en dirección a Cartago.

De todas las casas salió la gente; no se daba crédito a las palabras, se disputaba y el pueblo se había agrupado en el muelle. Por fin, reconocieron el trirreme de Amílcar.

Avanzaba orgullosa y bravía, con la antena recta, la vela hinchada a lo largo del mástil, hendiendo la espuma a su alrededor; sus gigantescos remos se hundían en el agua con rítmica cadencia; a intervalos, aparecía la extremidad de su quilla, hecha con reja de arado, y bajo el espolón en que terminaba su proa, el caballo de cabeza de marfil, encabritándose sobre sus dos patas, parecía correr por la llanura del mar.

Al doblar el promontorio, como había cesado el viento, cayó la vela y junto al piloto se vio un hombre de pie, con la cabeza descubierta. ¡Era él, el sufeta Amílcar! Llevaba alrededor de la cintura láminas de hierro relucientes; un manto rojo pendía de sus hombros, dejando ver sus brazos; dos perlas muy largas colgaban de sus orejas y le caía sobre el pecho su barba negra y poblada.

La galera, empujada por las olas, iba sorteando los escollos, costeaba el muelle, y la muchedumbre la seguía a lo largo de la escollera, gritando:

—¡Salud! ¡Bendición! ¡Ojo de Kamón! ¡Libértanos! ¡La culpa es de los ricos! ¡Quieren matarte! ¡Ten cuidado, Barca!

Él no contestaba, como si el clamor de los océanos y de las batallas lo hubiese ensordecido por completo. Pero cuando estuvo al pie de la escalinata que descendía de la Acrópolis, Amílcar alzó la cabeza y, cruzando los brazos, miró al templo de Eschmún. Su mirada se perdió en el inmenso cielo azul; con voz áspera dio una orden a sus marineros; el trirreme viró, rozó el ídolo que se erguía en la esquina del muelle para contener las tempestades, y en el puerto comercial, lleno de inmundicias, de trozos de madera y de cáscaras de frutas rechazaba, chocando con ellos, a los demás navíos amarrados a estacas que terminaban en forma de mandíbulas de cocodrilo. El pueblo acudía allí y algunos se echaron a nado. La galera estaba ya ante la puerta erizada de clavos. Se levantó la puerta y el trirreme desapareció bajo la profunda bóveda.

El puerto militar estaba completamente separado de la ciudad; cuando llegaban embajadores tenían que pasar entre dos murallas, por un corredor que desembocaba a la izquierda, ante el templo de Kamón. Aquella gran extensión de agua, redonda como una copa, tenía un cerco de muelles en los que se habían construido dársenas para refugio de los navíos. Delante de cada una de ellas se alzaban dos grandes columnas que tenían sendos cuernos de Ammón en sus capiteles, lo que constituía una sucesión de pórticos alrededor del puerto. En el centro, en una isla, se levantaba una casa para el sufeta del mar.

El agua era tan límpida que se veía el fondo pavimentado con guijarros blancos. El ruido de las calles no llegaba hasta allí, y Amílcar, al pasar, reconocía los trirremes que había mandado en otro tiempo.

Ya no quedaban más que unos veinte tal vez, varados, inclinados o derechos sobre la quilla, con las popas muy altas y las proas abombadas, cubiertos de dorados y símbolos místicos. Las quimeras habían perdido sus alas; los dioses pataicos, sus brazos; los toros, sus cuernos de plata, y todos medio despuntados, inertes, podridos pero llenos de historia y exhalando aún la fragancia de sus viajes, como soldados mutilados que volvían a ver a su jefe, parecían decirle: «¡Somos nosotros! ¡Somos nosotros! ¡Tú también eres un vencido!».

Nadie, excepto el sufeta del mar, podía entrar en la casa del almirante. En tanto que no se tenía la prueba de su muerte, se consideraba siempre que estaba vivo. Los ancianos evitaban por este medio tener un jefe más, y no habían dejado de cumplir esta costumbre respecto a Amílcar.

El sufeta avanzó por las salas desiertas. A cada paso encontraba armaduras, muebles, objetos conocidos que, sin embargo, lo asombraban, e incluso en el vestíbulo había aún, en un pebetero, la ceniza de los perfumes quemados a su partida para conjurar a Melkart. ¡No era así como esperaba volver! Todo lo que había hecho, todo lo que había visto se arremolinaba en su memoria: los asaltos, los incendios, las legiones, las tempestades, Drepanum, Siracusa, Lilibea, el monte Etna, la meseta de Eryx, cinco años de batallas, hasta el día funesto en que, al deponer las armas, se había perdido Sicilia. Luego recordaba los limoneros, los pastores apacentando sus cabras en las montañas grises, y su corazón palpitaba al imaginar otro Cartago establecido en otra costa. Sus proyectos y sus recuerdos zumbaban en su cabeza, aún aturdida por el vaivén del barco; le abrumaba la angustia y considerándose débil de pronto sintió la necesidad de acercarse a los dioses.

Entonces subió al último piso de su casa y, después de sacar de una concha de oro, suspendida en su brazo, una espátula adornada con clavos, abrió la puerta de una salita oval.

Finas redondelas negras, incrustadas en la pared y transparentes como el

vidrio, la iluminaban suavemente. Entre las hileras de aquellos discos iguales se veían unos agujeros, parecidos a los de las urnas de los columbarios. Cada uno de ellos contenía una piedra redonda, oscura, que parecía muy pesada. Sólo las personas de espíritu superior honraban aquellos abaddirs caídos de la luna. Por su caída, significaban los astros, el cielo, el fuego; por su color, la noche tenebrosa, y por su densidad, la cohesión de las cosas terrestres. Una atmósfera sofocante llenaba aquel místico lugar. Arena del mar que, sin duda, el viento había impulsado a través de la puerta, blanqueaba un poco las piedras redondas de los nichos. Amílcar, con la punta de su dedo, las contó una a una, luego se tapó la cara con un velo color de azafrán y, cayendo de rodillas, se echó en el suelo con los brazos extendidos.

La luz del día penetraba a través de las hojas de vidrio negro. Arborescencias, montículos, torbellinos, contornos de vagos animales se dibujaban en su diáfano espesor, y la luz llegaba, terrible y pacífica sin embargo, como debe ser por detrás del sol, en los lúgubres espacios de las creaciones futuras. Barca se esforzaba en alejar de su pensamiento todas las formas, todos los símbolos y los nombres de los dioses, a fin de comprender mejor el espíritu inmutable que las apariencias ocultan. Algo de la vitalidad de los planetas se infiltraba en él, en tanto que sentía por la muerte y por todos los azares el desdén más profundo y más íntimo. Cuando se levantó, le embargaba una serena intrepidez, invulnerable a la misericordia, al temor, y como aquella atmósfera le oprimía el pecho subió a la torre que dominaba Cartago.

La ciudad se extendía ahondándose en una larga curva con sus cúpulas, sus templos, sus techos de oro, sus casas, sus palmerales, acá y allá, sus bolas de vidrio que destellaban como incendios y las murallas formaban como la gigantesca orla de aquel cuerno de la abundancia que se derramaba hacia él. Veía abajo los puertos, las plazas, el interior de los patios, el trazado de las calles y los hombres muy pequeños, casi a ras del suelo. ¡Ah, si Hannón no hubiese llegado demasiado tarde en la mañana de las islas Égates! Su mirada se abismó en el confín del horizonte y tendió, en la dirección en que se encontraba Roma, sus brazos temblorosos.

La multitud ocupaba las gradas de la acrópolis. En la plaza de Kamón había empujones para ver salir al sufeta; las terrazas se llenaban poco a poco de gente. Algunos lo reconocieron, lo saludaban, y él se retiró para excitar más la impaciencia del pueblo.

Amílcar encontró abajo, en la sala, a los hombres más importantes de su partido: Istaten, Subeldia, Hictamón, Yeubas y los demás. Le contaron todo lo que había pasado desde que se firmó la paz: la avaricia de los ancianos, la partida de los soldados, su regreso, sus exigencias, la captura de Giscón, el robo del zaimph, Útica socorrida y luego abandonada, pero ninguno se atrevió a hablarle de los asuntos que le concernían. Por fin se separaron para verse de

nuevo durante la noche en la asamblea de los ancianos, en el templo de Moloch.

Apenas acababan de salir cuando un tumulto fuera estalló junto a la puerta. Contra la voluntad de los sirvientes alguien quería entrar; como el ruido aumentase, Amílcar ordenó que dejaran pasar al desconocido.

Se vio aparecer una vieja negra, encorvada, llena de arrugas, temblorosa, de semblante estúpido y envuelta hasta los talones en amplios velos azules. Se adelantó hacia el sufeta y los dos se quedaron mirándose un buen rato; de pronto, Amílcar se estremeció y a una orden suya los esclavos se fueron. Entonces, haciéndole señas de que anduviera con precaución, la condujo del brazo a una habitación apartada.

La vieja se arrojó al suelo para besarle los pies; él la levantó brutalmente.

—¿Dónde lo has dejado, Iddíbal?

—Allá abajo, amo.

Se desembarazó de sus velos, se frotó el rostro con su manga; el color negro, el temblor senil y su encorvamiento desaparecieron. Era un anciano robusto, cuya piel parecía curtida por la arena, el viento y el mar. Un mechón de cabellos blancos se erguía sobre su cráneo, como el penacho de un pájaro, y con mirada irónica señalaba al disfraz tirado por el suelo.

—¡Has hecho muy bien, Iddíbal, muy bien! —y luego como atravesándolo con su mirada aguda—: ¿Nadie sospecha aún?...

El viejo le juró por los cabiros que el secreto estaba bien guardado. No abandonaban su cabaña, a tres días de Adrumeto, en una ribera poblada de tortugas, con palmeras en las dunas.

—Y conforme a tu mandato, señor, le enseñé a lanzar dardos y a guiar cuadrigas.

—Es fuerte, ¿verdad?

—Sí amo, ¡y también intrépido! No tiene miedo de las serpientes, ni de los truenos, ni de los fantasmas. Corre con los pies descalzos, como un pastor, por el borde de los precipicios.

—¡Cuéntame, cuéntame!

—Inventa trampas para las fieras. La otra luna, ¿lo creerás?, sorprendió a un águila; ésta lo arrastraba, y la sangre del ave y la sangre del niño se esparcían en el aire en grandes gotas, como rosas impulsadas por el viento. El animal, furioso, le envolvía con su batir de alas; él la estrechaba contra su pecho y a medida que el ave agonizaba sus risas aumentaban, sonoras y orgullosas como choques de espadas.

Amílcar bajaba la cabeza, deslumbrado por estos presagios de grandeza.

Pero desde hace algún tiempo anda muy inquieto. Contempla a lo lejos las velas que pasan por el mar, está triste, rehúsa la comida, se informa acerca de los dioses y quiere conocer Cartago.

—¡No, no! ¡Todavía no! —exclamó el sufeta.

El viejo esclavo pareció conocer el peligro que asustaba a Amílcar, y añadió:

—¿Cómo contenerlo? Tengo que prometerle alguna cosa; he venido a Cartago sólo para comprarle un puñal con mango de plata incrustado de perlas.

Luego contó que al ver al sufeta en la terraza se había hecho pasar por una de las mujeres de Salambó para que los guardas del puerto lo dejaran entrar.

Amílcar quedó largo rato pensativo, como absorto en sus pensamientos. Al fin, dijo:

—Mañana te presentarás en Megara, a la puesta del sol, por detrás de las fábricas de púrpura, e imitarás tres veces el grito del chacal. Si no me vieras, volverás a Cartago el primer día de cada luna. ¡No olvides nada! ¡Cuídate! Ahora ya puedes hablarle de Amílcar.

El esclavo volvió a ponerse su disfraz y salieron juntos de la casa y del puerto.

Amílcar siguió solo y a pie, sin escolta, pues las reuniones de los ancianos, en circunstancias extraordinarias, eran siempre secretas y a ellas se iba de manera misteriosa.

Primero fue a lo largo de la fachada oriental de la acrópolis, pasó enseguida por el mercado de las hierbas, las galerías de Kinisdo y por el arrabal de los perfumistas. Las escasas luces se extinguían, las calles más anchas se quedaban silenciosas; luego unas sombras se deslizaron en las tinieblas. Le seguían, aparecieron otras y todas se dirigían como él hacia el lado de los Mappales.

El templo de Moloch estaba edificado al pie de una garganta escarpada, en un lugar siniestro. Desde abajo no se veían más que altas murallas que subían indefinidamente, como las paredes de un sepulcro monstruoso. La noche era sombría; una niebla gris parecía pesar sobre el mar, que batía el acantilado con un rumor de estertores y sollozos; las sombras se desvanecieron poco a poco como si hubiesen pasado a través de los muros.

Pero apenas se franqueaba la puerta se entraba en un vasto patio cuadrangular, rodeado de arcadas. En medio se levantaba una masa

arquitectónica octogonal. La cubrían varias cúpulas que se apretaban alrededor de un segundo piso, el cual soportaba una especie de rotonda, de donde emergía un cono de vértice curvado rematado por una bola.

Ardían unos fuegos en cilindros de filigrana, adheridos a unos largos varales llevados por hombres. Estos resplandores oscilaban bajo las ráfagas de viento y enrojecían los peines de oro que sujetaban en la nuca sus cabellos trenzados. Corrían y se llamaban unos a otros para recibir a los ancianos.

Sobre las losas, de trecho en trecho, estaban sentados, como esfinges, enormes leones, símbolos vivientes del sol devorador. Dormitaban con los párpados entreabiertos. Pero despiertos por el ruido de pasos y de voces se levantaban pausadamente, se acercaban a los ancianos, a quienes reconocían por sus trajes; se frotaban contra sus piernas, enarcando el lomo con sonoros bostezos, cuyos hálitos velaban la luz de las antorchas. La agitación se incrementó, se cerraron las puertas, todos los sacerdotes se esfumaron y los ancianos desaparecieron bajo las columnas que formaban alrededor del templo un vestíbulo profundo.

Estaban dispuestas de tal manera que reproducían en sus circunferencias concéntricas el periodo saturniano que contiene los años, los años con los meses, los meses con los días, topándose al fin contra la muralla del santuario.

Allí era donde los ancianos dejaban sus bastones de cuerno de narval, pues una ley, siempre observada, castigaba con la muerte al que entrara en la sesión con un arma cualquiera. Muchos de ellos llevaban en el borde de sus mantos una rasgadura, orlada por una franja de púrpura, para demostrar así que al llorar la muerte de sus deudos no se habían cuidado de sus vestiduras, y estas demostraciones de aflicción impedían que el rasgón fuese más grande. Otros llevaban su barba encerrada en un saquito de piel violeta, sujeto a las orejas por medio de dos cordones. Todos se saludaron abrazándose, pecho con pecho. Rodeaban a Amílcar, lo felicitaban; parecían hermanos que volvieran a ver a un hermano.

Aquellos hombres eran, por lo general, ventrudos, de nariz aguileña como la de los colosos asirios, si bien algunos, por sus pómulos más salientes, su estatura más alta y sus pies más estrechos, recelaban un origen africano, de ascendiente nómada. Los que vivían continuamente detrás de los mostradores de sus tiendas tenían la cara pálida; otros conservaban en sus facciones algo de la severidad del desierto, y joyas raras brillaban en los dedos de sus manos, tostadas por soles desconocidos. Se distinguía a los navegantes en el balanceo de su andar, en tanto que los labradores olían a lagar, a hierba seca y a sudor de mulo. Estos antiguos piratas hacían labrar los campos; estos amasadores de dinero equipaban navíos; estos propietarios agrícolas alimentaban esclavos diestros en oficios útiles. Todos eran sabios en disciplinas religiosas, expertos

en estrategia, implacables y ricos. Tenían el aspecto de estar fatigados por hondas cuitas. Sus ojos enardecidos miraban con desconfianza, y la costumbre de viajar y de mentir, del comercio y del mando, le daba a toda su persona un aspecto de astucia y de violencia, una especie de brutalidad discretamente contenida. Además, la influencia del dios los ensombrecía.

Pasaron primero por una sala abovedada, que tenía la forma de un huevo. Siete puertas, correspondientes a los siete planetas, dibujaban en el muro otros tantos cuadrados de color diferente. Después de atravesar por una gran cámara entraron en otra sala parecida.

Un candelabro, enteramente cubierto de flores cinceladas, brillaba al fondo, y cada uno de sus ocho brazos de oro llevaba, en un cáliz de diamantes, una mecha de byssus. Estaba colocado en el último peldaño de una grada que conducía a un gran altar, cuyos ángulos se remataban por cuernos de bronce. Dos escaleras laterales llevaban a su cima aplanada; no se veían las piedras; era como una montaña de cenizas acumuladas, y algo indeciso humeaba lentamente encima. Más allá, por encima del candelabro y mucho más arriba del altar, se erguía el Moloch, totalmente de hierro, con su pecho de hombre, horadado de aberturas. Sus alas abiertas se desplegaban sobre la pared, sus manos alargadas descendían hasta el suelo, tres piedras negras rodeadas de un círculo amarillo figuraban tres pupilas en su frente y, como si quisiera mugir, levantaba en un poderoso esfuerzo su cabeza de toro.

En torno de la estancia había alineados escabeles de ébano. Detrás de cada uno de ellos un pie de bronce que descansaba sobre tres garras sostenía una antorcha. Todas aquellas luminarias se reflejaban en los rombos de nácar que pavimentaban la sala. Era tan alta que el color rojo de las paredes, al llegar cerca de la bóveda, parecía negro, y los tres ojos del ídolo fulguraban en lo alto como estrellas medio perdidas en la noche.

Los ancianos se sentaron en los escabeles de ébano, poniendo sobre su cabeza la cola de sus túnicas. Permanecían inmóviles, con las manos cruzadas dentro de sus anchas mangas, y el enlosado de nácar parecía un río luminoso que, fluyendo desde el altar hacia la puerta, se deslizaba bajo sus pies descalzos.

Los cuatro pontífices estaban en el centro, dándose la espalda, en cuatro sitials de marfil que formaban cruz: el gran sacerdote de Eschmún, con túnica color jacinto; el gran sacerdote de Tanit, con túnica de lino blanco; el gran sacerdote de Kamón, con túnica de lana de color leonado, y el gran sacerdote de Moloch, con túnica de púrpura.

Amílcar se adelantó hacia el candelabro. Dio una vuelta en torno a él observando las mechas que ardían y luego echó sobre ellas un polvo perfumado; unas llamas violáceas surgieron en el extremo de los brazos.

Entonces se oyó una voz aguda, a la que respondió otra, y los cien ancianos, los cuatro pontífices y Amílcar, de pie, entonaron a la vez un himno y, repitiendo siempre las mismas sílabas y reforzando los tonos, sus voces subían, severas y terribles, resonando como un estallido; luego, de repente, se callaron.

Aguardaron unos momentos. Al fin, Amílcar sacó de su pecho una estatuilla con tres cabezas, azul como el zafiro, y la colocó delante de él. Era la imagen de la verdad, el genio de su palabra. Luego la volvió a meter en su pecho y todos, como poseídos por una ira súbita, exclamaron:

—¡Los bárbaros son tus amigos! ¡Traidor, infame! Vuelves para vernos morir, ¿no es eso? ¡Dejadlo hablar! —y otros—: ¡No! ¡No!

Así se vengaban de la limitación a que el ceremonial político los había obligado, y si bien deseaban el regreso de Amílcar, se indignaban ahora de que no hubiese previsto sus desastres o más bien de que no los hubiese sufrido con ellos.

Cuando se apaciguó el tumulto, el pontífice de Moloch se levantó.

—Nosotros te preguntamos por qué no volviste a Cartago.

—¡Qué os importa! —respondió desdeñosamente el sufeta.

Los gritos se redoblaron.

—¿De qué me acusáis? ¿Acaso dirigí mal la guerra? Vosotros habéis visto el plan de mis batallas, vosotros que dejáis tranquilamente a unos bárbaros...

—¡Basta! ¡Basta!

Y siguió, bajando la voz para que lo escucharan con más atención:

—¡Oh, es verdad! ¡Estoy equivocado, lumbreras de los Baals! ¡También hay valientes entre vosotros! ¡Giscón, levántate! —y paseando por la grada del altar, con los párpados entornados como si buscara a alguien, repitió—: ¡Levántate, Giscón! Tú puedes acusarme y éstos te defenderán. ¿Pero dónde estás?

—Luego, como sorprendiéndose—: ¡Ah, en su casa, sin duda, rodeado de sus hijos, mandando a sus esclavos, feliz, y contando en la pared los collares de honor que la patria le ha concedido!

Los ancianos se agitaban, encogiéndose de hombros como flagelados por azotes.

—¡Ni siquiera sabéis si está vivo o está muerto!

Y sin cuidarse de sus clamores les decía que al abandonar al sufeta habían abandonado a la república. Del mismo modo, la paz romana, por ventajosa que

les pareciese, era más funesta que veinte batallas. Algunos aplaudieron, los menos ricos del consejo, sospechosos de inclinarse hacia el pueblo o hacia la tiranía. Sus adversarios, jefes de las syssitas y administradores, lo vencían por su número; los más importantes se habían colocado junto a Hannón, quien se hallaba sentado al otro extremo de la sala, delante de la alta puerta, cerrada por una tapicería de color jacinto.

Se había pintado con colorete las úlceras de su cara. Pero el polvo de oro de sus cabellos le había caído sobre los hombros, formando dos placas brillantes que parecían blanquecinas, finas y crespas como vellones. Paños empapados en perfume oleoso que goteaba sobre las losas envolvían sus manos, y sin duda su enfermedad se había agravado considerablemente, pues sus ojos desaparecían bajo los pliegues de sus párpados. Para ver tenía que echar la cabeza hacia atrás. Sus partidarios lo obligaron a hablar. Al fin, con voz ronca y desagradable, dijo:

—¡Menos arrogancia, Barca! ¡Todos hemos sido vencidos! ¡Cada cual soporta su desgracia! ¡Resígnate!

—Dinos más bien —respondió sonriendo Amílcar— cómo dirigiste tus galeras contra la flota romana.

—Fui arrastrado por el viento —respondió Hannón.

—Haces como el rinoceronte que patea en sus excrementos. ¡Estás poniendo de manifiesto tu necesidad! ¡Cállate! —y empezaron a recriminarse por la batalla de las islas Égates.

Hannón lo acusaba de no haber acudido en su auxilio.

—¡Pero eso hubiera sido desguarnecer a Eryx! Tenías que haber salido a alta mar. ¿Quién te lo impedía? ¡Ah, me olvidaba! ¡Todos los elefantes tienen miedo al mar!

Los adictos de Amílcar celebraron la ocurrencia con grandes carcajadas, que retumbaban en la bóveda como si hubiesen sonado tímpanos.

Hannón denunció la indignidad de semejante ultraje; su enfermedad le había sobrevenido a causa de un enfriamiento en el sitio de Hecatómpila, y el llanto corría por su rostro carcomido como lluvia de invierno sobre una muralla ruinosa.

Amílcar añadió:

—¡Si me hubierais querido tanto como a aquél, reinaría ahora la alegría en Cartago! ¡Cuántas veces apelé a vosotros! ¡Pero siempre me rehusasteis el dinero!

—¡Nos hacía falta! —contestaron los jefes de las syssitas.

—¡Y cuando mis asuntos iban de mal en peor, hemos bebido los orines de las mulas y hemos comido las correas de nuestras sandalias; cuando yo hubiese deseado que las briznas de hierba se convirtieran en soldados y formar batallones con la podredumbre de nuestros muertos, me retirasteis las galeras que me quedaban!

—¡No podíamos arriesgarlo todo! —respondió Baat-Baal, dueño de minas de oro en la Getulia-Daritiana.

—¿Y qué hacíais mientras tanto aquí, en Cartago, metidos en vuestras casas, al amparo de las murallas? Hay galos en el Erídano a los que era preciso rechazar; cananeos en Cirene, que hubiesen venido, y mientras los romanos enviaban embajadores a Ptolomeo...

—¡Ahora nos elogia a los romanos! —alguien le gritó—: ¿Cuánto te han pagado por defenderlos?

—¡Preguntádselo a las llanuras del Brutium, a las ruinas de Locres, de Metaponto y de Heracles! ¡He incendiado todos sus bosques, he saqueado todos sus templos y he matado hasta los nietos de sus nietos...!

—¡Declamas como un retórico! —dijo Kapuras, un mercader muy ilustre—. ¿Qué es lo que quieres?

—¡Digo que hay que ser más ingenioso o más terrible! ¡Si el África entera sacude vuestro yugo, es que sois unos jefes débiles y no sabéis uncirlo a su cerviz! Agatocles, Regulus, Coepio, cualquiera de estos hombres audaces no tiene más que desembarcar para conquistarla, y cuando los libios que están al oriente se entiendan con los nómadas que están al occidente y vengan los nómadas por el sur y los romanos por el norte... —Se oyó un grito de horror—: ¡Entonces os golpearéis el pecho, os revolcaréis en el polvo y desgarraréis vuestras vestiduras! ¡De poco os servirá! Habrá que volver a hacer girar la rueda en la Suburra y a vendimiar en las colinas del Latium.

Sus adversarios se golpeaban el muslo derecho para patentizar su escándalo, y las mangas de sus túnicas se levantaban como grandes alas de pájaros asustados. Amílcar, llevado por su cólera, continuaba de pie en el último peldaño del altar, tembloroso y terrible; levantaba los brazos, y los rayos del candelabro que ardía detrás de él pasaban entre sus dedos como dardos de oro.

—¡Perderéis vuestras naves, vuestros campos, vuestros carros, vuestros lechos colgantes y las esclavas que os limpian los pies! Los chacales dormirán en vuestros palacios y el arado volteará vuestras tumbas. No habrá más que gritos de águilas y montones de ruinas. ¡Caerás, Cartago!

Los cuatro pontífices extendieron sus manos para apartar el anatema.

Todos se habían levantado. Pero el sufeta del mar, magistrado sacerdotal bajo la protección del Sol, era inviolable en tanto no fuera juzgado por la asamblea de los ricos. El altar infundía espanto, y retrocedieron.

Amílcar ya no hablaba. Con la mirada fija y el semblante más pálido que las perlas de su tiara, jadeaba, casi asustado de sí mismo y perdido en lúgubres visiones. Desde la altura en que estaba, todas las antorchas que brillaban en los pies de bronce le parecían una gran corona de hogueras que ardía a ras de las losas; negras humaredas subían por las tinieblas de la bóveda, y fue tan profundo el silencio durante unos minutos, que se oía a lo lejos el murmullo del mar.

Después, los ancianos se pusieron a deliberar. Sus intereses, sus vidas, estaban amenazadas por los bárbaros. Pero no se les podía vencer sin el auxilio del sufeta y, debido a esto, no obstante su orgullo, olvidaron todas las demás consideraciones. Llamaron aparte a sus amigos. Hubo reconciliaciones interesadas, acomodamientos y promesas. Amílcar no quería formar parte de ningún gobierno. Todos lo conjuraron a cambiar de idea. Le suplicaban, y como de nuevo volvió a sonar la palabra «traición», montó en cólera. El único traidor era el gran consejo, pues expirando el alistamiento de los soldados con la guerra, eran libres una vez terminada ésta; exaltó incluso su valentía y todas las ventajas que se podría obtener de ellos interesándolos por la república con donaciones y privilegios.

Entonces Magdassan, antiguo gobernador de provincias, dijo, moviendo sus ojos amarillos:

—Realmente, Barca, a fuerza de viajar, te has vuelto griego, o latino, o ¡no sé qué! ¡Aún hablas de recompensas para esos hombres! ¡Perezcan diez mil bárbaros antes que uno solo de nosotros!

Los ancianos aprobaron con una inclinación de cabeza, murmurando:

—Sí, no hay que apurarse. ¡Mercenarios se encuentran siempre!

—Y se los despide cuando se quiere, ¿no es así? Se los abandona, como hicisteis en Cerdeña. Se avisa al enemigo el camino que han de tomar, como ocurrió con los galos en Sicilia, o bien se los desembarca en medio del mar. ¡A mi regreso, he visto la roca blanqueada con sus huesos!

—¡Qué desgracia! —dijo desvergonzadamente Kapuras.

—¿Acaso no se pasaron mil veces al enemigo? —exclamaron los demás. Amílcar gritó:

—¿Y por qué, a pesar de vuestras leyes, los llamasteis a Cartago? Y cuando estaban en vuestra ciudad, pobres y numerosos como eran, en medio de vuestras riquezas, ¿no se os ocurrió siquiera dividirlos para debilitarlos? A

continuación, los despedisteis con sus mujeres y sus hijos, a todos, sin quedaros con un solo rehén. ¿Creíais que se matarían para ahorraros el dolor de mantener vuestros juramentos? ¡Los odiáis porque son fuertes! ¡Y a mí me odiáis aún más porque soy su jefe! ¡Me he dado cuenta ahora, cuando me besabais las manos y os conteníais para no mordérmelas!

Si los leones que dormían en el patio hubiesen entrado rugiendo, el clamor no hubiera sido más espantoso. Pero el pontífice de Eschmún se levantó, y, con las rodillas juntas, los codos pegados al cuerpo, muy erguido y con las manos entreabiertas, dijo:

—¡Barca, Cartago necesita que tomes el mando general de las fuerzas púnicas contra los mercenarios!

—Lo rehúso —contestó Amílcar.

—¡Te daremos plenos poderes! —gritaron los jefes de las syssitas.

—¡No!

—Sin ninguna limitación ni copartícipes, con todo el dinero que pidas, todos los cautivos, todo el botín y cincuenta zerets de tierra por cada muerto del enemigo.

—¡No, no! ¡Porque con vosotros es imposible vencer!

—¡Tiene miedo!

—¡Porque sois unos cobardes, avaros, ingratos, pusilánimes y locos!

—¡Los adula!

—Para ponerse al frente de ellos —dijo uno.

—Y volverse contra nosotros —dijo otro.

Desde el fondo de la sala, aulló Hannón:

—¡Quiere hacerse rey!

Entonces todos brincaron, derribando asientos y antorchas; el tropel se abalanzó hacia el altar; blandiendo puñales. Pero Amílcar, rebuscando en sus mangas, sacó dos grandes cuchillas y, medio encorvado, con el pie izquierdo echado hacia delante, los ojos llameantes y apretados los dientes, los desafió, inmóvil, bajo el candelabro de oro.

Resulta que, por precaución, todos habían llevado armas; aquello era un crimen; se miraron unos a otros, asustados. Como todos eran culpables, se tranquilizaron enseguida y, poco a poco, volviendo la espalda al sufeta, bajaron rabiosos de humillación. Por segunda vez retrocedían ante él. Durante unos momentos permanecieron de pie. Varios que se habían herido en los

dedos se los llevaban a la boca o se los envolvían en la fimbria de su manto, y ya iban a marcharse cuando Amílcar oyó estas palabras:

—¡Bah! ¡Es una delicadeza suya para no afligir a su hija! Una voz más recia añadió:

—¡Sin duda, porque elige sus amantes entre los mercenarios!

Primero se tambaleó, luego buscó rápidamente con la vista a Schahabarim. Pero únicamente el sacerdote de Tanit había permanecido en su puesto, y Amílcar no vio de lejos más que su alto bonete. Todos se mofaban en su propia cara. A medida que aumentaba su angustia se redoblaba la alegría de ellos y, en medio de las rechiflas, los que estaban detrás gritaban:

—¡Lo han visto salir de su habitación!

—¡Una mañana del mes de tammuz!

—¡Es el ladrón del zaimph!

—¡Un buen mozo!

—¡Más alto que tú!

Amílcar se arrancó la tiara, insignia de su dignidad —su tiara de ocho rangos místicos, en cuyo centro llevaba una concha de esmeralda—, y con las dos manos, con todas sus fuerzas, la arrojó al suelo; los aretes de oro, al romperse, rebotaron, y las perlas resonaron sobre las losas. Vieron entonces en la blancura de su frente una larga cicatriz; se agitaba como una serpiente entre sus cejas; todos sus miembros temblaban. Subió por una de las escaleras laterales que conducían al altar y ¡anduvo por él! Era entregarse a los dioses, ofrecerse en holocausto. El movimiento de su manto agitaba las luces del candelabro más bajo que sus sandalias, y el polvo fino que levantaban sus pasos lo envolvía como una nube hasta la cintura. Se detuvo entre las piernas del coloso de bronce. Cogió en sus manos dos puñados de aquel polvo que sólo verlo hacía estremecer de horror a todos los cartagineses, y dijo:

—¡Por las cien antorchas de vuestras inteligencias! ¡Por los ocho fuegos de los cabiros, por las estrellas, por los meteoros y los volcanes! ¡Por todo lo que arde! ¡Por la sed del desierto y la salubridad del océano! ¡Por la caverna de Adrumeto y el imperio de las almas! ¡Por la exterminación, por la ceniza de vuestros hijos y la ceniza de los hermanos de vuestros abuelos, con quienes ahora voy a confundir la mía! ¡Vosotros, los cien del consejo de Cartago, vosotros habéis mentido al acusar a mi hija! ¡Y yo, Amílcar Barca, sufeta del mar, jefe de los ricos y dominador del pueblo, ante Moloch de la cabeza de toro!, yo juro... —Esperaban algo espantoso, pero añadió en voz más alta y calma—: ¡Que ni siquiera le hablaré de esto!

Los servidores del templo, llevando peines de oro, entraron: unos, con

esponjas de púrpura, y otros, con ramas de palmas. Levantaron la cortina de jacinto extendida delante de la puerta, y por la abertura de aquel ángulo, se vio al fondo de las otras salas el inmenso cielo sonrosado que parecía continuar la bóveda, apoyándose en el horizonte sobre el mar completamente azul. El sol, surgiendo de entre las olas, salía. Dio de pronto en el pecho del coloso de bronce, dividido en siete compartimentos cerrados por rejillas. Sus fauces, de dientes rojos, se abrían en un horrible bostezo; sus enormes narices se dilataban, la luz del día lo animaba, le daba un aspecto terrible e impaciente, como si quisiera saltar afuera para fundirse con el astro, el dios, y recorrer juntos las inmensidades.

Mientras tanto, las antorchas tiradas por el suelo seguían ardiendo, alargándose acá y allá sobre los rombos de nácar como manchadas de sangre. Los ancianos vacilaban, extenuados; aspiraban a pleno pulmón el aire fresco; a fuerza de haber gritado, casi no podían hablar. Pero su cólera contra el sufeta no se había calmado; a modo de despedida le lanzaban amenazas, y Amílcar les respondía.

—¡Hasta la noche, Barca, en el templo de Eschmún!

—¡Allí estaré!

—¡Haremos que te condenen los ricos!

—¡Y yo que os condene el pueblo!

—¡Ten cuidado no termines en la cruz!

—¡Y vosotros arrastrados por las calles!

En cuanto llegaron al umbral del patio, recobraron su actitud de perfecta calma.

**

Sus criados y cocheros los esperaban a la puerta. La mayor parte se fueron en mulas blancas. El sufeta saltó a su carro y tomó las riendas; los dos animales, encorvando su cuello y golpeando cadenciosamente los guijarros que rebotaban, subieron a galope por toda la vía de los Mappales, y el buitre de plata, en el extremo de la pértiga del carro, parecía volar: tal era la velocidad con que pasaba.

El camino atravesaba un campo salpicado de túmulos, puntiagudos en la cumbre, como pirámides, que llevaban talladas en el centro una mano abierta, como si el muerto enterrado debajo la tendiera hacia el cielo para reclamar algo. Seguían luego cabañas hechas de barro, de ramas o de cañizos de juncos, todas de forma cónica. Tapias de guijarros, regateras de agua corriente, cuerdas de esparto o setos de nopales separaban irregularmente aquellas edificaciones, que se amontonaban cada vez más conforme se iba subiendo

hacia los jardines del sufeta. Pero la mirada de Amílcar se dirigía hacia una gran torre cuyos tres pisos formaban tres cilindros monstruosos: el primero, construido de piedras; el segundo, de ladrillos, y el tercero, enteramente de cedro, que soportaba una cúpula de cobre sobre veinticuatro columnas de enebro, de donde pendían, a modo de guirnaldas, cadenas de bronce entrelazadas. Aquel alto edificio dominaba las construcciones que se extendían a la derecha, los almacenes y las casas de comercio, en tanto que el palacio de las mujeres se alzaba en el fondo de los cipreses, alineados como dos murallas de bronce.

El carro entró rechinando por la estrecha puerta y fue a detenerse bajo un ancho cobertizo, donde unos caballos, trabados, comían montones de heno.

Acudieron todos los criados. Eran una multitud, pues los que trabajaban en el campo, por miedo a los mercenarios, se habían refugiado en Cartago. Los labradores, vestidos con pieles de animales, arrastraban cadenas remachadas en los tobillos; los obreros de las manufacturas de púrpura tenían los brazos rojos, como verdugos; los marinos llevaban gorros verdes; los pescadores, collares de coral; los cazadores, una red al hombro, y las gentes de Megara, túnicas blancas o negras, calzón de cuero, casquetes de paja, de fieltro o de tela, según su servicio o la industria que ejercían.

Atrás se apiñaba un populacho harapiento. Vivían sin empleo alguno, lejos de las casas, dormían por la noche en los jardines, devorando las sobras de las cocinas; roña humana que vegetaba a la sombra del palacio. Amílcar los toleraba, más por previsión que por desdén. Todos, en señal de alegría, se habían puesto una flor en la oreja, aunque muchos de ellos jamás lo habían visto.

Pero unos hombres, con tocados como esfinges y armados de grandes bastones, se abalanzaron entre aquella turba, dando golpes a diestro y siniestro. Era para rechazar a los esclavos que sentían curiosidad por ver al amo, a fin de que éste no fuera atropellado por el número o molestado por el hedor que despedían.

Entonces todos se echaron de bruces en el suelo, gritando:

—¡Ojo de Baal, que florezca tu casa! —y entre aquellos hombres, así tendidos en la avenida de los cipreses, el primer intendente, Abdalonim, tocado con una mitra blanca, se adelantó hacia Amílcar, con un incensario en la mano.

Salambó descendía por la escalinata de las galeras. Todas sus mujeres venían tras ella, siguiéndola paso a paso. Las cabezas de las negras destacaban como grandes puntos oscuros en la línea de velos con placas de oro que ceñían la frente de las romanas. Otras tenían en el cabello flechas de plata, mariposas

de esmeralda, o largos alfileres rematados con soles. Sobre la confusión de aquellas vestiduras blancas, amarillas y azules, resplandecían las sortijas, los broches, los collares, las franjas y los brazaletes; se elevaba un suave rumor de telas ligeras; se oía el resonar de las sandalias junto con el ruido sordo de los pies desnudos que pisaban el entarimado; y, acá y allá, un eunuco gigantesco que sobresalía por encima de los hombros de aquellas mujeres sonreía muy complacido. Cuando se apaciguó la aclamación de los hombres, ellas, tapándose las caras con sus mangas, lanzaron un grito extraño, semejante al aullido de una loba, tan furioso y estridente, que la gran escalinata de ébano, llena de mujeres, parecía vibrar como una lira.

El viento agitaba sus velos y los delgados tallos de los papiros se mecían suavemente. Era el mes de schebaz, en pleno invierno. Los granados en flor se destacaban en el azul del cielo y a través de sus ramas el mar aparecía como una isla a lo lejos, medio perdida entre la bruma.

Amílcar se detuvo al ver a Salambó. Le había nacido después de habersele muerto muchos hijos varones. Por otra parte, el nacimiento de las hijas se consideraba como una calamidad en las regiones del sol. Los dioses, más tarde, le enviaron un hijo, pero seguía conservando algo de la amargura de su esperanza fallida y como el eco de la maldición que había lanzado contra ella. Salambó, sin embargo, continuaba avanzando.

Perlas de variados colores pendían en largas sargas de sus orejas sobre los hombros y hasta los codos. Su cabellera estaba peinada con rizos que simulaban una nube. Llevaba, alrededor del cuello, plaquitas de oro, de forma cuadrangular, que representaban una mujer entre dos leones empinados; y su vestido reproducía en un todo la vestimenta de la diosa. Su túnica de color jacinto, de amplias mangas, le ceñía el talle, ensanchándose por abajo. El bermellón de sus labios hacía resaltar la blancura de los dientes, y el antimonio de los párpados agrandaba sus ojos. Sus sandalias, hechas con plumas de pájaros, tenían los tacones muy altos, y toda ella, sin duda a causa del frío, estaba extraordinariamente pálida.

Al fin llegó junto a Amílcar y, sin mirarlo ni levantar la cabeza, le dijo:

—¡Salud, ojo de Baalim! ¡Gloria eterna, triunfo, dichas, satisfacción, riquezas! Tiempo hace que mi corazón está triste y mi casa lúgubre. Pero el amo que vuelve es como Tammuz resucitado, y ante tu mirada, ¡oh padre!, la alegría de una vida nueva va a florecer por todas partes.

Y cogió de manos de Taanach un pequeño vaso oblongo, en el que humeaba una mezcla de harina, manteca, cardamomo y vino.

—Bebe a placer —dijo— la bebida del regreso preparada por tu sierva.

Amílcar replicó:

—¡Bendita seas! —y cogió maquinalmente el vaso de oro que ella le tendía.

Sin embargo, la observaba con una atención tan fija que Salambó, turbada, balbució:

—¡Te han dicho, oh señor...!

—¡Sí, ya lo sé! —dijo Amílcar en voz baja.

¿Era esto una confesión o se refería a los bárbaros? Y añadió unas palabras vagas sobre los asuntos públicos que esperaba resolver solo.

—¡Padre —exclamó Salambó—, no podrás reparar lo que es irreparable!

Entonces Amílcar retrocedió, y Salambó extrañaba este asombro; pues ella no pensaba en Cartago, sino en el sacrilegio del que se creía cómplice. Aquel hombre, que hacía temblar a las legiones y a quien ella apenas conocía, la asustaba como un dios; lo había adivinado, lo sabía todo, algo terrible iba a suceder. Y exclamó:

—¡Perdón!

Amílcar bajó lentamente la cabeza.

Por más que ella quería culparse no se atrevía a abrir los labios; y sin embargo, ardía en deseos de quejarse y de ser consolada. Amílcar reprimía el ansia de quebrantar su juramento. Lo mantenía por orgullo o por el temor de concluir con su incertidumbre; y miraba a su hija de hito en hito para leer en el fondo de su corazón.

Poco a poco, jadeante, Salambó iba agachando la cabeza, intimidada por aquella mirada tan persistente. Amílcar estaba seguro ahora de que ella había caído entre los brazos de un bárbaro y, convulso, la amenazó con ambos puños. Ella lanzó un grito y cayó en brazos de las mujeres, que se agruparon a su alrededor.

Amílcar dio media vuelta. Todos los intendentés lo siguieron.

Se abrió la puerta de los almacenes y entró en una vasta sala redonda, a la que afluían como los radios al cubo de una rueda, largos pasillos que conducían a otras salas. Un disco de piedra se levantaba en el centro, con balaústres para sostener los cojines amontonados sobre tapices.

El sufeta paseó primero a grandes zancadas; respiraba ruidosamente, taconeaba recio en el suelo, se pasaba la mano por la frente como hostigado por las moscas. Pero se sacudió la cabeza, y al ver aquel cúmulo de riquezas se calmó; su pensamiento, atraído por las perspectivas de los corredores, se lanzó a las otras salas, llenas de tesoros más preciosos. Placas de bronce, lingotes de plata y barras de hierro alternaban con los salmones de estaño traído de las

Cassitérides por el mar Tenebroso; las gomas del país de los negros rebosaban en sacos de corteza de palmera, y el polvo de oro, apilado en odres, escapaba insensiblemente por las costuras demasiado viejas. Delgados filamentos, extraídos de plantas marinas, colgaban entre los linos de Egipto, de Grecia, de Taprobana y de Judea; madréporas, como grandes arbustos, se erizaban al pie de las paredes, y un olor indefinible flotaba en la atmósfera impregnada de las exhalaciones de los perfumes, de los cueros, de las especias y de las plumas de avestruz, atadas en grandes manojos en lo alto de la bóveda. Delante de cada corredor, unos colmillos de elefante, colocados verticalmente, reunidos por las puntas, formaban un arco por encima de la puerta.

Amílcar subió al disco de piedra. Todos los intendentes se mantuvieron con los brazos cruzados y la cabeza baja, en tanto que Abdalonim ostentaba orgullosamente su mitra puntiaguda.

Amílcar interrogó al jefe de las naves. Era un viejo piloto de párpados comidos por el viento y grandes guedejas blancas que le caían hasta la cintura, como si la espuma de las tempestades se hubiera detenido en su barba.

Le respondió que había enviado una flota por Gades y Thymiamata para intentar arribar a Eziongaber, doblando el Cuerno del Sur y el promontorio de los Aromas.

Otras habían navegado hacia el oeste, durante cuatro lunas, sin encontrar tierra, pero la proa de las naves tropezaba con hierbas, en el horizonte resonaba continuamente un ruido de cataratas, brumas de color de sangre oscurecían el sol, y una brisa muy cargada de aromas adormecía a las tripulaciones; ahora éstas no podían decir nada porque tenían la memoria turbada. Sin embargo, habían remontado los ríos de los escitas, penetraron en la Cólquida, entre los ingrianos y entre los estienos, habían raptado en el archipiélago quinientas vírgenes y habían hundido todos los navíos extranjeros que navegaban más allá del cabo Oestrymon, para guardar el secreto de las rutas. El rey Ptolomeo acaparaba el incienso de Schesbar; Siracusa, Elathia, Córcega y las demás islas no habían proporcionado nada, y el viejo piloto bajó la voz para anunciar que un trirreme había sido apresado en Rusicada por los númeridas, «pues están con ellos, amo».

Amílcar frunció el entrecejo; luego hizo señas de que hablara el jefe de los viajes; éste vestía una túnica parda, sin cinturón, y llevaba la cabeza envuelta en una larga faja de tela blanca que, pasándole junto a la boca, le caía por detrás sobre la espalda.

Las caravanas habían partido con regularidad en el equinoccio de invierno. Pero de mil quinientos que se dirigieron al extremo de Etiopía con excelentes camellos, odres nuevos y provisiones de telas pintadas, sólo uno volvió a Cartago; los restantes habían muerto de fatiga o enloquecidos por el terror del

desierto; y decía que había visto, más allá del Harusch-Negro, junto a los Atarantos y el país de los grandes monos, inmensos reinos en los que los más ínfimos utensilios eran de oro; un río de color de leche, tan ancho como el mar; bosques de árboles azules; colinas de plantas aromáticas; monstruos con cara humana que vegetaban sobre las rocas y cuyas pupilas, al mirar, se abrían como flores. Detrás de los lagos infestados de dragones, unas montañas de cristal que sustentaban el sol. Otros habían vuelto de la India con pavos reales, pimienta y tejidos desconocidos. En cuanto a los que fueron a comprar calcedonias por el camino de las Sirtes y el templo de Ammón, sin duda habían perecido en los arenales. Las caravanas de la Getulia y de Fazzana habían suministrado sus acostumbrados ingresos; pero el jefe de los viajes no se atrevía, por ahora, a equipar otras.

Amílcar comprendió; los mercenarios ocupaban la campiña. Lanzando un sordo gemido se reclinó en el otro codo, y el jefe de las granjas tenía tanto miedo de hablar que temblaba horriblemente a pesar de sus robustos hombros y de sus grandes pupilas rojas. Su cara, roma como la de un dogo, llevaba encima una red de hilos de cortezas; ceñía un cinturón de piel de leopardo con todos sus pelos, en el que relucían dos formidables cuchillos.

En cuanto Amílcar lo miró se puso a invocar a gritos a todos los Baals. ¡No era culpa suya! ¡No había podido evitarlo! Él había observado las temperaturas, los terrenos, las estrellas, había sembrado en el solsticio de invierno, las podas de los árboles en luna menguante, había inspeccionado a los esclavos y economizado sus vestidos.

Pero Amílcar se irritaba con aquella locuacidad. Chasqueó la lengua, y el hombre de las cuchillas dijo atropelladamente:

—¡Amo, lo han saqueado todo! ¡Lo han destruido todo! ¡Tres mil pies de árboles han cortado en Maschala, y en Ubada han derribado los graneros y cegado las cisternas! De Tedes se llevaron mil quinientos gomors de harina; en Marazzana, mataron a los pastores, se comieron los rebaños y quemaron tu casa, ¡tu hermosa casa de vigas de cedro, donde ibas a pasar los veranos! Los esclavos de Tuburbo, que segaban la cebada, huyeron a las montañas; y los asnos, las mulas, los bueyes de Taormina y los caballos orynges, ¡se los llevaron todos sin que quedara uno...! ¡Es una maldición! ¡Yo no sobreviviré a ella! —y añadía llorando—: ¡Si hubieses visto lo colmados que estaban los graneros y lo reluciente de las carretas! ¡Ay, los mejores carneros, los toros más hermosos...!

A Amílcar le ahogaba la cólera. Al fin, estalló en forma espantosa:

—¡Cállate! ¿Soy acaso un pobre? ¡No me mientas! ¡Di la verdad! ¡Quiero saber todo lo que he perdido, hasta el último siclo, hasta el último cab! Abdalonim, tráeme las cuentas de los navíos, las de las granjas y las de la casa.

Y si vuestra conciencia está turbada, ¡ay de vosotros! ¡Fuera de aquí!

Todos los intendentes salieron, reculando y encorvándose hasta dar con las manos en el suelo.

Abdalonim fue a coger de una casilla que había en la pared unas cuerdas de nudos, bandas de tela o de papiro, omóplatos de cordero, llenos de finos caracteres. Los colocó a los pies de Amílcar, le puso en las manos un cuadro de madera provisto de tres hilos interiores en los que estaban atravesadas unas bolas de oro, de plata y de cuerno, y comenzó:

—Ciento noventa y dos casas en los Mappales, alquiladas a los cartagineses nuevos a razón de una beka por luna.

—¡No, es demasiado! ¡Alivia a los pobres! Y escribirás los nombres de los que te parezcan más audaces, procurando saber si son adictos a la república. ¿Qué más?

Abdalonim vacilaba, sorprendido por aquella generosidad. Amílcar le arrancó de las manos las bandas de tela.

—¿Qué es esto? ¿Tres palacios alrededor de Kamón, a doce kesitah por mes? ¡Ponlos a veinte! ¡No quiero que los ricos me devoren!

El intendente de los intendentes, después de hacer una profunda reverencia, continuó:

—Prestado a Tigillas, hasta el fin de la estación, dos kikar al tres por ciento de interés marítimo; a Bar-Malkart, quinientos siclos, con la prenda de treinta esclavos. Pero doce han muerto en las marismas salinas.

—No serían muy fuertes —dijo riendo el sufeta—. No importa; si necesita dinero, dáselo. Siempre se debe prestar, y a intereses diversos, según la riqueza de las personas.

Entonces el servidor se apresuró a leer todo lo que habían producido las minas de hierro de Armaba, las pescaderías de coral, las fábricas de púrpura, el arriendo del impuesto sobre los griegos domiciliados, la exportación de la plata a Arabia, donde valía diez veces más que el oro, las capturas de naves y la deducción del diezmo para el templo de la diosa.

—¡Siempre he declarado una cuarta de menos, amo!

Amílcar contaba con las bolas, que sonaban entre sus dedos.

—¡Basta! ¿Qué has pagado?

—A Stratonicles de Corinto y a tres mercaderes de Alejandría por las letras que ves aquí y que ya están reembolsadas, diez mil dracmas atenienses y doce talentos de oro sirios. La alimentación de las tripulaciones, como se elevaba a

veinte minas por mes y por trirreme...

—¡Ya lo sé! ¿Cuántos se han perdido?

—Aquí está la cuenta en estas láminas de plomo —dijo el intendente—. En cuanto a los navíos fletados en común, como hubo que tirar la carga al mar, se han repartido las pérdidas proporcionalmente entre los asociados. Por cordaje prestado y que no ha sido posible devolver a los arsenales, los syssitas han exigido ochocientos kesitah, antes de la expedición de Útica.

—¡Siempre ellos! —dijo Amílcar bajando la cabeza, y quedó un rato como abrumado por el peso de todos los odios que gravitaban sobre él—. Pero no veo los gastos de Megara...

Abdalonim, palideciendo, fue a buscar en otra casilla unas tablillas de sicómoros, enhebradas por paquetes en una cuerda de cuero.

Amílcar lo escuchaba, sintiendo curiosidad por los detalles domésticos y sometiéndose a la monotonía de la voz que enumeraba los detalles; Abdalonim iba cada vez más despacio. De repente dejó caer al suelo las hojas de madera y se echó él mismo de bruces, con los brazos extendidos, en la posición de los condenados. Amílcar, sin conmovearse, recogió las tablillas y quedó estupefacto al ver que el gasto de un solo día llegaba a un exorbitante consumo de carne, pescado, pájaros, vinos y especias, además de jarras rotas, esclavos muertos y tapices estropeados.

Abdalonim, siempre prosternado, lo enteró del festín de los bárbaros. Él no había podido sustraerse a la orden de los ancianos. Salambó, además, había querido que se prodigase el dinero para obsequiar mejor a los soldados.

Al oír el nombre de su hija, Amílcar se levantó de un salto. Luego, rechinando los dientes, se arrojó entre los cojines y desgarraba sus franjas con las uñas, jadeante, con la mirada fija.

—¡Levántate! —dijo, y él bajó de su sitio.

Abdalonim lo seguía con las rodillas temblando. Pero apoderándose de una barra de hierro se puso como un loco a levantar las losas. Saltó un disco de madera, y enseguida aparecieron a lo largo de todo el corredor muchas de esas coberteras que tapaban las fosas donde se conservaba el grano.

—¡Ya lo ves, ojo de Baal —dijo el servidor temblando—, no se lo llevaron todo! ¡Y son profundas, cada una de cincuenta codos y están colmadas hasta el borde! Durante tu viaje hice excavaciones en los arenales, en los jardines, por todas partes. ¡Tu casa está repleta de trigo, como tu corazón de sabiduría!

Una sonrisa iluminó el rostro de Amílcar.

—¡Está bien, Abdalonim! —Luego añadió, hablándole al oído—: Hazlo

traer de Etruria, del Brutium, de donde quieras, ¡y a cualquier precio! ¡Almacena y guarda! Es preciso que yo solo posea todo el trigo de Cartago.

Luego, cuando llegaron a la extremidad del corredor, Abdalonim, con una de las llaves que colgaban de su cinturón, abrió una gran cámara cuadrangular, dividida en medio por pilares de cedro. Monedas de oro, de plata y de bronce, dispuestas en mesas o amontonadas en nichos, subían a lo largo de las cuatro paredes hasta los travesaños del techo. Enormes espuestas de piel de hipopótamo guardaban, en los rincones, filas enteras de sacos más pequeños; montones de calderilla formaban montículos en el suelo, y acá y allá alguna que otra pila demasiado alta se había desplomado y daba la impresión de una columna derrumbada.

Las grandes monedas de Cartago, que representaban a Tanit con un caballo bajo una palmera, se mezclaban con las de otras colonias, que tenían grabadas un toro, una estrella, un globo o una media luna. Luego se veían dispuestas, en sumas desiguales, piezas de todos los valores, de todos los tamaños, de todas las épocas: desde las antiguas de Asiria, delgadas como la uña, hasta las antiguas de Latium, más gruesas que la mano, junto con los botones de Egina, las tablillas de la Bactriana, las cortas varillas de la antigua Lacedemonia; muchas estaban cubiertas de cardenillo, enmohecidas, verdosas por el agua o ennegrecidas por el fuego, ya que habían sido cogidas en las redes o después de los asedios entre los escombros de las ciudades. El sufeta calculó rápidamente si las sumas allí amontonadas correspondían a las pérdidas y ganancias que se le acababan de leer, y ya se iba cuando reparó en tres jarras de bronce completamente vacías. Abdalonim volvió la cabeza en señal de horror, y Amílcar, resignado, no dijo nada.

Atravesaron otros corredores, otras salas y llegaron por fin ante una puerta en la que, para estar mejor guardada, había un hombre atado por el vientre a una larga cadena sujeta a la pared, costumbre romana recién introducida en Cartago. Su barba y sus uñas habían crecido extraordinariamente, y se balanceaba de derecha a izquierda con la oscilación continua de las fieras cautivas. Tan pronto como reconoció a Amílcar, se dirigió a él gritando:

—¡Perdón, ojo de Baal! ¡Piedad! ¡Mátame! ¡Hace diez años que no veo el sol! ¡Por el nombre de tu padre, perdón!

Amílcar, sin responderle, llamó con las manos y se presentaron tres hombres; y los cuatro a la vez, tirando con todas sus fuerzas, retiraron de los anillos la enorme barra que cerraba la puerta. Amílcar cogió una antorcha y desapareció en las tinieblas.

Era, según se creía, el lugar de las sepulturas de la familia, pero no había más que un ancho pozo. Lo habían excavado solamente para engañar a los ladrones, y no ocultaba nada. Amílcar pasó junto a él; luego, inclinándose,

hizo girar sobre sus rodillos una piedra de molino muy pesada, y por aquella abertura entró en un aposento construido en forma de cono.

Láminas de bronce cubrían las paredes; en el centro, sobre un pedestal de granito, se elevaba la estatua de un cabiro con el nombre de Aletes, descubridor de las minas en Celtiberia. Contra su base, en el suelo, había colocados en cruz grandes escudos de oro y monstruosos jarros de plata, de cuello cerrado, de forma extravagante y, por tanto, inservibles, pues era costumbre fundir así grandes cantidades de metal para que las dilapidaciones e incluso los robos fuesen casi imposibles.

Con su antorcha encendió una lámpara de minero, fijada en el birrete del ídolo; unos reflejos verdes, amarillos, azules, violáceos, de color vino y de color sangre iluminaron de golpe la sala. Estaba llena de pedrerías recogidas en calabazas de oro, colgadas como lampadarios de las láminas de bronce, o en sus bloques nativos alineados al pie del muro. Eran piedras grandes arrancadas de las montañas a golpes de honda, carbunclos formados por la orina de los linceos, glosopetras caídas de la luna, tianos, diamantes, sandastrum, berilos, con las tres clases de rubíes, las cuatro clases de zafiro y las doce de esmeraldas. Fulguraban a modo de salpicaduras de leche, carámbanos azules, polvo de plata, y despedían sus destellos en visos cambiantes, en rayos, en estrellas. Las ceraunias, engendradas por el rayo, brillaban junto a las calcedonias, que curaban los venenos. Había topacios del monte Zabarca para ahuyentar los terrores, ópalos de la Bactriana que impiden los abortos y cuernos de Ammón que se ponen debajo de las camas para tener sueños.

Los brillos de las gemas y los resplandores de la lámpara se reflejaban en los grandes escudos de oro. Amílcar, de pie, sonreía, con los brazos cruzados, y se deleitaba menos en el espectáculo que en la conciencia de sus riquezas. Eran inaccesibles, inagotables, infinitas. Sus antepasados, que dormían bajo sus pies, enviaban a su corazón algo de su eternidad. Se sentía casi igual a los genios subterráneos. Era como la alegría de un cabiro, y los grandes rayos luminosos que herían su rostro se le antojaban la extremidad de una red invisible que, a través de los abismos, lo ligaba al centro del mundo.

Se estremeció al ocurrírsele una idea y, situándose detrás del ídolo, caminó en línea recta hacia la pared. Luego examinó entre los tatuajes de su brazo una línea horizontal cruzada con otras dos perpendiculares, lo que expresaba, en cifras cananeas, el número trece. Contó entonces hasta la decimotercera de las láminas de bronce, levantó una vez más su ancha manga y, con la mano derecha extendida, leyó en otro sitio de su brazo otras líneas más complicadas, paseando sus dedos delicadamente sobre ellas, a la manera de un tocador de lira. Por fin, con el dedo pulgar, dio siete golpes y, como un solo bloque, giró gran parte del muro.

Disimulaba una especie de cava, en la que estaban encerradas cosas misteriosas, sin nombre y de un valor incalculable. Amílcar bajó tres escalones; cogió de un cubo de plata una piel de antílope que flotaba sobre un líquido negro, y volvió a subir.

Abdalonim entonces echó a andar de nuevo delante de él. Golpeaba las losas con su largo bastón adornado de campanillas en el pomo y ante cada aposento gritaba el nombre de Amílcar, entre alabanzas y bendiciones.

En la galería circular, donde convergían todos los corredores, se habían acumulado a lo largo de los muros vigas de algumín, sacos de lausonia, panales de creta de Lemnos y caparazones de tortuga llenos de perlas. El sufeta, al pasar, los rozaba con su manto, sin mirar siquiera los gigantescos trozos de ámbar, materia casi divina formada por los rayos del sol.

Un vaho perfumado los envolvió.

—¡Empuja la puerta!

Entraron.

Hombres desnudos amasaban pastas, machacaban hierbas, removían carbones, vertían aceite en las jarras, abrían y cerraban los pequeños nichos ovalados excavados alrededor del muro, y eran tantos que la estancia parecía el interior de una colmena. El mirobálano, el bdellium, el azafrán y las violetas desbordaban. Dondequiera estaban diseminadas gomas, polvos, raíces, redomas de vidrio, ramas de filipéndulo, pétalos de rosas; y aquel exceso de aromas asfixiaba, a pesar de las turbonadas de estoraque que crepitaba en el centro, sobre un trípode de bronce.

El jefe de los olores suaves, pálido y alto como el varal de un cirio, se adelantó hacia Amílcar para restregar en sus manos un rollo de metopión, en tanto que otros dos le frotaban los talones con hojas de baccaris. Amílcar los rechazó; eran cireneos de costumbres infames, pero a quienes se toleraba por los secretos que poseían.

Para demostrar su vigilancia, el jefe de los olores ofreció al sufeta, en una cuchara de electro, un poco de malobatro para que lo probase; luego, con una lezna, pinchó tres besoars indios. El dueño, que entendía de estas artes, cogió un cuerno lleno de bálsamo y, después de acercarlo a unos carbones encendidos, lo inclinó sobre su vestido; apareció una mancha oscura, señal de fraude. Entonces miró fijamente al jefe de los olores y sin decirle nada le arrojó el cuerno de gacela en pleno rostro.

A pesar de la indignación que sentía por las falsificaciones cometidas en perjuicio suyo, al ver los paquetes de nardo que se embalaban para los países de ultramar, ordenó que se mezclaran con antimonio para que pesaran más.

Luego preguntó dónde se encontraban tres cajas de psagas, destinadas para su uso.

El jefe de los olores confesó que no lo sabía, unos soldados habían entrado, cuchillo en mano, aullando, y les había abierto las cajas.

—¿Los temes más que a mí, eh? —exclamó el sufeta; y, a través del humo, sus pupilas, como antorchas, centelleaban mirando a aquel hombrón pálido, que empezaba a comprender lo que se le venía encima—. ¡Abdalonim, antes de la puesta del sol harás que lo azoten! ¡Despelléjalo!

Aquella pérdida, de menos importancia que las demás, le había exasperado; pues, pese a sus esfuerzos para olvidarse de los bárbaros, los tenía siempre en la memoria. Sus fechorías le recordaban la vergüenza de su hija, y odiaba a todos los servidores porque lo sabían y no le decían nada. Pero algo le impulsaba a abismarse en su desgracia, y presa de una rabia indecible recorrió los cobertizos, la parte trasera de la casa de comercio, las provisiones de betún, de madera, de anclas y cordajes, de miel y de cera, el almacén de telas, las reservas de comestibles, el taller de mármoles y el granero del silphium.

Fue a inspeccionar, al otro lado de los jardines, en sus cabañas, a los artesanos domésticos, cuyos productos se vendían por cuenta de la casa. Los sastres bordaban mantos, otros tejían redes, pintaban cojines, cortaban sandalias; obreros de Egipto, con una concha, pulían papiros; la lanzadera de los tejedores crujía y los yunques de los armeros resonaban.

Amílcar les dijo:

—¡Forjad espadas! ¡Forjadlas sin descanso! Me harán falta —y sacó de su pecho la piel de antílope macerada en venenos, para que le cortasen una coraza más sólida que las de bronce, y que sería inatacable al hierro y al fuego.

En cuanto se acercaba a los obreros, Abdalonim, con el fin de desviar su cólera, procuraba irritarle contra ellos, denigrando sus trabajos con exclamaciones: «¡Qué trabajo! ¡Esto es una vergüenza! ¡Verdaderamente, el amo es demasiado bueno!». Amílcar, sin escucharlo, se alejaba.

Aminoró la marcha, pues grandes árboles calcinados de punta a punta, como los que se encuentran en los bosques donde han acampado los pastores, obstaculizaban los caminos; las empalizadas estaban rotas, el agua de las acequias se perdía y, en medio de charcos fangosos aparecían vasos rotos y huesos de monos. Restos de pingajos colgaban acá y allá de los matorrales, y bajo los limoneros las flores podridas formaban un estiércol amarillo. Los criados, en efecto, lo habían abandonado todo, creyendo que el amo ya no volvería.

A cada paso descubría algún desastre inesperado, una prueba más de lo que no quería saber. Ahora manchaba sus borceguíes de púrpura hollando inmundicias, y sentía no tener a todos aquellos hombres ante él, a tiro de catapulta, para hacerlos volar hechos pedazos. Se avergonzaba de haberlos defendido; era un engaño, una traición, y como no podía vengarse de los soldados, ni de los ancianos, ni de Salambó, ni de nadie, y como necesitaba desahogar su cólera contra alguien, mandó a las minas, en un pronto, a todos los esclavos de las huertas.

Abdalonim temblaba cada vez que lo veía acercarse a los parques. Pero Amílcar tomó el sendero del molino, en donde se dejaba oír una melopea lúgubre.

En medio del polvo giraban las pesadas ruedas de molino, es decir, dos conos de pórvido superpuestos, con un embudo, el más alto, el cual giraba sobre el de abajo con la ayuda de fuertes barras. Con el pecho y los brazos empujaban unos hombres, mientras que otros tiraban, uncidos como animales. El roce de las correas había formado alrededor de sus axilas costras purulentas, como las que se ven en la cruz de los asnos, y el andrajo mugriento y deshilachado que cubría sus caderas pendía por la punta y golpeaba en sus corvas como una larga cola. Tenían los ojos enrojecidos, sonaban los hierros de sus pies y todos los pechos resollaban al mismo tiempo. Tenían en la boca, sujeto por dos cadenas de bronce, un bozal para que les fuese imposible comer la harina, y en las manos llevaban unos guanteletes sin dedos para que no pudiesen cogerla.

Al entrar el amo, las barras de madera crujieron con más fuerza. El grano saltaba al romperse. Muchos cayeron sobre sus rodillas; los demás, continuando su trabajo, pasaban por encima de ellos.

Preguntó por Giddenem, el gobernador de los esclavos, y compareció este personaje, revelando su dignidad en la calidad de su vestido; pues su túnica, hendida por los lados, era de púrpura fina, pesados anillos colgaban de sus orejas y, para sujetar las vendas de tela que envolvían sus piernas, un lazo de oro, como una serpiente alrededor de un árbol, subía desde sus tobillos hasta las caderas. Llevaba en sus dedos, cargados de sortijas, un collar de granos de gages para reconocer a los hombres que padecían el mal sagrado.

Amílcar le hizo una seña para que les quitara los bozales. Entonces todos, gritando como bestias hambrientas, se lanzaron sobre la harina, que devoraban hundiendo la cabeza en los montones.

—¡Los tienes extenuados! —gritó el sufeta.

Giddenem respondió que era necesario para domarlos.

—¡No valía la pena haberte enviado a la escuela de esclavos de Siracusa!

¡Haz venir a los demás!

Los cocineros, los dispenseros, los palafreneros, los corredores, los portadores de literas, los hombres de los baños y las mujeres con sus niños, todos se alinearon en el jardín, en una sola fila, desde la casa de comercio hasta el parque de las fieras. No se atrevían a respirar. Un enorme silencio reinaba en Megara. El sol se reflejaba a lo largo de la laguna, por debajo de las catacumbas. Los pavos reales graznaban. Amílcar andaba a paso lento.

—¿Para qué me sirven estos viejos? —dijo—. ¡Véndelos! Hay demasiados galos, ¡son unos borrachos! ¡Y demasiados cretenses: son unos mentirosos! Cómprame capadocios, asiáticos y negros.

Se asombró del escaso número de niños.

—¡Todos los años, Giddenem, debe haber nacimientos en la casa! Dejarás todas las noches las casillas abiertas para que se junten libremente.

A continuación hizo que le presentaran los ladrones, los perezosos y los amotinadores. Dictó castigos, con reproches para Giddenem; y Giddenem, como un toro, agachaba la cabeza, frunciendo el entrecejo, donde se cruzaban sus dos anchas cejas.

—Mira, ojo de Baal —dijo, señalando a un libio robusto—, a éste le sorprendieron con una soga al cuello.

—¡Qué! ¿Quieres morir? —le preguntó desdeñosamente el sufeta. Y el esclavo, con voz firme, contestó:

—¡Sí!

Entonces, sin preocuparse por el mal ejemplo ni del prejuicio pecuniario, Amílcar les dijo a los criados:

—¡Lleváoslo!

Tal vez abrigaba en su pensamiento la intención de un sacrificio. Era como una desgracia que se infligía a sí mismo para prevenir otras más terribles.

Giddenem había ocultado a los mutilados detrás de los demás. Amílcar los vio.

¿A ti quién te ha cortado el brazo?

—Los soldados, ojo de Baal.

Luego a un samnita que se tambaleaba como una garza herida:

—Y a ti, ¿quién te ha hecho eso?

Había sido el gobernador, que le rompió la pierna con una barra de hierro.

Aquella estúpida atrocidad indignó al sufeta y, arrancando de las manos de Giddenem su collar de gagates, exclamó:

—¡Maldito sea el perro que muerde el rebaño! ¡Lislar esclavos, bondad de Tanit! ¡Arruinas a tu amo! Que lo ahoguen en el estercolero. ¿Y los que faltan? ¿Dónde están? ¿Los has asesinado como a los soldados?

Tan terrible era la expresión de su rostro que todas las mujeres huyeron. Los esclavos retrocedieron formando un amplio círculo en torno a los dos: Giddenem besaba frenéticamente sus sandalias; Amílcar, de pie, permanecía con los brazos levantados sobre él.

Pero su inteligencia, lúcida como en las más recias batallas, le recordaba mil cosas odiosas e ignominias de que se había apartado; y, en el furor de su ira, como en las fulguraciones de una tormenta, veía todos sus desastres a la vez. Los gobernadores de los campos habían huido por miedo a los soldados, por connivencia tal vez; todos le engañaban y se estaba ya conteniendo demasiado tiempo.

—¡Que los traigan! —gritó—. ¡Y marcarlos en la frente con hierros candentes, como a los cobardes!

Trajeron, y fueron repartidos en medio del jardín, grilletes, argollas, cuchillos, cadenas para los condenados a las minas, cepos que oprimían las piernas, numellas que rodeaban los hombros, escorpiones y látigos de tres ramales de correas, rematados con garfios de bronce.

Colocaron a todos de cara al sol, hacia el lado del Moloch devorador, tendidos en el suelo de bruces o boca arriba, y a los condenados a la flagelación, de pie contra los árboles, con dos hombres junto a ellos; uno que daba los azotes y otro que los iba contando.

Se los azotaba a dos manos; las correas zumbaban, arrancando las cortezas de los plátanos. La sangre salpicaba los follajes como si fuese una lluvia roja, y masas sanguinolentas se retorcían aullando al pie de los árboles. A quienes se marcaba, se clavaban las uñas en la cara arrancándose la piel. Se oían crujir los tornillos de madera; resonaban golpes sordos; a veces un grito agudo desgarraba el aire de repente. Del lado de las cocinas, entre jirones de ropa y cabelleras desgreñadas, unos hombres avivaban con soplillos los carbones, y apestaba el olor a carne quemada. Los flagelados desfallecían, pero retenidos por las ligaduras que sujetaban sus brazos dejaban caer su cabeza sobre los hombros, cerrando los ojos. Los demás, que los miraban, empezaron a gritar de una manera espantosa, y los leones, recordando tal vez el festín, se desperezaban bostezando al borde de los fosos.

Vieron entonces a Salambó en la plataforma de su terraza. Se paseaba rápidamente de derecha a izquierda, muy asustada. Amílcar la divisó. Le

pareció que levantaba los brazos hacia él para pedirle perdón, pero dando un grito de horror se metió en el parque de los elefantes.

Estos animales constituían el orgullo de las casas púnicas más importantes. Habían llevado sobre sus lomos a los antepasados, habían triunfado en las guerras y se los veneraba como favoritos del sol.

Los de Megara eran los más fuertes de Cartago. Amílcar, antes de partir, había exigido a Abdalonim, bajo juramento, que los cuidaría. Pero habían muerto a causa de sus mutilaciones; solamente quedaban tres, tumbados en el centro del patio, sobre el polvo, ante los restos de sus destrozados comederos.

Lo reconocieron y se acercaron a él.

Uno tenía las orejas horriblemente rajadas, otro, una gran llaga en la rodilla, y el tercero, la trompa cortada.

Lo miraban con aspecto triste, como personas racionales; y el de la trompa cortada bajaba su enorme cabeza y, doblando las corvas, intentaba acariciarle suavemente con la monstruosa extremidad de su muñón.

A esta caricia del animal, dos lágrimas le resbalaron de los ojos y saltó sobre Abdalonim:

—¡Miserable! ¡La cruz, la cruz!

Abdalonim se desmayó, cayendo de espaldas.

Por detrás de las fábricas de púrpuras, cuyas lentas humaredas azules subían hasta el cielo, resonó un aullido de chacal. Amílcar se detuvo.

Al pensamiento de su hijo se había calmado de pronto, como si le hubiese rozado un dios. Era como la prolongación de su fuerza, una indefinida persistencia de su persona lo que entreveía, y los esclavos no comprendían de dónde podía provenir aquel apaciguamiento.

Al dirigirse hacia las fábricas de púrpura pasó por delante de la ergástula: un enorme y alargado caserón de piedra negra construido dentro de un foso cuadrado, con un camino alrededor y cuatro escaleras en las esquinas.

Para acabar su señal, Iddíbal, sin duda, esperaba la noche. «No corre prisa», pensaba Amílcar, y bajó a la prisión. Algunos le gritaron: «¡Vuélvete!». Los más atrevidos lo siguieron.

El viento batía la puerta abierta de par en par. El crepúsculo entraba por los estrechos mechinales y se divisaban en el interior cadenas rotas que colgaban de los muros.

Era todo lo que quedaba de los cautivos de guerra.

Amílcar palideció extraordinariamente, y los que estaban fuera, inclinados

sobre el foso, lo vieron que apoyaba una mano contra la pared para no caerse.

Pero el chacal aulló tres veces seguidas. Amílcar levantó la cabeza; no profirió una palabra, no hizo ni un gesto. Luego, cuando el sol se ocultó por completo, desapareció por detrás de la empalizada de nopales, y por la noche, en la asamblea de los ricos, en el templo de Eschmún, dijo al entrar:

—¡Luces de Baalin, acepto el mando de las fuerzas púnicas contra el ejército de los bárbaros!

VIII. La batalla del Macar

Al día siguiente obtuvo de los syssitas doscientas veintitrés mil kicar de oro y decretó un impuesto de catorce shekels sobre los ricos. Hasta las mujeres contribuyeron; se pagaba por los niños, y cosa monstruosa en las costumbres cartaginesas, se forzó a los colegios sacerdotales a que dieran dinero.

Requisó todos los caballos y mulos y se incautó de todas las armas. A los que quisieron disimular sus riquezas les vendieron sus bienes, y para intimidar la avaricia de los demás dio él solo sesenta armaduras y mil quinientos gómors de harina, tanto como la Compañía de Marfil.

Envió a comprar soldados a Liguria: tres mil montañeses acostumbrados a cazar osos; se les pagó por anticipado seis lunas, a razón de quince minas por día.

Sin embargo, hacía falta un ejército, pero no aceptó, como Hannón, a todos los ciudadanos. Rechazó por de pronto a las gentes de ocupaciones sedentarias, luego a los que eran demasiado obesos o tenían aspecto pusilánime; admitió a los hombres sin honor, a la crápula de Malqua, a los hijos de los bárbaros y a los libertos. Como recompensa, prometió a los cartagineses nuevos el derecho completo de ciudadanía.

Su primer cuidado fue reformar la legión. Estos arrogantes jóvenes, que se consideraban como la majestad militar de la república, se gobernaban por sí mismos. Destituyó a sus oficiales; los trató rudamente, les hacía correr, saltar, subir de un tirón la cuesta de Byrsa, lanzar dardos, luchar cuerpo a cuerpo, dormir al raso en las plazas. Sus familias iban a verlos y los compadecían.

Encargó espadas más cortas y borcuéguies más fuertes. Limitó el número de sirvientes y redujo los bagajes, y como se guardaban en el templo de Moloch trescientos pilums romanos se apoderó de ellos a pesar de las reclamaciones del pontífice.

Con los que habían vuelto de Útica y otros que los particulares poseían,

organizó una falange de sesenta y dos elefantes, que preparó de un modo formidable. Armó a sus conductores con un martillo y un escoplo para que les rompieran el cráneo si en la confusión se enfurecían.

No permitió que sus generales fuesen nombrados por el gran consejo. Los acianos le echaban en cara que violaba las leyes, pero él pasaba desdeñosamente; no se atrevían ni a murmurar, todos se sometían al empuje de su genio.

Él solo se encargó de la guerra, del gobierno y de la hacienda; y, con el fin de prevenir acusaciones, reclamó como examinador de sus cuentas al sufeta Hannón.

Hacía trabajar en las fortificaciones, y para tener piedras demolió las viejas e inútiles murallas interiores. Pero la diferencia de las fortunas, que reemplazaba la jerarquía de las razas, seguía manteniendo separados a los hijos de los vencidos y de los conquistadores; también los patricios vieron con irritación la destrucción de esas ruinas, mientras que la plebe, sin saber por qué, se regocijaba.

Las tropas armadas desfilaban por las calles, desde la mañana hasta la tarde; a cada momento se oía el resonar de las trompetas; en los carros pasaban escudos, tiendas de campañas, picas; los patios se llenaban de mujeres que desgarraban tela para hacer vendajes; el ardor de unos se comunicaba a otros, el alma de Amílcar representaba la república.

Había dividido a sus soldados en números pares, teniendo cuidado de colocar a lo largo de las filas, alternativamente, un hombre fuerte y otro débil, para que el menos vigoroso o el más cobarde fuese conducido a la vez y empujado por otros dos. Pero con sus tres mil ligures y los mejores cartagineses no pudo formar más que una sencilla falange de cuatro mil noventa y seis hoplitas, con cascos de bronce y que manejaban sarissas de fresno, de catorce codos de largo.

Dos mil jóvenes iban provistos de hondas, puñal y sandalias, reforzados con otros ochocientos armados con escudo redondo y con espada a la romana.

La caballería pesada se componía de mil novecientos guardias que quedaban de la legión, revestidos con láminas de bronce bermejo, como los clinábaros asirios. Había además cuatrocientos arqueros a caballo, de los llamados tarentinos, con birretes de piel de comadreja, hecha de doble filo y túnica de cuero. Finalmente, mil doscientos negros del barrio de las caravanas, mezclados con los clinábaros, debían correr al lado de los garañones, agarrándose a sus crines. Todo estaba dispuesto, y sin embargo, Amílcar no empezaba la campaña.

A menudo salía de Cartago por la noche, solo, y se perdía más allá de la

laguna, hacia la desembocadura del Macar. ¿Quería unirse a los mercenarios? Los ligures, que acampaban en los Mappales, rodeaban su casa.

Los temores de los ricos parecieron justificados cuando vieron un día a trescientos bárbaros que se acercaban a las murallas. El sufeta les abrió las puertas; eran tráfugas; acudían a su jefe de nuevo, impulsados por el temor o por la fidelidad.

El retorno de Amílcar no había sorprendido a los mercenarios; este hombre, según sus ideas, no podía morir. Volvía para cumplir sus promesas: esperanza que no tenía nada de absurda, pues tan profundo era el abismo entre la patria y el ejército. Además, no se creían culpables; se habían olvidado del festín.

Los espías que aprehendieron los desengañaron. Fue un triunfo para los más exaltados; hasta los tibios se volvieron furiosos. Además, los dos asedios los llenaban de fastidio; no se adelantaba nada. ¡Era preferible una batalla! Así, muchos se desbandaban, merodeaban por la campiña. Al enterarse de que había armamentos, volvieron; Matho saltó de alegría.

—¡Por fin! ¡Por fin! —exclamó.

Entonces el resentimiento que le tenía a Salambó se volvió contra Amílcar. Su odio tenía ahora una presa determinada, y como la venganza era más fácil de concebir, creía tenerla casi en la mano y se deleitaba en ella. Al mismo tiempo se sentía dominado por una ambición más elevada y devorado por un deseo más violento. Tan pronto se veía en medio de sus soldados, llevando en su pica la cabeza del sufeta, como en la cámara del lecho de púrpura, estrechando a la virgen entre sus brazos, cubriendo su cara de besos, acariciando sus largos cabellos negros; y aquel sueño que sabía era irrealizable, lo atormentaba. Se juró a sí mismo, ya que sus compañeros lo habían nombrado schalischim, dirigir la guerra; la certidumbre de que no volvería de ella le impulsaba a ser implacable.

Llegó a la tienda de Spendius y le dijo:

—¡Reúne a tus hombres! Yo llevaré a los míos. ¡Avisa a Autharita! ¡Estamos perdidos si Amílcar nos ataca! ¿Me oyes? ¡Levántate!

Spendius quedó estupefacto ante aquel aire autoritario. Matho, por costumbre, se dejaba guiar y los arrebatos que había tenido se le pasaban enseguida. Pero ahora parecía a la vez más tranquilo y más terrible; una voluntad orgullosa fulguraba en sus ojos, como la llama de un sacrificio.

El griego no escuchó sus razones. En una de las tiendas cartaginesas con bordados de perlas, bebía bebidas frescas en copas de plata, jugaba al cottabe, se dejaba crecer la cabellera y dirigía el asedio con lentitud. Por lo demás

había entablado negociaciones con la ciudad y no quería partir, seguro de que en pocos días se rendiría.

Narr-Havas, que vagabundeaba entre los tres ejércitos, se encontraba ahora muy de acuerdo con él. Apoyó su opinión, e incluso llegó a acusar al libio de querer echar a perder la empresa por una temeridad.

—¡Vete, si tienes miedo! —exclamó Matho—. ¡Nos prometiste pez, azufre, elefantes, infantes y caballos! ¿Dónde están?

Narr-Havas le recordó que había exterminado a las últimas cohortes de Hannón; en cuanto a los elefantes, los estaban cazando en los bosques; armaba a los infantes y los caballos estaban en camino; y el núbida, acariciando la pluma de avestruz que le caía sobre el hombro, movía los ojos como una mujer y sonreía de una manera irritante. Matho, ante él, no sabía qué decir.

Pero entró un hombre que no conocían, sudoroso, asustado, con los pies sangrando y suelto el cinturón; su respiración agitaba su pecho enflaquecido como si fuera a estallar, y hablando en un dialecto ininteligible, abría sus grandes ojos como si contara alguna batalla. El rey salió de un brinco y llamó a sus jinetes.

Formaron en el llano, en semicírculo, ante él. Narr-Havas, a caballo, bajaba la cabeza y se mordía los labios. Por fin, dividió a sus hombres en dos mitades, ordenó a la primera que esperase y luego, con gesto imperioso, salió con los otros a galope y desapareció en el horizonte, por el lado de las montañas.

—¡Señor! —murmuró Spendius—. No me gustan estas cosas extraordinarias: el sufeta que viene y Narr-Havas que se va...

—¡Bah! ¿Qué importa? —contestó desdeñosamente Matho.

Era una razón más para anticiparse a Amílcar, avisando a Autharita. Pero si se abandonaba el sitio de las ciudades, sus habitantes saldrían, los atacarían por la retaguardia y los cartagineses los combatirían de frente. Después de hablar mucho se resolvió lo siguiente, que fue inmediatamente ejecutado.

Spendius, con quince mil hombres, ocupó el puerto de Macar, a tres millas de Útica, cuyas esquinas fortificó con cuatro torres enormes provistas de catapultas. Con troncos de árboles, peñascos, montones de espinos y muros de piedra cerró todos los caminos y gargantas de las montañas; en las cumbres amontonó hierba que se encendería para señales, y de trecho en trecho fueron apostando hábiles pastores acostumbrados a ver de lejos.

Sin duda, Amílcar no iría, como Hannón, por la montaña de las Aguas Calientes. Debía pensar que Autharita, dueño del interior, le cerraría el paso. Además, un fracaso al principio de la campaña lo perdería, mientras que la victoria no sería decisiva para él, pues los mercenarios se hallaban más lejos.

También podía desembarcar en el cabo de la Vid y desde allí acudir en socorro de una de las ciudades. Pero se encontraría entonces entre los dos ejércitos, imprudencia de la que no se sentía capaz, con fuerzas tan poco numerosas. Así pues, Amílcar, según todas las probabilidades, tomaría las faldas del Ariana, torcería luego a la izquierda para evitar la desembocadura del Macar y se encaminaría en derechura al puerto. Eso era lo que esperaba Matho.

Por la noche, a la luz de las antorchas, vigilaba a los destacamentos avanzados. Iba a Hippo-Zarita, a las obras de las montañas, volvía, no se daba punto de reposo. Spendius envidiaba su resistencia; pero en cuanto a la preparación de los espías, a la elección de centinelas, al arte de las máquinas de guerra y demás medios de defensa, Matho escuchaba dócilmente a su compañero. Ya no hablaban de Salambó: uno, porque no pensaba en ella, y el otro, porque su pudor se lo impedía.

A menudo se iba hacia el lado de Cartago para ver de lejos las tropas de Amílcar. Clavaba sus miradas en el horizonte; se echaba de bruces con el oído pegado al suelo; y en el zumbido de sus arterias creía oír el rumor de un ejército en marcha.

Le dijo a Spendius que si antes de tres días no llegaba Amílcar iría con todos sus hombres a presentarle batalla. Pasaron aún dos días. Spendius lo retenía, pero en la mañana del sexto, partió.

**

Los cartagineses no estaban menos impacientes que los bárbaros por la guerra. En las tiendas de campaña y en las casas había el mismo deseo, la misma ansiedad; todos se preguntaban qué era lo que detenía a Amílcar.

En ocasiones subía éste a la cúpula del templo de Eschmún, junto al anunciador de las lunas, y observaba los vientos.

Un día, el tercero del mes de tibby, se le vio bajar de la acrópolis a paso precipitado. En los Mappales resonó un recio clamor. Enseguida reinó una gran agitación en las calles y por todas partes los soldados comenzaban a armarse en medio de los llantos de las mujeres que los abrazaban desesperadamente, yendo a formar a la plaza de Kamón. No se les podía seguir, ni siquiera hablarles, ni acercarse a las fortificaciones; durante unos momentos toda la ciudad se quedó silenciosa como una tumba. Los soldados, apoyados en sus lanzas, pensaban en su suerte, y los demás, en sus casas, suspiraban.

Al ponerse el sol, el ejército salió por la parte de occidente, pero en vez de tomar el camino de Túnez o de ganar las montañas en dirección a Útica, continuó por la orilla del mar; y enseguida llegaron a la laguna, en la que las manchas redondas de las salitreras se reflejaban como gigantescos espejos de

plata olvidados en la orilla.

Se fueron multiplicando los aguazales. El suelo era cada vez más blando y en él se hundían los pies. Amílcar no retrocedió. Iba siempre a la cabeza; y su caballo, lleno de manchas amarillas como un dragón, avanzaba en el fango chapoteando furiosamente, levantando espuma en torno suyo. Cayó la noche, una noche sin luna. Algunos gritaron que iban a la muerte; el caudillo les quitó las armas y se las entregó a los criados. El fango era cada vez más profundo. Tuvieron que subirse encima de las bestias de carga o agarrarse a la cola de los caballos; los más fuertes tiraban de los más débiles y el cuerpo de ligures empujaba a la infantería con la punta de sus picas. La oscuridad se hizo más densa. Se extraviaron. Todos se detuvieron.

Entonces los esclavos del sufeta se adelantaron para buscar las balizas plantadas por orden de éste, a poca distancia unas de otras. Gritaban en las tinieblas, y el ejército los seguía de lejos.

Por fin pisaron tierra firme. Después se perfiló vagamente una curva blanquecina y se encontraron a las orillas del Macar. A pesar del frío no se encendió fuego.

A medianoche se levantaron ráfagas de viento; Amílcar hizo despertar a los soldados, pero no sonó ni un trompeta: los capitanes les golpeaban suavemente en el hombro.

Un hombre de gran estatura se metió en el agua. No le llegaba a la cintura, se podía pasar.

El sufeta ordenó que treinta y dos de los elefantes se colocaran en el río cien pasos más adelante, en tanto que los demás, situándose más abajo, detendrían las líneas de soldados impulsadas por la corriente; y todos, llevando las armas sobre la cabeza, atravesaron el Macar como entre dos murallas. Se había observado que el viento del oeste, al arrastrar las arenas, obstruía el río y formaba en su anchura una especie de calzada natural.

Ahora se hallaba en la orilla izquierda, frente a Útica, y en una vasta llanura, muy ventajosa para mover a sus elefantes que constituían las fuerzas de su ejército.

Aquel rasgo de ingenio entusiasmó a los soldados. Una confianza extraordinaria renació en ellos. Querían acometer enseguida a los bárbaros; el sufeta les hizo reposar durante dos horas. No bien salió el sol se pusieron en marcha, en tres columnas: los elefantes primero, la infantería ligera con la caballería detrás y a continuación marchaba la falange.

Los bárbaros acampados junto a Útica y los quince mil que había alrededor del puente quedaron sorprendidos al ver ondularse la tierra. El viento, que

soplaba con fuerza, levantaba torbellinos de arena; se elevaban como arrancados del suelo, subían como enormes jirones amarillentos, luego se desgarraban y volvían a formar de nuevo, ocultando a los mercenarios el ejército púnico. A causa de los cuernos que salían del borde de los cascos, unos creían ver una manada de bueyes, otros, engañados por el revuelo de los mantos, creían distinguir alas, y los que habían viajado mucho, encogiéndose de hombros, se explicaban todo diciendo que eran ilusiones de un espejismo.

Sin embargo, algo enorme continuaba avanzando. Pequeños vapores, sutiles como alientos, corrían por la superficie del desierto; el sol, ahora más alto, brillaba con más fuerza: una luz áspera, que parecía vibrar entre la profundidad del cielo y los objetos, hacía la distancia incalculable. La inmensa llanura se desplegaba por todos lados hasta perderse de vista; y las ondulaciones del terreno, casi insensibles, se prolongaban hasta el confín del horizonte, limitado por la gran línea azul del mar. Los dos ejércitos, fuera de sus tiendas, se miraban; las gentes de Útica, para ver mejor, se subían a las murallas.

Al fin, distinguieron muchas barras transversales, erizadas de puntas, que se fueron haciendo más densas, agrandándose; unos montículos negros se balanceaban; de pronto aparecieron unos matorrales cuadrados: eran elefantes y picas, y un solo grito estalló: «¡Los cartagineses!», y, sin más señal, sin que nadie los mandara, los soldados de Útica y los del puente echaron a correr desordenadamente para caer al mismo tiempo sobre Amílcar.

Al oír aquel nombre, Spendius se estremeció. Repetía anhelante: «¡Amílcar! ¡Amílcar!». Matho no estaba allí. ¿Qué hacer? ¡No había manera de huir! La sorpresa de aquel acontecimiento, el miedo al sufeta y, sobre todo, la urgencia de una resolución inmediata, lo desconcertaban; se veía traspasado por mil espadas, decapitado, muerto. Sin embargo, lo llamaban; treinta mil hombres estaban dispuestos a seguirlo; le dominó un furor contra sí mismo; se aferró a la esperanza de la victoria, se las prometía muy felices y se creyó más intrépido que Epaminondas. Para disimular su palidez se embadurnó sus mejillas con bermellón, apretó sus cnémides y su coraza, se engulló una patera de vino puro y corrió junto a su tropa, que se apresuraba a unirse a la de Útica.

Ambas divisiones de bárbaros se unieron con tal celeridad que el sufeta no tuvo tiempo de colocar sus hombres en orden de batalla. Poco a poco disminuyó la marcha. Los elefantes se detuvieron; balanceaban sus pesadas cabezas, cargadas de plumas de avestruz y golpeándose los lomos con su trompa.

En el fondo de los claros que dejaban los elefantes se distinguían las cohortes de los vélites; más lejos, los grandes cascos de los clinabaros, con hierros que brillaban al sol, corazas, penachos y estandartes desplegados. Pero

el ejército cartaginés, compuesto de once mil trescientos noventa y seis hombres, parecía ser inferior a este número, pues formaba un largo cuadrado estrecho en los flancos, muy apretado en sí mismo.

Al verlos tan débiles, los bárbaros, tres veces más numerosos, fueron presa de una alegría desordenada; no veían a Amílcar. ¿Se habría quedado atrás tal vez? ¡Bah, qué importaba! El desdén que sentían por estos mercaderes aumentaba su valor, y antes de que Spendius hubiese ordenado la maniobra todos la habían comprendido y la estaban ejecutando.

Se desplegaron en una gran línea recta, que desbordaba las alas del ejército púnico, a fin de envolverlo por completo. Pero cuando estuvieron a trescientos pasos de distancia, los elefantes, en vez de avanzar, retrocedieron; los clinabaras, dando media vuelta, los siguieron; aumentó la sorpresa de los mercenarios al ver que todos los demás hacían lo mismo. ¡Los cartagineses tenían miedo, huían! Una silba formidable estalló en las filas de los bárbaros y desde lo alto de su dromedario, Spendius, gritaba:

—¡Ya lo sabía yo! ¡Adelante, adelante!

Cayó una lluvia de jabalinas, dardos y bolas de honda. Los elefantes, con la grupa acribillada a flechazos, galoparon más aprisa; una densa polvareda los envolvía y como sombras en una nube se disiparon.

Sin embargo, al fondo se oía un gran ruido de pasos, dominado por el son agudo de las trompetas, que tocaban con furia. Aquel espacio que los bárbaros tenían ante sí, lleno de torbellinos y tumulto, atraía como un abismo; algunos se lanzaron hacia él. Aparecieron cohortes de infantería y jinetes a galope con peones a la grupa.

En efecto, Amílcar había ordenado a la falange que rompiera sus secciones y que los elefantes, la tropa ligera y la caballería pasaran por aquellos espacios para ir a cubrir rápidamente sus flancos. Había calculado tan bien la distancia de los bárbaros que en el momento que éstos llegaban contra él todo el ejército cartaginés formaba una gran línea recta.

En el centro se erizaba la falange formada por sintagmas o cuadros, formados por dieciséis hombres a cada lado. Los jefes de todas las filas aparecían entre largos hierros agudos que sobresalían desigualmente, pues las seis primeras filas atravesaban sus sarissas cogiéndolas por el medio, y las diez filas restantes las apoyaban sobre el hombro de sus compañeros, pasando por delante de ellos. Las viseras de los cascos ocultaban a medias las caras; las cnémides de bronce cubrían todas las piernas derechas; grandes escudos cilíndricos llegaban hasta las rodillas, y esta horrible masa cuadrangular se movía como un solo bloque, viva como un animal fantástico y con la regularidad de una máquina. Dos cohortes de elefantes la flanqueaban de una

manera regular, y con bruscas contracciones hacían caer la lluvia de flechas clavadas en su piel negra. Los indios, agazapados entre montones de blancas plumas de avestruz, los retenían con el mango de su arpón, en tanto que en las torres los soldados, ocultos hasta los hombros, agitaban, en el borde de grandes arcos tendidos, varas de hierro con estopas encendidas. A la derecha y a la izquierda de los elefantes maniobraban los honderos, con una honda ceñida a la cintura, otra a la cabeza y una tercera en la mano derecha. Luego los clinabaros, acompañado cada uno por un negro, tendían sus lanzas entre las orejas de sus caballos, revestidos de oro como ellos. A continuación se espaciaban los soldados armados ligeramente, con escudos de piel de lince, por delante de los cuales sobresalían las puntas de jabalinas que sostenían en su mano izquierda; y los tarentinos, conduciendo dos caballos juntos, formaban los dos extremos de esta muralla de soldados.

El ejército de los bárbaros, por el contrario, no había podido mantener su alineación. En la longitud exorbitante de su frente se habían producido ondulaciones, vacíos, y jadeaban todos, sofocados por la carrera.

La falange avanzó pesadamente, enfilando todas sus sarissas; bajo este peso enorme, la línea de los mercenarios, harto endeble, cedió enseguida por el centro.

Entonces las alas cartaginesas se desplegaron para envolverlos; los elefantes las seguían. Con sus lanzas oblicuamente tendidas, la falange dividió a los bárbaros; sus dos enormes mitades se agitaron; las alas, a tiro de honda y de flecha, los empujaban contra los falangistas. Para librarse de éstos, la caballería era impotente, desfallecía; salvo doscientos nómadas que acometieron contra el escuadrón derecho de los clinabaros. Todos los demás estaban cercados, no podían salir de aquellas líneas. El peligro era tan inminente que urgía una solución.

Spendius ordenó que atacasen simultáneamente a la falange por los dos flancos, a fin de pasar a través de ella. Pero las filas más cortas se replegaron sobre las largas, ocuparon el lugar de éstas y la falange se volvió contra los bárbaros, tan terrible por sus flancos como momentos antes lo era por el frente.

Golpeaban sobre el asta de las sonrisas, pero la caballería, por detrás, estorbaba su ataque, y la falange, apoyada por los elefantes, se cerraba y se alargaba, evolucionaba presentando un cuadrado, un cono, un rombo, un trapecio, una pirámide. Un doble movimiento interior se producía continuamente de la cabeza a la cola, pues los que estaban en las últimas filas acudían a las primeras líneas, y los de éstas, por cansancio o por estar heridos, se replegaban atrás. Los bárbaros se encontraron estrujados contra la falange. Era imposible avanzar; aquello parecía un océano en el que bullían garzotas

rojas con caparazones de bronce, al tiempo que los relucientes escudos ondulaban como espuma de plata. A veces, de un extremo a otro venían impetuosas corrientes, luego retrocedían y, en medio, una pesada masa se mantenía inmóvil. Las lanzas se inclinaban y se alzaban alternativamente. En otras partes había tal revuelo de espadas desnudas que sólo se veía el fulgurar de sus puntas, y cargas de caballería ensanchaban círculos, que volvían a cerrarse tras ella en impetuosos torbellinos.

Dominando la voz de los capitanes, el toque de los clarines y el retemblar de las liras, las bolas de plomo y de arcilla que silbaban, al cruzar el aire, hacían saltar las espadas de las manos y los sesos de los cráneos. Los heridos, resguardándose con un solo brazo bajo sus escudos, sostenían la espada apoyando el puño contra el suelo; mientras que otros, encharcados en sangre, se revolvían para morder los talones de los enemigos. La multitud era tan compacta, el polvo tan denso y el tumulto tan grande que era imposible ver nada; los cobardes que quisieron rendirse ni siquiera fueron oídos. Cuando quedaban desarmados, luchaban cuerpo a cuerpo; los pechos crujían contra las corazas y los cadáveres caían con la cabeza hacia atrás, con los brazos crispados. Hubo una compañía de sesenta umbríos que, firmes sobre sus talones, con la pica en ristre delante de sus ojos, inquebrantables y rechinando los dientes, obligaron a retroceder a dos sintagmas a la vez. Los pastores epirotas corrieron hacia el escuadrón izquierdo de los clinabaros y, agarrando a los caballos por las crines, voltearon sus garrotes; los animales, derribando a sus jinetes, huyeron por la llanura. Los honderos púnicos, repartidos acá y allá, estaban sorprendidos. La falange comenzaba a vacilar, los capitanes corrían desconcertados, los cierrafilas empujaban a los soldados y los bárbaros habían vuelto a organizarse, atacaban con denuedo, la victoria era suya.

Pero de pronto estalló un grito espantoso, un rugido de dolor y de cólera; eran los setenta y dos elefantes que, formados en dos filas, avanzaban sobre los bárbaros, pues Amílcar había esperado a que los mercenarios se amontonaran en un solo lugar para echárselos encima. Los indios los habían aguijoneado tan vigorosamente que la sangre corría por sus enormes orejas. Las trompas, embadurnadas de minio, se erguían en el aire como rojas serpientes; sus pechos estaban armados de un venablo, sus lomos, provistos de una coraza, y sus colmillos, prolongados por cuchillas de hierro encorvadas como sables; y para enfurecerlos más, los habían embriagado con una mezcla de pimienta, vino puro e incienso. Sacudían sus collares de cascabeles, gritaban, y los elefantarcas bajaban la cabeza ante la lluvia de faláricas que empezaba a caer desde lo alto de las torres.

Con el fin de resistir mejor, los bárbaros se abalanzaron en masa compacta; los elefantes se precipitaron en medio de ellos impetuosamente. Los espolones de sus pechos, como proas de naves, hendían las cohortes, que refluían en

grandes torbellinos. Con sus trompas ahogaban a los hombres, o bien levantándolos del suelo los entregaban, por encima de sus cabezas, a los soldados de las torres; con sus colmillos les rajaban el vientre, los lanzaban al aire y racimos de entrañas colgaban de sus ganchos de marfil como cordajes en los mástiles. Los bárbaros procuraban vaciarles los ojos o desjarretarlos; otros, metiéndose bajo los vientres, les hundían la espada hasta la empuñadura, y morían aplastados; los más intrépidos se aferraban a sus correas y, bajo las llamas, bajo las piedras y bajo las flechas no dejaban de cortar cueros, y la torre de mimbre se derrumbaba como una torre de piedra. Catorce de los que estaban en el extremo del ala derecha, enfurecidos por sus heridas, retrocedieron a la segunda línea; los indios cogieron su mazo de madera y escoplo y, aplicándolo sobre la nuca, descargaron un golpe terrible con todas sus fuerzas.

Las enormes bestias se desplomaron, cayeron unas encima de otras. Era como una montaña, y sobre aquel montón de cadáveres y de armaduras, un elefante monstruoso, que se llamaba Furor de Baal, aprisionada una pata entre cadenas, estuvo aullando hasta la noche, con una flecha clavada en un ojo.

Mientras tanto, los demás, como conquistadores que se complacen en el exterminio, derribaban, aplastaban, pisoteaban y se encarnizaban con los muertos y moribundos. Para rechazar a los manípulos que se apiñaban como coronas a su alrededor, giraban sobre sus patas traseras, en un movimiento de rotación continuo, avanzando siempre. Los cartagineses sintieron que su ardor se redoblaba, y la batalla comenzó de nuevo.

Los bárbaros cedían; unos hoplitas griegos arrojaron sus armas, y el espanto se apoderó de los demás. Vieron a Spendius que huía inclinado sobre el cuello de su dromedario, al que azuzaba pinchando sus lomos con dos jabalinas. Entonces todos huyeron por las alas y corrieron hacia Útica.

Los clinabaras, cuyos caballos no podían más, no intentaron detenerlos. Los ligures, extenuados de sed, clamaban que los llevaran al río. Pero los cartagineses, situados en el centro de las sintagmas y que habían sufrido menos, ardían en deseos ante aquella venganza que se les escapaba de las manos; ya se lanzaban en persecución de los mercenarios cuando apareció Amílcar.

Refrenaba con tiendas de plata a su caballo atigrado, bañado en sudor. Las cintas atadas a los cuernos de su casco flotaban al viento y había puesto bajo su muslo izquierdo su escudo oval. A una señal de su pica de tres puntas, el ejército se detuvo.

Los tarentinos soltaron rápidamente al segundo de sus caballos y partieron a derecha e izquierda, hacia el río y hacia la ciudad.

La falange exterminó a placer al resto de los bárbaros. Cuando los alcanzaban las espadas, tendían el cuello cerrando los ojos. Otros se defendieron denodadamente; se los abatió desde lejos, a pedradas, como a perros rabiosos. Amílcar había encargado que se hicieran prisioneros, pero los cartagineses le obedecieron a regañadientes, tal era el placer que sentían hundiendo sus espadas en el cuerpo de los bárbaros. Como tenían mucho calor se regazaron los brazos, a la manera de los segadores, y cuando descansaban para cobrar aliento, seguían con la mirada a los jinetes que galopaban tras los soldados que huían. Consegúan cogerlos por los cabellos, los sostenían así buen rato y luego los derribaban de un hachazo.

Cayó la noche. Cartagineses y bárbaros habían desaparecido. Los elefantes que se habían escapado erraban a la deriva perfilándose en el horizonte sus torres encendidas. Éstas ardían en las tinieblas, acá y allá como faros medio perdidos en la bruma; y no se advertía en la llanura más movimiento que la ondulación del río, engrosado por los cadáveres que arrastraba al mar.

Dos horas después llegó Matho. Entrevió a la luz de las estrellas largos montones desiguales, tendidos en tierra.

Eran las filas de los bárbaros. Se agachó; todos estaban muertos; gritó a lo lejos; ninguna voz le respondió.

Aquella misma mañana habían abandonado Hippo-Zarita con sus soldados para marchar sobre Cartago. En Útica, el ejército de Spendius acababa de partir y los habitantes comenzaban a incendiar las máquinas. Todos se habían batido encarnizadamente. Pero como el tumulto que se oía del lado del puente aumentaba de una manera incomprensible, Matho se había lanzado por el camino más corto, a través de la montaña, y como los bárbaros huían por la llanura, no se había encontrado con nadie.

Enfrente de él pequeñas masas piramidales se alzaban en la sombra y del lado del río, más cerca, había a ras del suelo unas luces inmóviles. En efecto, los cartagineses se habían replegado detrás del puente y, para engañar a los bárbaros, el sufeta había apostado muchas avanzadas en la otra orilla.

Matho, sin detenerse nunca, creyó distinguir unas enseñas púnicas, pues aparecían en el aire unas cabezas de caballos que no se movían, sujetas a las puntas de astas clavadas en haz que no se podían ver, y más lejos oyó un gran rumor, un ruido de canciones y de copas que entrechocaban.

Entonces, no sabiendo dónde se encontraba ni cómo dar con Spendius, lleno de ansiedad, asustado, perdido en las tinieblas, se volvió más que aprisa por el mismo camino. Despuntaba el alba cuando desde lo alto de la montaña divisó la ciudad, con las armazones de las máquinas ennegrecidas por las llamas, como esqueletos gigantescos que se apoyaban contra las murallas.

Todo reposaba en un silencio y una quietud extraordinarios. Entre los soldados, al lado de las tiendas, unos hombres casi desnudos dormían de espaldas o con la frente descansando sobre el brazo que conservaba aún su coraza. Algunos despegaban de sus piernas vendas ensangrentadas. Los moribundos movían la cabeza muy despacio; otros, arrastrándose, los llevaban a beber. A lo largo de los senderos, los centinelas paseaban para entrar en calor, o bien se quedaban, con la pica al hombro de cara al horizonte, en una fiera actitud.

Matho encontró a Spendius recogido bajo un jirón de tela, puesto sobre dos palos clavados en el suelo, cabizbajo y con las manos entre las rodillas.

Permanecieron largo rato sin hablar.

Por fin, Matho murmuró:

—¡Vencidos!

Spendius contestó con voz sombría:

—¡Sí, vencidos!

Y a todas las preguntas respondía con ademán desesperado.

Mientras tanto, suspiros y estertores llegaban hasta ellos. Matho entreabrió la tela. Entonces, el espectáculo de los soldados le recordó otro desastre en el mismo lugar, y rechinando los dientes, exclamó:

—¡Miserable! Ya una vez...

Spendius lo interrumpió:

—¡Tú tampoco estabas allí!

—¡Es una maldición! —exclamó Matho—. ¡Pero un día u otro lo cogeré, lo venceré, lo mataré! ¡Ah, si yo hubiese estado allí...! —La idea de no haber estado en la batalla lo desesperaba aún más que la derrota. Se quitó la espada del cinto y la tiró por el suelo—. ¿Pero cómo os han derrotado los cartagineses?

El antiguo esclavo se puso a referirle las maniobras de la batalla. Matho creía verlas y se irritaba. El ejército de Útica, en vez de correr hacia el puente, debió atacar a Amílcar por la espalda.

—¡Sí, ya lo sé! —dijo Spendius.

—Tenías que haber reforzado tus filas, no comprometer a los vélites contra la falange, dejar pasar a los elefantes. En el último momento se podían cambiar las tornas; nada obligaba a huir.

Spendius respondió:

—Lo he visto pasar con su gran manto rojo y los brazos levantados, más alto que la polvareda, como un águila que se cernía al lado de las cohortes; y a cada señal de su cabeza, se cerraban, atacaban; la multitud nos arrastró el uno hacia el otro: me miraba, sentí en mi corazón como el frío de una espada.

«Tal vez haya elegido el día», se decía Matho para sí. Se hacía preguntas tratando de averiguar por qué el sufeta había llegado precisamente en las circunstancias más desfavorables. Luego se pusieron a hablar de la situación, y para atenuar su falta o para animarse a sí mismo, Spendius aseguró que aún quedaban esperanzas.

—¡Aunque no haya ninguna, no importa! —dijo Matho—. ¡Yo solo continuaré la guerra!

—¡Y yo también! —exclamó el griego, levantándose de un salto. Caminaba dando largas zancadas, le centelleaban las pupilas y una extraña sonrisa contraía su cara de chacal.

—¡Volveremos a empezar! ¡No me abandones! Yo no estoy hecho para las batallas a la luz del día; el brillo de las espadas me turba la vista; es una enfermedad, he vivido demasiado tiempo en la ergástula. Pero dame murallas que escalar de noche y entraré en las ciudadelas y los cadáveres estarán fríos antes de que los gallos hayan cantado. Indícame a alguien, a algo, un enemigo, un tesoro; una mujer —repitió—: una mujer, aunque fuese la hija de un rey, y pondré rápidamente tu deseo a tus pies. Me reprochas haber perdido la batalla contra Hannón y, sin embargo, la gané. ¡Confíesalo! Mi piara de cerdos nos hizo mejor servicio que una falange de espartanos —y cediendo al deseo de realizarse y de tomar el desquite, fue enumerando todo lo que había hecho por la causa de los mercenarios—: ¡Fui yo quien en los jardines del sufeta incité al galo! Más tarde, en Sicca, los concité a todos por el miedo a la venganza de la república. Giscón los perdonaba, pero yo impedí que los intérpretes pudiesen hablar. ¡Ah! ¡Cómo les colgaba la lengua de la boca! ¿Te acuerdas? Yo te conduje a Cartago, yo he robado el zaimph. Yo te llevé a su casa. ¡Haré más aún, ya lo verás! —y se echó a reír como un loco.

Matho lo observaba asombrado. Experimentaba una especie de malestar ante aquel hombre, que era a la vez tan cobarde y tan terrible.

El griego continuó en tono jovial, castañeteando sus dedos:

—¡Evohé! ¡Después de la lluvia sale el sol! Yo he trabajado en las canteras y he bebido vino del Masico en una nave que me perteneció, bajo un palio de oro, como un Ptolomeo. La desgracia debe servirnos para hacernos más hábiles. A fuerza de trabajo se doma la fortuna. Ésta protege a los prudentes. ¡Cederá!

Se volvió hacia Matho y, cogiéndolo del brazo, le dijo:

—Jefe, ahora los cartagineses están seguros de su victoria. Tienes todo un ejército que no ha combatido, y tus hombres te obedecen. Ponlos a la vanguardia; los míos, para vengarse, los seguirán. Me quedan tres mil doscientos honderos y arqueros, cohortes enteras. ¡Hasta podemos formar una falange! ¡Volvamos!

Matho, aturdido por el desastre, no había imaginado nada aún para repararlo. Escuchaba con la boca abierta, y las láminas de bronce que ceñían su torso se agitaban al impulso de los latidos de su corazón. Recogió su espada gritando:

—¡Sígueme! ¡Vamos!

Pero los exploradores volvieron anunciando que los cartagineses se habían llevado a sus muertos, que el puente estaba en ruinas y que Amílcar había desaparecido con su ejército.

IX. En campaña

Amílcar había pensado que los mercenarios lo esperarían en Útica o que volverían sobre él, y comprendiendo que sus fuerzas no eran suficientes ni para atacar ni para resistir, se dirigió hacia el sur, por la orilla derecha del río, lo que lo puso inmediatamente a cubierto de cualquier sorpresa.

Quería, dando al olvido primero su rebelión, apartar a todas las tribus de la causa de los bárbaros, para luego, cuando los tuviera aislados en medio de las provincias, caer sobre ellos y exterminarlos.

En catorce días pacificó la región comprendida entre Tuccaber y Útica, con las ciudades de Tignicaba, Tessurah, Vacca y otras de occidente. Zunghar, edificada en las montañas; Assuras, célebre por su templo; Yeradoo, rica en enebros; Thapitis y Hagur le enviaron embajadas. Las gentes de la campaña llegaban con las manos llenas de víveres, imploraban su protección, besaban sus pies y los de los soldados, y se quejaban de los bárbaros. Algunos venían a ofrecerles, en sacos, cabezas de mercenarios muertos por ellos, según decían, pero que en realidad las habían cortado de los cadáveres, pues muchos se habían perdido al huir y se los encontraba muertos por los olivares y viñedos.

Para deslumbrar al pueblo, Amílcar, desde el segundo día de la victoria, había enviado a Cartago los dos mil cautivos hechos en el campo de batalla. Fueron llegando por compañías de cien hombres cada una, con los brazos atados a la espalda a una barra de bronce que les llegaba a la nuca, y los heridos, desangrándose, corrían también cuando los azuzaban a latigazos los jinetes que iban detrás de ellos.

¡Aquello fue un delirio de alegría! Se afirmaba que habían muerto seis mil bárbaros y que la guerra había terminado, pues los demás no resistirían; se abrazaban en las calles, y se frotó con manteca y cinamomo el rostro de los dioses pataicos en acción de gracias. Éstos, con sus ojos grandes, su vientre abultado y los brazos levantados hasta los hombros, parecían vivir bajo la pintura reciente y participar del alborozo del pueblo. Los ricos dejaban abiertas las puertas de sus casas; la ciudad retemblaba a los sonos de los tamboriles; todas las noches se iluminaban los templos, y las sacerdotisas de la diosa, bajando a Malqua, levantaron tablados de sicómoros en las esquinas de las principales encrucijadas, en los que se prostituían. Se votaron concesiones de tierras para los vencedores, holocaustos a Melkart, trescientas coronas de oro para el sufeta, y sus partidarios proponían que se le otorgasen nuevas prerrogativas y honores.

Había solicitado éste de los ancianos entablar negociaciones con Autharita para canjear contra todos los bárbaros, si era preciso, al viejo Giscón y a los demás cartagineses detenidos con él. Los libios y los nómadas que componían el ejército de Autharita, apenas conocían a aquellos mercenarios, hombres de raza italiana o griega; y como la república les ofrecía tantos bárbaros a cambio de tan pocos cartagineses, pensaron que los primeros no valían nada y éstos mucho. Temiendo una celada, Autharita rehusó.

En vista de esto, los ancianos decretaron la ejecución de los cautivos, a pesar de que el sufeta les escribió diciéndoles que no los matasen. Contaba con incorporar los mejores a sus tropas y estimular por ese medio las defecciones. Pero el odio pudo más que la prudencia.

Los dos mil bárbaros fueron atados en los Mappales contra las estelas de las tumbas, y mercaderes, pinches de cocina, bordadores y hasta mujeres, las viudas de los muertos con sus hijos, todos los que querían, acudieron a matarlos a flechazos. Se les apuntaba lentamente para prolongar su suplicio; bajaban el arma, luego volvían a levantarla una y otra vez, y la gente vociferaba y se empujaba. Los paralíticos se hacían llevar en parihuelas; muchos, por precaución, llevaban la comida y permanecían allí hasta el atardecer, otros pasaban la noche en aquel lugar. Se instalaron tenderetes en los que se bebía. Muchos ganaron fuertes sumas de dinero alquilando arcos.

Luego dejaron en pie todos aquellos cadáveres crucificados, que parecían sobre las tumbas otras tantas estatuas rojas, y la exaltación ganaba hasta las gentes de Malqua, descendientes de familias autóctonas y de ordinario indiferentes en los asuntos de la patria. En reconocimiento de los placeres que ésta les proporcionaba se interesaban ahora por su suerte, se sentían púnicos, y los ancianos consideraron como una habilidad haber fundido a todo el pueblo en un mismo sentimiento de venganza.

No le faltó a aquello la sanción de los dioses, pues de todos los puntos del cielo se abatieron bandadas de cuervos. Describían círculos en el aire lanzando roncros graznidos, y formaban una nube enorme que giraba sobre sí misma continuamente. Se la veía desde Clypea, desde Randes y desde el promontorio Hermaeum. A veces se abría de pronto y se alargaba en negras espirales; era un águila que atravesaba la nube y luego se iba; en las azoteas, en las cúpulas, en las puntas de los obeliscos y en los frontis de los templos se posaban aquí y allá grandes aves de rapiña que tenían en sus picos enrojecidos piltrafas humanas.

A causa del hedor, los cartagineses se decidieron a desatar los cadáveres. Se quemaron algunos, otros fueron arrojados al mar, y las olas, impulsadas por el viento del norte, los depositaron en la playa, en el fondo del golfo, ante el campamento de Autharita.

Aquel castigo había aterrorizado, sin duda, a los bárbaros, pues desde lo alto del Eschmún se les vio plegar sus tiendas, reunir sus rebaños, cargar sus bagajes en los asnos, y aquella misma noche todo el ejército se alejó.

El plan de los bárbaros era, moviéndose alternativamente desde la montaña de Aguas Calientes a Hippo-Zarita, impedir al sufeta acercarse a las ciudades tirias, contando además con la posibilidad de volver a caer sobre Cartago.

Entre tanto, los otros dos ejércitos intentarían alcanzarlo en el sur; Spendius, por el oriente; Matho por el occidente, de modo que se reuniesen los tres para sorprender y cercar a Amílcar. Luego les llegó un refuerzo que no esperaban: Narr-Havas reapareció, con trescientos camellos cargados de pez, veinticinco elefantes y seis mil jinetes.

El sufeta, con el fin de debilitar a los bárbaros, había juzgado prudente entretenerlos lejos, en su reino. Desde Cartago se había entendido con Masgaba, un bandido gétulo que deseaba forjar un imperio. Con el dinero púnico, este aventurero había sublevado los estados nómadas, prometiéndoles la libertad. Pero Narr-Havas, prevenido por el hijo de su nodriza, cayó sobre Cirta, envenenó a los vencedores con el agua de las cisternas, cortó algunas cabezas, restableció el orden, y llegaba contra el sufeta más furioso que los bárbaros.

Los jefes de los cuatro ejércitos se pusieron de acuerdo acerca del plan de guerra. Ésta sería larga y era preciso preverlo todo.

Se convino, en primer lugar, reclamar el auxilio de los romanos y se ofreció esta misión a Spendius; como tráfuga que era no se atrevió a encargarse de ella. Doce hombres de las colinas griegas se embarcaron en Annaba, en una chalupa de los nómadas. Luego los jefes exigieron a todos los bárbaros el juramento de una absoluta fidelidad. Los capitanes inspeccionaban

diariamente los vestidos y el calzado; se prohibió incluso a los centinelas el uso del escudo, pues solían apoyarlo en la lanza y se dormían de pie; a los que llevaban algún bagaje se les obligó a desprenderse de él; todo, a la usanza romana, debía llevarse a la espalda. Como precaución contra los elefantes, Matho creó un cuerpo de jinetes catafractos en que caballo y caballero desaparecían bajo una coraza de piel de hipopótamo erizada de clavos, y para proteger los cascos del caballo se les ponía unos botines de trenza de esparto.

Se prohibió saquear aldeas y tiranizar a los habitantes que no fueran de raza púnica. Pero como la comarca había quedado exhausta, Matho ordenó distribuir los víveres por cabeza de soldado, sin inquietarse por las mujeres. Por otra parte, los soldados se los repartían con ellas. Por falta de alimentos, muchos se debilitaron. Era un incesante motivo de querellas y de invectivas, pues muchos se atraían a las compañeras de los demás con el cebo de la comida o incluso la simple promesa de su ración. Matho ordenó expulsarlas a todas, despiadadamente. Se fueron a refugiar en el campamento de Autharita, pero las galas y las libias, a fuerza de ultrajes, las obligaron a irse.

Al fin acudieron junto a las murallas de Cartago a implorar la protección de Ceres y de Proserpina, pues había en Byrsa un templo con sacerdotes consagrados a estas diosas, en expiación de los horrores cometidos tiempo atrás en el sitio de Siracusa. Los syssitas, alegando su derecho a los despojos, reclamaron a las más jóvenes para venderlas; los cartagineses nuevos tomaron en matrimonio a las lacedemonias que eran rubias.

Algunas se obstinaron en seguir a los ejércitos. Corrían a lo largo de las sintagmas, al lado de los capitanes. Llamaban a sus maridos, los sujetaban por el manto, se golpeaban el pecho maldiciéndolos y les mostraban sus hijuelos desnudos que lloraban. Este espectáculo ablandaba a los bárbaros; las mujeres eran un estorbo, un peligro. Cuantas veces se las rechazaba, volvían. Matho ordenó a los jinetes de Narr-Havas que cargaran a lanzadas contra ellas, y como los baleares le gritaban que necesitaban mujeres:

—¡Yo no las tengo! —respondió.

Ahora, el genio de Moloch se apoderaba de Matho. A pesar de las protestas de su conciencia realizaba cosas espantosas, imaginándose que obedecía a la voz de un dios. Cuando no podía devastar los campos, los mandaba cubrir de piedras para hacerlos estériles.

Con reiterados mensajes, apremiaba a Autharita y a Spendius para que se apresuraran. Pero las operaciones del sufeta eran incomprensibles. Acampó sucesivamente en Eidus, en Monchar y en Tehent; los exploradores creyeron verlo en los alrededores de Ischiil, cerca de las fronteras de Narr-Havas, y se supo que había atravesado el río por encima de Teburda, como para regresar a Cartago. Apenas llegaba a un punto se trasladaba a otro. Las rutas que tomaba

eran siempre desconocidas. Sin librar batalla, el sufeta conservaba sus ventajas; perseguido por los bárbaros, parecía dirigirlos.

Estas marchas y contramarchas fatigaban cada vez más a los cartagineses, y las fuerzas de Amílcar, como no se renovaban, disminuían de día en día. Las gentes de la campiña llevaban ahora los víveres con más lentitud. Encontraba por todas partes una indecisión, un odio callado y, a pesar de sus súplicas al gran consejo, no le llegaba ningún socorro de Cartago.

Decían, creían tal vez, que no lo necesitaba. Era una astucia o quejas inútiles; y los partidarios de Hannón, para perjudicarlo, exageraban la importancia de su victoria. Bueno que hiciera el sacrificio de las fuerzas que mandaba; pero no se iban a satisfacer continuamente sus demandas. La guerra era una carga muy pesada; había costado demasiado y, por orgullo, los patricios de su facción le apoyaban con tibieza.

Desesperando entonces de la república, Amílcar tomó por la fuerza en las tribus todo lo que necesitaba para la guerra: grano, aceite, leña, animales y hombres. Pero los habitantes no tardaron en escapar. Las aldeas por las que pasaba estaban vacías; se registraba las cabañas y no se encontraba nada; enseguida una espantosa soledad rodeó al ejército púnico.

Los cartagineses, furiosos, empezaron a saquear las provincias; cegaban las cisternas e incendiaban las casas. Las chispas, llevadas por el viento, se esparcían a lo lejos, y en las montañas ardían bosques enteros; las llamas rodeaban los valles con un cinturón de fuego, y para atravesarlos se veían obligados a esperar. Luego volvían a emprender la marcha, a pleno sol, sobre las cenizas calientes.

A veces veían, en la orilla del camino, brillar en un matorral como pupilas de leopardo. Era un bárbaro en cuclillas, que se había cubierto de polvo para confundirse con el color del follaje; o bien cuando caminaban a lo largo de un barranco, los que iban en las alas oían de pronto rodar piedras y, al levantar la mirada, veían en lo alto del desfiladero un hombre descalzo que huía.

Sin embargo, Útica e Hippo-Zarita estaban libres, pues los mercenarios no las sitiaban ya. Amílcar mandó que vinieran en su ayuda. Pero no atreviéndose a comprometerse, le respondieron con vaguedades, cumplimientos y excusas.

Remontó hacia el norte bruscamente, decidido a ocupar una de las ciudades tirias, aunque tuviera que ponerle sitio. Le hacía falta un punto de apoyo en la costa, con el fin de traer de las islas o de Cirene provisiones y soldados y deseaba el puerto de Útica, como el más próximo a Cartago.

El sufeta partió, pues, de Zuitin y dio la vuelta por el lago de Hippo-Zarita, con gran cautela. Muy pronto hubo de formar a sus regimientos en columna para subir la montaña que separa los dos valles. Al ponerse el sol bajaba por la

cumbre, excavada en forma de embudo, cuando advirtieron delante de ellos, a ras del suelo, lobas de bronce que parecían correr por la hierba.

De repente se alzaron grandes penachos y, al son de las flautas, estalló un canto formidable. Era el ejército de Spendius; pues campanios y griegos, por execración de Cartago, habían adoptado las insignias de Roma. Al mismo tiempo, por la izquierda, aparecieron largas picas, escudos de piel de leopardo, corazas de lino y hombros desnudos. Eran los iberos de Matho, los lusitanos, los baleares, los gétulos; se oyó el relincho de los caballos de Narr-Havas, que se extendieron alrededor de la colina; después llegó la turba que mandaba Autharita: los galos, los libios, los nómadas, y se reconocían en medio de todos ellos a los comedores de cosas inmundas por las espinas de pescado que llevaban en la cabellera.

De esta manera se habían reunido los bárbaros, combinando sus marchas con toda exactitud. Pero, sorprendidos también ellos, permanecieron unos minutos inmóviles, consultándose.

Amílcar había amontonado a sus hombres en una masa circular, de modo que ofreciera una resistencia igual en todas sus partes. Los altos escudos puntiagudos, clavados en el césped, unos juntos a otros, rodeaban a la infantería. Los clinabatos permanecían fuera, y más lejos, de trecho en trecho, los elefantes. Los mercenarios, abrumados de fatiga, preferían esperar hasta que se hiciese de día, y seguros de la victoria, los bárbaros, durante toda la noche, no se preocuparon más que de comer.

Habían encendido grandes fogatas que, deslumbrándolos, dejaban en la sombra al ejército púnico, debajo de ellos. Amílcar hizo cavar alrededor de su campo, como los romanos, un foso de quince pasos de ancho y diez codos de profundidad; levantar con la tierra en el interior un parapeto sobre el que plantó agudas estacas entrelazadas y, al amanecer, los mercenarios quedaron pasmados al ver a los cartagineses atrincherados como en una fortaleza.

Reconocieron en medio de las tiendas a Amílcar, que se paseaba dictando órdenes. Iba armado con una coraza gris, recamada de pequeñas escamas, y seguido de su caballo se paraba de cuando en cuando para señalar algo con el brazo derecho.

Entonces, más de un bárbaro se acordó de madrugadas semejantes cuando, al toque de los clarines, pasaba por delante de ellos lentamente, reconfortándolos con sus miradas, como si fuesen copas de vino. Una especie de enternecimiento se apoderó de ellos. Aquéllos, por el contrario, que no conocían a Amílcar, deliraban con la alegría de capturarlo.

Sin embargo, si todos atacaban a la vez, se dañarían mutuamente en un espacio tan reducido. Los nómadas podían lanzarse a campo traviesa, pero los

clinabaras, defendidos por las corazas, los aplastarían; además, ¿cómo pasar las empalizadas? En cuanto a los elefantes, no estaban suficientemente amaestrados.

—¡Sois todos unos cobardes! —gritó Matho.

Y con los mejores se precipitó contra el atrincheramiento. Una lluvia de piedras los rechazó, pues el sufeta había recogido en el puente sus catapultas abandonadas.

Este fracaso hizo cambiar bruscamente al espíritu tornadizo de los bárbaros. El denuedo de su bravura desapareció; querían vencer, pero arriesgándose lo menos posible. Según Spendius, convenía conservar cuidadosamente la posición que tenían y someter por hambre al ejército púnico. Pero los cartagineses empezaron a abrir pozos y, en las montañas que rodeaban a la colina, descubrieron agua.

Desde lo alto de su empalizada lanzaban flechas, tierra, estiércol y guijarros que arrancaban del suelo, en tanto que las seis catapultas rodaban incesantemente a lo largo de la altiplanicie.

Pero las fuentes podían agotarse; los víveres se agotarían, se estropearían las catapultas; los mercenarios, diez veces más numerosos, acabarían por triunfar. El sufeta ideó entablar negociaciones para ganar tiempo, y una mañana los bárbaros encontraron en sus líneas una piel de carnero llena de escrituras. Amílcar se justificaba de su victoria: los ancianos le habían obligado a hacer la guerra, y para demostrarles que se mantendría su palabra, les ofrecía el saqueo de Útica o el de Hippo-Zarita, a su elección; Amílcar terminaba diciendo que no los temía, porque habían comprado traidores y, gracias a éstos, terminaría fácilmente con todos los demás.

Los bárbaros quedaron confusos; aquella proposición de un botín inmediato los seducía; temían una traición, sin sospechar siquiera un ardid en la fanfarronería del sufeta, y comenzaron a mirarse unos a otros con desconfianza. Se medían las palabras y los pasos; las pesadillas los desvelaban por la noche. Muchos abandonaban a sus compañeros; elegían ejército, según su capricho, y los galos, con Autharita, se unieron con los cisalpinos, cuyo lenguaje comprendían.

Los cuatro jefes se reunían todas las noches en la tienda de Matho, y, en cuclillas alrededor de un escudo, adelantaban y retrocedían atentamente las figuritas de madera, inventadas por Pirro para reproducir las maniobras. Spendius demostraba los recursos de Amílcar; suplicaba que no se comprometiese la ocasión y juraba por todos los dioses. Matho, irritado, paseaba gesticulando. La guerra contra Cartago era asunto personal suyo; le indignaba que los demás se mezclasen en ello, sin querer obedecerlo.

Autharita adivinaba en su semblante lo que decía y aplaudía. Narr-Havas alzaba su barbilla desdeñosamente; no había medida que no juzgase funesta, y ya no sonreía. Dejaba escapar suspiros como si rechazase el dolor de un sueño imposible, la desesperación de una empresa fallida.

En tanto que los bárbaros, indecisos, deliberaban, el sufeta aumentaba sus defensas: hizo cavar más allá de las empalizadas otro foso, levantar una segunda muralla, construir en los ángulos torres de madera, y los esclavos iban hasta las avanzadillas a hundir los abrojos en el suelo. Pero los elefantes, a los que se les había disminuido la ración, se debatían en sus trabas. Para economizar el pasto ordenó a los clinabaros que matasen a los caballos menos robustos. Algunos se negaron a hacerlo; los mandó decapitar. Se comieron los caballos. El recuerdo de aquella carne fresca aumentó la tristeza de los días siguientes.

Desde el fondo del anfiteatro en que se encontraban encerrados veían a su alrededor, en las alturas, los cuatro campamentos de los bárbaros en plena agitación. Pasaban mujeres con odres a la cabeza, las cabras corrían balando entre los haces de picas clavadas en el suelo, se relevaban los centinelas, se comía en torno a los trípodes. En efecto, las tribus les proporcionaban víveres en abundancia y ninguno de ellos dudaba de lo mucho que su inacción asustaba al ejército púnico.

Desde el segundo día, los cartagineses habían observado en el campamento de los nómadas una tropa de trescientos hombres separada de los demás. Eran los ricos, hechos prisioneros desde el comienzo de la guerra. Los libios los alinearon a todos al borde del foso y, colocados detrás de ellos, arrojaban jabalinas sirviéndose de sus cuerpos como parapetos. Costaba trabajo reconocer a aquellos infelices, tales eran los estragos que hacían en ellos la miseria y la inmundicia. Sus cabellos, arrancados a mechones, mostraban al desnudo las úlceras de la cabeza, y estaban tan flacos y espantosos que parecían momias envueltas en lienzos agujereados. Algunos, temblando, sollozaban estúpidamente; otros gritaban a sus amigos que tirasen contra los bárbaros. Había uno, inmóvil y cabizbajo, que no hablaba; su gran barba blanca le caía hasta las manos cargadas de cadenas; y los cartagineses, sintiendo en el fondo de su corazón como el aniquilamiento de la república, reconocían a Giscón.

Aunque era peligroso, se empujaban para verlo. Le habían puesto una tiara grotesca, de cuero de hipopótamo, incrustada de guijarros. Había sido una ocurrencia de Autharita, pero a Matho le disgustaba.

Amílcar, airado, mandó abrir las empalizadas, decidido a irrumpir a todo trance, y con ímpetu avasallador los cartagineses subieron hasta la mitad de la ladera, unos trescientos pasos. Cayó sobre ellos tal tropel de bárbaros, que

fueron repelidos a sus líneas. Uno de los legionarios, que se quedó afuera, tropezó en las piedras. Corrió Zarxas y, derribándolo, le hundió el puñal en la garganta; al retirar el arma, se arrojó sobre la herida y, con la boca pegada a ella, entre retozos de júbilo y sobresaltos que le sacudían hasta los talones, chupó la sangre a borbotones; luego, tranquilamente, se sentó sobre el cadáver, levantó la cara girando el cuello para aspirar mejor el aire, como una corza que acaba de beber en un torrente, y con voz aguda, entonó una canción de las Baleares, una vaga melodía de modulaciones prolongadas que se interrumpía y alternaba como ecos que se responden entre montañas; llamaba a sus hermanos muertos y los invitaba a un festín; luego dejó caer las manos entre sus piernas, agachó lentamente la cabeza y lloró. Esta atrocidad horrorizó a los bárbaros, a los griegos sobre todo.

Los cartagineses, a partir de este momento, no intentaron ninguna otra salida y no pensaban rendirse, seguros de morir en suplicios.

Sin embargo, los víveres, a pesar de los cuidados de Amílcar, disminuían de un modo alarmante. No quedaba para cada hombre más que diez k'kommer de trigo, tres hin de mijo y doce betza de frutas secas. Ni carne, ni aceite, ni salazones, ni un grano de cebada para los caballos; se los veía bajar su enflaquecido cuello y rebuscar entre el polvo briznas de paja pisadas. A menudo los centinelas de observación en la meseta de la colina divisaban, a la luz de la luna, algún que otro perro de los bárbaros que iba a merodear bajo el atrincheramiento, en los montones de inmundicias; los abatían de una pedrada y, ayudándose con las correas del escudo, bajaban por la empalizada a cogerlo y luego, sin decir nada, se lo comían. Otras veces se oían horribles ladridos y el hombre ya no volvía a subir. En la cuarta diloquia de la duodécima sintagma, tres falangistas se mataron a puñaladas disputándose una rata.

Todos añoraban sus familias y sus casas; los pobres, sus cabañas en forma de colmena, con los umbrales de las puertas empedrados de conchas y una red colgada, y los patricios sus grandes salones llenos de tinieblas azuladas cuando, a la hora más calurosa del día, sesteaban oyendo el vago rumor de las calles junto con el susurro de las hojas que se agitaban en sus jardines, y para sumirse mejor en estos pensamientos y disfrutar más de ellos, entornaban los párpados hasta que el dolor de una herida los sacaba de su ensueño. A cada momento había un combate, una nueva alarma; ardían las torres; los comedores de cosas inmundas asaltaban las empalizadas; les cortaban las manos con hachas, acudían otros, una lluvia de hierro caía sobre las tiendas. Se levantaron galerías de cañizos de junco para librarse de los proyectiles. Los cartagineses se encerraron en ellas y ya no salían.

Todos los días, el sol que transponía la colina, abandonando desde las primeras horas el fondo del desfiladero, los dejaba en la sombra. De frente y por detrás se remontaban las pendientes grises del terreno, cubiertas de

guijarros manchados de un liquen raro, y sobre sus cabezas, el cielo, invariablemente puro, se abría a la mirada, más liso y frío que una cúpula de metal. Amílcar estaba tan indignado contra Cartago que sentía deseos de unirse a los bárbaros para ir contra ella. Además, los mandaderos, los cantineros y los esclavos comenzaban a murmurar, y ni el pueblo, ni el gran consejo, ni nadie daban tan siquiera una esperanza. La situación era intolerable, sobre todo por el convencimiento de que llegaría a ser peor.

**

Al recibirse la noticia del desastre, Cartago había como brincado de ira y de odio; se hubiese execrado menos al sufeta si desde el principio se hubiese dejado vencer.

Mas para comprar otros mercenarios faltaba tiempo y dinero. En cuanto a reclutar soldados en la ciudad, ¿cómo equiparlos? ¡Amílcar se había llevado todas las armas! ¿Y quién los mandaría? ¡Los mejores capitanes estaban fuera, con él! Sin embargo, emisarios enviados por el sufeta iban por las calles dando gritos. El gran consejo se sintió preocupado y se las arregló para hacerlos desaparecer.

Era una prudencia inútil; todos acusaban a Barca de haberse conducido con blandura. Después de su victoria debía haber aniquilado a los mercenarios. ¿Por qué había saqueado a las tribus? Les había impuesto, por el contrario, demasiados sacrificios, y los patricios deploraban su contribución de catorce shekel, los syssitas, sus doscientos veintitrés mil kikar de oro; los que no tenían nada se lamentaban igual que los demás. El populacho envidiaba a los cartagineses nuevos, a quienes se había prometido el derecho de ciudadanía completo; e incluso a los ligures, que se habían batido tan intrépidamente, se los confundía con los bárbaros y se los maldecía como a ellos; su raza venía a ser un crimen, una complicidad. Los mercaderes, en el umbral de su tienda; los peones de albañil, que llevaban una plomada en la mano; los vendedores de salmuera, mientras limpiaban sus cestos; los bañeros, en las estufas, y los proveedores de bebidas calientes, todos discutían las operaciones militares. Trazaban con el dedo en el suelo planes de batalla y no había necio que no supiese corregir las faltas de Amílcar.

Era, decían los sacerdotes, el castigo de su obstinada impiedad. No había ofrecido holocaustos, no había purificado sus tropas, había incluso rehusado llevar consigo augures, y el escándalo del sacrilegio reforzaba la violencia de los odios contenidos, la rabia de las esperanzas frustradas. Se recordaban los desastres de Sicilia, ¡todo el peso de su orgullo tanto tiempo soportado! Los colegios de los pontífices no le perdonaban haber dispuesto de su tesoro, y exigieron al gran consejo el compromiso de crucificarlo, si acaso volviera.

Los calores del mes de elul, excesivos aquel año, eran otra calamidad. De

las orillas del lago salían unos olores nauseabundos, que se mezclaban en el aire con los vapores de los aromas que se quemaban en las esquinas de las calles. Se oía continuamente el resonar de los himnos. Oleadas de gentes ocupaban las escalinatas de los templos; todas las murallas estaban cubiertas de velos negros; ardían cirios en la frente de los dioses pataicos, y la sangre de los camellos, degollados en sacrificio, corriendo a lo largo de las barandillas, caía por los escalones como cascadas rojas. Un delirio fúnebre agitaba a Cartago. De las calles más estrechas, de los tugurios más miserables, salían rostros pálidos, hombres de perfil de víbora y que rechinaban los dientes.

Los gritos agudos de las mujeres llenaban las casas y, escapándose por las rejas, hacían volver la cabeza a los que hablaban de pie en las plazas. Se creía a veces que llegaban los bárbaros; se los había visto detrás de las montañas de las Aguas Calientes; estaban acampados en Túnez, y los rumores se multiplicaban, crecían, se confundían en un solo clamor. Luego reinó un silencio sepulcral; unos permanecían encaramados en el frontón de los edificios, con la mano puesta sobre los ojos atalayando el horizonte, mientras que los demás, echados de bruces al pie de los baluartes, aguzaban el oído. Una vez pasado el terror, volvían a empezar las recriminaciones. Pero la convicción de su impotencia los hacía caer enseguida en la misma tristeza.

Ésta aumentaba cada noche cuando todos, subidos en las terrazas, lanzaban, inclinándose nueve veces, un gran grito para saludar al sol. Éste bajaba por detrás de la laguna lentamente; luego, de golpe, desaparecía entre las montañas, del lado de los bárbaros.

Se esperaba la fiesta, tres veces santa, en la que un águila, saliendo de lo alto de una hoguera, se remontaba al cielo, símbolo de la resurrección del año, mensaje del pueblo a su Baal supremo, y que se consideraba como una especie de unión, una manera de participar de la fuerza del sol. Por otra parte, el pueblo, lleno de odio, ahora se volvía cándidamente a Moloch-Homicida, y todos abandonaban a Tanit. En efecto, la Rabbetna, privada de su velo, parecía como despojada de una parte de su virtud. Les negaba el beneficio de las aguas, había desertado de Cartago, era una tráfuga, una enemiga. Algunos, para ultrajarla, le arrojaban piedras. Pero a la vez que la injuriaban, muchos la compadecían; se la quería más aún y quizá con más veneración.

Todas las calamidades provenían, pues, de la pérdida del zaimph. Salambó había contribuido indirectamente a ello; se la incluía en el mismo odio; debía ser castigada. La vaga idea de una inmolación enseguida se propaló por el pueblo. Para aplacar a los Baalim se necesitaba, sin duda, ofrecerles algo de un valor incalculable, un ser hermoso, joven, virgen, de estirpe inmemorial, descendiente de los dioses, un astro humano. Todos los días, hombres desconocidos invadían los jardines de Megara; los esclavos, temiendo por ellos mismos, no se atrevían a oponérseles. Sin embargo, no pasaban de la

escalinata de las galeras. Se quedaban abajo, con la vista clavada en la última terraza; esperaban a Salambó, y durante horas y horas clamaban contra ella como perros que ladran a la luna.

X. La serpiente

Aquellos clamores del populacho no atemorizaban a la hija de Amílcar.

Otras inquietudes más hondas la turbaban: su gran serpiente, el pitón negro, languidecía, y la serpiente era para los cartagineses un fetiche, a la vez nacional y privado. Creían que era hija del limo de la tierra, porque emerge de sus profundidades y no necesita pies para recorrerla; su marcha recuerda las ondulaciones de los ríos; su temperatura, las antiguas tinieblas viscosas palpitantes de fecundidad, y el círculo que describe al morderse la cola, el conjunto de los planetas, la inteligencia de Eschmún.

La serpiente de Salambó había rehusado muchas veces los cuatro gorriones vivos que se le ofrecían por plenilunio y cada luna nueva. Su hermosa piel, tachonada como el firmamento de manchas de oro sobre un fondo completamente negro, se había vuelto amarilla, flácida, arrugada y demasiado ancha para su cuerpo; un moho algodonoso se extendía alrededor de su cabeza, y en el ángulo de sus ojos se veían pequeños puntos rojos que parecían moverse. De cuando en cuando, Salambó se acercaba a su canastilla de hilos de plata; apartaba la cortina de púrpura, las hojas de loto y el pulmón de pájaro; la serpiente estaba siempre enroscada en sí misma, más inmóvil que una liana seca; y, a fuerza de mirarla, acababa por sentir en su corazón como una espiral, como otra serpiente que poco a poco le subía a la garganta y la estrangulaba.

Estaba desesperada por haber visto el zaimph, y, sin embargo, le producía cierta alegría, un orgullo íntimo. Un misterio profundo se ocultaba en el esplendor de sus pliegues; era la nube que envuelve a los dioses, el secreto de la existencia universal, y Salambó, horrorizándose de sí misma, lamentaba no haberlo levantado.

Casi siempre estaba sentada en el fondo de su habitación, con las manos apoyadas en la pierna izquierda, doblada, la boca entreabierta, cabizbaja y pensativa. Se acordaba con espanto de la cara de su padre; quería irse a las montañas de Fenicia, en peregrinación al templo de Aphaka, al que Tanit descendió en forma de estrella; la asaltaban y conturbaban toda clase de ensueños; además, la soledad en que vivía era cada día mayor. Ni siquiera sabía lo que era de Amílcar.

Al fin, cansada de sus pensamientos, se levantaba y, arrastrando sus sandalias, cuya suela claquéaba a cada paso contra los talones, se paseaba sin rumbo por la gran sala silenciosa. Las amatistas y los topacios del techo reflejaban acá y allá temblorosos centelleos. Salambó, a medida que andaba, volvía un poco la cabeza para verlos. Cogía por el cuello las ánforas colgadas, se refrescaba el pecho con grandes abanicos, o bien se distraía en quemar cinamomo en perlas ahuecadas. Cuando se ponía el sol, Taanach retiraba los rombos de fieltro que tapaban las aberturas de las paredes; entonces sus palomas, untadas con almizcle como las palomas de Tanit, entraban de golpe y sus patitas sonrosadas se deslizaban sobre las losas de vidrio, entre los granos de cebada que les echaba a puñados, como un sembrador en el campo. Pero, de repente, prorrumpía en sollozos y permanecía tendida en su gran lecho de correas de buey, sin moverse, repitiendo siempre la misma palabra, con los ojos abiertos, pálida como una muerte, insensible, fría; y, sin embargo, oía el grito de los monos en las copas de las palmeras y el chirrido continuo de la gran noria que, a través de los pisos, elevaba un raudal de agua pura a la pila de pórvido.

En ocasiones, durante días enteros, rehusaba todo alimento. Veía en sueños astros turbios que pasaban bajo sus pies. Llamaba a Schahabarim y, cuando estaba a su lado, no sabía qué decirle.

No podía vivir sin el consuelo de la presencia del sacerdote. Pero se rebelaba interiormente contra aquella dominación; sentía por él, a un tiempo, terror, celos, odio y una especie de amor, en reconocimiento de la singular voluptuosidad que experimentaba a su lado.

Él había reconocido la influencia de la Rabbet, hábil como era en distinguir qué dioses enviaban las enfermedades, y para curar a Salambó hacía regar su aposento con una infusión de verbena y culantrillo; todas las mañanas comía mandrágoras; dormía con la cabeza apoyada en un saquito de plantas aromáticas mezcladas por los pontífices; empleó además el baarás, raíz de color de fuego que espanta en el septentrión los genios funestos; por fin, volviéndose hacia la estrella polar, murmuró por tres veces el nombre misterioso de Tanit, pero Salambó seguía sufriendo y sus angustias aumentaron.

Nadie, en Cartago, sabía tanto como él. En su juventud había estudiado en el colegio de los Mogbeds, en Borsippa, cerca de Babilonia; visitó luego Samotracia, Pessinunte, Éfeso, Tesalia, Judea y los templos de los nabateos, perdidos en los arenales, y, desde las cataratas hasta el mar, recorrió a pie el curso del Nilo. Con el rostro cubierto con un velo y agitando antorchas, había arrojado un gallo negro en el fuego de sandaraca, ante el pecho de la esfinge, madre del terror. Había descendido a las cavernas de Proserpina, había visto girar las quinientas columnas del laberinto de Lemnos y resplandecer el

candelabro de Tarento, que llevaba tantas lámparas como días tiene el año. A veces, por la noche, recibía a viajeros griegos para hacerles preguntas. La constitución no le inquietaba menos que la naturaleza de los dioses; con las armillas colocadas en el pórtico de Alejandría, había observado los equinoccios y acompañado hasta Cirene a los bematistas de Evergeto, que miden el cielo calculando el número de pasos, si bien ahora surgía en su pensamiento una religión extraña sin fórmula precisa y, por eso mismo, llena de vértigos y ardores. Ya no creía que la tierra tuviera la forma de una piña, la creía redonda, cayendo eternamente en la inmensidad, con velocidad tan prodigiosa que no se advertía su caída.

De la posición del sol por encima de la luna, deducía el predominio de Baal, de quien el astro mismo no es más que el reflejo y la figura; por otra parte, todo lo que veía en las cosas terrestres le forzaba a reconocer como supremo un principio macho exterminador. Además, acusaba secretamente a la Rabbet del infortunio de su vida. ¿Acaso no había sido por ella por lo que, en otro tiempo, el gran pontífice, adelantándose entre el tumulto de los címbalos, le había quitado bajo una pátera de agua hirviendo su futura virilidad? Y seguía con mirada melancólica a los hombres que se perdían con las sacerdotisas en el fondo de los terebintos.

Sus días transcurrían inspeccionando los incensarios, los vasos de oro, las piezas, los rastrillos para las cenizas de altar y todas las túnicas de las estatuas hasta la aguja de bronce que servía para rizar los cabellos de una antigua Tanit, en el tercer edículo, cerca de la viña de esmeralda. Siempre a las mismas horas levantaba las grandes tapicerías de las mismas puertas que volvían a caer; permanecía con los brazos abiertos en la misma actitud; rezaba prosternado en las mismas baldosas, en tanto que a su alrededor la muchedumbre de los sacerdotes circulaba con los pies descalzos por los pasillos, envueltos en un eterno crepúsculo.

Pero en la aridez de su vida, Salambó era como una flor en la hendidura de un sepulcro. No obstante, era duro con ella y no le ahorra penitencias y palabras amargas. Su condición establecía entre ellos como la igualdad de un sexo común y le molestaba menos en la joven no poder poseerla que encontrarla tan bella y, sobre todo, tan pura. A menudo se daba cuenta de que a ella le costaba trabajo seguir su pensamiento, entonces se ponía más triste y se sentía más abandonado, más solo, más vacío.

Algunas veces se le escapaban palabras extrañas, que pasaban ante Salambó como grandes relámpagos que iluminaban abismos. Esto solía ocurrir de noche, en la terraza, cuando a solas los dos, contemplaban las estrellas, con Cartago al fondo, bajo sus pies, y el golfo y la pleamar vagamente perdidos en las tinieblas.

Le exponía la teoría de las almas que descienden a la tierra, siguiendo la misma ruta que el sol por los signos del Zodiaco. Extendiendo el brazo le mostraba en Aries la puerta de la generación humana y en Capricornio la del retorno a los dioses, y Salambó se esforzaba en verlos, pues tomaba estas concepciones por realidades, aceptaba como verdaderos en sí mismo los puros símbolos y hasta las figuras del lenguaje, distinción que tampoco era ya muy clara para el sacerdote.

—Las almas de los muertos —decía— se disuelven en la luna como los cadáveres en la tierra. Las lágrimas forman su humedad, aquél es un paraje oscuro, lleno de fango, de restos y de tempestades.

Salambó le preguntó lo que sería de ella.

—Al principio languidecerás, leve como un vapor que flota sobre las olas, y después de pruebas y angustias infinitas, irás al hogar del sol, al manantial mismo de la inteligencia.

Sin embargo, no hablaba de la Rabbet. Salambó se imaginaba que era por pudor hacia la diosa vencida y, llamándola con un nombre común que designaba a la luna, la joven llenaba de bendiciones al astro fértil y suave. Por fin, el sacerdote exclamó:

—¡No, no! ¡Debe al otro toda su fecundidad! ¿No la ves rondar a su alrededor como mujer amante que corre detrás de un hombre por los campos? —y constantemente exaltaba la virtud de la luz.

Lejos de abatir sus deseos místicos, él los avivaba, por el contrario, y hasta parecía tomar la alegría de desolarla como las revelaciones de una doctrina despiadada. Salambó, a pesar de las penas de su amor, se sometía con arrebatos de éxtasis.

Pero cuanto más dudaba de Tanit, Schahabarim más se esforzaba por creer en ella. En el fondo de su alma la detenía un remordimiento. Hubiera necesitado alguna prueba, una manifestación de los dioses, y en la esperanza de obtenerla, el sacerdote imaginó una empresa que podía salvar a la vez a su patria y a su fe.

Desde entonces comenzó a deplorar ante Salambó el sacrilegio y las calamidades que resultarían de ello hasta en las regiones del cielo. Luego, de repente, le anunció el peligro en que se encontraba el sufeta, asaltado por tres ejércitos que mandaba Matho, pues Matho, para los cartagineses, era, a causa del velo, como el rey de los bárbaros, y añadió que la salvación de la república y de su padre sólo dependía de ella.

—¿De mí? —exclamó la joven—. ¿Cómo puedo yo...?

Pero el sacerdote, con una sonrisa desdeñosa, le replicó:

—¡Jamás consentirás!

Salambó le suplicaba. Por fin, Schahabarim, le dijo:

—Es necesario que vayas al campamento de los bárbaros y recobres el velo.

Se desplomó sobre el escabel de ébano, y permanecía con los brazos extendidos entre sus rodillas, temblando de pies a cabeza, como una víctima al pie del altar cuando espera el golpe de maza. Le zumbaban las sienes, veía girar círculos de fuego y, en su estupor, sólo comprendía una cosa: que seguramente iba a morir muy pronto.

Pero si Rabbetna triunfaba, si el zaimph se recobraba y se salvaba Cartago, ¡qué importa la vida de una mujer!, pensaba Schahabarim. Además, tal vez pudiera rescatar el velo y no perecería.

Estuvo tres días sin aparecer; en la noche del cuarto día, ella mandó que lo fuesen a buscar.

Para enardecer más su corazón, le refirió todas las invectivas que se vociferaban contra Amílcar en pleno consejo; le decía que ella había cometido una falta, que debía reparar su crimen y que la Rabbetna ordenaba aquel sacrificio.

Con frecuencia, un gran clamor llegaba a Megara atravesando los Mappales. Schahabarim y Salambó salían apresuradamente y desde lo alto de la escalinata de las galerías miraban lo que pasaba. Era la gente que, en la plaza de Kamón, pedía a gritos armas. Los ancianos no querían proporcionárselas, juzgando que era un esfuerzo inútil; varias partidas, sin jefe, habían sido acuchilladas. Por fin, se les permitió irse y, por una especie de homenaje a Moloch o por un vago instinto de destrucción, arrancaron de los bosques de los templos grandes cipreses y, encendiéndolos en las antorchas de los cabiros, los llevaban por las calles cantando. Aquellas llamas monstruosas avanzaban, suavemente balanceadas; irisaban con sus reflejos las bolas de vidrio en la cúspide de los templos y los adornos de los navíos, que rebasaban las azoteas y parecían soles que daban vueltas por la ciudad. Bajaron por la acrópolis. La puerta de Malqua se abrió.

—¿Estás dispuesta? —exclamó Schahabarim—. ¿O bien quieres que se le diga a tu padre que tú lo abandonas? —Ocultó el rostro entre sus velos, y las grandes luminarias se alejaron, bajando poco a poco hasta el borde de las olas.

Un espanto indefinible la retenía; tenía miedo de Moloch, miedo de Matho. Aquel hombre de estatura gigantesca, que era dueño del zaimph, dominaba a la Rabbetna tanto como el Baal, y le parecía envuelto en los mismos fulgores; luego el alma de los dioses visitaba a veces el cuerpo de los hombres.

Schahabarim, hablando de aquél, ¿no le decía que ella debía vencer a Moloch? Estaban fundidos uno con otro; los confundía, y ambos la perseguían.

Quiso conocer el porvenir y se acercó a la serpiente, pues se hacían augurios según la actitud de las serpientes. Pero la canastilla estaba vacía; Salambó se quedó turbada.

La encontró enroscada por la cola a uno de los balaústres de plata, cerca del lecho colgante, contra el que se frotaba para desprenderse de su vieja piel amarillenta, mientras su cuerpo reluciente y claro se alargaba como una espada a medio desenvainar.

En los siguientes días, a medida que Salambó se dejaba convencer y estaba más dispuesta a socorrer a Tanit, el pitón curaba, engordaba, parecía revivir.

La certidumbre de que Schahabarim expresaba la voluntad de los dioses se enraizó en su conciencia. Una mañana se despertó decidida y le preguntó qué haría falta para que Matho devolviese el velo.

—¡Reclamarlo! —dijo Schahabarim.

—¿Y si rehúsa? —preguntó.

El sacerdote la miró fijamente, con una sonrisa que no le había visto nunca.

—Sí, ¿cómo? —repitió Salambó.

Schahabarim daba vueltas entre sus dedos a las puntas de las bandas que caían de su tiara sobre los hombros, con la vista baja, inmóvil. Al fin, viendo que ella no comprendía, dijo:

—Estarás a solas con él.

—¿Qué más? —dijo.

—Sola en su tienda.

—¿Y entonces?

Schahabarim se mordió los labios. Buscaba una frase, un rodeo.

—Si has de morir, será más tarde —dijo—. ¡Más tarde! ¡No temas nada! ¡Y haga lo que haga, no llares, no te asustes! ¡Sé humilde!, ¿oyes? ¡Y sométete a su deseo, que es la orden del cielo!

—Pero ¿y el velo?

—Los dioses te inspirarán —respondió Schahabarim.

Ella añadió:

—¡Si tú me acompañases, padre!

—¡No!

La hizo ponerse de rodillas, y manteniendo en alto la mano izquierda y la derecha extendida, juró por ella traer a Cartago el manto de Tanit. Con imprecaciones terribles se consagraba a los dioses, y cada vez que Schahabarim pronunciaba un nombre, ella lo repetía desfallecida.

Le indicó todas las purificaciones, los ayunos que debía hacer y cómo llegar hasta Matho. Además, un hombre que conocía bien los caminos la acompañaría.

Se sintió como liberada. No pensaba más que en la dicha de volver a ver el zaimph, y ahora bendecía a Schahabarim por sus exhortaciones.

Era la época en que las palomas de Cartago emigraban a Sicilia, a la montaña de Eryx, alrededor del templo de Venus. Antes de su partida, durante varios días, se buscaban, se llamaban para reunirse; al fin, emprendieron el vuelo una tarde; el viento las impulsaba, y aquella gran nube blanca se deslizaba en el cielo, muy alta, por encima del mar.

Un color de sangre teñía el horizonte. Las palomas parecían descender a las olas, poco a poco; luego desaparecieron como engullidas y cayendo por sí mismas en la boca del sol. Salambó, que estaba contemplando cómo se alejaban, bajó la cabeza, y Taanach, creyendo adivinar su pena, le dijo entonces con dulzura:

—Ya volverán, ama.

—¡Sí, ya lo sé!

—Y volverás a verlas.

—¡Quién sabe! —contestó Salambó, suspirando.

No había confiado a nadie su resolución; para llevarla a cabo más discretamente, envió a Taanach al arrabal de Kinisdo —en vez de pedirlo a los intendentes— a que comprara todas las cosas que le hacían falta: bermellón, plantas aromáticas, un cinturón de lino y vestidos nuevos. La vieja esclava se asombraba de aquellos preparativos, sin atreverse, sin embargo, a hacerle la menor pregunta; y llegó el día, fijado por Schahabarim, en que Salambó debía partir.

Hacia las doce de la noche vio en el fondo de los sicómoros a un viejo ciego, con una mano apoyada en el hombro de un niño que caminaba delante de él, y en la otra llevaba, sosteniéndola contra su cadera, una especie de cítara de madera negra. Los eunucos, los esclavos y las mujeres habían sido cuidadosamente apartados; nadie podía saber el misterio que se preparaba.

Taanach encendió en los rincones del aposento cuatro trípodes llenos de strobos y de cardamomo; luego desplegó grandes tapices babilónicos y los tendió sobre cuerdas, alrededor de la habitación, pues Salambó no quería ni ser

vista por las paredes. El tañedor de kinnor estaba sentado en cuclillas detrás de la puerta, y el muchacho, de pie, aplicaba sus labios a una flauta de caña. A lo lejos, el rumor de las calles se desvanecía, sombras violáceas se alargaban por delante del peristilo de los templos y, del otro lado del golfo, las montañas, los olivares y los difusos campos amarillentos ondulaban indefinidamente, se confundían en un vapor azulado; no se oía el menor ruido, una quietud indefinible flotaba en el aire.

Salambó se agachó sobre la grada de ónice, al borde del estanque, levantó sus anchas mangas que se sujetó por detrás de los hombros y comenzó sus abluciones, metódicamente, conforme a los ritos sagrados.

Al fin, Taanach le trajo, en una redoma de alabastro, algo líquido y coagulado; era la sangre de un perro negro, degollado por mujeres estériles, en una noche de invierno, en las ruinas de un sepulcro. Con ella se frotó las orejas, los talones, el pulgar de la mano derecha y también su uña quedó un poco enrojecida, como si hubiese aplastado una fruta.

Salió la luna; entonces la cítara y la flauta empezaron a sonar al unísono.

Salambó se quitó sus pendientes, su collar, sus brazaletes y su larga túnica blanca; desanudó la venda de sus cabellos y durante unos minutos los sacudió sobre sus hombros suavemente para refrescarse al esparcirlos. Afuera continuaba la música; eran tres notas, siempre las mismas, precipitadas, furiosas; las cuerdas rechinaban, la flauta roncaba; Taanach marcaba el ritmo dando palmadas con las manos; Salambó, balanceando todo su cuerpo, salmodiaba plegarias, y sus vestiduras, unas tras otras, iban cayendo a su alrededor.

La pesada tapicería se agitó y por encima de la cuerda que la soportaba apareció la cabeza de la pitón. Bajó lentamente como una gota de agua que se desliza a lo largo de una pared, se arrastró entre las ropas esparcidas y luego, con la cola pegada al suelo, se irguió cuan larga era y sus ojos, más brillantes que carbunclos, se clavaban como dardos en Salambó.

El miedo al frío o el pudor tal vez la hicieron vacilar al principio. Pero se acordó de las órdenes de Schahabarim y se adelantó; la pitón se dobló y, poniendo sobre la nuca la mitad de su cuerpo, dejaba pender su cabeza y su cola como un collar roto cuyos dos extremos llegaban hasta el suelo. Salambó se la enroscó en torno a su cintura, bajo sus brazos, entre sus rodillas; luego, cogiéndola por la mandíbula, aproximó su pequeña boca triangular hasta la punta de sus dientes y, entornando los ojos, se cimbrió a la luz de la luna. La blanca luz parecía envolverla en una niebla de plata; la huella de sus pasos húmedos brillaba en las losas; las estrellas palpitaban en la profundidad del agua y la serpiente apretaba contra ella sus negros anillos atigrados de placas de oro. Salambó jadeaba bajo aquel peso excesivo, se doblaba, se sentía morir

y con la punta de la cola se golpeaba suavemente en el muslo; luego, al cesar la música, la serpiente cayó al suelo.

Taanach volvió junto a ella, y cuando hubo dispuesto dos candelabros, cuyas luces ardían en unas bolas de cristal llenas de agua, tiñó con lausonia la palma de sus manos, pasó el bermellón por sus mejillas, el antimonio por el borde de sus párpados y alargó sus cejas con una mezcla de goma, almizcle, ébano y patas de moscas aplastadas.

Salambó, sentada en una silla con respaldo de marfil, se entregaba a los cuidados de la esclava. Pero los toques, el olor de los perfumes y los ayunos que se había impuesto la enervaban. Se puso tan pálida que Taanach cesó en sus tareas.

—¡Continúa! —dijo Salambó, y enfadándose consigo misma, se reanimó de repente. Entonces se apoderó de ella la impaciencia y urgía a Taanach a que se apresurara, y la vieja esclava refunfuñaba.

—¡Bien, bien, ama...! ¡Si no te espera nadie!

—¡Sí! —replicó Salambó—. Me espera alguien.

Taanach retrocedió sorprendida, y a fin de saber de qué se trataba, dijo:

—¿Qué me ordenas, ama? Pues si debes partir por mucho tiempo... Pero Salambó sollozaba; la esclava exclamó:

—¡Tú sufres! ¿Qué es lo que tienes? ¡No te vayas! ¡Llévame contigo! Cuando tú eras niña y llorabas te ponía sobre mi corazón y te hacía reír acariciándote con los pezones de mis pechos. ¡Tú los agotaste, ama! —y se golpeaba su pecho seco—. ¡Ahora soy vieja, ya no puedo hacer nada por ti! ¡Ya no me quieres! ¡Me ocultas tus sufrimientos y desdeñas a tu nodriza! —y la ternura y el despecho hacían correr las lágrimas por sus mejillas, cortadas por los tatuajes.

—¡No! —dijo Salambó—. ¡No, yo te quiero! Tranquilízate.

Taanach, con una sonrisa parecida a la mueca de un viejo mono, continuó su tarea. Según las recomendaciones de Schahabarim, Salambó le había encargado que la vistiera con toda magnificencia, y la esclava la arreglaba al gusto bárbaro, a un tiempo exquisito y lleno de ingenuidad.

Encima de una primera túnica, vaporosa y de color vino, le puso otra, bordada de plumas de pájaro. Dos conchas de oro se pegaban a sus caderas, y del ancho cinturón descendían los pliegues de sus calzones azules con estrellas de plata. Enseguida Taanach le puso un amplio vestido, hecho con tela del país de Seres, blanca y abigarrada a rayas verdes. Sujetó a sus hombros un chal cuadrado de púrpura, atirantado en su borde inferior con granos de sandastrum, y sobre todas estas vestiduras colocó un manto negro cuya cola le

arrastraba, después la contempló y, orgullosa de su obra, no pudo menos de decir:

—¡No estarás más hermosa el día de tus bodas!

—¿Mis bodas? —repitió Salambó y se quedó pensativa, con el codo apoyado en la silla de marfil.

Pero Taanach puso ante ella un espejo de cobre, tan ancho y tan alto, que Salambó se vio en él de cuerpo entero. Entonces se levantó y, con un suave toque de su dedo, arregló un bucle de sus cabellos que caía demasiado bajo.

Tenía la cabellera cubierta de polvo de oro, rizada sobre la frente, y por detrás le caía por la espalda en largas trenzas adornadas de perlas. Las luces de los candelabros avivaban el colorete de sus mejillas, el oro de sus vestidos, la blancura de su piel; llevaba alrededor del talle, en los brazos, en las manos y en los dedos de los pies tanta abundancia de piedras preciosas que el espejo, como un sol, le devolvía sus rayos, y Salambó, de pie al lado de Taanach, se ladeaba para verla, sonreía entre aquella luz deslumbradora.

Luego se paseó de un lado para otro, no sabiendo cómo emplear el tiempo que le quedaba.

De pronto resonó el canto de un gallo. Prendió vivamente a sus cabellos un largo velo amarillo, se echó alrededor del cuello un chal, se calzó sus pies con unos botines de cuero azul, y le dijo a Taanach:

—Mira a ver si bajo los mirtos hay un hombre con dos caballos.

Apenas estaba de vuelta Taanach, cuando ya bajaba por la escalinata de las galeras.

—¡Ama! —gritó la nodriza.

Salambó se volvió con un dedo en la boca, en señal de discreción y de que no se moviese.

Taanach se deslizó subrepticamente a lo largo de las proas hasta el pie de la terraza y de lejos, a la claridad de la luna, divisó, en la avenida de los cipreses, una sombra gigantesca que caminaba a la izquierda de Salambó, en sentido oblicuo, lo que era un presagio de muerte.

Taanach volvió a subir a la habitación. Se arrojó al suelo, arañándose el rostro con las uñas; se mesaba los cabellos y, a pleno pulmón, lanzaba agudos alaridos.

Se dio cuenta de que podían oírlos; entonces se calló. Y sollozaba bajito, con la cabeza entre las manos y la cara sobre las baldosas.

XI. En la tienda

El hombre que guiaba a Salambó la hizo subir más allá del faro, hacia las Catacumbas, y bajar luego a lo largo del arrabal Moluya, atestado de callejuelas escarpadas. Empezaba a clarear. De cuando en cuando, las vigas de palmera que sobresalían de las paredes les obligaban a inclinar la cabeza. Los dos caballos, que iban al paso resbalaban, y así llegaron a la puerta de Teveste.

Sus pesadas hojas estaban entreabiertas, pasaron, se cerraron detrás de ellos.

Siguieron primero, durante algún tiempo, la línea de los baluartes y a la altura de las Cisternas tomaron por la Taenia, estrecha cinta de tierra amarilla, que, entre el golfo y el lago, se prolonga hasta Rhades.

No se veía aparecer a nadie alrededor de Cartago, ni en el mar ni en la campiña. Las olas de color de pizarra chapoteaban suavemente y un viento ligero que arrastraba su espuma de acá para allá, las tachonaba de ráfagas blanquecinas. A pesar de todos sus velos, Salambó tiritaba al sentir el fresco de la mañana; el movimiento y el aire libre la aturdían. Luego salió el sol; le quemaba detrás de la cabeza, e involuntariamente se amodorraba un poco. Los dos animales, uno al lado del otro, trotaban al unísono, hundiendo sus pies en el silencioso arenal.

Cuando dejaron atrás la montaña de las Aguas Calientes, los caballos aceleraron el paso, pues el suelo era más firme.

Pero los campos, aunque era el tiempo de la siembra y de la labranza, en toda la extensión que se abarcaba con la vista, estaban tan solitarios como el desierto. De trecho en trecho había montones de trigo diseminados; en otras partes se desgranaba la cebada seca. En el claro horizonte los pueblos se destacaban como manchas negras, con formas incoherentes y recortadas.

A trechos, un trozo de pared medio calcinado se levantaba a la orilla del camino. Los techos de las cabañas estaban hundidos y en el interior se veían vasijas rotas, telas desgarradas, toda clase de utensilios y de objetos irreconocibles. A menudo un ser cubierto de harapos, de cara terrosa y pupilas ardientes, salía de aquellas ruinas. Pero enseguida echaba a correr o desaparecía en un agujero. Salambó y su guía no se detenían.

Se iban sucediendo las llanuras abandonadas. Sobre grandes espacios de tierra completamente amarilla se extendía, en rastros desiguales, un polvo de carbón que sus cabalgaduras levantaban al pasar. A veces encontraban rincones apacibles, un arroyo que corría entre altas hierbas y, remontándolo hasta la otra orilla, Salambó, para refrescarse las manos, arrancaba hojas

húmedas. En la linde de un bosque de adelfas, su caballo dio un respingo delante del cadáver de un hombre tendido en el suelo.

El esclavo, inmediatamente, la volvió a acomodar sobre los cojines. Era uno de los servidores del templo, un hombre a quien Schahabarim empleaba en misiones peligrosas.

Por exceso de precaución iba a pie ahora, junto a ella, entre los dos caballos; los fustigaba con la punta de un pequeño látigo de cuero atado a su muñeca, o bien sacaba de un zurrón que colgaba de su pecho unas bolas de harina de trigo, de dátiles y de yemas de huevo, envueltas en hojas de loto y se las ofrecía a Salambó, en silencio y sin dejar su paso ligero.

A mediodía tres bárbaros, vestidos con pieles de animales, se cruzaron en su camino. Poco a poco fueron apareciendo más, que merodeaban en grupos de diez, doce y veinticinco hombres; muchos de ellos arreaban cabras o alguna vaca que cojeaba. Sus gruesos garrotes estaban erizados de puntas de bronce, brillaban los cuchillos sobre sus vestidos, horriblemente sucios, y los miraban, con los ojos muy abiertos, entre amenazadores y asombrados. A su paso algunos les enviaban una trivial bendición; otros, bromas obscenas, y el hombre de Schahabarim respondía a cada uno en su propio idioma. Les decía que era un mozo enfermo al que llevaba a curarse a un templo lejano.

Mientras tanto moría el día. Se oyeron unos ladridos; se fueron aproximando hacia allí.

Luego, a la claridad del crepúsculo, vieron una cerca de piedras que rodeaba a una vaga construcción. Un perro saltó sobre la tapia. El esclavo le arrojó unos cantos y entraron en una sala de alta bóveda.

En el centro una mujer en cuclillas se calentaba ante una hoguera de zarzas, cuyo humo salía por los agujeros del techo. Sus cabellos blancos, que le caían hasta las rodillas, medio la ocultaban, y sin querer responder, con expresión de idiota, mascullaba palabras de venganza contra los bárbaros y contra los cartagineses.

El guía huroneaba a derecha e izquierda. Luego volvió junto a la mujer y le pidió de comer. La vieja movía la cabeza y murmuraba:

—Yo era la mano. Los diez dedos están cortados. La boca ya no come.

El esclavo le mostró un puñado de monedas de oro. La vieja se lanzó encima, pero enseguida volvió a su inmovilidad.

Al fin le puso en la garganta un puñal que llevaba en su cintura. Entonces, temblorosa, fue a levantar una ancha losa y trajo un ánfora de vino con pescados de Hippo-Zarita conservados con miel.

Salambó rechazó aquel alimento inmundo y se durmió sobre las mantas de

los caballos, tendidas en un rincón de la sala.

Antes de ser de día, el guía la despertó.

El perro aullaba. El esclavo se acercó a él cautelosamente y, de una sola cuchillada, le cortó la cabeza. Luego frotó con la sangre el morro de los caballos para reanimarlos. La vieja le echó a sus espaldas una maldición. Salambó se dio cuenta y apretó el amuleto que llevaba sobre su corazón.

Prosiguieron su marcha.

De cuando en cuando preguntaba ella si llegarían pronto. El camino hacía ondulaciones al subir y bajar pequeñas colinas. No se oía más que el chirriar de las cigarras. El sol recalentaba la hierba amarillenta; la tierra estaba completamente hendida por grietas que formaban, al dividirla, como baldosas monstruosas. En algunas ocasiones pasaba una víbora, volaban las águilas; el esclavo seguía corriendo. Salambó soñaba envuelta en sus velos, y a pesar del calor no los apartaba por temor a manchar sus hermosos vestidos.

A distancias regulares se levantaban torres, construidas por los cartagineses para vigilar las tribus. Entraban en ellas para ponerse a la sombra y luego seguían su camino.

La víspera, por prudencia, habían dado un gran rodeo. Pero ahora no encontraban a nadie; como la región era estéril, los bárbaros no habían pasado por allí.

Poco a poco aparecieron de nuevo huellas de devastación. A veces, en pleno campo, surgía un mosaico como único resto de una quinta desaparecida, y los olivos, sin hojas, parecían desde lejos enormes matorrales de espinos. Atravesaron por una aldea cuyas casas estaban quemadas hasta ras del suelo. A lo largo de las paredes se veían esqueletos humanos. También había dromedarios y mulos. Carroñas a medio devorar obstruían las calles.

Caía la noche. El cielo estaba bajo y cubierto de nubes.

Subieron aún durante dos horas en dirección al occidente y, de pronto, apareció ante ellos una gran cantidad de llamas.

Brillaban en el fondo de un anfiteatro. Aquí y allí espejeaban placas doradas que se movían de un lado para otro. Eran las corazas de los clinabaras, el campamento púnico; luego distinguieron en los contornos otros resplandores más numerosos, pues los ejércitos de los mercenarios, ahora reunidos, se extendían sobre un gran espacio de terreno.

Salambó hizo un movimiento para adelantarse. Pero el hombre de Schahabarim la llevó más lejos, y bordearon la meseta que cerraba el campamento de los bárbaros. Allí se abría una brecha y el esclavo desapareció.

En lo alto del reducto se paseaba un centinela con un arco al brazo y una pica al hombro.

Salambó avanzaba resueltamente; el bárbaro se arrodilló y una larga flecha atravesó los velos de su manto. Luego, como ella permanecía inmóvil, gritando, el soldado le preguntó qué quería.

—Hablar con Matho —respondió—. Yo soy un tráfuga de Cartago.

El centinela dio un silbido que se repitió de tarde en tarde.

Salambó esperó; su caballo, asustado, se encabritaba relinchando.

Cuando llegó Matho, la luna asomaba detrás de ella. Pero tenía sobre el rostro un velo amarillo de flores negras y tantos ropajes en torno a su cuerpo que era imposible ver nada. Desde lo alto de la meseta, Matho contemplaba aquella forma vaga que surgía como un fantasma en la penumbra de la noche.

Por fin ella le dijo:

—¡Llévame a tu tienda! ¡Yo lo quiero!

Un recuerdo que no podía precisar pasó por su memoria. Sentía latir su corazón. Aquel tono de mando lo intimidaba.

—¡Sígueme! —dijo.

Se bajó la barrera; inmediatamente Salambó entró en el campamento de los bárbaros.

Una gran agitación y una gran muchedumbre hervían en el mismo. Fuegos brillantes ardían bajo las marmitas colgadas y sus purpúreos reflejos, iluminando ciertos lugares, dejaban otros completamente en las tinieblas. Gritaban, se llamaban; los caballos, trabados, formaban largas hileras en medio de las tiendas; éstas eran redondas, cuadradas, de cuero o de tela; había chozas de caña y agujeros en la arena, como los que hacen los perros. Los soldados portaban hacecillos, se acomodaban en el suelo o envolviéndose en una manta se disponían a dormir, y el caballo de Salambó, para pasar por encima, a veces alargaba una pata y daba un salto.

Recordaba haberlos visto ya, pero ahora aún tenían sus barbas más largas, sus caras estaban más negras, sus voces más roncadas. Matho, al caminar delante de ella, los iba apartando con un ademán de su brazo que hacía levantar su manto rojo. Algunos besaban sus manos; otros, doblando la cerviz, se le acercaban para pedirle órdenes; pues él era ahora el verdadero, el único jefe de los bárbaros. Spendius, Autharita y Narr-Havas estaban desalentados, y él había mostrado tanta audacia y obstinación que todos lo obedecían.

Salambó, caminando detrás de él, atravesó todo el campamento. Su tienda estaba al extremo, a trescientos pasos del atrincheramiento de Amílcar.

Observó a la derecha un ancho foso y le pareció que unas caras se asomaban contra el borde, a ras del suelo, como si fuesen cabezas cercenadas. Sin embargo, sus ojos se movían y de sus bocas entreabiertas se escapaban gemidos en lengua púnica.

Dos negros que sostenían fanales de resina estaban a ambos lados de la puerta. Matho apartó la tela bruscamente. Ella lo siguió.

Era una tienda espaciosa, con un mástil en medio. La alumbraba un gran lampadario en forma de loto, completamente lleno de un aceite amarillo, en el que flotaban puñados de estopas; en la sombra se distinguían arreos militares relucientes. Una espada desenvainada se apoyaba en un escabel, cerca de un escudo; látigos de cuero de hipopótamo, címbalos, cascabeles y collares aparecían entremezclados en cestas de esparto; las migas de un pan negro manchaban una manta de fieltro; en un rincón, sobre una piedra redonda, había un montón de monedas de cobre descuidadamente amontonadas, y por entre los desgarrones de la tela, el viento traía el polvo de fuera junto con el olor de los elefantes, a los que se les oía comer sacudiendo sus cadenas.

—¿Quién eres? —preguntó Matho.

Sin responder, miraba a su alrededor, lentamente; luego sus miradas se detuvieron allá, en el fondo, sobre un lecho de ramas de palmera, colgaba algo azulado y centelleante.

Se adelantó con viveza. Se le escapó un grito. Matho, detrás de ella, se sentía impaciente.

—¿Quién te trae? ¿A qué vienes?

Mostrándole el zaimph, respondió:

—¡Para recuperarlo! —y con la otra mano se arrancó los velos de su cabeza. Matho retrocedió con los codos hacia atrás, sorprendido, casi aterrorizado.

Salambó se sentía como protegida por la fuerza de los dioses y mirándolo cara a cara le pidió el zaimph; se lo reclamaba con palabras elocuentes y altivas.

Matho no oía, la contemplaba, pero sus ojos no diferenciaban los vestidos y el cuerpo de Salambó, que se le aparecían confusos. Los reflejos centelleantes de las telas y el esplendor de su piel eran algo especial y privativo de Salambó. Sus ojos fulguraban como diamantes; el brillo de las uñas era la continuación de la finura de las piedras preciosas que llevaba en sus dedos; los dos broches de su túnica, levantando ligeramente sus pechos los acercaban uno a otro, y su imaginación se perdía en aquel estrecho intervalo, por donde corría un hilo de perlas del que pendía una chapa de esmeralda que

se traslucía, más abajo, bajo la gasa violada. Llevaba por pendientes dos balancitas de zafiro con una perla ahuecada, llena de un perfume líquido. Por los agujeros de la perla caía, de cuando en cuando, una gotita que humedecía su hombro desnudo. Matho miraba cómo caía.

Una curiosidad indomeñable lo arrastró y, como un niño que pone la mano sobre un fruto desconocido, tembloroso, con la punta del dedo, la tocó ligeramente en el nacimiento de su pecho; la carne, un poco fría, cedió con resistencia elástica.

Este contacto, apenas sensible, conmovió a Matho hasta el fondo de sus entrañas. Un sacudimiento de todo su ser lo precipitaba hacia ella. Hubiese querido envolverla, absorberla, beberla. Su pecho jadeaba; le temblaba la barbilla.

Cogiéndola por las muñecas la atrajo suavemente y se sentó sobre una coraza junto al lecho de palma que cubría una piel de león. Salambó estaba de pie. Él la miraba de arriba abajo, teniéndola así entre sus piernas, y repetía:

—¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermosa eres!

Sus ojos, continuamente fijos en los de ella, la hacían sufrir, y este malestar, esta repugnancia aumentaba de una manera tan aguda que Salambó se contenía para no gritar. Se acordó de los consejos de Schahabarim, y se resignó.

Matho continuaba reteniendo entre sus manos las de ella y de cuando en cuando, a pesar de las órdenes del sacerdote, desviando la cara, trataba de apartarlo con sacudidas de sus brazos. Él dilataba las ventanas de su nariz para aspirar mejor el perfume que se exhalaba de toda ella. Era una emanación indefinible, lozana, y que, sin embargo, aturdiría como el humo oloroso de un pebetero. Olía a miel, a pimienta, a incienso, a rosas y a otros perfumes más.

¿Pero cómo se encontraba a su lado, en su tienda, a discreción suya? ¿Acaso la había impulsado alguien? ¿Había venido sólo por el zaimph? Dejó caer sus brazos y bajó la cabeza, abrumado por una duda repentina.

Salambó, para enternecerlo, le dijo con voz quejumbrosa:

—¿Qué he hecho yo para que quieras mi muerte?

—¿Tu muerte?

—Te vi una noche, a los resplandores de mis jardines que estaban ardiendo, entre copas humeantes y mis esclavos degollados. ¡Y tu cólera era tan violenta que saltaste hacia mí y tuve que huir! Después, el terror se ha apoderado de Cartago. Se pregona la destrucción de las ciudades, el incendio de los campos, la matanza de soldados, ¡y eres tú quien los había arrasado, eres tú quien los había asesinado! ¡Te aborrezco! Sólo oír tu nombre me

atormenta como un remordimiento. ¡Eres más execrable que la peste y que la guerra romana! ¡Las provincias tiemblan ante tu furor! ¡Los surcos están llenos de cadáveres! ¡Yo he seguido el rastro de tus hogueras, como si marchara en pos de Moloch!

Matho se levantó de un brinco; un orgullo desmedido ensanchaba su corazón; se veía exaltado como un dios.

Temblándole las aletas de su nariz y apretando los dientes, continuaba Salambó:

—¡Como si no fuera bastante tu sacrilegio, fuiste a mi casa, mientras dormía, envuelto en el zaimph! No comprendí tus palabras, pero veía que querías arrastrarme a algo espantoso, al fondo de un abismo.

Matho, retorciéndose los brazos, exclamó:

—¡No, no! ¡Era para dártelo, para devolvértelo! ¡Me parecía que la diosa había dejado su manto para ti y que te pertenecía! En su templo o en tu casa ¿Qué más da? ¿No eres acaso todopoderosa, inmaculada, radiante y bella como Tanit? —y con una mirada llena de adoración infinita, exclamó:

—¡A menos que seas tú la misma Tanit!

—¿Yo Tanit? —dijo Salambó.

Ya no hablaban. El trueno retumbaba a lo lejos. Balaban los corderos, asustados por la tormenta.

—¡Oh, acércate —continuó Matho—, acércate! ¡No temas nada! En otro tiempo yo no era nada más que un soldado confundido entre la plebe de los mercenarios, y tan dócil que incluso llevaba para los demás leña a mis espaldas. ¡Qué me importa a mí Cartago! La muchedumbre de su gente se agita como perdida en el polvo de tus sandalias, y todos sus tesoros con las provincias, las flotas y las islas no me causan la envidia que el frescor de tus labios y el torneado de tus hombros. ¡Pero quería derribar sus murallas para llegar hasta ti, para poseerte! ¡Además, mientras tanto, vengaba! ¡Ahora aplasto a los hombres como si fueran gusanos, me arrojo sobre las falanges, aparto las sarissas con las manos, detengo a los caballos por los collares! ¡Ni una catapulta me mataría! ¡Oh, si supieras cuánto me acuerdo de ti, en medio de la guerra! ¡A veces el recuerdo de un gesto, de un pliegue de tu vestido, me sobrecoge de repente y me aprisiona como una red! ¡Veo tus ojos en las llamas de las faláricas y en el dorado de los escudos! ¡Oigo tu voz en el tañido de los címbalos! Me vuelvo, ¡no estás allí, y entonces me abismo en la batalla!

Levantaba sus brazos, bajo cuya piel se entrecruzaban las venas como la yedra en las ramas de los árboles. El sudor corría por su pecho, entre sus músculos fornidos, y su respiración jadeante sacudía sus costados con el

cinturón de bronce, lleno de correas que caían hasta sus rodillas, más firmes que el mármol. Salambó, acostumbrada a ver a los eunucos, se sentía dominada por la fuerza de aquel hombre. Era el castigo de la diosa o la influencia de Moloch que alentaba en torno a ella, en los cinco ejércitos. Una gran lasitud la vencía; escuchaba con estupor el alerta intermitente de los centinelas, contestándose unos a otros.

Las llamas de la lámpara vacilaban bajo las ráfagas de aire caliente. A los grandes resplandores de los relámpagos sucedía, a cada momento, una oscuridad más intensa, y ella ya no veía más que las pupilas de Matho, como dos ascuas en la noche. Sin embargo, sentía que una fatalidad gravitaba sobre ella, que llegaba un momento supremo, irrevocable, y haciendo un esfuerzo, fue hacia donde estaba el zaimph y levantó las manos para cogerlo.

—¿Qué haces? —exclamó Matho.

Respondió plácidamente:

—Me vuelvo con él a Cartago.

Matho se adelantó con los brazos cruzados, y con un aspecto tan terrible que quedó súbitamente como clavado en el suelo.

—¡Volverte con él a Cartago! —balbucía él y, repetía, apretando los dientes—: ¡Volverte con él a Cartago! ¡Ah, venías para coger el zaimph, para vencerme, para desaparecer! ¡No, no! ¡Tú me perteneces y ahora nadie te arrancará de aquí! ¡Sí, no he olvidado la insolencia de tus grandes ojos tranquilos y cómo me aplastabas bajo el orgullo de tu belleza! ¡Ahora me toca a mí! ¡Eres mi cautiva, mi esclava, mi criada! ¡Llama si quieres a tu padre y a su ejército, a los ancianos, a los ricos y a todo su execrable pueblo! ¡Soy el jefe de trescientos mil soldados! ¡Iré a buscar más a Lusitania, a las Galias y al fondo del desierto y destruiré tu ciudad, quemaré tus templos, los trirremes vagarán sobre olas de sangre! ¡No quiero que quede en pie ni una casa, ni una piedra, ni una palmera! ¡Y si me faltan los hombres, traeré a los osos de las montañas y lanzaré a los leones! ¡Trata de huir y te mato!

Lívido y con los puños crispados temblaba como un arpa cuyas cuerdas van a saltar. De pronto, lo ahogaron los sollozos y echándose al suelo sobre sus corvas, exclamó:

—¡Ay, perdóname! ¡Soy más infame y más vil que los escorpiones, que el fango y el polvo! Hace un momento, mientras hablabas, tu aliento llegaba a mi cara y me deleitaba como un moribundo que bebe, de bruces, ávidamente, al borde de un arroyo. ¡Aplástame, con tal que sienta tus pies! ¡Maldíceme, con tal que oiga tu voz! ¡No te vayas! ¡Ten compasión de mí! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Estaba de rodillas, en el suelo, ante ella, y le rodeaba el talle con ambos brazos, la cabeza echada hacia atrás, las manos errantes; los discos de oro colgados de sus orejas relucían sobre su cuello bronceado; gruesas lágrimas rodaban de sus ojos, parecidos a globos de plata; suspiraba de una manera acariciadora y murmuraba vagas palabras, más suaves que la brisa y dulces como un beso.

Salambó se sentía invadida por una languidez en que perdía toda conciencia de sí misma. Algo a la vez profundo y excelso, una orden de los dioses la obligaba a entregarse; sintió como si unas nubes la levantaran y, desfallecida, cayó en el lecho sobre las pieles de león. Matho la cogió por los talones, la cadenita de oro saltó y las dos puntas, al salir volando, hirieron la tela como dos víboras furiosas. El zaimph cayó, envolviéndola; vio el rostro de Matho inclinándose sobre su pecho.

—¡Moloch, tú me quemas! —y los besos del soldado, más devoradores que llamas, la recorrían; se sentía como arrastrada por un huracán, abrasada por la fuerza del sol.

Le besó todos los dedos de sus manos, sus brazos, sus pies y, de punta a punta, las largas trenzas de sus cabellos.

—¡Llévatelo! —le decía—. ¡Qué me importa! ¡Llévame a mí con él y abandono el ejército, renuncio a todo! Más allá de Gades, a veinte días de mar, hay una isla cubierta de polvo de oro, de verdor y de pájaros. En las montañas, grandes flores llenas de perfumes se balancean como eternos incensarios; en los limoneros, más altos que cedros, serpientes de color de leche hacen caer, con los diamantes de sus fauces, los frutos sobre el césped; el aire es tan suave que impide morir. ¡Ya verás como la encontraré! Viviremos en grutas de cristal, abiertas al pie de las colinas. O nadie la habita aún o llegaré a ser el rey del país.

Se limpió el polvo de sus coturnos; quiso que ella le pusiera entre sus labios un casco de granada; amontonó unos vestidos detrás de su cabeza para hacerle un cojín. Buscaba los medios de servirla, de humillarse y hasta llegó a extender bajo sus piernas el zaimph, como si fuera un simple tapiz.

—¿Conservas aún —decía— aquellos cuernecillos de gacela donde cuelgan tus collares? ¡Me los darás; los quiero!

Hablaba como si la guerra hubiese terminado, y se le escapaban unas risas de alegría; los mercenarios, Amílcar, todos los obstáculos habían desaparecido ahora. La luna se deslizaba entre dos nubes. La veían por una abertura de la tienda.

—¡Ay, cuántas noches he pasado contemplándola! Me parecía un velo que ocultaba tu rostro; tú me mirabas a través de él; tu recuerdo se asociaba a sus

rayos, ya no os distinguía —y con la cabeza entre sus pechos, lloraba a lágrima viva.

«¡Y éste es el hombre terrible que hace temblar a Cartago!», pensaba Salambó.

Matho se durmió. Entonces, Salambó, desprendiéndose de sus brazos, puso un pie en el suelo y se dio cuenta de que su cadenita estaba rota. Acostumbraban las vírgenes de alta alcurnia respetar esta traba como algo religioso, y Salambó, ruborizándose, arrolló alrededor de sus piernas los dos trozos de la cadena de oro.

Cartago, Megara, su casa, su habitación y los campos que había atravesado se agitaban en su mente en imágenes tumultuosas y, sin embargo, precisas. Pero el abismo abierto a sus pies las hacía retroceder lejos de ella, a una distancia infinita.

Cesaba la tormenta; las escasas gotas de agua, crujiendo una a una, hacían retemblar el techo de la tienda.

Matho, como un hombre embriagado, dormía tendido de lado con un brazo fuera del lecho. Su diadema de perlas se le había subido un poco y dejaba al descubierto su frente. Una sonrisa mostraba sus dientes. Brillaban entre su barba negra, y en sus párpados entornados había una alegría silenciosa y casi ultrajante.

Salambó lo contemplaba inmóvil, con la cabeza baja y las manos cruzadas.

A la cabecera de la cama, un puñal se mostraba ostentosamente sobre una mesa de ciprés; a la vista de aquella hoja reluciente le invadió un deseo sanguinario. Voces de lamentación se arrastraban a lo lejos, en la sombra, y, como un coro de genios, la solicitaban. Se acercó; cogió el arma por el mango. Al roce de su vestido, Matho entreabrió los ojos, adelantando la boca hacia sus manos, y el puñal cayó.

Se oyeron gritos; un resplandor espantoso fulguraba detrás de la tela. Matho la apartó; vieron grandes llamas que rodeaban el campamento de los libios.

Ardían sus barracas de caña y los tallos, retorciéndose, estallaban entre la humareda y volaban como si fuesen flechas; contra el rojizo horizonte, desatinadas, se veían correr sombras negras. Se oían los alaridos de los que estaban en las cabañas; los elefantes, los bueyes y los caballos saltaban entre la multitud, aplastándola, con las municiones y los bagajes que salvaban del incendio. Sonaban las trompetas. Gritaban: «¡Matho! ¡Matho!». Y la gente que estaba a la puerta quería entrar.

—¡Ven pronto! ¡Amílcar incendia el campamento de Autharita! Dio un

salto. Salambó se quedó completamente sola.

Entonces examinó el zaimph, y después de haberlo contemplado se sorprendió de no haber sentido la dicha que se había imaginado. Permaneció melancólica ante su sueño realizado.

Pero el borde de la tela de la tienda se levantó y apareció una forma monstruosa. Salambó no distinguió de pronto más que los dos ojos y una luenga barba blanca que llegaba al suelo, pues el resto del cuerpo, embarazado por los andrajos de un vestido leonado, se arrastraba por el suelo y, a cada movimiento para avanzar, las dos manos se metían en la barba, volviendo luego a caer. Arrastrándose así llegó hasta sus pies y Salambó reconoció al viejo Giscón.

En efecto, los mercenarios, para impedir que los antiguos cautivos huyeran, les habían roto las piernas a golpes de barras de bronce y se pudrían todos revueltos en un foso, entre las inmundicias. Los más robustos, cuando oían el ruido de las gamellas, se alzaban gritando; así es como Giscón había visto a Salambó. Había adivinado a una cartaginesa en las bolitas de sandastrum que golpeaban contra sus coturnos, y presintiendo un gran misterio, haciéndose ayudar por sus compañeros, había conseguido salir del foso; luego, con los codos y las manos, se había arrastrado veinte pasos más lejos hasta la tienda de Matho. Dos voces hablaban allí. Había escuchado desde fuera y se había enterado de todo.

—¡Eres tú! —exclamó por fin, casi asustada.

Apoyándose sobre sus puños, replicó:

—¡Sí, soy yo! Me creen muerto, ¿verdad?

Ella bajó la cabeza.

—¡Ah! —continuó él—. ¿Por qué los Baals no me han concedido esa misericordia? —y acercándose tanto, que la rozaba—: ¡Así me hubieran evitado la pena de maldecirte!

Salambó se echó vivamente atrás; tal era el miedo que sentía de aquel ser inmundo que era tan asqueroso como una larva y tan terrible como un fantasma.

—Pronto cumpliré cien años —añadió—. ¡Yo he visto a Agatocles, he visto a Regulus y a las águilas romanas pasar sobre las cosechas de los campos púnicos! ¡He visto todos los horrores de la guerra y el mar atestado con los restos de nuestras flotas! Bárbaros que yo mandaba me han encadenado por los cuatro miembros, como si fuese un esclavo homicida. Mis compañeros, uno tras otro, van muriendo a mi lado; el olor de sus cadáveres me despierta de noche; espanto a las aves de rapiña que vienen a picotearles los ojos, ¡y, sin

embargo, ni un solo día he desesperado de Cartago! Aun cuando hubiera visto a todos los ejércitos de la tierra contra ella y las llamas del asedio rebasar la altura de sus templos, ¡todavía hubiese creído en su eternidad! ¡Pero ahora todo ha terminado! ¡Todo está perdido! ¡Los dioses la execran! ¡Maldita seas, porque con tu ignominia has precipitado la ruina de Cartago!

Salambó despegó sus labios.

—¡Yo estaba ahí! —interrumpió Giscón—. ¡Te he oído gemir de amor como una prostituta! ¡Él te brindaba su deseo y tú te dejabas besar las manos! ¡Ya que el ardor de tu impudicia te empujaba, debiste hacer al menos como las fieras que se ocultan en sus ayuntamientos y no exponer tu vergüenza hasta bajo los ojos de tu padre!

—¿Cómo?

—¡Ah! ¿No sabías que los dos atrincheramientos están a sesenta codos uno de otro y que tu Matho, por soberbia, se ha situado enfrente de Amílcar? Tu padre está ahí, detrás de ti, y si yo pudiera subir el sendero que lleva a la plataforma, le gritaría: «¡Ven a ver a tu hija entre los brazos del bárbaro!». ¡Se ha puesto, para agradarle, el manto de la diosa y, al renunciar a su cuerpo, entrega, con la gloria de tu nombre, la majestad de los dioses, la venganza de la patria, la salvación misma de Cartago! —y el movimiento de su boca desdentada sacudía su barba todo a lo largo; sus ojos, clavados en ella, la devoraban, y repetía, convulso, en el polvo—: ¡Sacrílega! ¡Maldita seas! ¡Maldita! ¡Maldita!

Salambó había apartado la tela, la sostenía levantada con la mano y, sin responderle, miraba hacia el lugar donde suponía a Amílcar.

—Es por aquí, ¿verdad? —preguntó Salambó con firmeza.

—¡Qué importa! ¡Vuélvete! ¡Aplasta más bien tu faz contra la tierra! ¡Es un lugar sagrado que manchas con tu vista!

Salambó se echó el zaimph en torno a su talle, recogió rápidamente sus velos, su manto y su chal.

—¡Vuelo allá! —exclamó, y echando a correr, desapareció.

Primero anduvo entre tinieblas sin encontrar a nadie, pues todos habían acudido al incendio, y el clamor aumentaba, grandes llamaradas enrojecían el cielo por detrás; una larga terraza la detuvo.

Volvió sobre sus pasos, de derecha a izquierda, a la ventura, buscando una escala, una cuerda, una piedra, algo en fin para ayudarse. Tenía miedo de Giscón y le parecía que la perseguían gritos y pasos. El día empezaba a clarear. Vio un sendero en el espesor del atrincheramiento. Se cogió con los dientes el bajo de su vestido que le estorbaba y, de tres saltos, se encontró en la

plataforma.

Un grito sonoro estalló bajo ella, en la sombra, el mismo que había oído al pie de la escalinata de las galeras; e inclinándose, reconoció al hombre de Schahabarim, con los caballos del diestro.

Había errado toda la noche entre los dos atrincheramientos; luego, alarmado por el incendio, había retrocedido, intentando ver lo que ocurría en el campamento de Matho; y como sabía que este lugar era el más próximo a su tienda, por obedecer al sacerdote, no se había movido de allí.

Se puso de pie sobre uno de los caballos. Salambó se dejó deslizar hasta él, y huyeron a galope tendido dando la vuelta al campamento púnico, para buscar una puerta en alguna parte.

**

Matho entró en su tienda. La lámpara, humeante, apenas alumbraba, e incluso creyó que Salambó dormía. Entonces palpó delicadamente la piel de león, en la cama de palma. La llamó, no le respondió; arrancó vivamente un jirón de tela para que entrara la luz del día; el zaimph había desaparecido.

Temblaba la tierra bajo pasos precipitados. Gritos, relinchos, choques de armaduras hendían los aires y las músicas de los clarines tocaban a ataque. Era como un huracán que se arremolinaba en torno a él. Un furor desordenado lo impulsó a saltar sobre sus armas, y se lanzó afuera.

Las largas filas de los bárbaros bajaban corriendo por la montaña y los cuadrados púnicos avanzaban contra ellos, con una oscilación pesada y regular. La niebla, desgarrada por los rayos del sol, formaba nubecillas que flotaban en el aire, y poco a poco, al elevarse, dejaban al descubierto los estandartes, los cascos y la punta de las picas. Bajo las rápidas evoluciones, porciones de terreno aún en la sombra parecían desplazarse en un solo bloque; por otra parte, se dirían torrentes que se entrecruzaban. Matho distinguía a los capitanes, a los soldados, a los heraldos y hasta los criados de espaldas, que iban montados en asnos. Pero en lugar de conservar su posición para cubrir a la infantería, Narr-Havas torció bruscamente a la derecha, como si quisiese dejarse aplastar por Amílcar.

Sus jinetes rebasaron a los elefantes que disminuían su marcha, y todos los caballos, alargando sus cabezas sin bridas, galopaban con tal furia que parecían rozar la tierra con su vientre. Luego, súbitamente, Narr-Havas marchó resueltamente hacia un centinela. Tiró su espada, su lanza, sus dardos y desapareció entre los cartagineses.

El rey de los númidas llegó a la tienda de Amílcar y, mostrándole a sus hombres que se mantenían parados a distancia, le dijo:

—¡Barca, te traigo mis jinetes! ¡Son tuyos!

Entonces se prosternó en señal de esclavitud, y, como prueba de fidelidad, recordó toda su conducta desde el comienzo de la guerra.

Primero había impedido el sitio de Cartago y la matanza de los cautivos; y luego no se había aprovechado de la victoria sobre Hannón después de la derrota de Útica. En cuanto a las ciudades tirias, es que se encontraban en las fronteras de su reino. En fin, no había participado en la batalla de Macar; e incluso se ausentó expresamente para eludir la obligación de combatir al sufeta.

Narr-Havas, en efecto, había querido engrandecerse con usurpaciones en las provincias púnicas y, según los vaivenes de la guerra, ayudaba o abandonaba a los mercenarios. Pero viendo que el más fuerte sería definitivamente Amílcar se había pasado a su bando. Quizá decidió esta defección un odio contra Matho, bien fuera a causa de su mando o de su antiguo amor.

El sufeta lo escuchó sin interrumpirlo. El hombre que se presentaba así con un ejército ante el que tenía tantas responsabilidades no era despreciable; Amílcar adivinó enseguida la autoridad de tal alianza para sus grandes proyectos. Con los númidas se desembarazaría de los libios. Luego los arrastraría al occidente a la conquista de Iberia, y sin preguntarle por qué no había acudido antes, ni tratar de deshacer ninguna de sus mentiras, besó a Narr-Havas, chocando por tres veces su pecho contra el del númida.

Era para terminar y, por desesperación, por lo que había incendiado el campamento de los libios. Aquel ejército le llegaba como un socorro de los dioses; disimulando su alegría, respondió:

—¡Que los Baals te favorezcan! Ignoro lo que hará por ti la república, pero Amílcar no es ingrato.

Aumentaba el tumulto; entraban los capitanes. El sufeta se armó al tiempo que decía:

—¡Vamos, vuelve! ¡Con tus jinetes aplastarás a su infantería entre tus elefantes y los míos! ¡Valor! ¡Exterminio!

Y Narr-Havas iba a abalanzarse cuando apareció Salambó.

Saltó ésta rápidamente del caballo. Abrió su amplio manto y, extendiendo sus brazos, desplegó el zaimph.

La tienda de cuero, levantada en sus esquinas, dejaba ver toda la falda de la montaña, cubierta de soldados, y como estaba en el centro, desde todos los lados se veía a Salambó. Un clamor inmenso rasgó los aires, un grito prolongado de triunfo y de esperanza. Los que estaban en marcha se

detuvieron; los moribundos, apoyándose en los codos, se volvían para bendecirla. Todos los bárbaros sabían que había recobrado el zaimph; la veían desde lejos, creían verla, y otros gritos, pero de rabia y de venganza, resonaron atronadores, a pesar de los aplausos de los cartagineses; los cinco ejércitos escalonados en la montaña pateaban y vociferaban alrededor de Salambó.

Amílcar, sin poder hablar, le daba las gracias con señales y movimientos de cabeza. Sus ojos iban alternativamente del zaimph a ella, y viceversa. Advirtió que su cadenita estaba rota. Se estremeció, asaltado por una sospecha terrible. Pero recobrando rápidamente su impasibilidad, miró a Narr-Havas de reojo, sin volver la cabeza.

El rey de los nómadas se mantenía aparte, en una actitud discreta; todavía llevaba en la frente un poco de polvo que había tocado al prosternarse. Por fin, el sufeta se adelantó hacia él y, con aire lleno de gravedad, le dijo:

—En recompensa por los servicios que me has prestado, Narr-Havas, te doy a mi hija.

Y añadió:

—¡Sé hijo mío y defiende a tu padre!

Narr-Havas hizo un gesto de profunda sorpresa; luego se arrojó sobre sus manos, que cubrió de besos.

Salambó, tranquila como una estatua, parecía no comprender. Se ruborizaba un poco, bajando enseguida los párpados; la sombra de sus pestañas, largas y curvadas, caía sobre sus mejillas.

Amílcar quiso unirlos inmediatamente con esponsales indisolubles. Pusieron en las manos de Salambó una lanza que ésta ofreció a Narr-Havas; les ataron sus pulgares con una correa de buey, luego les derramó trigo sobre las cabezas y los granos que caían alrededor de ellos sonaron como granizo que rebota.

XII. El acueducto

Doce horas después sólo quedaba de los mercenarios un montón de heridos, de muertos y de agonizantes.

Amílcar, saliendo bruscamente del fondo del desfiladero, había bajado por la pendiente occidental que mira a Hippo-Zarita, y como el espacio en aquel lugar era más amplio, había procurado atraerse allí a los bárbaros. Narr-Havas los había envuelto con su caballería; el sufeta, mientras tanto, los rechazaba y

aniquilaba; además estaban vencidos de antemano por la pérdida del zaimph; hasta los que no se preocupaban de él habían sentido angustia y como un decaimiento. Amílcar, no haciendo de la conservación del campo de batalla cuestión de honor, se había retirado un poco más lejos, a la izquierda, a unas alturas desde donde los dominaba.

Se reconocía la forma de los campamentos por sus empalizadas inclinadas. Un gran cúmulo de cenizas negras humeaba en el campamento de los libios; el suelo, en desorden, presentaba ondulaciones como el mar, y las tiendas, con sus telas hechas jirones, parecían vagos navíos medio perdidos entre los escollos. Corazas, horquillas, clarines, trozos de madera, de hierro y de bronce, trigo, paja y ropas que se veían esparcidos entre los cadáveres; acá y allá, alguna falárica, a punto de extinguirse, ardía junto a un montón de bagajes; la tierra, en algunos sitios, desaparecía bajo los escudos; las carroñas de las caballerías se sucedían como una serie de montículos; se veían piernas, sandalias, brazos, cotas de malla y cabezas con sus cascos, sujetos por el barboquejo, que rodaban como bolas; cabelleras que pendían de los espinos, en charcos de sangre; elefantes, con el vientre abierto, agonizaban tumbados con sus torres; se caminaba sobre cosas pegajosas y había barrizales, aunque no había llovido.

Aquella confusión de cadáveres cubría, de arriba abajo, toda la montaña.

Los supervivientes se estaban tan quietos como los muertos. Agazapados por grupos desiguales, se miraban, asustados, sin atreverse a hablar.

Al extremo de una larga pradera, el lago de Hippo-Zarita resplandecía al sol poniente. A la derecha, blancas casas aglomeradas sobresalían por encima de un cinturón de murallas; luego se extendía el mar, indefinidamente; y los bárbaros, pensativos, con el mentón apoyado en la mano, suspiraban pensando en sus países. Una nube de polvo gris caía sobre este espectáculo.

Sopló el viento de la noche; todos los pechos se ensancharon; a medida que aumentaba el fresco se podía ver cómo los gusanos abandonaban los cadáveres que se enfriaban y corrían por la arena caliente. En la cima de los peñascos, cuervos inmóviles montaban la guardia a los agonizantes.

Llegaba la noche, unos perros de piel rojiza, esas bestias inmundas que siguen a los ejércitos, aparecieron calladamente en medio de los bárbaros. Empezaron a lamer los coágulos de sangre de los muñones aún tibios, y enseguida se pusieron a devorar los cadáveres, empezando por el vientre.

Los fugitivos reaparecían de uno en uno, como sombras; las mujeres también se atrevieron a volver, pues todavía quedaban algunas, especialmente entre los libios, a pesar de la espantosa carnicería que hicieron los nómadas.

Algunos cogieron cabos de cuerda y los encendieron, sirviéndose de ellos a

modo de antorchas. Otros sostenían picas entrecruzadas. Colocaban encima los cadáveres y los transportaban aparte.

Se encontraban tendidos en largas hileras, de espaldas, con la boca abierta y la lanza al lado; o bien se amontonaban desordenadamente, y a menudo, para descubrir a los que faltaban, era necesario remover todo el montón. Luego pasaban la antorcha sobre la cara, lentamente. Armas horribles les habían hecho heridas complicadas. Jirones verdosos colgaban de las frentes; estaban tajados a pedazos, aplastados hasta la médula, azulados por las estrangulaciones o profundamente hendidos por el marfil de los elefantes. Aun cuando habían muerto casi al mismo tiempo, no estaban igualmente corrompidos. Los hombres del norte aparecían inflados por una hinchazón lívida, mientras los africanos, más nerviosos, tenían aspecto de ahumados y empezaban a desecarse. Se reconocía a los mercenarios por los tatuajes de sus manos; los veteranos de Antíoco tenían grabado un gavilán; los que habían servido en Egipto, la cabeza de un cinocéfalos; los alquilados a príncipes de Asia, un hacha, una granada y un martillo; los de las repúblicas griegas, el perfil de una ciudadela o el nombre de un arconte. Los había con los brazos enteramente cubiertos por estos símbolos multiplicados, que se mezclaban con sus cicatrices y con las heridas recientes.

Para los hombres de raza latina, samnitas, etruscos, campanios y brucios, se prepararon cuatro grandes piras.

Los griegos, con la punta de sus espadas, abrieron fosas. Los espartanos, quitándose sus mantos rojos, envolvieron en ellos a los muertos; los atenienses los tendían de cara al sol de levante; los cántabros los enterraban bajo un montón de guijarros; los nasamones los doblaban en dos con correas de bueyes, y los garamantes fueron a sepultarlos a la playa para que fueran perpetuamente bañados por las olas. Pero los latinos estaban desconsolados por no poder recoger sus cenizas en urnas; los nómadas echaban de menos el calor de las arenas donde los cuerpos se momifican, y los celtas, tres piedras toscas, bajo un cielo lluvioso, al fondo de un golfo lleno de pequeñas islas.

Se oían vociferaciones, seguidas de un largo silencio. Era para obligar a las almas a volver a sus cuerpos. Luego el clamor se reanudaba obstinadamente a intervalos regulares.

Se excusaban con los muertos de no poder honrarlos como prescribían los ritos: porque por esta causa iban a pasar, durante periodos infinitos, a través de toda clase de azares y metamorfosis; se los invocaba, se les preguntaba qué deseaban; otros los colmaban de injurias por haberse dejado vencer.

El resplandor de las grandes hogueras empalidecía las caras exangües entre los restos de las armaduras; los llantos de unos excitaban los llantos de los demás, los sollozos eran cada vez más agudos, los reconocimientos y los

abrazos más frenéticos. Había mujeres que se arrojaban sobre los cadáveres, boca con boca, frente con frente; y era preciso golpearlas para que se retirasen cuando los enterraban. Se ennegrecían las mejillas; se cortaban los cabellos; se extraían sangre y la echaban en las fosas; se hacían cortes a imitación de las heridas que desfiguraban a sus muertos. Estallaban rugidos que se oían en medio del ruido de los címbalos. Algunos se arrancaban sus amuletos y los escupían. Los moribundos se arrastraban en el fango sangriento, mordiendo de rabia sus puños mutilados; y cuarenta y tres samnitas, en la flor de la edad, se degollaron entre sí, como gladiadores. Pronto faltó leña para las hogueras, se extinguieron las llamas; todos los sitios estaban ocupados; y cansados de haber gritado, debilitados y tambaleantes, se durmieron junto a sus hermanos muertos, llenos de inquietudes los que se aferraban a la vida, y deseando no despertarse más los restantes.

**

Con la luz del alba aparecieron en los límites de los bárbaros soldados que desfilaban con los cascos puestos en la punta de las picas; al saludar a los mercenarios les preguntaban si no encargaban nada para sus países natales.

Otros se acercaron, y los bárbaros reconocieron a algunos de sus antiguos camaradas.

El sufeta había propuesto a todos los cautivos que sirvieran en sus filas. Muchos rehusaron intrépidamente; y decidido a no alimentarlos ni a entregarlos al gran consejo, los había dejado marchar, ordenándoles que no combatesen más contra Cartago. En cuanto a los que el miedo a los suplicios hacía dóciles, se les distribuyó las armas del enemigo, y ahora se presentaban a los vencidos, menos para seducirlos que movidos por un sentimiento de vanidad y de curiosidad.

Empezaron por contar el buen trato que les daba el sufeta; los bárbaros los escuchaban llenos de envidia, aunque los despreciasen. Luego, a las primeras palabras de reproche, los cobardes se irritaron; desde lejos les mostraban sus propias espadas, sus corazas y los invitaban con injurias a que fuesen a buscarlas. Los bárbaros cogieron piedras; todos salieron huyendo, y ya no se vio en la cumbre de la montaña más que las puntas de las lanzas sobresaliendo por encima de las empalizadas.

A todos se les ocurrió la misma idea. Se precipitaron en tumulto sobre los prisioneros cartagineses. Los soldados del sufeta, por desgracia, no habían podido descubrirlos, y como él se había retirado del campo de batalla, los prisioneros se encontraban aún en el foso profundo.

Los pusieron en hilera, tendidos en el suelo, en su sitio llano. Los centinelas hicieron un círculo a su alrededor y se dejó entrar a las mujeres por

tandas de treinta o cuarenta sucesivamente. Queriendo aprovechar el poco tiempo que se les daba, corrían de un lado para otro, inseguras, jadeantes; luego, inclinadas sobre aquellos pobres cuerpos, los golpeaban con todas sus fuerzas como lavanderas que golpean la ropa; aullando el nombre de sus maridos, los arañaban, desgarrándolos con sus uñas y les reventaban los ojos con los alfileres de su cabellera. A continuación llegaron los hombres y los atormentaban desde los pies, que se los cortaban por los tobillos, hasta la frente, de la que les arrancaban tiras de piel para ponerse sobre la cabeza. Los comedores de cosas inmundas inventaron mil atrocidades. Enconaban las heridas echando en ellas polvo, vinagre y trozos de cacharros de barro o loza; otros esperaban detrás de ellos: la sangre corría y todos se regocijaban como hacen los vendimiadores alrededor de las cubas de mosto.

A todo esto, Matho estaba sentado en el suelo, en el mismo sitio en que se encontraba cuando terminó la batalla, con los codos puestos sobre las rodillas, las sienes apoyadas en las manos; no veía nada, no oía nada, ni siquiera pensaba.

A los alaridos de alegría lanzados por la multitud, levantó la cabeza. Delante de él vio un jirón de tela colgado de una pértiga, cubriendo confusamente cestas, tapices y una piel de león. Reconoció su tienda. Y sus ojos se clavaron en el suelo como si la hija de Amílcar, al desaparecer, hubiese sido tragada por la tierra.

La tela desgarrada flotaba al viento; a veces sus largos pingajos pasaban rozándole la boca, y vio una marca roja, parecida a la huella de una mano. Era la mano de Narr-Havas, la señal de su alianza. Entonces, Matho se levantó. Cogió un tizón que humeaba aún y lo arrojó sobre los restos de su tienda, desdeñosamente. Luego, con la punta de su coturno, volvía a echar en la llama las cosas que quedaban fuera para que no quedara nada.

De pronto, y sin que se pudiese adivinar de dónde surgía, apareció Spendius.

El antiguo esclavo se había sujetado al muslo dos astillas de lanza; cojeaba lastimosamente, exhalando ahogados gemidos.

—¡Quítate eso! —le dijo Matho—. ¡Sé que eres un valiente!

Estaba tan abrumado por la injusticia de los dioses, que ya no tenía fuerzas suficientes para indignarse contra los hombres.

Spendius le hizo una señal y lo condujo a la oquedad de un montículo, en el que estaban ocultos Zaxas y Autharita.

Habían huido como el esclavo, a pesar de su crueldad y de su valentía. Pero ¿quién hubiera podido pensar, decían ellos, en la traición de Narr-Havas,

en el incendio de los libios, en la pérdida del zaimph o en el súbito ataque de Amílcar, y, sobre todo, en sus maniobras para obligarlos a volver a la base de la montaña, bajo los certeros golpes de los cartagineses? Spendius no confesaba su terror y persistía en sostener que tenía la pierna rota.

Por fin, los tres jefes y el schalischim se consultaron acerca de lo que se debía hacer.

Amílcar les cerraba el camino de Cartago; estaban cogidos entre sus soldados y las provincias de Narr-Havas; las ciudades tirias se unirían a los vencedores; se verían rechazados hasta la orilla del mar y todas aquellas fuerzas reunidas los aplastarían irremisiblemente.

No había medio de evitar la guerra. Por consiguiente, debían seguir luchando a todo trance. Pero ¿cómo hacer comprender la necesidad de una guerra interminable a todas aquellas gentes desanimadas y sangrando aún por sus heridas?

—¡Yo me encargo de ello! —dijo Spendius.

Dos horas después, un hombre que llegaba del lado de Hippo-Zarita escaló corriendo la montaña. Agitaba unas tablillas en la mano, y como gritaba muy fuerte, los bárbaros lo rodearon.

Aquellas tablillas habían sido enviadas por los soldados griegos de Cerdeña. Recomendaban a sus compañeros de África que vigilasen a Giscón y a los demás cautivos. Un mercader de Samos, un tal Hipponax, que venía de Cartago, les había informado de que se organizaba una conspiración para conseguir que se evadiesen, y se exhortaba a los bárbaros a que estuviesen prevenidos, pues la república era poderosa.

La estratagema de Spendius no dio de momento el resultado que él esperaba. La seguridad de un nuevo peligro, lejos de excitar su furor, despertó temores; y acordándose del aviso que Amílcar había arrojado antes entre ellos, temían algo imprevisto y terrible. Pasaron la noche en una gran ansiedad; muchos se desembarazaron de sus armas para congraciarse con el sufeta cuando éste apareciese.

Pero al día siguiente, a la tercera vigilia, apareció otro correo aún más jadeante y cubierto de polvo. El griego le arrancó de las manos un rollo de papiro lleno de escrituras fenicias. Se rogaba a los mercenarios que no se desanimasen; los valientes de Túnez iban a llegar con grandes refuerzos.

Spendius leyó primero la carta tres veces seguidas; y sostenido por dos capadocios que lo llevaban sentado sobre sus hombros, se hacía transportar de un sitio a otro, releyendo el mensaje. Durante siete horas no cesó de arengarlos.

Les recordaba a los mercenarios las promesas del gran consejo; a los africanos, las crueldades de los intendentes; a todos los bárbaros, la injusticia de Cartago. La bondad del sufeta era un cebo para engañarlos. Los que se entregaran serían vendidos como esclavos; los vencidos, perecerían en el suplicio. Caso de huir, ¿por qué camino iban a hacerlo? Ningún pueblo querría admitirlos. En tanto que continuando sus esfuerzos, ¡obtendrían a la vez libertad, venganza, dinero! Y no tendrían que esperar mucho tiempo, porque las gentes de Túnez, toda la Libia, se lanzaban en su ayuda. Mostraba el papiro desenrollado:

—¡Mirad! ¡Leed! ¡Aquí están sus promesas! Yo no miento.

Vagaban unos perros que tenían manchado de rojo su hocico negro. El sol de mediodía quemaba las cabezas peladas. Un olor nauseabundo se escapaba de los cadáveres mal enterrados. Algunos incluso asomaban en la tierra hasta el vientre. Spendius los invocaba para que atestiguaran las cosas que él decía; luego levantaba sus puños amenazadores hacia el lado de Amílcar.

Matho lo estaba observando, y, a fin de disimular su cobardía, el griego fingía una cólera que poco a poco se iba apoderando de él. Invocando a los dioses, acumuló maldiciones contra los cartagineses. El suplicio de los cautivos era un juego de niños. ¿Por qué preocuparse y llevar siempre detrás de sí ese ganado inútil? ¡No! ¡Hay que acabar con ellos! ¡Conocemos sus intenciones! ¡Uno solo puede ser la causa de nuestra perdición! «¡No haya compasión! ¡Se conocerá a los buenos por la ligereza de las piernas y en la fuerza del golpe!».

Entonces se arrojaron sobre los cautivos. Algunos agonizaban aún; se los remató hundiéndoles el talón en la boca o apuñalándolos con la punta de una jabalina.

Inmediatamente se acordaron de Giscón. No se le veía por ninguna parte; se apoderó de ellos una gran inquietud. Querían convencerse a un tiempo de su muerte y participar en ella. Por fin, tres pastores samnitas lo descubrieron a quince pasos del lugar en que se elevaba antes la tienda de Matho. Lo reconocieron por su luenga barba y llamaron a los demás.

Tendido de espaldas, con los brazos pegados al cuerpo y las rodillas juntas, tenía el aspecto de un muerto preparado para recibir sepultura. Sin embargo, sus flacas costillas subían y bajaban, y sus ojos, abiertos de par en par en medio de su rostro completamente pálido, miraban de una manera persistente e intolerable.

Los bárbaros lo contemplaron, al principio con un gran asombro. Desde el tiempo que llevaba en la fosa se habían olvidado casi de él; molestos por sus viejos recuerdos, se mantenían a distancia y no osaban sentarle la mano.

Pero los que estaban detrás murmuraban y se empujaban, cuando un garamante atravesó la multitud blandiendo una guadaña; todos comprendieron su pensamiento; sus rostros se encendieron y, llenos de vergüenza, gritaban: «¡Sí! ¡Sí!».

El hombre del hierro curvo se acercó a Giscón. Le cogió por la cabeza y, apoyándola en su rodilla, la fue segando a tajos rápidos hasta que cayó; dos grandes chorros de sangre hicieron un hoyo en el polvo. Zarxas saltó encima y, más rápido que un leopardo, corrió hacia los cartagineses.

Cuando llegó a la mitad de la montaña, sacó de su pecho la cabeza de Giscón y, sosteniéndola por la barba, giró su brazo rápidamente varias veces y la lanzó, describiendo una amplia parábola, y desapareció detrás del atrincheramiento púnico.

Enseguida se alzaron en el borde de las empalizadas dos estandartes cruzados, señal convenida para reclamar los cadáveres.

Cuatro heraldos, elegidos por su ancho pecho, fueron con grandes clarines y, hablando con las bocinas de bronce, declararon que, desde aquel momento, no había entre cartagineses y bárbaros fe, ni compasión, ni dioses, y que rehusaban por anticipado a toda tentativa de negociación. Los parlamentarios que enviasen serían devueltos con las manos cortadas.

Inmediatamente después enviaron a Spendius a Hippo-Zarita para hacerse con víveres; la ciudad tiria se los envió aquella misma noche. Comieron ávidamente. Luego, cuando se hubieron recomfortado, recogieron a prisa los restos de sus bagajes y sus armas rotas; las mujeres se agruparon en el centro y, sin cuidarse de los heridos que dejaban llorando detrás de ellos, partieron por la orilla del río, con paso rápido, como una manada de lobos alejándose.

Iban sobre Hippo-Zarita resueltos a conquistarla, pues necesitaban una ciudad.

**

Amílcar, al verlos de lejos, se desesperanzó, a pesar del orgullo que sentía al haberlos vencido. Hubiera sido preciso atacarlos enseguida con tropas de fresco. Un día más como aquél ¡y la guerra hubiese acabado! Si las cosas continuaban así, se harían más fuertes; las ciudades tirias se unirían a ellos; su clemencia con los vencidos habría sido inútil. Tomó la resolución de ser implacable.

Aquella misma noche envió al gran consejo un dromedario cargado de brazaletes cogidos a los muertos, y con amenazas terribles ordenaba que le enviasen otro ejército.

Todos, desde hacía tiempo, lo creían perdido; de modo que al enterarse de

su victoria experimentaron un asombro que lindaba casi con el terror. La recuperación del zaimph, confusamente anunciada, completaba aquella maravilla. Así, ahora parecía que los dioses y la fuerza de Cartago le pertenecían.

Ninguno de sus enemigos aventuró ni una queja ni una recriminación. Por el entusiasmo de unos y la pusilanimidad de otros, antes del plazo señalado, estuvo dispuesto un ejército de cinco mil hombres. Llegó prontamente a Útica para apoyar al sufeta por la retaguardia, mientras que tres mil hombres de los más escogidos se embarcaron en naves que debían llevarlos a Hippo-Zarita para rechazar a los bárbaros.

Hannón había aceptado el mando, pero confió el ejército a su lugarteniente Magdassan para que acaudillara las tropas de desembarco, pues ya no podía sufrir las sacudidas de la litera. Su mal, corroyéndole los labios y la nariz, habían abierto en su cara un gran agujero; a diez pasos se le veía el fondo de su garganta, y se veía tan horroroso que, como una mujer, se cubría la cabeza con un velo.

Hippo-Zarita no escuchó sus intimidaciones, ni tampoco las de los bárbaros; pero todas las mañanas sus habitantes bajaban con cestas de víveres, y desde lo alto de las torres se excusaban de las exigencias de la república y los conminaban a que se alejasen. Dirigían por señas las mismas protestas a los cartagineses que se estacionaban en el mar.

Hannón se contentó con bloquear el puerto, sin arriesgarse a un ataque. Sin embargo, persuadió a los jueces de Hippo-Zarita para que admitiesen en la ciudad a trescientos de sus soldados. Después se dirigió hacia el cabo de las Uvas, dando un gran rodeo para envolver a los bárbaros, operación inoportuna y hasta peligrosa. Su envidia le impedía ir en auxilio del sufeta; detenía a sus espías, obstaculizaba todos sus planes, comprometía la empresa. Al fin, Amílcar escribió al gran consejo para desembarazarse de él, y Hannón volvió a Cartago, furioso por la bajeza de los ancianos y la locura de su colega. De este modo, después de tantas esperanzas, volvía a encontrarse en una situación aún más desesperada; pero se procuraba no pensar en ello y menos aún hablar del asunto.

Como si no se hubiesen acumulado bastantes infortunios, se enteraron de que los mercenarios de Cerdeña habían crucificado a su general, tomado las plazas y degollado por todas partes a los hombres de raza cananea. El Senado romano amenazó a la república con la inmediata ruptura de hostilidades si no entregaba mil doscientos talentos con toda la isla de Cerdeña. Había aceptado la alianza de los bárbaros y les envió barcos cargados de harina y de carnes secas. Los cartagineses los persiguieron y capturaron quinientos hombres, pero tres días después una flota que venía de la Bisacena con víveres para Cartago

desapareció en una tempestad. Evidentemente, los dioses estaban contra ella.

Los ciudadanos de Hippo-Zarita, fingiendo una alarma, hicieron subir a sus murallas a los trescientos soldados de Hannón; luego, poniéndose detrás de ellos, los cogieron de sorpresa por las piernas y los arrojaron por encima de los contrafuertes. Los que no murieron al caer fueron perseguidos y terminaron ahogándose en el mar.

Útica soportaba a los soldados, pues Magdassan había hecho lo mismo que Hannón, y siguiendo sus órdenes rodeaba la ciudad, sordo a los ruegos de Amílcar. A aquéllos se les dio vino mezclado con mandrágora y luego los degollaban mientras dormían. Al mismo tiempo llegaron los bárbaros; Magdassan huyó, se abrieron las puertas y desde entonces las dos ciudades se mostraron incondicionales de sus nuevos amigos y contrarias, por tanto, a sus antiguos aliados.

Aquel abandono de la causa púnica era un consejo, un ejemplo. Las esperanzas de libertad se reavivaron. Poblaciones aún vacilantes no duraron más tiempo. Todo se conmovió. El sufeta lo supo y desconfió de socorro alguno. Se veía irrevocablemente perdido.

Despidió a Narr-Havas para que defendiese los límites de su reino. En cuanto a él, resolvió volver a Cartago para agenciarse soldados y reemprender la guerra.

Los bárbaros, establecidos en Hippo-Zarita, vieron a su ejército cuando bajaba por la montaña.

¿Adónde iban los cartagineses? Sin duda, el hambre los empujaba, y, enloquecidos por los sufrimientos, a pesar de su debilidad, presentarían batalla. Pero torcieron a la derecha: huían. Podían alcanzarlos, aplastarlos a todos. Los bárbaros se lanzaron en su persecución.

Los cartagineses se vieron detenidos por el río. Venía crecido esta vez, sin que soplara el viento del oeste. Unos lo pasaron a nado, otros sobre sus escudos. Reanudaron la marcha. Cayó la noche. No se les vio más.

Los bárbaros no se detuvieron; remontaron el río para encontrar un lugar más estrecho. Acudieron las gentes de Túnez; arrastraron a los de Útica. Aumentaba su número a cada matorral; y los cartagineses, echándose a tierra, oían el trepidar de sus pasos en las tinieblas. De cuando en cuando para contenerlos, Barca ordenaba que se disparasen nubes de flechas; muchos enemigos cayeron muertos. Cuando se hizo de día estaban en las montañas del Ariana, en un lugar donde el camino hacía un recodo.

Matho, que iba a la cabeza, creyó distinguir en el horizonte una cosa verde en la cumbre de un cerro. El terreno descendía, y aparecieron obeliscos,

cúpulas y casas. ¡Era Cartago! Se apoyó contra un árbol para no caer; ¡de tal modo palpitaba su corazón!

Pensaba en todo lo que había ocurrido en su existencia desde la última vez que había pasado por allí. Era una sorpresa infinita, un aturdimiento. Y se sintió inundado por la alegría de ver nuevamente a Salambó. Las razones que tenía para execrarla acudieron a su memoria, pero las desechó vivamente. Tembloroso y con las pupilas encendidas contemplaba, más allá de Eschmún, la alta terraza de un palacio, por encima de las palmeras; una sonrisa de éxtasis iluminaba su rostro, como si hubiese llegado hasta él el resplandor de una gran luz; abría los brazos, enviaba besos a la brisa y murmuraba:

—¡Ven! ¡Ven!

Un suspiro hinchó su pecho y dos lágrimas, alargadas como perlas, cayeron sobre su barba.

—¿Quién te retiene? —exclamó Spendius—. ¡Apresúrate! ¡Aprisa! ¡Se nos va a escapar el sufeta! ¡Pero tus rodillas tiemblan y miras como un borracho!

Tropezaba con impaciencia; acosaba a Matho, y, entornando los ojos, como al acercarse a una meta largo tiempo deseada, exclamó:

—¡Ah! ¡Ya hemos llegado! ¡Estamos aquí! ¡Son míos!

Tenía un aire tan convencido y triunfante que Matho, sorprendido en su sopor, se sintió contagiado. Estas palabras provenían de lo más grave de su angustia. Lo impulsaban en su desesperación a la venganza; servían de pasto a su cólera. Saltó sobre uno de los camellos que estaban entre los bagajes, le arrancó su cabestro; con la larga cuerda golpeaba con todas sus fuerzas a los rezagados, y corría a derecha e izquierda alternativamente, en la retaguardia del ejército, como un perro que azuza a su rebaño.

A su tonante voz las filas de los soldados se apretaron; hasta los cojos aceleraron el paso; en medio del istmo, la distancia entre los dos ejércitos disminuyó. La vanguardia de los bárbaros iba pisando el polvo de los cartagineses. Los dos ejércitos se acercaban, estaban a punto de alcanzarse. Pero la puerta de Malqua, la puerta de Tagasta y la gran puerta de Kamón desplegaron sus batientes. El cuadrado púnico se dividió; tres columnas se sumieron allí, se arremolinaban bajo los pórticos. Enseguida la masa, demasiado apretada en sí misma, dejó de avanzar; las picas chocaban en el aire y las flechas de los bárbaros rebotaban contra los muros.

En el umbral de Kamón se vio a Amílcar. Se volvió gritando a sus soldados que se apartasen. Bajó de su caballo y, espoleándolo, en la grupa con su espada, lo lanzó contra los bárbaros.

Era un garañón oringio que se alimentaba con bolas de harina y que

doblaba las rodillas para que subiera su amo. ¿Por qué lo enviaba? ¿Era un sacrificio?

El magnífico caballo galopaba en medio de las lanzas, derribaba a los hombres y, enredándose los cascos en sus entrañas, caía, volvía a levantarse dando brincos furiosos. Los bárbaros, mientras se apartaban, intentaban detenerlo o bien miraban sorprendidos cómo los cartagineses se habían replegado, cerrándose la enorme puerta al mismo tiempo que los bárbaros la acometían.

Ésta no cedió. Los bárbaros fueron a estrellarse contra ella. Durante unos minutos, a lo largo de todo el ejército, hubo una vacilación; el empuje se hizo más débil, hasta que, finalmente, cesó.

Los cartagineses habían puesto soldados en el acueducto; comenzaban a lanzar piedras, proyectiles, vigas. Spendius demostró que no había necesidad de obstinarse. Fueron a situarse más lejos, resueltos a sitiar Cartago.

**

El rumor de la guerra había traspasado los confines del imperio púnico; y desde las columnas de Hércules hasta más allá de Cirene los pastores pensaban en ella al guardar sus rebaños, y de ella charlaban de noche las caravanas, a la luz de las estrellas. ¡Aquella gran Cartago, dominadora de los mares, espléndida como el sol y espantosa como un dios, encontraba hombres que osaban atacarla! Muchas veces se había anunciado su caída; y todos habían creído en ella, pues todos la deseaban: las poblaciones sometidas, las aldeas tributarias, las provincias aliadas, las hordas independientes, todos los que la execraban por su tiranía o la envidiaban por su poderío o codiciaban sus riquezas. Los más valientes se habían unido enseguida a los mercenarios. La derrota del Macar había detenido a todos los demás. Por fin, habían recobrado la confianza, poco a poco iban avanzando, acercándose; y ahora los hombres de las regiones orientales se mantenían en las dunas de Clypea, al otro lado del golfo. En cuanto vieron a los bárbaros se dieron a conocer.

No eran los libios de los alrededores de Cartago, que desde hacía mucho tiempo integraban el tercer ejército, sino los nómadas de la planicie del Barca, los bandidos del cabo Phiscus y del promontorio de Dermé, los de Phazzana y de la Marmárica. Habían atravesado el desierto bebiendo en los pozos salobres contruidos con osamentas de camello; los zuaeces, cubiertos con plumas de avestruz, habían venido en sus cuadrigas; los garamantes, tapados con un velo negro, en las ancas de sus yeguas pintadas; otros en asnos, en onagros, en cebras, en búfalos; y algunos arrastraban sus familias y sus ídolos y el techo de su cabaña en forma de chalupa. Se veían ammonianos de miembros curtidos por las aguas termales de las fuentes; atarantes que maldecían al sol; trogloditas que enterraban riendo a sus muertos bajo ramas de árboles; y los

odiosos ausenios, que comían langostas; los archumaguides, que comían piojos, y los gysantes, pintados de bermellón, devoradores de monos.

Todos estaban alineados a la orilla del mar, en una gran línea recta. Avanzaron enseguida como torbellinos de arena levantados por el viento. En medio del istmo esta muchedumbre se detuvo; los mercenarios se habían situado delante de ellos, cerca de las murallas, sin querer moverse.

Después, del lado del Ariana, aparecieron los hombres del occidente, el pueblo de los númeridas. En efecto, Narr-Havas no gobernaba más que a los masilianos, y, además, como una costumbre les permitía abandonar al rey después de una derrota, se habían reunido en el Zaino, vadeándolo al primer movimiento de Amílcar. Primero acudieron todos los cazadores de Malethut-Baal y del Garaphos, vestidos con pieles de león, conduciendo con el regatón de sus picas caballitos delgados de largas crines; luego venían los gétulos, con sus corazas de piel de serpiente; después los farusianos, con altas coronas hechas de cera y resina; y los caunos, los macaros y los tillabares, llevando cada uno dos jabalinas y un escudo redondo de cuero de hipopótamo. Hicieron alto al pie de las Catacumbas, en los primeros charcos de la laguna.

Cuando los libios fueron desalojados, se vio en el lugar que ocupaban, y como una nube a ras del suelo, la multitud de los negros. Habían venido del Harusch blanco, del Haruch negro, del desierto de Augilos e incluso de la gran comarca de Agazymba, que está a cuatro meses al sur de los garamantes y más lejos todavía. A pesar de sus joyas de madera roja, la grasa de su piel negra les hacía parecer moras que llevasen mucho tiempo rodando entre el polvo. Vestían calzones de fibra de corteza de árboles, túnicas de hierbas desecadas, carátulas de fieras a la cabeza, y, aullando como lobos, agitaban unos garrotes provistos de anillos y blandían colas de vaca atadas a la punta de un palo, a manera de estandartes.

Detrás de los númeridas, los mauritanos y los gétulos, se apretaban los hombres amarillentos que se extendían hasta más allá de Taggir, en los bosques de cedros. Los golpeaban en la espalda los carcajes de piel de gato, y llevaban atados en trailla perros enormes, tan altos como asnos, que no ladraban.

Por último, como si África no quedara ya suficientemente vacía y como si, para recoger más furores, hubiese sido preciso recurrir hasta las razas más bajas, se veían, detrás de todos los demás, unos hombres de perfil de bestia y de risa idiota; miserables roídos por enfermedades repugnantes, pigmeos deformes, mulatos de un sexo ambiguo, albinos de ojos azules que parpadeaban al sol; y todos ellos farfullando sonidos ininteligibles, se llevaban un dedo a la boca para hacer ver que tenían hambre.

La confusión de armas no era menor que la de los vestidos y los pueblos.

Ninguna invención para causar la muerte faltaba allí, desde los puñales de madera, las hachas de piedra y los tridentes de marfil, hasta los largos sables dentados como sierras, delgados y hechos de una lámina de cobre que se doblaba. Manejaban cuchillas que se bifurcaban en muchas ramas a modo de astas de antílopes, podaderas atadas al extremo de una cuerda, triángulos de hierro, mazas, tenazas. Los etíopes del Bambotus ocultaban entre sus cabellos pequeños dardos envenenados. Muchos habían traído sacos llenos de guijarros. Otros, a falta de armas, hacían rechinar sus dientes.

Una marejada continua agitaba a aquella multitud. Dromedarios, embadurnados de alquitrán como navíos, derribaban a las mujeres que llevaban a sus niños a la cadera. Las provisiones se derramaban de las seras; al caminar se aplastaban trozos de sal, paquetes de goma, dátiles podridos, nueces de gurú; y a veces, en pechos cubiertos de podredumbre, colgaba de un fino cordón algún diamante que habían buscado los sátrapas, una piedra casi fabulosa y que bastaba para comprar un imperio. La mayor parte incluso no sabían lo que deseaban. Una fascinación, una curiosidad invencible los arrastraba; los nómadas que no habían visto jamás una ciudad estaban asustados por la sombra de las murallas.

El istmo desaparecía ahora bajo los hombres; y aquella larga superficie, en la que las tiendas parecían cabañas en una inundación, se extendían hasta las primeras líneas de los demás bárbaros, todos rutilantes de hierro y simétricamente situados a los dos flancos del acueducto.

Todavía les duraba a los cartagineses el espanto de su llegada, cuando vieron ir en línea recta hacia ellos una especie de monstruos y de edificios — con sus mástiles, sus brazos, sus cordajes, sus articulaciones, sus capiteles y sus caparazones—, las máquinas de asedio que enviaban las ciudades tirias: sesenta carrobalistas, ochenta onagros, treinta escorpiones, cincuenta tolenones, doce arietes y tres gigantescas catapultas que lanzaban peñascos de quince talentos de peso. Masas de hombres la empujaban cogidos a su base; a cada paso las sacudía un estremecimiento; así llegaron hasta quedar enfrente de las murallas.

Pero faltaban muchos días aún para ultimar los preparativos del sitio. Los mercenarios, aleccionados por sus derrotas, no querían reñir combates inútiles; y, de una parte y de otra, no tenían ninguna prisa, porque sabían que iba a entablarse una contienda terrible de la que resultaría una victoria o un exterminio total.

Cartago podía resistir por mucho tiempo; sus anchas murallas presentaban una serie de ángulos entrantes y salientes que ofrecían una disposición ventajosa para rechazar a los asaltantes.

Sin embargo, del lado de las Catacumbas se había desplomado un lienzo de

murallas, y en las noches oscuras, entre los bloques desunidos, se veían luces en los tabucos de Malqua. Éstos dominaban en ciertos sitios la altura de los baluartes. Era allí donde vivían, con sus nuevos maridos, las mujeres de los mercenarios expulsadas por Matho. Al verlos, su corazón ya no pudo contenerse. Agitaron desde lejos sus chales; después venían, en las tinieblas de la noche, a charlar con los soldados por la brecha de la muralla, y una mañana en el gran consejo se supo que habían huido todas. Unas habían pasado entre las piedras; otras, más intrépidas, se habían deslizado con ayuda de cuerdas.

Al fin, Spendius resolvió realizar su proyecto.

La guerra, al retenerlo lejos, se lo había impedido hasta entonces; y desde que habían vuelto ante Cartago, le parecía que los habitantes sospechaban lo que proyectaba. Pero bien pronto disminuyeron los centinelas del acueducto. No había suficiente gente para la defensa del recinto.

El antiguo esclavo se ejercitó durante muchos días en disparar flechas a los fenicópteros del lago. Luego, una noche de luna clara, le rogó a Matho que encendiera a medianoche una gran hoguera de paja, al mismo tiempo que todos sus hombres se pondrían a gritar con todas sus fuerzas, y llevándose con él a Zarxas, se fue por la orilla del golfo, en la dirección de Túnez.

A la altura de los últimos arcos, torcieron a la derecha, hacia el acueducto; el lugar era descubierto y avanzaron arrastrándose hasta la base de los pilares.

Los centinelas de las plataformas se paseaban tranquilamente.

Se elevaron altas llamaradas; resonaron los clarines; los soldados que estaban de centinela, creyendo que se trataba de un asalto, corrieron hacia Cartago.

Se había quedado uno. Destacaba en negro sobre el fondo del cielo. La luna le daba por la espalda, y su desmesurada sombra parecía en la llanura un obelisco andando.

Esperaron a que estuviera colocado delante de ellos. Zarxas cogió su honda; por prudencia o por ferocidad, Spendius lo detuvo. «¡No, el silbido de una piedra haría ruido! ¡Déjame a mí!».

Entonces tendió su arco con todas sus fuerzas, apoyándolo por la base contra el tobillo del pie izquierdo; apuntó y disparó la flecha. El centinela no cayó. Desapareció.

—¡Si estuviese herido, lo oiríamos! —dijo Spendius, y subió rápidamente de piso en piso, como hizo la primera vez, ayudándose con una cuerda y un arpón. Luego, cuando estuvo arriba, cerca del cadáver, soltó un extremo de la cuerda. El balnear ató a ella un pico con un mazo de madera, y se volvió.

No sonaban las trompetas. Todo permanecía tranquilo, Spendius había

levantado una de las losas, había entrado en el agua y había vuelto a ponerla en su sitio.

Calculando la distancia por el número de pasos, llegó precisamente al lugar donde había observado una hendidura oblicua, y durante tres horas, hasta la madrugada, trabajó de una manera continua, furiosa, sin poder respirar apenas por los intersticios de las losas superiores, sobresaltado de angustias y creyendo a cada instante que iba a morir. Por fin, oyó un crujido; una piedra enorme, rebotando sobre los arcos inferiores, rodó hasta el fondo..., y, de repente, una catarata, todo un río, cayó desde el cielo en la llanura. El acueducto, cortado por la mitad, se vaciaba. Era la muerte para Cartago, y la victoria para los bárbaros.

En un instante, los cartagineses, despertados, asomaron sobre las murallas, sobre las casas, sobre los templos. Los bárbaros se empujaban, gritaban. Bailaban delirantes de alegría alrededor de la gran caída de agua, y en la extravagancia de su júbilo, iban allí a mojarse la cabeza.

Se vio en lo alto del acueducto a un hombre con una túnica oscura, desgarrada. Permanecía inclinado completamente al borde, con las manos en las caderas, y miraba hacia abajo, bajo sus pies, como asombrado de su obra.

Luego se irguió. Recorrió el horizonte con una mirada dominadora que parecía decir: «¡Ahora todo esto es mío!». Los bárbaros estallaron en grandes aplausos; los cartagineses, dándose cuenta al fin de su desastre, lanzaban alaridos de desesperación. Entonces se puso a correr sobre la plataforma de un extremo a otro, y como un auriga triunfante en los juegos olímpicos, Spendius, ebrio de orgullo, levantaba los brazos.

XIII. Moloch

Los bárbaros no tenían necesidad de rodear a Cartago por el lado de África: ésta les pertenecía.

Mas para poder acercarse con más facilidad a las murallas, se derribó el atrincheramiento que rodeaba al foso. Inmediatamente, Matho dividió el ejército en grandes semicírculos, con el fin de envolver mejor a Cartago. Los hoplitas de los mercenarios fueron colocados en primera línea; detrás de ellos, los honderos y los jinetes; al fondo, los bagajes, los carromatos y los caballos; más acá de esta muchedumbre, a trescientos pasos de las torres, se erizaban las máquinas de guerra.

Bajo la variedad infinita de sus nombres —que cambiaron muchas veces en el transcurso de los siglos—, podían reducirse a dos sistemas: unas

funcionaban como hondas y otras como arcos.

Las primeras, las catapultas, se componían de un bastidor cuadrado, con dos montantes verticales y una barra horizontal. En su parte anterior, un cilindro, provisto de cables, retenía una gran lanza que llevaba una cuchara para recibir los proyectiles; la base estaba sujeta en una madeja de hilos retorcidos, y cuando se soltaban, la lanza se levantaba yendo a chocar contra la barra que, al detenerla con una gran sacudida, multiplicaba su fuerza.

Las segundas eran de un mecanismo más complicado: sobre una pequeña columna iba fijo un travesaño por su parte central, donde terminaba en ángulo recto una especie de canal; en los extremos del travesaño se elevaban dos capiteles que contenían un revoltijo de crines; dos viguetas se hallaban sujetas allí para sostener los cabos de una cuerda que se llevaba hasta el pie del canal, sobre una tablilla de bronce. Por medio de un resorte, esta placa de metal se soltaba, y deslizándose por unas ranuras impulsaba las flechas.

Las catapultas se llamaban también onagros, como los asnos salvajes que lanzan guijarros con sus patas, y las ballestas, escorpiones, a causa de un gancho erecto sobre la tablilla que, bajándose de un puñetazo, hacía saltar el resorte.

Su construcción exigía sabios cálculos; sus maderas debían elegirse entre las más duras; sus engranajes eran todos de bronce; se armaban con palancas, aparejos, cabrestantes o tímpanos; fuertes ejes variaban la dirección de su tiro, avanzaban sobre cilindros, y las más grandes se llevaban pieza por pieza y se montaban a la vista del enemigo.

Spendius situó las tres grandes catapultas en los tres ángulos principales; delante de cada puerta colocó un ariete, delante de cada torre una ballesta, y las carroballestas circularían por detrás. Pero era preciso resguardar a las máquinas del fuego de los sitiados y rellenar primero el foso que las separaba de las murallas.

Se hicieron galerías de zarzos de juncos y cimbras de encina, parecidos a enormes escudos, que se deslizaban sobre tres pares de ruedas; pequeñas chozas cubiertas de pieles sin curtir y rellenas de algas protegían a los trabajadores; las catapultas y las ballestas fueron defendidas con redes de cuerdas empapadas en vinagre para hacerlas incombustibles. Las mujeres y los niños iban por piedras a la playa, recogían tierra con sus manos y se la llevaban a los soldados.

Los cartagineses también se preparaban.

Amílcar los había tranquilizado asegurándoles que quedaba agua en las cisternas para ciento veintitrés días. Esta afirmación, su presencia entre ellos y la recuperación del zaimph sobre todo, les dieron mucha esperanza. Cartago

salió de su postración; los que no eran de origen cananeo se dejaron llevar del entusiasmo de los demás.

Armaron a los esclavos, se vaciaron los arsenales; los ciudadanos tuvieron cada uno su puesto y su misión. Sobrevivían mil doscientos hombres de los tráfugas, el sufeta los nombró a todos capitanes; y los carpinteros, los armeros, los herreros y los orfebres fueron destinados a las máquinas. Los cartagineses se habían quedado con algunas, a pesar de las condiciones de la paz con Roma. Las repararon, pues eran expertos en estos trabajos.

Los dos lados septentrional y oriental, defendidos por el mar y por el golfo, eran inaccesibles. Sobre la muralla, de cara a los bárbaros, dispusieron troncos de árboles, ruedas de molino, vasijas llenas de azufre, cubas repletas de aceite, y se construyeron hornos. Amontonaron piedras en las plataformas de las torres, y las casas inmediatas a la muralla se rellenaron con arena para afirmarlas y aumentar su espesor.

Ante estos preparativos, los bárbaros se irritaron. Quisieron combatir enseguida. Los pesos que colocaron en las catapultas eran tan enormes, que se rompieron los timones; el ataque se retrasó.

Por fin el día decimotercero del mes de schabar —al amanecer— resonó un gran golpe contra la puerta de Kamón.

Setenta y cinco soldados tiraban de las cuerdas afianzadas a la base de una viga gigantesca, suspendida horizontalmente por cadenas que descendían de una horca, y una cabeza de morueco, de bronce, la remataba. La habían envuelto en pieles de buey; cercos de hierro la guarnecían de trecho en trecho, era tres veces más gruesa que el cuerpo de un hombre, de ciento veinte codos de longitud, y bajo la multitud de brazos desnudos que la impulsaban y la atraían, avanzaba y retrocedía con oscilación regular.

Los demás arietes empezaron a moverse ante las otras puertas. En las ruedas huecas de los tímpanos se vieron hombres que subían de tramo en tramo. Las poleas, los capiteles rechinaron, las redes de cuerda cayeron, y nubes de piedras y flechas salieron despedidas al mismo tiempo; todos los hombres corrían desperdigados. Algunos se acercaban al baluarte, escondiendo bajo los escudos ollas de resina; luego las lanzaban con todas sus fuerzas. Esta rociada de proyectiles, de dardos y de fuego pasaba por encima de las primeras líneas y, describiendo una curva, iba a caer detrás de las murallas. Pero, en lo alto de éstas, se levantaron grandes grúas de las que sirven para enarbolar los navíos; y de ellas bajaban enormes pinzas terminadas en dos semicírculos interiormente dentados. Estas máquinas mordían los arietes. Los soldados, aferrándose a la viga, tiraban hacia atrás. Los cartagineses se esforzaban por hacerla subir; y la porfía se prolongó hasta la noche.

Cuando los mercenarios, al día siguiente volvieron a la brega, todo el adarve de las murallas estaba cubierto con fardos de algodón, con telas y cojines; las almenas tapadas con esteras; y, sobre el baluarte, entre las grúas, se veía una ristra de horquillas y hoces enastadas en palos. Al momento comenzó una furiosa resistencia.

Troncos de árboles, sostenidos por cables, caían una y otra vez golpeando los arietes; garfios, lanzados por ballestas, arrancaban el techo de las cholas; y desde la plataforma de las torres se vertían ríos de pedernal y cantos rodados.

Por fin, los arietes rompieron la puerta de Kamón y la de Tagaste. Pero los cartagineses habían amontonado en el interior tal cantidad de materiales que sus batientes no se abrieron y quedaron en pie.

Entonces dirigieron contra la muralla taladros que aplicaban a las juntas de los bloques para desencajarlos. Las máquinas fueron gobernadas mejor, sus sirvientes repartidos por escuadras; de la mañana a la noche, funcionaban, sin interrupción, con la monótona precisión de un telar.

Spendius no se cansaba de dirigirlas. Era él mismo quien atirantaba las madejas de las ballestas. Para obtener una paridad completa en sus tensiones gemelas, se apretaban sus cuerdas golpeando alternativamente a derecha e izquierda, hasta el momento en que los dos lados daban un sonido igual. Spendius subió a su armazón. Con la punta del pie, las tocaba muy suavemente, y aplicaba el oído como músico que templaba una lira. Pero cuando el timón de la catapulta se levantaba a la sacudida del resorte, y las piedras salían disparadas como rayos y los dardos volaban a raudales, doblaba todo su cuerpo y estiraba los brazos al aire como para seguirlos.

Los soldados, admirados de su destreza, ejecutaban sus órdenes. En la alegría de su trabajo se chanceaban de los nombres de las máquinas. Así, las tenazas para arrebatar los arietes se llamaban lobos, y las galerías cubiertas o emparrados eran corderos que iban a hacer la vendimia; y, al armar sus piezas, decían a los onagros: «¡Vamos, cocea bien!», y a los escorpiones: «¡Atraviésalos hasta el corazón!». Aquellas burlas, siempre las mismas, sostenían su valor.

Sin embargo, las máquinas no demolían el baluarte. Estaba formado por dos muros rellenos de tierra; abatían sus partes superiores, pero los sitiados las reparaban enseguida. Matho ordenó la construcción de torres de madera que debían ser tan altas como las torres de piedra. Echaron al foso césped, estacas, cantos rodados y carros con sus ruedas, para rellenarlo más aprisa; antes de que se colmara, la inmensa muchedumbre de los bárbaros onduló en el llano como un solo movimiento y fue a estrellarse contra la base de la muralla como un mar desbordado.

Adelantaron las escalas de cuerdas, las escalas rectas y las sambucas, es decir, dos mástiles de donde se bajaban, por aparejos, una serie de bambúes que terminaba un puente móvil. Formaban numerosas líneas rectas apoyadas contra el muro, y los mercenarios, en fila unos detrás de otros, subían por ellas, llevando las armas de la mano. No aparecía ni un cartaginés; ya los asaltantes llegaban a los dos tercios del baluarte. Las almenas se abrieron, vomitando, como fauces de dragón, fuego y humo; la arena se desparramaba, entraba por la junta de las armaduras; el petróleo se pegaba a los vestidos; el plomo líquido saltaba al caer sobre los cascos, agujereando las carnes; una lluvia de chispas salpicaba contra las caras, y las órbitas sin ojos parecían llorar lágrimas tan grandes como almendras. Hombres, totalmente amarillos de aceite, ardían por la cabellera. Al echar a correr, inflamaban a otros. Los apagaban echándoles a la cara, desde lejos, mantas empapadas en sangre. Algunos que no tenían heridas, quedaban inmóviles, más tiesos que un poste, con la boca abierta y los dos brazos extendidos.

El asalto se reanudó durante muchos días seguidos, esperando triunfar los mercenarios por su mayor número y audacia.

En ocasiones, un hombre subido en las espaldas de otro hundía un hierro entre las piedras, luego se servía de él como escalón para subir más arriba, clavaba luego otro y otro; y, protegidos por el borde de las almenas que sobresalía de la muralla, poco a poco, iban subiendo; pero siempre, al llegar a cierta altura, se caían. El gran foso, demasiado repleto, desbordaba; bajo las pisadas de los vivos, los heridos se amontonaban confundidos con los cadáveres y los moribundos. En medio de las entrañas abiertas, los sesos saltados y los charcos de sangre, los troncos calcinados formaban manchas negras, y brazos y piernas a medio salir de un montón quedaban enhiestos como rodrigones en una viña incendiada.

Siendo insuficientes las escalas, se emplearon los tolenones, instrumentos compuestos de una larga viga puesta transversalmente sobre otra, y que llevaba en su extremidad una cesta cuadrangular en la que cabían treinta infantes con sus armas.

Matho quiso subir en la primera que se dispuso. Spendius lo contuvo.

Unos hombres se encorvaron sobre un molinete; la enorme viga se levantó, se puso horizontal, luego se elevó casi verticalmente y, demasiado cargada en la punta, se doblaba como una inmensa caña. Los soldados, ocultos hasta la barbilla, iban oprimidos; no se veía más que las plumas de los cascos. Por fin, cuando estuvo a cincuenta codos en el aire, giró de derecha a izquierda varias veces, y luego bajó; y, como un brazo gigante que sostuviera en la mano una cohorte de pigmeos, depositó al borde de la muralla la cesta llena de hombres. Saltaron entre la multitud y no regresaron jamás.

Los demás tolenones estuvieron dispuestos rápidamente. Pero se hubieran necesitado cien más para tomar la ciudad. Se los utilizó de una manera mortífera; arqueros etíopes se metían en las cestas; luego, una vez que se sujetaban los cables, permanecían suspendidos y disparaban flechas envenenadas. Los cincuenta tolenones, dominando las almenas, rodeaban a Cartago, como buitres monstruosos; y los negros se reían al ver morir sobre el baluarte a los soldados entre atroces convulsiones.

Amílcar envió hoplitas; les hacía beber todas las mañanas el jugo de ciertas hierbas que los preservaba del veneno.

Una noche oscura embarcó a sus mejores hombres en gabarras y balsas, y dando la vuelta a la derecha del puerto, fue a desembocar en la Taenia. Luego avanzaron hasta las primeras líneas de los bárbaros y, cogiéndolos por el flanco, les hicieron una gran carnicería. Hombres descolgándose de cuerdas bajaban por la noche desde lo alto de las murallas con antorchas en la mano, quemaban las obras de los mercenarios, y volvían a subir.

Matho estaba enfurecido; cada obstáculo avivaba su cólera; se le ocurrían cosas terribles y extravagantes. Convocó a Salambó, mentalmente, a una cita, y la esperó. Como no acudió, le pareció aquello una nueva traición y desde entonces la execró. Si hubiera visto su cadáver, tal vez se hubiese ido. Dobló el número de puestos en las avanzadas, plantó horcas al pie del baluarte, disimuló trampas en el suelo y mandó a los libios que le trajeran todo un bosque para prenderle fuego allí y quemar a Cartago como a una madriguera de zorros.

Spendius se obstinaba en continuar el asedio. Tratava de inventar máquinas espantosas, como no se habían visto nunca.

Los otros bárbaros acampados a lo lejos, en el istmo, se sorprendían de aquella lentitud; murmuraban; se los dejó en libertad de acción.

Entonces se precipitaron con sus cuchillas y jabalinas, con las que golpeaban las puertas. Pero como por la desnudez de su cuerpo era fácil herirlos, los cartagineses los mataban a placer y los mercenarios se alegraron de ello, sin duda por la codicia del botín. A causa de esto se originaron riñas y peleas entre ellos. Luego, como la campiña estaba devastada, enseguida comenzaron a disputarse los víveres. Iban descorazonándose. Hordas numerosas se marcharon. La muchedumbre era tan inmensa que ni se notó.

Los más esforzados intentaron cavar minas; el terreno, mal sostenido, se derrumbó. Comenzaron a hacerlas en otros sitios; Amílcar adivinaba siempre su dirección aplicando su oído contra un escudo de bronce. Horadó contraminas debajo del camino que debían recorrer las torres de madera; cuando quisieron empujarlas, éstas se hundieron en los agujeros.

Finalmente, todos reconocieron que la ciudad era inexpugnable, mientras no se levantara hasta la altura de las murallas una larga terraza que permitiese combatir al mismo nivel y se pavimentase su cima para hacer rodar las máquinas por encima. Entonces le sería imposible a Cartago resistir.

**

La ciudad comenzaba a padecer sed. El agua, que al principio del asedio valía dos kesitah la carga, se vendía ahora a un shekel de plata; las provisiones de carne y de trigo se agotaban también; tenían miedo al hambre; algunos incluso hablaban de las bocas inútiles, lo que asustaba a todo el mundo.

Desde la plaza de Kamón hasta el templo de Melkart, los cadáveres interceptaban las calles; y como se estaba a fines de verano, unas moscas negras, muy grandes, hostigaban a los combatientes. Los viejos transportaban a los heridos, y la gente devota continuaba los funerales ficticios de sus allegados que habían muerto a lo largo de la guerra. Estatuas de cera con cabellos y vestidos se ponían atravesadas en las puertas. Se fundían al calor de los cirios que ardían junto a dilas; la pintura corría por sus hombros, y los llantos se desbordaban a raudales por la cara de los vivos, que salmodiaban a su lado canciones lúgubres. La muchedumbre, mientras tanto, corría; pasaban bandas armadas; los capitanes gritaban órdenes, y se oía constantemente el golpear de los arietes contra el baluarte.

La temperatura se hizo tan sofocante que los cuerpos se hinchaban y no cabían en los ataúdes. Los quemaban en medio de los patios. Pero las hogueras, en espacio tan reducido, incendiaban las paredes vecinas, y grandes llamaradas salían, de pronto, de las casas, como sangre que brota de una arteria. Así poseía Moloch a Cartago; cercaba los baluartes, rondaba por las calles, devoraba hasta los cadáveres.

Hombres que llevaban, en señal de desesperación, mantos hechos con harapos recogidos, se situaron en las esquinas de las encrucijadas. Declamaban contra los ancianos, contra Amílcar, predecían al pueblo una ruina completa y lo incitaban a destruirlo todo y a permitirse toda clase de excesos. Los más peligrosos eran los bebedores de beleño; en sus crisis se creían bestias feroces y se arrojaban sobre los que pasaban para despedazarlos. La gente formaba grupos levantiscos alrededor de ellos; se olvidaba la defensa de Cartago. El sufeta ideó pagar a otros para sostener su política.

A fin de retener en la ciudad el genio de los dioses, habían cubierto de cadenas sus símbolos. Pusieron velos negros sobre los pataicos y cilicios alrededor de los altares, se procuraba excitar el orgullo y la envidia de los Baals cantándoles al oído: «¿Vas a dejarte vencer? ¿Acaso los otros son más fuertes que tú? ¡Ayúdanos! Muestra quién eres, para que los pueblos no digan: “¿Dónde están ahora sus dioses?”».

Una constante ansiedad agitaba a los colegios de los pontífices. Los de la Rabbetna sobre todo tenían miedo, pues la restitución del zaimph no había servido para nada. Permanecían encerrados en el tercer recinto, inexpugnable como una fortaleza. Sólo uno de ellos se atrevía a salir: el gran sacerdote Schahabarim.

Iba a casa de Salambó. Pero se quedaba muy silencioso, contemplándola con una extraña fijeza, o bien decía algo, y los reproches que le hacía eran más duros que nunca.

Por una contradicción inconcebible no perdonaba a la joven que hubiese seguido sus órdenes; Schahabarim había adivinado todo, y la obsesión de esta idea avivaba la envidia de su impotencia. La acusaba de ser la causa de la guerra. Según él, Matho sitiaba a Cartago para volver a apoderarse del zaimph, y profería imprecaciones e ironías contra aquel bárbaro, que pretendía poseer cosas santas. No era esto, sin embargo, lo que el sacerdote quería decir.

No inspiraba a Salambó temor alguno. Las ansiedades que antes la dominaban se le habían disipado. Una tranquilidad singular reinaba en ella. Sus miradas, más firmes, brillaban con un límpido fulgor. Entre tanto, la pitón había vuelto a caer enferma; y como Salambó, por el contrario, iba mejorando, la vieja Taanach se alegraba, convencida de que pasaba a la serpiente el decaimiento de su ama.

Una mañana la encontró detrás del lecho de pieles de buey, totalmente enroscada en sí misma, más fría que un mármol y con la cabeza oculta bajo un montón de gusanos. A los gritos de la nodriza, acudió Salambó. La removió un rato con la punta de su sandalia, y la esclava quedó sorprendida de su insensibilidad.

La hija de Amílcar no prolongaba ya sus ayunos con tanto fervor. Se pasaba los días en lo alto de su terraza, con los codos apoyados en la balaustrada, distrayéndose en contemplar el horizonte. La parte superior de la muralla, al extremo de la ciudad, reportaba en el cielo zigzags desiguales, y las lanzas de los centinelas formaban como una orla de espigas. Divisaba más allá, entre las torres, las maniobras de los bárbaros; los días en que no había asalto, podía incluso observar sus ocupaciones. Remendaban sus armas, se engrasaban la cabellera o bien se lavaban en el mar sus brazos ensangrentados; las tiendas tenían echadas sus telas; las acémilas comían; y, en lontananza, las hoces de los carros, puestos en semicírculo, parecían una cimitarra de plata tendida al pie de los montes. Los discursos de Schahabarim volvían a su memoria. Esperaba a su desposado Narr-Havas. Hubiese querido, a pesar de su odio, ver de nuevo a Matho. De todos los cartagineses, ella era quizá la única persona que le hubiese hablado sin miedo.

Con frecuencia, su padre subía a su habitación. Se sentaba jadeando sobre

los cojines y la contemplaba casi enternecido, como si al verla encontrase un alivio a sus fatigas. A veces le hacía preguntas sobre su viaje al campamento de los mercenarios. Le preguntó incluso si acaso alguien la había impulsado a hacerlo, y, con un gesto de cabeza, le respondía que no, tan orgullosa estaba de haber salvado el zaimph.

Pero el sufeta volvía siempre a hablar de Matho, con el pretexto de que le diera informes militares. No comprendía en qué pudo emplear ella las horas que había pasado en la tienda. En efecto, Salambó no hablaba de Giscón; pues como las palabras tenían para ellos un poder efectivo, las maldiciones que se contaban a alguien podían volverse contra éste, y ocultaba su tentativa de asesinato, pues temía que le reprochasen que no lo hubiera consumado. Decía que el schalischim parecía furioso, que había gritado mucho y que después se había dormido. Salambó no contaba más por vergüenza tal vez, o bien porque un candor excesivo le hiciera no dar importancia a los besos del soldado. Todo esto, por lo demás, flotaba en su mente melancólica y brumosa como el recuerdo de una pesadilla; y no hubiera sabido de qué manera, ni con qué palabras expresarlo.

Una noche en que se encontraban uno enfrente del otro, apareció Taanach muy asustada. Un viejo con un niño aguardaba allí, en el patio y quería ver al sufeta.

Amílcar palideció, luego replicó vivamente:

—¡Que suban!

Entró Iddíbal, sin prosternarse. Llevaba de la mano a un muchacho cubierto con un manto de piel de macho cabrío, y enseguida, levantando la capucha que ocultaba su rostro, exclamó:

—¡Aquí lo tienes, amo! ¡Tómalo!

El sufeta y el esclavo se retiraron a un rincón de la habitación.

El niño permaneció en el centro, de pie; y, con una mirada más de curiosidad que de asombro, examinaba el techo, los muebles, los collares de perlas tirados sobre las tapicerías de púrpura y aquella majestuosa joven que se inclinaba hacia él.

Tendría unos diez años y no era más alto que una espada romana. Sus crespos cabellos sombreaban su frente abombada. Parecía como si sus pupilas buscasen espacio. Las ventanas de su fina nariz se dilataban ampliamente; en toda su persona se mostraba ostensiblemente el indefinible esplendor de los que están destinados a altas empresas. Cuando se hubo quitado su manto demasiado pesado, apareció vestido con una piel de lince ceñida a su cintura, y apoyada resueltamente sobre las losas sus piecillos descalzos,

completamente blancos de polvo. Pero, sin duda, adivinó que se trataba de cosas importantes, pues permanecía inmóvil, con una mano a la espalda y la otra en la barbilla, con un dedo en la boca y la cabeza agachada, en actitud pensativa.

Por fin, Amílcar, con un ademán, llamó a Salambó y le dijo en voz baja:

—Lo guardarás en tu habitación, ¿entiendes? Es preciso que nadie, ni aun los de casa, sepan que está aquí.

Luego, detrás de la puerta le preguntó una vez más a Iddíbal si estaba seguro de que no los habían visto.

—¡No! —dijo el esclavo—. Las calles estaban vacías.

Como la guerra ardía en todas las provincias había temido por el hijo de su amo. Entonces, no sabiendo dónde ocultarlo, había venido bordeando las costas, en una chalupa; y desde hacía tres días merodeaba por el golfo, observando los baluartes. Por fin, aquella noche, como los alrededores de Kamón parecían estar desiertos, había franqueado el canal con presteza y, encontrando libre la entrada del puerto, había desembarcado cerca del arsenal.

**

Los bárbaros no tardaron en establecer una inmensa balsa para impedir a los cartagineses salir de la ciudad. Elevaban las torres de madera y al mismo tiempo dieron principio a la terraza artificial.

Al ser interceptadas las comunicaciones con el exterior, comenzó a padecerse un hambre intolerable.

Mataron todos los perros, todos los mulos, todos los asnos, y luego los quince elefantes que había traído el sufeta. Los leones del templo de Moloch se habían enfurecido, y los hieródulos no osaban acercarse a ellos. Se los alimentó primero con los heridos de los bárbaros; luego les dieron cadáveres aún calientes; los rehusaron y murieron todos. A la hora del crepúsculo se veían gentes que vagaban a lo largo de las murallas viejas, y recogían entre las piedras hierbas o flores para cocerlas con vino, pues el vino costaba menos que el agua. Otros se deslizaban hasta las avanzadas del enemigo y se introducían en las tiendas para robar alimentos. Los bárbaros, llenos de asombro, a veces los dejaban irse. Llegó por fin un día en que los ancianos resolvieron degollar los caballos de Eschmún. Eran animales sagrados, a los que los pontífices trenzaban las crines con cintas de oro, y significaban para su existencia el movimiento del sol, la idea del fuego en su forma más elevada. Su carne, cortada en porciones iguales, fue ocultada detrás del altar. Luego, todas las noches, con el pretexto de cualquier acto devoto, los ancianos subían al templo, y se regalaban a escondidas, y se llevaban bajo sus túnicas un trozo

de carne para sus hijos. En los barrios desiertos lejos de las murallas, los habitantes menos pobres, por miedo a los demás, habían levantado parapetos.

Las piedras de las catapultas y las demoliciones ordenadas para la defensa habían acumulado montones de ruinas en medio de las calles. A las horas más tranquilas, de repente, masas del pueblo se lanzaban vociferando; y, desde lo alto de la acrópolis, los incendios formaban como jirones de púrpura dispersos que el viento agitaba sobre las terrazas.

Las tres grandes catapultas, a pesar de aquellos trabajos, no cesaban en su labor de destrucción. Sus estragos eran extraordinarios; así, una vez la cabeza de un hombre fue a chocar contra el frontón de las syssitas; en la calle de Kinisdo, una parturienta fue aplastada por un bloque de mármol, y su hijo, con la cuna, lanzado hasta la encrucijada de Cinasyn, donde se encontró la manta.

Lo más irritante eran las piedras de los honderos. Caían sobre los tejados, en los jardines y en medio de los patios, mientras, sentados a la mesa, se estaba comiendo un pobre yantar, con el corazón encogido de angustia. Aquellos atroces proyectiles llevaban grabadas leyendas que se imprimían en las carnes; y en los cadáveres, se leían injurias, tales como puerco, chacal, gusano, y a veces burlas como: ¡Atrapado! o ¡Lo tengo bien merecido!

La parte de la fortificación que se extendía desde el ángulo de los puertos hasta la altura de las cisternas cayó derribada. Las gentes de Malqua se encontraron cogidas entre el antiguo recinto de Byrsa y los bárbaros. Pero ya tenían bastante trabajo con espesar la muralla y elevarla lo más alto posible, para ocuparse de ellos; los abandonaron; todos perecieron; y aunque fuesen odiados por los cartagineses, desde entonces Amílcar inspiró un gran horror.

Al día siguiente, ordenó abrir los silos donde se guardaba el trigo; sus intendentes lo repartieron entre el pueblo. Durante tres días se hartaron.

La sed se hizo más intolerable, y veían constantemente ante sus ojos la gran cascada que formaba al caer el agua clara del acueducto. Bajo los rayos del sol, un fino vaho subía de su base, con un arco iris al lado y un arroyuelo que, haciendo curvas en la playa, iba a verterse en el golfo.

Amílcar no se intimidaba. Contaba con algo imprevisto, decisivo, extraordinario.

Sus propios esclavos arrancaron las láminas de plata del templo de Melkart, sacaron del puerto cuatro grandes naves, con cabrestantes, las transportaron hasta el pie de los Mappales, fue horadada la muralla que daba a la ribera, y partieron para las Galias a fin de comprar, a cualquier precio, mercenarios. Sin embargo, Amílcar se desolaba por no poder comunicar con el rey de los númidas, pues sabía que estaba a la retaguardia de los bárbaros, presto a caer sobre ellos. Pero Narr-Havas, demasiado débil para esto, no iba a

arriesgarse solo; y el sufeta ordenó levantar la muralla doce palmos, reunir en la acrópolis todo el material de los arsenales y reparar una vez más las máquinas.

Como madejas para las catapultas se empleaban tendones del cuello de los toros o de los jarretes de los ciervos. Pero ya no quedaban en Cartago ni ciervos ni toros. Amílcar pidió a los ancianos las cabelleras de sus mujeres; todas las entregaron, pero no hubo suficiente. Había en las edificaciones de las dissitas mil doscientas esclavas núbiles, de las que se destinaban a las prostituciones de Grecia y de Italia, y sus cabellos, que se habían vuelto elásticos por el uso de los ungüentos, resultaban ser maravillosos para las máquinas de guerra. Pero la pérdida sería luego demasiado considerable. Se decidió, pues, que se elegirían entre las esposas de los plebeyos las más hermosas cabelleras. Sin cuidarse de las necesidades de la patria, éstas gritaban desesperadas cuando los criados de los ciento llegaron, tijera en mano, a cumplir la orden.

Un redoblado furor animaba a los bárbaros. Se los veía desde lejos coger la grasa de los muertos para ensebar sus máquinas y otros les arrancaban las uñas, que cosían unas con otras para hacerse corazas. Idearon poner en las catapultas vasijas llenas de serpientes traídas por los negros; los pucheros de arcilla se rompían en las losas, las serpientes corrían, pululaban por doquier, y eran tan numerosas, que parecían salir naturalmente de los muros. Luego, los bárbaros, no satisfechos de esta invención, la perfeccionaron; lanzaban toda clase de inmundicias, de excrementos humanos, de carroña y de cadáveres. Apareció la peste. A los cartagineses se les caían los dientes, y tenían las encías descoloridas, como las de los camellos después de un largo viaje.

Subieron las máquinas a la terraza, aunque ésta no alcanzaba aún la altura del baluarte. Frente a las veintitrés torres de las fortificaciones se alzaban otras veintitrés torres de madera. Todos los tolenones habían sido remontados, y en el centro, un poco más atrás, aparecía la formidable helépolis de Demetrio Poliorcetes, que Spendius, al fin, había conseguido reconstruir. Piramidal como el faro de Alejandría, tenía ciento treinta codos de alto por veintitrés de anchura, con nueve pisos que iban disminuyendo hacia la parte superior y que estaban protegidos por láminas de bronce, agujereados por numerosas puertas y llenos de soldados; en la plataforma superior había una catapulta y dos ballestas.

Entonces, Amílcar hizo levantar cruces para los que hablaran de rendirse, y fueron enroladas hasta las mujeres. Se dormía en las calles y se despertaban llenos de ansiedad.

Una mañana, un poco antes de salir el sol —era el séptimo día del mes de myssán—, oyeron un gran clamor lanzado por todos los bárbaros a la vez; las

trompetas de tubo de plomo roncaban y los grandes cuernos paflagonios mugían como toros. Todos se levantaron y corrieron al baluarte.

Un bosque de lanzas, de picas y de espadas se erizaba en su base. Saltaron contra la muralla, acercaron las escalas, y las cabezas de algunos bárbaros aparecieron en los huecos de las almenas.

Vigas sostenidas por largas filas de hombres golpeaban las puertas; y en los lugares donde no había terraza, los mercenarios, para demoler la muralla, llegaban en apretadas cohortes; los de la primera fila en cuclillas, los de la segunda agachados, y los demás irguiéndose gradualmente hasta los últimos, que iban completamente de pie; mientras en otras partes, para subir arriba, los más altos avanzaban en cabeza, los más bajos en último lugar, y todos, con el brazo izquierdo, apoyaban los escudos sobre los cascos, juntándolos por el borde tan estrechamente, que parecía un conjunto de grandes tortugas. Los proyectiles resbalaban sobre estas masas oblicuas.

Los cartagineses lanzaban ruedas de molino, cubas, toneles, camas, todo lo que podía pesar y aplastar. Algunos acechaban en las aberturas de una red de pescar, y cuando llegaba el bárbaro, se veía atrapado entre las mallas, debatiéndose como un pez. Demolían ellos mismos sus almenas; derrumbaban lienzos de muralla levantando una gran polvareda, y las catapultas de la terraza, disparando unas contra otras, chocaban sus piedras y estallaban en mil pedazos que caían sobre los combatientes como una granizada.

Muy pronto los dos bandos no formaron más que una sólida cadena de cuerpos humanos; desbordando el espacio de la terraza, y un poco más floja en los extremos, daba vueltas sin avanzar nunca. Se apretaban tendidos boca abajo como luchadores, aplastándose. Las mujeres aullaban inclinadas sobre las almenas. Les arrancaban los velos, y la blancura de sus senos, desnudos de pronto, brillaba entre los brazos de los negros que hundían allí sus puñales. Había cadáveres que, oprimidos entre la apiñada multitud, no caían al suelo; sostenidos por los hombros de sus compañeros, iban algunos minutos de pie y con los ojos abiertos. Algunos, con las dos sienes atravesadas por una jabalina, balanceaban su cabeza como osos. Bocas que se abrían para gritar se quedaban así, rígidas, mientras a otros les volaban por los aires las manos cortadas. Hubo golpes famosos, de los que hablaron durante mucho tiempo los supervivientes.

Mientras tanto, las flechas brotaban a chorros desde lo alto de las torres de madera y de las torres de piedra. Los tolenones movían rápidamente sus largas antenas, y como los bárbaros habían saqueado en las catacumbas el viejo cementerio de los autóctonos, lanzaban sobre los cartagineses losas sepulcrales. Bajo el peso de las cestas demasiado cargadas, algunas veces se rompían los cables, y masas de hombres, levantando los brazos, caían desde lo

alto.

Hasta el mediodía, los veteranos de los hoplitas habían atacado encarnizadamente contra la Taenia para penetrar en el puerto y destruir la flota. Amílcar hizo encender sobre la techumbre de Kamón un fuego de paja húmeda; al cegarles la humareda, se volvieron hacia la izquierda, viniendo a aumentar la horrible batahola que se aprestaba en Malqua. Sintagmas compuestas de hombres robustos, escogidos a propósito, habían derribado tres puertas. Altas barreras, hechas con tablas provistas de clavos, los detuvieron; la cuarta puerta cedió fácilmente; se lanzaron por encima de ella corriendo y rodaron a un foso en el que se habían ocultado cepos. En el ángulo sudeste, Autharita y sus hombres abatieron el baluarte por una grieta que estaba tapada con ladrillos. Por detrás, el terreno subía en cuesta; treparon por él con toda presteza. Pero arriba se encontraron con una segunda muralla, compuesta de piedras y de vigas tendidas de plano, que alternaban como las casillas de un tablero de ajedrez. Era una costumbre gala adoptada por el sufeta ante lo apurado de la situación; los galos creyeron encontrarse delante de una ciudad de su país. Atacaron con flojedad y fueron rechazados.

Desde la calle de Kamón hasta el mercado de las hierbas, todo el camino de ronda estaba ahora en poder de los bárbaros, y los samnitas remataban a los moribundos a golpes de venablo; o bien, poniendo un pie en el muro, contemplaban debajo de sí las ruinas humeantes, y a lo lejos la batalla que volvía a entablarse.

Los honderos, distribuidos en la retaguardia, disparaban sin cesar. Pero, a fuerza de usarse, la cazuela de las hondas acarnanianas se había roto, y muchos, igual que los pastores, tiraban cantos con la mano; otros lanzaban bolas de plomo con el mango de un látigo. Zarxas, con los hombros cubiertos por sus largos cabellos negros, acudía a todas partes brincando y animaba a los baleares. Dos zurrones le colgaban hasta la cadera; en ellos hundía continuamente la mano izquierda, mientras su brazo derecho volteaba como la rueda de un carro.

Matho, al principio, se abstuvo de combatir, para poder mandar mejor a todos los bárbaros a la vez. Se le había visto a lo largo del golfo con los mercenarios, cerca de la laguna con los nómadas, a la orilla del lago entre los negros, y desde el fondo de la llanura lanzaba a las masas de los soldados que llegaban sin cesar contra las líneas de las fortificaciones. Poco a poco se había acercado; el olor de la sangre, el espectáculo de la matanza y el estruendo de los clarines había acabado por enardecerle el corazón. Entonces se había vuelto a su tienda y, arrojando la coraza, había cogido su piel de león, más cómoda para la batalla. El hocico se adaptaba sobre la cabeza rodeando la cara de un círculo de colmillos; las dos patas anteriores se cruzaban sobre el pecho, y las de atrás alargaban sus garras hasta más abajo de sus rodillas.

Se había quedado su recio cinturón en el que relucía un hacha de doble filo, y empuñando su gran espada con ambas manos, se había lanzado por la brecha, impetuosamente. Como un podador que corta ramas de sauce, y que trata de abatir el mayor número posible para ganar más dinero, así avanzaba segando cartagineses a su alrededor. A los que intentaban cogerlo por los flancos, los derribaba golpeándolos con el pomo de la espada; cuando lo atacaban de frente, los atravesaba de parte a parte; si huían, se arrojaba a fondo sobre ellos. Dos hombres a la vez saltaron a su espalda; retrocedió de un salto junto a una puerta y los aplastó. Su espada subía y bajaba descargando golpes sin cesar. Se rompió contra la esquina de una pared. Entonces echó mano a su pesada hacha, y por delante, y por detrás, reventaba cartagineses como si fueran un rebaño de ovejas. Se apartaban a su paso, y llegó completamente solo ante el segundo recinto, al pie de la acrópolis. Los materiales lanzados desde la cumbre llenaban de escombros las gradas y desbordaban sobre la muralla Matho, en medio de las ruinas, se volvió para llamar a sus compañeros.

Vio sus penachos diseminados sobre la multitud; se sumían en ella, iban a perecer; se abalanzó hacia ellos; entonces, al estrecharse la vasta corona de plumas rojas, se reunieron enseguida y lo rodearon. Pero de las calles laterales desembocaba una enorme multitud. Fue llevado en vilo hasta fuera del baluarte, en un lugar donde la terraza era alta.

Matho dio a gritos una orden: todos los escudos se plegaron sobre los cascos; saltó encima, para agarrarse donde pudiera y volver a entrar en Cartago; y, blandiendo el hacha terrible, corría por encima de los escudos, semejantes a olas de bronce, como un dios marino sobre las olas, agitando su tridente.

Mientras tanto, un hombre de túnica blanca se paseaba junto al borde del baluarte, impasible e indiferente a la muerte que lo rodeaba. A veces extendía su mano derecha sobre sus ojos como si intentase descubrir a alguien. Matho acertó a pasar bajo su vista. Súbitamente, sus pupilas llamearon, su rostro lívido se crispó y, levantando sus escuálidos brazos, le vociferaba injurias.

Matho no las oyó, pero sintió penetrar en su corazón una mirada tan cruel y tan furiosa que lo hizo lanzar un rugido. Le tiró con el hacha; unas gentes se echaron sobre Schahabarim; y Matho, no viéndolo más, se dejó caer de espaldas, agotado.

Un crujido espantoso se acercaba, mezclado con el ritmo de voces roncadas que cantaban al compás.

Era la gran helépolis, rodeada por una turba de soldados. La arrastraban con dos manos, la remolcaban con cuerdas y la empujaban con la espalda, pues el talud que subía de la llanura a la terraza, aunque era muy suave,

resultaba impracticable para máquinas de peso tan prodigioso. Tenía, sin embargo, ocho ruedas con llantas de hierro, y desde la mañana avanzaba así, lentamente, como una montaña que se hubiese encaramado sobre otra. Luego salió de su base un inmenso ariete; a lo largo de las tres caras que daban a la ciudad, se abrieron las puertas, y en su interior aparecieron, como columnas de hierro, soldados acorazados. Se los veía trepar y descender por las dos escaleras a través de sus pisos. Algunos esperaban para lanzarse a que los pestillos de las puertas tocasen en la muralla; en el centro de la plataforma superior, las madejas de las ballestas giraban, y el gran timón de la catapulta descendía.

Amílcar estaba, en aquel momento, de pie en el terrado de Melkart. Había supuesto que la máquina debía dirigirse directamente hacia allí, contra la parte de la muralla más invulnerable y, por esto mismo, desguarnecida de centinelas. Desde hacía mucho tiempo ya sus esclavos llevaban odres al camino de ronda, donde habían levantado, con arcilla, dos tabiques transversales que formaban una especie de alberca. El agua corría insensiblemente sobre la terraza, y Amílcar, cosa extraordinaria, parecía no preocuparse de ello.

Pero, cuando la helépolis estuvo a unos treinta pasos, ordenó colocar tablas por encima de las calles, de casa a casa, desde las cisternas hasta el baluarte; y las gentes, formando cuerda, se pasaban de mano en mano cascos y ánforas que vaciaban continuamente. Los cartagineses, sin embargo, se indignaban por esta pérdida de agua. El ariete demolía la muralla; de pronto, brotó una fuente de entre las piedras. Entonces la alta masa de bronce, de nueve pisos y en la que cabían y contenía más de tres mil soldados, comenzó a oscilar suavemente como un navío. En efecto, el agua, penetrando en la terraza, había socavado el camino delante de la máquina; sus ruedas se encenagaron; en el primer piso, entre cortinas de cuero, apareció la cabeza de Spendius soplando a pleno pulmón en un cuerno de marfil. El enorme ingenio, como agitado convulsivamente, avanzó unos diez pasos, pero el terreno era cada vez más blando, el fango llegaba a los ejes y la helépolis se detuvo, inclinándose espantosamente de un lado. La catapulta rodó hasta el borde de la plataforma y, arrastrada por el peso de su timón, cayó, aplastando bajo ella a los pisos inferiores. Los soldados que estaban de pie en las puertas cayeron al abismo, o bien se retenían en el extremo de largas vigas, aumentando con su peso la inclinación de la helépolis, que se resquebrajaba crujiendo por todas sus juntas.

Los demás bárbaros acudieron en su auxilio. Se amontonaban en una masa compacta. Los cartagineses descendieron del baluarte y, atacándolos por retaguardia, los mataron a discreción. Pero acudieron los carros provistos de hoces. Galopaban alrededor de aquella multitud, que volvió a ganar la muralla; cayó la noche, y poco a poco los bárbaros se retiraron.

No se veía en el llano más que una especie de hormiguero completamente negro, desde el golfo azulado hasta la laguna completamente blanca; y el lago, hacia donde había corrido la sangre, se mostraba más lejos, como una gran mancha purpúrea.

La terraza estaba ahora tan cargada de cadáveres que parecía construida con cuerpos humanos. En medio se erguía la helépolis, cubierta de armaduras; y, de cuando en cuando, se desprendían de ella fragmentos enormes, como piedras de una pirámide que se desmorona. Se distinguían en las murallas anchos rastros hechos por los chorros de plomo hirviendo. Acá y allá ardía una torre de madera derruida; y las casas aparecían vagamente como las gradas de un anfiteatro en ruinas.

Densas humaredas se elevaban, despidiendo chispas que se perdían en el cielo oscuro.

**

Entre tanto, los cartagineses, a quienes devoraba la sed, se habían abalanzado hacia las cisternas. Rompieron sus puertas. Un charco cenagoso aparecía en el fondo.

¿Qué sucedería ahora? Además, los bárbaros eran innumerables y, una vez pasada su fatiga, volverían a la carga.

El pueblo, durante toda la noche, deliberó por secciones, en las esquinas de las calles. Unos decían que se debía despedir a las mujeres, a los enfermos y a los viejos; otros proponían abandonar la ciudad para establecerse lejos, en una colonia. Pero faltaban los barcos, y salió el sol sin que se hubiese decidido nada.

Aquel día no se peleó, pues todos estaban abrumados de cansancio. Las gentes que dormían tenían aspecto de cadáveres.

Entonces los cartagineses, reflexionando sobre la causa de sus desastres, se acordaron de que no habían enviado a Fenicia la ofrenda anual debida al Melkart Tirio; y un inmenso terror se apoderó de ellos. Los dioses, indignados contra la república, iban sin duda a proseguir su venganza.

Se los consideraba como amos crueles, a quienes se apaciguaba con súplicas y se los corrompía a fuerza de dádivas. Todos eran insignificantes comparados con Moloch, el devorador. La vida, la carne misma de los hombres le pertenecían; así pues, para salvarla, los cartagineses tenían la costumbre de ofrecerle una porción de ella para calmar su furor. Se quemaba a los niños en la frente o en la nuca con mechales de lana; y esta manera de satisfacer al Baal reportaba a los sacerdotes mucho dinero, por lo que no dejaban de recomendarla como la más fácil y llevadera.

Pero esta vez se trataba de la república misma. Ahora bien, como todo provecho se resarce con una pérdida determinada, como toda transacción se regula según las necesidades del más débil y las exigencias del más fuerte, no había sacrificio demasiado exorbitante para el dios, puesto que se deleitaba en los más horribles y se estaba ahora bajo su voluntad. Era preciso, pues, saciarlo por completo. Los ejemplos probaban que aquel medio hacía desaparecer el azote. Por otra parte, creían que una inmolación por el fuego purificaría a Cartago. La ferocidad del pueblo se gozaba en aquel espectáculo por anticipado. Además, la elección debía recaer exclusivamente entre las familias más importantes.

Los ancianos se reunieron. La sesión fue larga. Hannón había asistido a ella. Como ya no podía sentarse, permaneció tumbado cerca de la puerta, medio oculto entre las franjas de la alta tapicería; y cuando el pontífice de Moloch les preguntó si consentirían en entregar a sus hijos, su voz, de repente, estalló en la sombra como el rugido de un genio en el fondo de una caverna. Lamentaba, decía, no tener hijos para darles su propia sangre; y miraba fijamente a Amílcar, que estaba frente a él, al otro extremo de la sala. Al sufeta le turbó de tal modo aquella mirada, que bajó la vista. Todos aprobaron con una inclinación de cabeza, sucesivamente; y, conforme a los ritos, tuvo que responder al gran sacerdote: «Así sea». Entonces los ancianos decretaron el sacrificio por una perífrasis tradicional, pues hay cosas que cuestan más decir que hacer.

La decisión fue conocida en Cartago inmediatamente; atronaron las lamentaciones. Por todas partes se oía gritar a las mujeres; sus maridos las consolaban o las recriminaban haciéndoles amonestaciones.

Pero, tres horas después, circuló una noticia aún más extraordinaria: el sufeta había encontrado manantiales al pie del acantilado. La gente echó a correr hacia allí. Unos agujeros cavados en la arena se llenaban de agua; y ya algunos, echados de bruces, bebían en ellos.

Amílcar mismo no sabía si esto era por una disposición de los dioses o el vago recuerdo de una revelación que su padre le había hecho tiempo atrás; pero, al separarse de los ancianos, había bajado a la playa y, con sus esclavos, se había puesto a cavar en el casquijo.

Repartió ropas, calzado y vino. Repartió todo el resto del trigo que quedaba en su casa. Incluso hizo entrar a la multitud en su palacio, y abrió las cocinas, los almacenes y todas las habitaciones, excepto la de Salambó. Anunció que iban a llegar seis mil mercenarios galos, y que el rey de Macedonia enviaba un ejército.

Pero, desde el segundo día, los manantiales disminuyeron; en la noche del tercero se habían agotado por completo. Entonces el decreto de los ancianos

pasó de nuevo de boca en boca y los sacerdotes de Moloch comenzaron su tarea.

Hombres vestidos de negro se presentaron en las casas. Muchos las abandonaban anticipadamente con el pretexto de cualquier asunto o compra que iban a realizar; los sirvientes de Moloch llegaban y se apoderaban de los niños. Otros los entregaban ellos mismos, estúpidamente. Luego se los llevaban al templo de Tanit, donde las sacerdotisas estaban encargadas de alimentarlos y distraerlos hasta el día solemne.

Se presentaron de improviso en casa de Amílcar y, al verlo en los jardines, le gritaron:

—¡Barca! Venimos a lo que sabes... ¡Por tu hijo! —y añadieron que unas gentes se lo habían encontrado una noche de la otra luna, en mitad de los Mappales, acompañado de un viejo.

Al pronto, sintió como un sofoco. Pero comprendiendo inmediatamente que toda negativa sería en vano, Amílcar se inclinó y los introdujo en la casa de comercio. Unos esclavos que acudieron a una señal suya vigilaban los contornos.

Entró en la cámara de Salambó completamente trastornado. Cogió de una mano a Aníbal, arrancó con la otra la presilla de un vestido que arrastraba, ató sus pies, sus manos, le introdujo una extremidad en la boca a modo de mordaza y lo ocultó debajo de la cama de pieles de buey, dejando colgar hasta el suelo un amplio ropaje.

A continuación se paseó agitadamente por la habitación; levantaba los brazos, giraba sobre sí mismo, se mordía los labios. Luego se quedó con la vista fija y jadeando como si fuese a morir.

Pero llamó por tres veces con las manos. Giddenem apareció.

—¡Escucha! —le dijo—. Busca entre los esclavos a un muchacho de ocho a nueve años, de pelo negro y frente abombada. ¡Tráemelo! ¡Date prisa!

Giddenem volvió enseguida, acompañado de un mozuelo.

Era un pobre muchacho, a la vez flaco y abotagado; su piel parecía de un color terroso como el infecto harapo que colgaba de su cintura; encogía la cabeza entre los hombros, y con el revés de la mano se frotaba sus ojos, llenos de moscas.

¡Era imposible confundirlo con Aníbal! ¡Y no había tiempo para buscar otro! Amílcar miraba a Giddenem con deseos de estrangularlo.

—¡Vete! —gritó, y el jefe de los esclavos se fue.

Así pues, la desgracia que temía desde hacía tanto tiempo había llegado, y

buscaba desesperadamente si no habría alguna manera, algún medio de evitarla.

De pronto se oyó a Abdalomin hablar detrás de la puerta. Preguntaba por el sufeta. Los servidores de Moloch se impacientaban.

Amílcar contuvo un grito, como si le aplicaran un hierro candente; y de nuevo comenzó a pasear por la estancia como un insensato. Luego salió al borde de la balaustrada, y con los codos en las rodillas, se apretaba la frente con sus dos puños cerrados.

El pilón de pórfido contenía aún un poco de agua clara para las abluciones de Salambó. A pesar de su repugnancia y de todo su orgullo, el sufeta metió allí al niño, y, como un mercader de esclavos, empezó a lavarlo y a restregarlo con las strigilas y la tierra roja. Cogió luego de los estantes que había alrededor de la pared dos cuadrados de púrpura, le colocó uno en el pecho y otro en la espalda, y los unió junto a las clavículas por medio de dos broches de diamantes. Vertió un perfume sobre su cabeza, le puso en el cuello un collar de electro y le calzó unas sandalias con tacones de perlas: ¡las propias sandalias de su hija! El niño sonreía, deslumbrado por aquellos esplendores, e incluso, perdiendo la timidez, empezaba a palmotear y a saltar cuando Amílcar se lo llevó.

Lo sujetaba por el brazo con fuerza, como si tuviera miedo de perderlo; y el niño, a quien este apretón le hacía daño, lloriqueaba mientras corría junto a él.

Al llegar a la altura de la ergástula, bajo una palmera, se elevó una voz suplicante y dolorida. Murmuraba: «¡Amo, amo!».

Amílcar se volvió y se encontró a su lado a un hombre de abyecta apariencia, a uno de aquellos miserables que vivían por ventura en la casa.

—¿Qué quieres? —le dijo el sufeta.

El esclavo, que temblaba convulsivamente, balbució:

—¡Yo soy su padre!

Amílcar continuaba andando; el otro lo seguía, encorvado, con las piernas dobladas y la cabeza hacia adelante. Su rostro convulso reflejaba una angustia infinita, y le ahogaban los sollozos que reprimía, por el deseo que tenía de preguntarle y de gritarle a la vez: «¡Piedad!».

Al fin se atrevió a tocarlo ligeramente con el dedo en el codo.

—¿Es que lo llevas a...? —no tuvo fuerzas para terminar, y Amílcar se detuvo, asombrado de tanto dolor.

Nunca se le había ocurrido —tan grande era el abismo que los separaba—

que pudiese haber entre ellos nada de común. Esto incluso le pareció una especie de ultraje y como usurpación de sus privilegios. Le respondió con una mirada más fría y cortante que el hacha de un verdugo; el esclavo, desmayándose, cayó en el polvo, a sus pies. Amílcar saltó por encima.

Los tres hombres vestidos de negro lo esperaban en el salón, de pie, junto al disco de piedra. Inmediatamente se rasgó sus vestiduras y se revolcaba sobre las losas lanzando gritos agudos:

—¡Ay, mi pequeño Aníbal! ¡Hijo mío, mi consuelo, mi esperanza, mi vida! ¡Matadme a mí también! ¡Llevadme con él! ¡Maldición, maldición! —Se arañaba el rostro con las uñas, se mesaba los cabellos y lanzaba alaridos como las plañideras de los funerales—. ¡Lleváoslo! ¡Sufro demasiado! ¡Marchaos! ¡Matadme como a él! —Los servidores de Moloch se asombraban de que el gran Amílcar tuviera un corazón tan débil, y estaban casi enternecidos.

Se oyó un ruido de pies descalzos junto con un resuello parecido a la respiración de una fiera que corre; y en el dintel de la tercera galería, entre los montantes de marfil, apareció un hombre, lívido, terrible, con los brazos abiertos, y exclamó:

—¡Hijo mío!

Amílcar, de un salto, se arrojó sobre el esclavo y, tapándole la boca con las manos, gritaba aún más fuerte:

—¡Es el anciano que lo ha criado! Lo llama «¡hijo mío!». ¡Se volverá loco! ¡Basta, basta! —y empujando por los hombros a los tres sacerdotes y a su víctima, salió con ellos, y de un puntapié cerró de golpe la puerta.

Amílcar aguzó el oído durante unos minutos, temiendo a cada momento verlos aparecer de nuevo. Pensó inmediatamente en deshacerse del esclavo para estar bien seguro de que no volvería a hablar; pero el peligro no había desaparecido, y esta muerte podría irritar a los dioses y volverse contra su hijo. Entonces, cambiando de idea, le envió por Taanach las mejores cosas de las cocinas: un cuarto de macho cabrío, habas y conservas de granadas. El esclavo, que no había comido desde hacía mucho tiempo, se precipitó encima; y sus lágrimas caían en los platos.

Amílcar, volviendo al fin al lado de Salambó, desató las cuerdas a Aníbal. El niño, exasperado, le mordió en la mano hasta hacerle sangre. Su padre lo rechazó con una caricia.

Para apaciguarlo, Salambó quiso asustarlo con Lamia, una ogresa de Cirene.

—¿Dónde está? —preguntó.

Le dijeron que vendrían los bandidos para llevárselo preso, y respondió:

«¡Que vengan, y los mato!».

Amílcar le dijo entonces la espantosa verdad. Pero se encolerizó contra su padre, diciéndole que podía aplastar a todo el pueblo, puesto que era el amo de Cartago.

Al fin, extenuado por los esfuerzos y la cólera, se durmió con un sueño intranquilo. Hablaba entre sueños, apoyando la cabeza contra un cojín escarlata; su cabeza caía un poco hacia atrás, y su bracito, separado del cuerpo, permanecía extendido en una actitud imperativa.

Cuando cerró la noche, Amílcar lo cogió suavemente y bajó a oscuras la escalinata de las galerías. Al pasar por una casa de comercio, cogió una sera de uvas y una jarra de agua clara; el niño se despertó ante la estatua de Atetes, en la cueva de las piedras preciosas, y sonreía —como el otro— en brazos de su padre, al resplandor de las claridades que lo rodeaban.

Amílcar tenía la seguridad de que no podían quitarle a su hijo. Era un lugar impenetrable, que comunicaba con la costa por un subterráneo que únicamente conocía él, y al echar un vistazo a su alrededor, aspiró una bocanada de aire. Luego colocó al niño sobre el escabel, junto a los escudos de oro.

Nadie lo veía ahora; ya no tenía que preocuparse de vigilar nada; entonces dio rienda suelta a su cariño. Como una madre que acaba de encontrar a su primogénito después de haberlo perdido, se arrojó sobre su hijo; lo estrechaba contra su pecho, reía y lloraba al mismo tiempo, lo llamaba con los nombres más cariñosos y lo cubría de besos; el pequeño Aníbal, impresionado por tanta ternura, permanecía silencioso.

Amílcar se volvió con paso silencioso, tanteando las paredes a su alrededor, y llegó a la gran sala, donde la luz de la luna entraba por una de las aberturas de la cúpula; en el centro, el esclavo, ahíto, dormía, tumbado cuan largo era sobre las baldosas de mármol. Lo miró y se sintió compasivo. Con la punta de su coturno le acercó un tapiz bajo su cabeza. Luego alzó la vista y contempló a Tanit, cuyo cuarto creciente brillaba en el cielo, y se sintió más fuerte que los Baals y lleno de desprecio hacia ellos.

**

Los preparativos para el sacrificio habían comenzado.

Se derribó en el templo de Moloch un lienzo del muro para sacar al dios de bronce, sin tocar las cenizas del altar. Luego, apenas apuntó el sol, los hieródulos lo empujaron hacia la puerta de Kamón.

Iba hacia atrás, deslizándose sobre cilindros; sus hombros rebasaban la altura de las murallas; por más que lo vieran desde lejos, los cartagineses huían asustados, pues no se podía contemplar impunemente a Baal más que en

el ejercicio de su cólera.

Un olor a hierbas aromáticas se esparció por las calles. Todos los templos acababan de abrirse a la vez; de ellos salieron tabernáculos sobre carretones o sobre literas que llevaban los pontífices. Grandes penachos de plumas se balanceaban en sus ángulos, y rayos de luz se escapaban de sus agudos copetes, rematados por bolas de cristal, de oro, de plata o de cobre.

Eran los Baalim cananeos, desdoblamientos del Baal supremo, que volvían hacia su principio, para humillarse ante su fuerza y anonadarse ante su esplendor.

El pabellón de Melkart, de fina púrpura, llevaba en su interior una lámpara de petróleo; sobre el de Kamón, de color de jacinto, se erguía un falo de marfil, rodeado de un círculo de piedras preciosas; entre las cortinas de Eschmún, azules como el éter, una pitón dormida formaba un círculo con su cola; y los dioses pataicos, llevados en brazos de sus sacerdotes, parecían grandes niños en pañales, pues con los talones rozaban el suelo.

Venían a continuación todas las formas inferiores de la divinidad: Baal-Samin, dios de los espacios celestes; Baal-Peor, dios de los montes sagrados; Baal-Zebub, dios de la corrupción, y los de los países vecinos y de las razas congéneres: el Iarbal de Libia, el Adrammelech de Caldea, el Kijun de los sirios; Derceto, representado como una virgen, se arrastraba sobre sus aletas, y el cadáver de Tammuz era llevado en el centro de un catafalco, entre antorchas y cabelleras. Para que los reyes del firmamento quedasen sometidos al Sol e impedir que sus influencias particulares contrarrestasen la suya, tremolaban en el extremo de largas pértigas estrellas de metal de diversos colores; y todos se encontraban allí, desde el negro Nebo, genio de Mercurio, hasta el horroroso Rahab, que es la constelación del Cocodrilo. Los abaddirs, piedras caídas de la luna, volteaban en hondas de hilos de plata; pequeñas tortas, que reproducían el sexo femenino, eran llevadas en cestas por los sacerdotes de Ceres; otros traían sus fetiches, sus amuletos; reaparecieron ídolos olvidados; y hasta se habían cogido de los navíos sus símbolos místicos, como si Cartago hubiese querido recogerse por completo en un pensamiento de muerte y desolación.

Delante de cada uno de los tabernáculos, un hombre sostenía en equilibrio, sobre su cabeza, un ancho vaso en el que humeaba el incienso. Nubes de humo se cernían acá y allá, y se distinguía, entre sus densos vapores, las tapicerías, los flecos y los bordados de los pabellones sagrados. Avanzaban lentamente a causa de su enorme peso. A veces, los ejes de los carros se empotraban en las calles, y entonces los devotos aprovechaban la ocasión para tocar a los Baalim con sus vestidos, que luego guardaban como cosas santas.

La estatua de bronce continuaba avanzando hacia la plaza de Kamón. Los ricos, llevando cetros con puños de esmeralda, acudieron desde el fondo de

Megara; los ancianos, ciñendo diademas, se habían reunido en Kinisdo, y los intendentes de hacienda, los gobernadores de provincia, los comerciantes, los soldados, los marineros y la horda numerosa empleada en los funerales, todos, con las insignias de su magistratura o los instrumentos de su oficio, se dirigían hacia los tabernáculos que bajaban de la acrópolis, entre los colegios de los pontífices.

Por respeto a Moloch, se habían adornado con sus joyas más espléndidas. Los diamantes centelleaban en los vestidos negros; pero los anillos, demasiado anchos, caían de sus dedos enflaquecidos, y no había nada más lúgubre que aquella multitud silenciosa en la que los pendientes golpeaban contra sus rostros pálidos, en la que las tiaras de oro apretaban frentes crispadas por una desesperación desgarradora.

Por fin, el Baal llegó justamente al centro de la plaza. Sus pontífices hicieron con enrejados un recinto, para apartar a la multitud, y permanecieron a sus pies, en torno a él.

Los sacerdotes de Kamón, con túnicas de lana color leonado, se alinearon ante su templo, bajo las columnas del pórtico; los de Eschmún, con mantos de lino, collares y tiaras puntiagudas, se colocaron en las gradas de la acrópolis; los sacerdotes de Melkart, con túnica de color violeta, eligieron para ellos el lado de occidente; los sacerdotes de los Abaddirs, ceñidos con bandas de telas frías, se situaron a oriente; y se alinearon al lado del mediodía, con los nigrománticos llenos de tatuajes, los plañideros con sus mantos remendados, los servidores de los pataicos y los yidonim, que para adivinar el porvenir se ponían en la boca un hueso de muerto. Los sacerdotes de Ceres, vestidos con túnicas azules, se habían detenido prudentemente en la calle de Satheb, y salmodiaban en voz baja un tesmoforion en dialecto megareense.

De cuando en cuando, llegaban filas de hombres completamente desnudos, con los brazos extendidos hacia delante y cogiéndose por los hombros. Arrancaban, de las profundidades de su pecho, una entonación bronca y cavernosa; sus pupilas, fijas en el coloso, brillaban entre el polvo, y se balanceaban el cuerpo a intervalos regulares, todos a un tiempo, como sacudidos por un solo movimiento. Estaban tan furiosos que, para restablecer el orden, los hieródulos, a bastonazos, los hicieron echarse de bruces, de cara contra los enrejados de bronce.

Entonces fue cuando, del fondo de la plaza, se adelantó un hombre vestido de blanco. Atravesó lentamente por entre la multitud y reconocieron a un sacerdote de Tanit, al gran sacerdote Schahabarim. Se elevó un clamor de gritos y silbidos, pues la tiranía del principio viril prevalecía aquel día en todas las conciencias, e incluso la diosa misma estaba de tal modo olvidada, que ni siquiera habían observado la ausencia de sus pontífices. Pero el asombro

aumentó cuando se le vio abrir en los enrejados una de las puertas destinadas a los que debían entrar para ofrecer las víctimas. Era un ultraje, creían los sacerdotes de Moloch, que acababa de hacer a su dios; y con violentos ademanes trataron de rechazarlo. Alimentados con la carne de los holocaustos, vestidos de púrpura como reyes y llevando coronas de tres pisos, escupían al rostro de aquel pálido eunuco, extenuado por las maceraciones, y sus risas coléricas sacudían sobre sus pechos sus barbas negras recortadas en forma de sol.

Schahabarim, sin responder, continuaba su marcha; y, atravesando paso a paso todo el recinto, llegó bajo las piernas del coloso, luego lo tocó en ambos lados abriendo los brazos, lo que era una fórmula solemne de adoración. Desde hacía demasiado tiempo la Rabbet lo torturaba y por desesperación, o tal vez a falta de un dios que satisficiera por completo su pensamiento, se decidía al cabo por Baal.

La muchedumbre, asustada por esta apostasía, prorrumpió en protestas. Sentía romperse el último lazo que unía a las almas con una divinidad clemente.

Pero Schahabarim, a causa de su castración, no podía participar en el culto de Baal. Los hombres de mantos rojos lo excluyeron del recinto; luego, cuando estuvo fuera, dio la vuelta alrededor de todos los colegios, uno tras otro, y el sacerdote, en adelante sin dios, desapareció entre la muchedumbre. Ésta se apartaba a su paso.

Entre tanto, una hoguera de áloe, de cedro y de laurel ardía entre las piernas del coloso. Las largas alas del dios hundían sus puntas en la llama; los ungüentos con que se le había frotado corrían como sudor por sus miembros de bronce. En torno a la losa redonda en que apoyaba sus pies, los niños, envueltos en velos negros, formaban un círculo inmóvil, y sus brazos desmesuradamente largos bajaban las palmas de sus manos hasta ellos, como para apoderarse de aquella corona y llevarla al cielo.

Los ricos, los ancianos, las mujeres, toda la multitud se apiñaba detrás de los sacerdotes y en las terrazas de las casas. Las grandes estrellas pintadas ya no giraban: los tabernáculos estaban colocados en el suelo; y las humaredas de los incensarios subían perpendicularmente, tal como árboles gigantescos que desplegasen en lo alto del firmamento sus ramas azuladas.

Muchos se desmayaron; otros se quedaban inertes y petrificados en su éxtasis. Una angustia infinita agobiaba todos los pechos. Los últimos clamores se extinguían uno a uno, y el pueblo de Cartago jadeaba, absorto en el deseo de su terror.

Por último, el gran sacerdote de Moloch pasó su mano izquierda bajo los

velos de los niños y les arrancó de la frente un mechón de cabellos que arrojó a las llamas. Los hombres de los mantos rojos entonaron el himno sagrado.

«¡Homenaje a ti, Sol! ¡Rey de las dos zonas, creador que se engendra, padre y madre, padre e hijo, dios y diosa, diosa y dios!». Y su voz se perdió en el estruendo de los instrumentos que tocaban a la vez, para ahogar los gritos de las víctimas. Los scheminith, de ocho cuerdas; los kinnor, que tenían diez, y los nebal, que tenían doce, chirriaban, silbaban, atronaban. Odres enormes erizados de tubos producían un chasquido agudo; los tamboriles, aporreados con toda la fuerza de los brazos, retumbaban con golpes sordos y rápidos; y, a pesar del furor de los clarines, los salsalim crujían como alas de langosta.

Los hieródulos, valiéndose de un largo gancho, abrieron los siete compartimentos escalonados en el cuerpo de Baal. En el más alto, pusieron harina; en el segundo, dos tórtolas; en el tercero, un mono; en el cuarto, un carnero; en el quinto, una oveja, y como no había bueyes para el sexto, se arrojó en él una piel curtida que habían cogido del santuario. El séptimo apartamento quedaba vacío.

Antes de operar era conveniente ensayar los brazos del dios. Unas delgadas cadenas que arrancaban de sus dedos subían hasta los hombros y colgaban por las espaldas, donde unos hombres, tirando hacia arriba, hacían subir, hasta la altura de sus codos, sus dos manos abiertas que, al juntarse, tocaban en su vientre; las movieron varias veces seguidas, con tirones refrenados; luego se callaron los instrumentos. El fuego crepitaba.

Los pontífices de Moloch se paseaban por la gran losa, observando a la multitud.

Era preciso un sacrificio individual, una oblación completamente voluntaria, que era considerada como preliminar a las otras. Pero nadie, hasta aquel momento, se prestaba, y las siete avenidas que conducían desde las barreras hasta el coloso estaban totalmente vacías. Entonces, para excitar al pueblo, los sacerdotes sacaron de sus cintos unos punzones con los que se arañaban el rostro. Hicieron entrar en el recinto a los fieles, que estaban tendidos en el suelo, por la parte de afuera. Se les arrojó un montón de horribles instrumentos de hierro y cada uno eligió su tortura. Se pasaban agujas entre los senos; se tajaban las mejillas; se pusieron coronas de espinas en la cabeza; luego se enlazaron de los brazos y, rodeando los niños, formaban otro gran círculo que se cerraba y se ensanchaba. Llegaban junto a la balaustrada, se echaban hacia atrás y comenzaban de nuevo incesantemente, atrayendo la multitud con el vértigo de este movimiento sanguinario y clamoroso.

Poco a poco fue entrando la gente hasta el fondo de las avenidas, lanzaban a la llama perlas, vasos de oro, copas, antorchas, todas sus riquezas; las

ofrendas iban siendo cada vez más espléndidas y numerosas. Por fin, un hombre que se tambaleaba, un hombre pálido y lleno de terror, arrojó un niño; luego se vio entre las manos del coloso una pequeña masa negra, y se hundió en la abertura tenebrosa. Los sacerdotes se inclinaron al borde de la gran losa, y un nuevo cántico estalló, celebrando las alegrías de la muerte y los renacimientos de la eternidad.

Los niños subían lentamente, y como la humareda, al volar, formaba altos torbellinos, parecían desde lejos desaparecer en una nube. Ninguno se movía. Estaban atados por las muñecas y los tobillos, y los oscuros ropajes les impedían ver nada ni ser reconocidos.

Amílcar, con su manto rojo como los sacerdotes de Moloch, estaba cerca de Baal, erguido ante el dedo pulgar de su pie derecho. Cuando trajeron al niño decimocuarto, todo el mundo pudo darse cuenta de que hizo un gesto de horror. Pero enseguida, recobrando su actitud, cruzó los brazos y miró al suelo. Al otro lado de la estatua, el gran pontífice permanecía inmóvil como él. Inclinando su cabeza cargada con una mitra asiria, observaba sobre su pecho la placa de oro cubierta de piedras fatídicas, y donde la llama, reflejándose, producía resplandores irisados. Palidecía, desesperado. Amílcar inclinaba su frente; y estaban los dos tan cerca de la hoguera que la orla de sus mantos, al levantarse, la rozaban de cuando en cuando.

Los brazos de bronce se movían rápidamente. Ya no se detenían. Cada vez que depositaban un niño allí, los sacerdotes de Moloch extendían la mano sobre él, para cargarlo con los crímenes del pueblo, vociferando: «¡No son hombres, sino bueyes!», y la multitud en torno a ellos repetía: «¡Bueyes, bueyes!». Los devotos gritaban: «¡Señor, come!», y los sacerdotes de Proserpina, conformándose por el terror a las necesidades de Cartago, mascullaban la fórmula eleusina: «¡Derrama la lluvia! ¡Engendra!».

Las víctimas, apenas llegaban al borde de la abertura, desaparecían como una gota de agua sobre una placa enrojecida, y una humareda blanca subía entre el color escarlata del coloso.

Sin embargo, el apetito del dios no se calmaba. Siempre quería más. Con el fin de saciarlo mejor, los apilaron en sus manos con una gruesa cadena por encima, que los sujetaba. Algunos devotos quisieron contarlos al principio, para ver si su número correspondía con el de los días del año solar; pero se añadieron más, y era imposible distinguirlos en el movimiento vertiginoso de los horribles brazos. Esto duró mucho tiempo, indefinidamente, hasta el amanecer. Luego las paredes interiores adquirieron un brillo más sombrío. Entonces se vieron carnes que ardían. Algunos incluso creían reconocer cabellos, miembros, cuerpos enteros.

Cayó el día; unas nubes se acumularon encima de Baal. La hoguera, ahora

sin llamas, formaba una pirámide de carbones hasta sus rodillas; completamente rojo como un gigante cubierto de sangre, parecía, con la cabeza echada hacia atrás, tambalearse bajo el peso de su embriaguez.

A medida que los sacerdotes se apresuraban, el frenesí del pueblo aumentaba; al disminuir el número de las víctimas, unos gritaban que los perdonasen y otros que se necesitaban más. Parecía como si las murallas cargadas de gente se derrumbasen bajo los alaridos de espanto y de voluptuosidad mística. Luego entraron unos fanáticos en las avenidas, arrastrando a sus hijos que se agarraban a ellos; y les pegaban para hacerlos soltar su presa y entregarlos a los hombres rojos. Los tañedores de instrumentos se paraban a veces extenuados; entonces se oían los gritos de las madres y el chirriar de la grasa que caía sobre los carbones. Los bebedores de beleño, andando a gatas, daban vueltas alrededor del coloso y rugían como tigres; los yidomim vaticinaban; los devotos cantaban con sus labios hendidos; se había roto el enrejado, todos querían tomar parte en el sacrificio; y los padres cuyos hijos habían muerto en otro tiempo, arrojaban al fuego sus efigies, sus juguetes y las reliquias de sus huesos. Algunos que llevaban cuchillos se arrojaban sobre los demás. Se degollaban entre sí, con harneros de bronce; los hieródulos recogieron del borde de la losa las cenizas caídas y las lanzaban al aire para que el sacrificio se esparciese sobre la ciudad y hasta la región de las estrellas.

Aquel gran ruido y aquella gran luz habían atraído a los bárbaros al pie de las murallas; encaramándose, para ver mejor, sobre los restos de la helépolis, lo contemplaban, mudos de horror.

XIV. El desfiladero del hacha

Los cartagineses no habían entrado aún en sus casas cuando las nubes se espesaron; los que levantaban las cabezas hacia el coloso sintieron sobre su frente gruesas gotas, y la lluvia comenzó a caer.

Llovió durante toda la noche, copiosamente, a raudales; retumbaba el trueno; era la voz de Moloch; había vencido a Tanit, y, ahora fecundada, abría en lo alto del cielo su vasto seno. A veces se la percibía, en una claridad luminosa, tendida sobre cojines de nubes, luego las tinieblas se cernían y la ocultaban como si, demasiado cansada aún, quisiera dormir otra vez; los cartagineses, que creían que el agua era engendrada por la luna, clamaban para facilitar su trabajo.

La lluvia azotaba las terrazas y desbordaba por encima, formaba charcos

en los patios, cascadas en las escaleras, torbellinos en las esquinas de las calles. Se vertía en masas densas y tibias, en hilos apretados; gruesos chorros espumosos saltaban de los ángulos de todos los edificios, y los tejados de los templos, lavados, brillaban en negro al resplandor de los relámpagos. Por mil caminos descendían los torrentes de la acrópolis; algunas casas se derrumbaban de improviso, y trozos de vigas pequeñas, cascotes, muebles pasaban arrastrados por los arroyos que corrían sobre las losas impetuosamente. Se habían sacado ánforas, calabazas, lienzos, pero las antorchas se extinguían, cogieron teas de la hoguera del Baal, y los cartagineses, para beber, abrían la boca echando la cabeza hacia atrás. Otros, junto a las charcas cenagosas, hundían sus brazos hasta el sobaco y se hartaban de agua de tal modo que la vomitaban como búfalos. Poco a poco se refrescaba la atmósfera; aspiraban el aire húmedo estirando sus miembros, y en la delicia de aquella embriaguez enseguida brilló una inmensa esperanza. Todas las penas fueron olvidadas. La patria, una vez más, renacía.

Los cartagineses experimentaban como una especie de necesidad de volver contra otros el exceso de furor que no habían podido emplear contra sí mismos. Tal sacrificio no debía ser inútil; aunque no tuviesen ningún remordimiento, se hallaban poseídos de ese frenesí que da la complicidad en crímenes irreparables.

Los bárbaros habían aguantado la tormenta en sus tiendas mal cerradas, y aun transidos de humedad al día siguiente, chapoteaban en medio del barro, buscando sus municiones y sus armas, estropeadas o perdidas.

Amílcar, por su propia cuenta, fue a buscar a Hannón, y en virtud de sus plenos poderes le confió el mando. El viejo sufeta todavía vaciló unos minutos entre su rencor y su ambición de poder. Al fin aceptó.

Inmediatamente Amílcar hizo salir una galera armada con una catapulta a proa y otra a popa. La fondeó en el golfo, enfrente de la balsa; luego embarcó en las naves disponibles a sus mejores tropas. Huía, pues, y a velas desplegadas rumbo al norte, desapareció en la bruma.

Tres días después —cuando se iba a reanudar el ataque— llegaron tumultuosamente gentes de la costa líbica. Barca había penetrado en su territorio. Había recogido víveres por todas partes y se desplegaba por el país.

Los bárbaros se indignaron como si los hubiese traicionado. Los que más se aburrían en el asedio, los galos sobre todo, no dudaron en abandonar las murallas para intentar unirse a él. Spendius quería reconstruir la helépolis; Matho se había trazado una línea imaginaria desde su tienda hasta Megara, se había jurado seguirla y ninguno de sus hombres se movió. Pero los demás, mandados por Autharita, fueron, abandonando la porción occidental del baluarte. La incuria era tan profunda que no se pensó ni siquiera en

reemplazarlos.

Narr-Havas los espiaba desde lejos, en las montañas. Durante la noche, hizo pasar a toda su gente al lado exterior de la laguna, por la orilla del mar, y entró en Cartago.

Se presentó en la ciudad como un libertador, con seis mil hombres con harina bajo sus mantos y cuarenta elefantes cargados de forrajes y de carnes secas. La gente se apresuró a rodearlos, y a darles nombre. La llegada de semejante socorro regocijaba menos a los cartagineses que el espectáculo mismo de aquellos fuertes animales consagrados a Baal; era una prenda de su favor, una prueba de que al fin, para defenderlos, iba a intervenir en la guerra.

Narr-Havas recibió las felicitaciones de los ancianos. Después se dirigió al palacio de Salambó.

No la había vuelto a ver desde aquella vez en que, en la tienda de Amílcar, entre los cinco ejércitos, había sentido su mano, fría y suave, atada contra la suya; después de los esponsales, la joven había regresado a Cartago. Su amor, apartado por otras ambiciones, le había vuelto otra vez; y ahora contaba con gozar de sus derechos, casarse con ella, poseerla.

Salambó no comprendía que este joven pudiera llegar a ser su dueño. Aunque le pidiese, todos los días, a Tanit la muerte de Matho, su horror por el libio disminuía. Sentía confusamente que el odio que antes le tuviera era algo casi religioso y hubiese querido ver en Narr-Havas como un reflejo de aquella violencia que aún la tenía deslumbrada. Deseaba conocerlo mejor y, sin embargo, la turbaba su presencia. Le hizo saber que no podía recibirlo.

Por otra parte, Amílcar había prohibido a sus sirvientes que dejasen entrar al rey de los nómadas en la estancia de Salambó; al aplazar hasta el final de la guerra esta recompensa, esperaba conservar su adhesión, y Narr-Havas, por temor al sufeta, se retiró.

En cambio, se mostró altivo con los ciento. Cambió sus disposiciones. Exigió prerrogativas para sus hombres y los colocó en los puestos importantes; también los bárbaros abrieron los ojos, llenos de asombro, al ver a los nómadas en las torres.

La sorpresa de los cartagineses fue aún mayor cuando vieron llegar, sobre un viejo trirreme púnico a cuatrocientos de los suyos, que habían sido hechos prisioneros durante la guerra de Sicilia. En efecto, Amílcar había devuelto secretamente a los quirites las tripulaciones de las naves latinas tomadas antes de la defección de las ciudades tirias; y Roma, en correspondencia a tan buenos procedimientos, le devolvía ahora sus cautivos. Desdeñó las negociaciones de los mercenarios en Cerdeña, e incluso no quiso reconocer como súbditos a los habitantes de Útica.

Hierón, que gobernaba en Siracusa, siguió este ejemplo. Precisaba, para conservar sus estados, un equilibrio entre los dos pueblos; le interesaba, pues, la salvación de los cananeos, y se declaró amigo suyo al enviarles mil doscientos bueyes, junto con cincuenta y tres mil nebel de buen trigo.

Una razón más profunda obligaba a socorrer a Cartago: se daban perfecta cuenta de que si triunfaban los mercenarios, desde el soldado hasta el último fregón de escudillas, todos se sublevarían y que ningún gobierno, ninguna casa podría resistirlos.

Mientras tanto, Amílcar batía las campiñas orientales. Rechazó a los galos, y todos los bárbaros se sentían a sí mismos como sitiados.

Entonces se dedicó a hostigarlos. Se acercaba, se alejaba y repitiendo continuamente esta maniobra, poco a poco, los separó de sus campamentos. Spendius se vio obligado a seguirlos, Matho, al fin, cedió como él.

No pasó de Túnez. Se encerró en sus murallas. Esta obstinación revelaba prudencia, pues pronto se vio a Narr-Havas que salía por la puerta de Kamón con sus elefantes y sus soldados; Amílcar lo llamaba. Pero ya los demás bárbaros erraban por las provincias en persecución del sufeta.

Había recibido en Clypea a tres mil galos. Hizo traer caballos de la Cirenaica, armaduras del Brutium, y reanudó la guerra.

Jamás su genio fue tan impetuoso y fértil. Durante cinco lunas los arrastró en pos de sí. Tenía un objetivo, y a él quería llevarlos.

**

Los bárbaros habían intentado al principio envolverlo con pequeños destacamentos; se les escapaba siempre. No desistieron. Su ejército se componía de unos cuarenta mil hombres, y muchas veces tuvieron la alegría de ver retroceder a los cartagineses.

Lo que los atormentaba eran los jinetes de Narr-Havas. A menudo, en las horas de más bochorno, cuando se avanzaba por las llanuras dormitando bajo el peso de las armas, se elevaba de pronto en el horizonte una densa línea de polvo; galopes de corceles acudían, y del seno de una nube llena de pupilas centelleantes, se descargaba una lluvia de dardos. Los nómadas, cubiertos con mantos blancos, lanzaban alaridos, levantaban los brazos apretando las rodillas contra sus caballos encabritados, los hacían dar la vuelta bruscamente y luego desaparecían. Siempre tenían a corta distancia, en los dromedarios, acopio de dardos, y volvían más terribles, aullando como lobos, huyendo como buitres. Los bárbaros que iban en los flancos caían uno a uno, y se continuaba así hasta la noche, en que se procuraba entrar en las montañas.

Aunque éstas fuesen peligrosas para los elefantes, Amílcar se aventuró por

ellas. Siguió la larga cadena que se extiende desde el promontorio Hermaeum hasta la cumbre del Zaguan. Era, creían los bárbaros, un medio de ocultar la insuficiencia de sus tropas. Pero la incertidumbre continua en que los mantenía acababa por exasperarlos más que una derrota. No se desanimaban, y le seguían los pasos.

Por fin, una noche, entre la Montaña de Plata y la de Plomo, en medio de enormes rocas, a la entrada de un desfiladero, sorprendieron a un cuerpo de vélites; y todo el ejército estaba seguramente próximo, pues se oía un ruido de pasos y de toques de clarín; enseguida los cartagineses huyeron por el desfiladero. Desembocaba éste en una llanura que tenía la forma del hierro de un hacha, rodeada de altas rocas escarpadas. Para dar alcance a los vélites, los bárbaros se abalanzaron hacia la llanura; allá al fondo, entre bueyes que galopaban, los demás cartagineses corrían tumultuosamente. Se vio a un hombre con un manto rojo: era el sufeta, a quien llamaban a gritos; los bárbaros se sintieron arrebatados por un enardecimiento de furor y de alegría. Muchos, por pereza o por prudencia, se habían quedado a la entrada del desfiladero. Pero la caballería, saliendo de un bosque, a lanzadas y sablazos, los empujó al sitio donde se encontraban los otros, y enseguida todos los bárbaros se encontraron abajo, en la hondonada.

Esta enorme masa de hombres, después de haberse agitado durante un rato, se detuvo, no descubría ninguna salida.

Los que se hallaban más cerca del desfiladero volvieron atrás, pero el paso estaba cortado. Se azuzó a los que iban delante para hacerlos continuar; se apelotonaban contra la montaña, y desde lejos apostrofaban a sus compañeros porque no sabían dar con el camino.

En efecto, apenas habían bajado los bárbaros cuando unos hombres, ocultos detrás de las rocas, levantándolas con vigas, las derribaron; y como la pendiente era rápida, aquellos bloques enormes, rodando confundidos, cerraron completamente la estrecha boca del desfiladero.

Al otro extremo de la llanura se extendía un largo corredor, hendido acá y allá por grietas, que conducían a una barranca por la que se subía a la planicie superior, donde estaba el ejército púnico. En este corredor se habían preparado de antemano escalas contra la pared de rocas y, protegidos por las sinuosidades de las resquebrajaduras, los vélites, antes de ver alcanzados, pudieron llegar hasta allí y subir por ellas. Muchos hasta se hundieron en el fondo de la barranca: se los subió con cables, pues el terreno en aquel sitio era de arena movediza y tan inclinado que ni aun de rodillas hubiese sido posible escalarlo. Casi inmediatamente llegaron los bárbaros. Pero un rastrillo de cuarenta codos de alto, y hecho a la medida exacta del portillo, bajó de pronto ante ellos como un baluarte caído del cielo.

Así pues, los planes del sufeta habían salido bien. Ninguno de los mercenarios conocía la montaña y, como caminaban a la cabeza de las columnas, habían arrastrado a los demás. Las peñas, algo estrechas por la base, se volcaban fácilmente, y mientras todos corrían, su ejército, en el horizonte, había prorrumpido en gritos de angustia y socorro. Amílcar, es cierto, podía perder a sus vélites; solamente pereció la mitad. Hubiese sacrificado un número veinte veces mayor a cambio del éxito de semejante empresa.

Hasta la madrugada, los bárbaros se empujaron en filas compactas de un extremo a otro de la llanura. Tanteaban la montaña con sus manos, tratando de descubrir una salida.

Al fin amaneció, vieron completamente en torno a ellos una gran muralla blanca, cortada a pico. ¡Y ni un solo medio de salvación, ni una esperanza! Las dos salidas naturales de aquel callejón estaban cerradas por el rastrillo y por el montón de peñas.

Miráronse todos en silencio. Se abismaron en sí mismos, desalentados, sintiendo un frío glacial en los riñones y una pesantez abrumadora en los párpados.

Se reanimaron y saltaron por las peñas. Pero las más bajas, oprimidas por el peso de las otras, permanecían inmovibles. Trataron de trepar por ellas hasta alcanzar la cumbre, pero la forma ventruda de aquellas enormes masas hacía imposible la empresa. Intentaron hender el terreno por los dos lados de la garganta: sus herramientas se rompieron. Con los mástiles de sus tiendas encendieron una gran hoguera, pero el fuego no podía quemar la montaña.

Se acordaron del rastrillo; estaba guarnecido de largos clavos gruesos como estacas, agudos como las púas de un puercoespín y más apretados que las crines de un cepillo. Pero estaban animados de tal furor que se abalanzaron contra él. Los primeros se metieron hasta la armazón, los demás saltaron por encima y todos cayeron, dejando en aquellas horribles ramas jirones de carne humana y cabelleras ensangrentadas.

Cuando su desaliento se hubo calmado un poco, examinaron los víveres que había. Los mercenarios, que habían perdido sus bagajes, apenas tenían para dos días, y los demás carecían de ellos, pues esperaban un convoy prometido por los pueblos del sur.

Pero por allí andaban errantes algunos bueyes que los cartagineses habían abandonado en el desfiladero con el fin de atraer a los bárbaros. Los mataron a lanzadas; se los comieron, y una vez que tuvieron el estómago lleno, los pensamientos fueron menos lúgubres.

Al día siguiente degollaron a todos los mulos, aproximadamente unos cuarenta, y luego masticaron las pieles, cocieron las entrañas, apilaron los

huesos, y no desesperaban, porque el ejército de Túnez, avisado sin duda, estaría a punto de llegar.

Pero a la noche del quinto día aumentó el hambre; royeron los tahalíes de las espadas y las esponjillas que cubrían el fondo de los cascos.

Aquellos cuarenta mil hombres estaban amontonados en la especie de hipódromo que formaba alrededor de ellos la montaña. Algunos permanecían ante el rastrillo al pie de las peñas; los demás cubrían la llanura confusamente. Los más fuertes se esquivaban y los tímidos buscaban a los valientes, que, sin embargo, no podían salvarlos.

Por temor a la infección se había enterrado precipitadamente a los cadáveres de los vélites; el sitio de sus fosas ya no se distinguía.

Todos los bárbaros languidecían, postrados en tierra. Por entre sus filas, acá y allá, pasaba algún veterano y prorrumplía en maldiciones contra los cartagineses, contra Amílcar... y contra Matho, aunque fuese inocente de su desastre, pero les parecía que sus pesares hubieran sido menores si los hubiese compartido con ellos. Luego empezaban a gemir; algunos lloraban por lo bajo, como niños pequeños.

Se acercaban a los capitanes y les suplicaban que les diesen algo que mitigase sus sufrimientos. Aquéllos no les respondían nada o, arrebatados de furor, cogían una piedra y se la tiraban a la cara.

Muchos, en efecto, guardaban cuidadosamente, en un agujero en la tierra, parte de sus víveres, unos racimos de dátiles, un poco de harina, y se lo comían durante la noche, tapándose la cabeza bajo el manto. Los que tenían espadas, las conservaban desenvainadas en sus manos; los más desconfiados se mantenían de pie, apoyados contra la montaña.

Acusaban a sus jefes y los amenazaban. Autharita no temía darles la cara. Con esa obstinación de bárbaro que no cede ante nada, avanzaba veinte veces al día hasta el fondo, hacia las peñas, esperando encontrar una escapatoria, y balanceando sus macizos hombros cubiertos de pieles, les recordaba a sus compañeros a un oso que sale de su caverna, en primavera, para ver si las nieves se han derretido.

Spendius, rodeado de griegos, se ocultaba en una de las grietas; como tenía miedo, hizo correr el rumor de su muerte. Todos estaban ahora espantosamente flacos; en su piel se formaban placas violáceas. En la noche del noveno día murieron tres iberos.

Sus compañeros, asustados, abandonaron el lugar. Se despojó a los cadáveres, y sus cuerpos desnudos y blancos quedaron sobre la arena, al sol.

Entonces, los garamantes empezaron lentamente a rondar a los muertos.

Eran seres acostumbrados a la soledad y que no respetaban a dios alguno. Al fin, el más viejo de la banda hizo una señal, y echándose sobre los cadáveres, con sus cuchillos, cortaron trozos; luego, sentados en cuclillas, comían. Los demás los miraban desde lejos; se oyeron unos gritos de horror; muchos, sin embargo, envidiaban en el fondo de su alma aquella desaprensión.

A medianoche, algunos de los bárbaros se acercaron y, disimulando su deseo, les pedían un trocito, solamente para probar, según decían. Acudieron los más atrevidos; su número aumentó y pronto fueron un enjambre. Pero casi todos, al sentir en sus labios aquella carne fría, la dejaban caer de sus manos; algunos, al contrario, la devoraban con deleite.

Al fin de estimularse con el ejemplo, se animaban mutuamente. Incluso los que, al principio, habían rehusado ir a ver a los garamantes, ya no se separaban. Asaban los trozos de carne en las brasas, clavándolos en las puntas de las espadas, los salaban con polvo y se disputaban los mejores. Cuando ya no quedó nada de los tres cadáveres, sus ojos vagaron por la llanura en busca de otros.

Pero ¿no poseían unos veinte cartagineses, cautivos en el último encuentro, y en los que nadie hasta entonces se había fijado? Desaparecieron; era una venganza, por otra parte. Luego, como había que vivir, como se le había tomado el gusto a aquel alimento y como se morían de hambre, degollaron a los aguadores, a los palafreneros, a los criados de los mercenarios. Todos los días mataban a alguno de éstos. Había quienes comían mucho, cobraban fuerzas y no estaban tristes.

Enseguida llegó a faltar este recurso. Entonces la gula se volvió hacia los heridos y los enfermos. Puesto que no podían curarse, era preferible librarlos de sus tormentos; y tan pronto como un soldado se tambaleaba, todos gritaban que ya estaba perdido y que debía servir de alimento a los demás. Para acelerar su muerte se valían de astucias; se les robaba el último resto de su inmunda ración; con simulada inadvertencia, los pisaban; los agonizantes, para hacerles creer que aún estaban fuertes, intentaban extender los brazos, levantarse, reír. Hombres desvanecidos volvían en sí al contacto de una hoja mellada que les aserraba un miembro, y mataban también por ferocidad, sin necesidad, para saciar su furor.

Una niebla densa y tibia, como suele serlo en aquellas regiones a finales de invierno, se abatió sobre el ejército al día decimocuarto. El cambio de temperatura acarreó numerosas muertes, y la descomposición se desarrollaba espantosamente rápida en la cálida humedad retenida por las paredes de la montaña. La llovizna que caía sobre los cadáveres, al reblandecerlos, hizo bien pronto de toda la llanura un gran pudridero. Vapores blanquecinos flotaban sobre ellos: picaban en las narices, penetraban en la piel, cegaban los ojos, y

los bárbaros creían entrever los hálitos exhalados, las almas de sus compañeros. Un disgusto inmenso los abrumó. Ya no querían más. Preferían morir.

Dos días después, el tiempo aclaró y volvieron a ser presa del hambre. Les parecía a veces como si les arrancaran el estómago con unas tenazas. Entonces se revolcaron por el suelo convulsos, echaban en sus bocas puñados de tierra, se mordían los brazos y estallaban en risas frenéticas.

La sed los atormentaba aún más, pues no tenían ni una gota de agua, ya que los odres, a partir del noveno día, habían sido completamente agotados. Para engañar la necesidad, aplicaban sobre la lengua las láminas metálicas de los cinturones, los pomos de marfil, las hojas de las espadas. Los antiguos conductores de caravanas se comprimían el vientre con cuerdas. Otros chupaban un guijarro. Bebían los orines enfriados en los cascos de bronce.

¡Y aún seguían aguardando al ejército de Túnez! Todo el tiempo que tardaba en aparecer era, según sus conjeturas, indicio seguro de su próxima llegada. Además, Matho, que era un valiente, no los abandonaría. «¡Sería mañana!», se decían, y ese mañana no llegaba nunca.

Al principio habían hecho plegarias, votos, habían practicado toda clase de encantamientos. Ahora no sentían, por sus divinidades, más que odio y, por venganza, trataban de no creer en ellas.

Los hombres de temperamento violento fueron los primeros en perecer; los africanos resistieron mejor que los galos. Zaxas, entre los baleares, permanecía tendido cuan largo era, con los cabellos esparcidos por encima de los brazos, inerte. Spendius encontró una planta de anchas hojas llenas de un jugo sustancioso y, habiéndola declarado venenosa a fin de apartar a los otros, se alimentaba de ella.

Estaban demasiado débiles para matar de una pedrada a los cuervos que volaban. A veces, cuando un gipaete, posado sobre un cadáver, lo despedazaba desde hacía ya un buen rato, alguien se arrastraba hacia él con un dardo entre los dientes. Se apoyaba en una mano y, después de haber apuntado bien, lanzaba su arma. La bestia de blanco plumaje, turbada por el ruido, se interrumpía, miraba completamente en torno suyo con aire tranquilo, como un cuervo marino sobre un escollo, luego volvía a hundir en la carne su horroroso pico amarillo, y el hombre, desesperado, volvía a caer de bruces en el polvo. Algunos llegaban a descubrir camaleones, serpientes. Pero lo que les hacía vivir era el amor a la vida. Tendían su alma sobre esta idea, exclusivamente, y se aferraban a la existencia con un esfuerzo de voluntad tan tenaz que conseguían prolongarla.

Los más estoicos permanecían unos junto a otros, sentados en corro, en

medio de la llanura, acá y allá, entre los muertos; y, envueltos en sus mantos, se abandonaban silenciosamente a su tristeza.

Los que habían nacido en las ciudades se acordaban de las calles más concurridas, trepidantes de bullicio, de las tabernas, de los teatros, de los baños y de las barberías, donde se cuentan historias. Otros veían campiñas a la puesta del sol, cuando los trigos amarillos ondulan y los grandes bueyes remontan las colinas con la reja del arado al cuello. Los viajeros soñaban con cisternas, los cazadores con bosques, los veteranos con batallas; y, en la somnolencia que los amodorraba, sus pensamientos contrastaban con la vivacidad y la nitidez de los sueños. Las alucinaciones los invadían súbitamente; buscaban en la montaña una puerta para huir y querían pasar a través de ella. Otros, creyendo navegar en medio de una tempestad, mandaban la maniobra de un navío, o bien retrocedían asustados, al ver, en las nubes, batallones púnicos. Había quienes se figuraban estar en un festín, y cantaban.

Muchos, por una extraña manía, repetían la misma palabra o hacían continuamente el mismo gesto. Luego, cuando volvían a levantar la cabeza y a mirarse, los ahogaban los sollozos al ver el horrible estrago de sus rostros. Algunos ya ni sufrían y, para matar el tiempo, se contaban los peligros de que habían escapado.

Su muerte era para todos ciertísima, inminente. ¡Cuántas veces habían intentado abrirse un paso! En cuanto a implorar las condiciones de una capitulación al vencedor, ¿por qué medio hacerlo? Ni siquiera sabían dónde estaba Amílcar.

Soplaba el viento del lado de la quebrada. Arrastraba la arena por encima del rastrillo en cascadas, incesantemente; y los mantos y las cabelleras de los bárbaros se iban recubriendo de ella, como si la tierra quisiera sepultarlos. No se movía nada; la eterna montaña les parecía cada día más alta.

Algunas veces cruzaban unas bandadas de pájaros con las alas desplegadas, en pleno cielo azul, en la inmensidad del aire. Cerraban los ojos para no verlos.

Sentían primero un zumbido en sus oídos, se les ennegrecían las uñas, el frío les invadía el pecho, se acostaban de lado y se extinguían sin exhalar un grito.

Al cumplirse el día decimonono habían muerto dos mil asiáticos, mil quinientos del archipiélago, ocho mil de Libia, los más jóvenes de los mercenarios y tribus completas; en total, veinte mil soldados, la mitad del ejército.

Autharita, al que no le quedaban más que cincuenta galos, iba a dejarse matar para acabar de una vez, cuando, en la cumbre de la montaña, frente a él,

creyó ver a un hombre.

Aquel hombre, a causa de la altura a que se encontraba, no parecía más grande que un enano. Sin embargo, Autharita reconoció en su brazo izquierdo un escudo en forma de trébol. Exclamó: «¡Un cartaginés!». Y en la llanura, ante el rastrillo y bajo las peñas, todos se levantaron. El soldado se paseaba al borde del precipicio; desde abajo, los bárbaros lo contemplaban.

Spendius recogió una cabeza de buey; luego, formando con dos cinturones una diadema, la plantó sobre los cuernos en la punta de una pértiga y la levantó en alto, en señal de intenciones pacíficas. El cartaginés desapareció. Esperaron.

Por fin, por la noche, como una piedra que se desprendiese del barranco, cayó de pronto, desde lo alto, un tahalí. Hecho de cuero rojo y cubierto de incrustaciones con tres estrellas de diamante, llevaba impreso en el centro el sello del gran consejo: un caballo debajo de una palmera. Era la respuesta de Amílcar, el salvoconducto que él enviaba.

No tenían nada que temer; cualquier cambio de la fortuna conducía al término de sus males. Un júbilo desmedido los agitó, se abrazaban, lloraban. Spendius, Autharita y Zarxas, cuatro italiotas, un negro y dos espartanos se ofrecieron como parlamentarios. Fueron aceptados en el acto. Sin embargo, no sabían cómo salir de allí.

Pero un crujido resonó del lado de las rocas, y la más alta, girando sobre sí misma, cayó rebotando hasta abajo. En efecto, si del lado de los bárbaros las peñas eran inconmovibles, pues hubiera sido preciso hacerlas subir por un plano inclinado, y además estaban amontonadas por la estrechez de la garganta, del otro lado, por el contrario, bastaba con empujarlas fuertemente para que se despeñaran. Los cartagineses las impulsaron y, al ser de día, los peñascos se adelantaban en la llanura como las gradas de una inmensa escalinata en ruinas.

Los bárbaros no podían aún trepar por ellas. Les tendieron escalas; todos se abalanzaron a ellas. La descarga de una catapulta los hizo retroceder; únicamente fueron aceptados los diez embajadores.

Marchaban entre los clinabaros y apoyaban sus manos en la grupa de los caballos para sostenerse.

Ahora que había pasado su primer momento de alegría, empezaban a concebir inquietudes. Las exigencias de Amílcar serían crueles. Pero Spendius los tranquilizaba.

—¡Seré yo quien hable! —y se jactaba de saber lo que tenía que decir para la salvación del ejército.

Detrás de todos los matorrales encontraban centinelas emboscados. Se prosternaban ante el talabarte que Spendius llevaba cruzado al hombro.

Cuando entraron en el campamento púnico, la soldadesca se apiñó alrededor de ellos, riendo y cuchicheando. La puerta de una tienda de campaña se abrió.

Amílcar estaba en el fondo, sentado en un escabel, junto a una mesa baja en la que brillaba una espada desenvainada. Unos capitanes, en pie, lo rodeaban.

Al ver a aquellos hombres, hizo un gesto de repugnancia, luego se inclinó para examinarlos.

Tenían las pupilas extraordinariamente dilatadas y un gran círculo negro alrededor de los ojos, que se prolongaba por debajo de las orejas; las narices lívidas se destacaban entre sus hundidas mejillas, surcadas por profundas arrugas; la piel de sus cuerpos, demasiado ancha para los músculos, desaparecía bajo una capa de polvo de color plomizo; sus labios se pegaban contra sus dientes amarillos; exhalaban un olor nauseabundo; parecían tumbas entreabiertas, sepulcros vivientes.

En medio de la tienda, sobre la estera en que iban a sentarse los capitanes, había una gamella de calabazas humeantes. Los bárbaros clavaban en ella sus miradas, temblándoles todos los miembros, y se les venían las lágrimas a los ojos. Se contenían, no obstante.

Amílcar se volvió para hablar con alguien. Entonces se arrojaron encima, todos, de bruces. Sus rostros se empapaban en la grasa, y el ruido de su deglución se mezclaba con los sollozos de alegría mal contenidos. Más por asombro que por lástima, sin duda, les dejaron terminar la gamella. Luego, cuando se hubieron levantado, Amílcar ordenó, con un gesto, al hombre que llevaba el talabarte, que comenzase a hablar. Spendius tenía miedo; balbucía.

Amílcar, mientras lo escuchaba, daba vueltas en su dedo a un grueso anillo de oro, el mismo con el que había impreso en el tahalí el sello de Cartago. Lo dejó caer al suelo: Spendius lo recogió enseguida; ante su amo, sus hábitos de esclavo volvían a dominarlo. Los demás se estremecieron, indignados por aquella bajeza.

Pero el griego alzó la voz y relatando los crímenes de Hannón, de quien sabía que era enemigo de Barca, intentó conmoverlo con los detalles de sus desgracias y los recuerdos de su abnegación; habló durante mucho tiempo, de una manera rápida, insidiosa, violenta incluso; al fin, divagó, arrastrado por el calor de su ingenio.

Amílcar replicó que aceptaba sus excusas. ¡Pues iba a firmarse la paz y

ahora sería definitiva! Pero exigía que se le entregasen diez mercenarios, elegidos por él, sin armas y sin túnica.

No se esperaban esta clemencia; Spendius exclamó:

—¡Oh, veinte, si quiere, señor!

—¡No! Me basta con diez —respondió Amílcar suavemente.

Se les hizo salir de la tienda para que pudiesen deliberar. En cuanto estuvieron solos, Autharita protestó en nombre de los compañeros sacrificados, y Zarxas le dijo a Spendius:

—¿Por qué no lo has matado? ¡Allí estaba su espada, junto a ti!

—¿A él? —replicó Spendius, y repitió varias veces: «¿A él? ¿A él?», como si fuese una cosa imposible y Amílcar algún ser inmortal.

Los abrumaba tal postración que se echaron de espaldas en el suelo, sin saber qué resolver. Spendius los incitaba a ceder. Al fin, consintieron, y volvieron a entrar en la tienda.

Entonces el sufeta puso su mano en las manos de los diez bárbaros, uno después de otro, apretando los pulgares; luego la frotó en sus vestiduras, pues aquella piel viscosa causaba al tacto una impresión ruda y blanda, un hormiguero grasiento que horripilaba. Inmediatamente les dijo:

—¿Sois vosotros los jefes de los bárbaros y habéis jurado por ellos?

—¡Sí! —respondieron.

—¿Sin coacción, desde el fondo del alma, con la intención de cumplir vuestras promesas?

Aseguraron que volverían junto a sus compañeros para cumplir lo pactado.

—¡Pues bien —repuso el sufeta—, de acuerdo con la convención pactada entre yo, Barca, y los embajadores de los mercenarios, os elijo a vosotros, y os guardo como rehenes!

Spendius cayó desvanecido sobre la estera. Los bárbaros, como abandonándolo, se estrecharon unos contra otros; y no profirieron ni una palabra, ni una queja.

**

Sus compañeros, que los estaban esperando, al ver que no volvían, se creyeron traicionados. Sin duda, los parlamentarios se habían entregado al sufeta.

Esperaron aún dos días más; luego, al amanecer del tercer día tomaron una resolución. Con cuerdas, pico y flechas dispuestos a modo de tramos entre

jirones de tela, consiguieron escalar las rocas, y dejando atrás a los más débiles, alrededor de unos tres mil se pusieron en marcha para reunirse con el ejército de Túnez.

En lo alto del desfiladero se extendía una pradera sembrada de algunos arbustos; los bárbaros devoraron sus yemas. A continuación dieron con un campo de habas, y todo él desapareció como si una nube de langosta hubiese pasado por allí. Tres horas después llegaron a una segunda altiplanicie, rodeada de un cinturón de colinas verdes.

Entre las ondulaciones de aquellos montículos brillaban unas gavillas de color de plata, espaciadas entre sí; los bárbaros, deslumbrados por el sol, percibían confusamente, debajo de ellas, unas moles negras que las soportaban. Éstas se levantaron, como si se hubiesen abierto sobre sí mismas. Eran lanzas en torres, sobre elefantes espantosamente armados.

Además del venablo de su petral, de los punzones de sus colmillos, las placas de bronce que cubrían sus flancos, y los puñales de sus rodilleras, llevaban en el extremo de sus trompas un brazaete de cuero al que iba atado el mango de una ancha cuchilla; habiendo partido todos a la vez del fondo de la llanura, avanzaban por cada lado, paralelamente.

Un terror indescriptible heló de espanto a los bárbaros. Ni siquiera intentaron huir. Se encontraban ya cercados.

Los elefantes penetraron en aquella masa de hombres, y los espolones de su petral la dividían, las lanzas de sus colmillos la revolvían como rejas de arados; cortaban, rajaban, descuartizaban con las hoces de sus trompas; las torres, llenas de faláricas, parecían volcanes en movimiento: no se distinguía más que un inmenso montón en el que las carnes humanas formaban manchas blancas; las láminas de bronce, placas grises, y la sangre, cohetes rojos; los horribles animales, al pasar a través de todo aquello, trazaban surcos negros. El más furioso era conducido por un númida, coronado por una diadema de plumas. Lanzaba jabalinas con una celeridad espantosa, acompañándose a intervalos regulares de un largo silbido agudo; las enormes bestias, dóciles como perros, durante la carnicería miraban siempre hacia él.

Su círculo se iba estrechando poco a poco; los bárbaros, debilitados, no oponían resistencia; enseguida los elefantes estuvieron en el centro de la llanura. Les faltaba espacio; se amontonaban casi enfurecidos, se entrechocaban los marfiles. De pronto, Narr-Havas los aplacó, y volviendo grupas, regresaron al trote hacia las colinas.

Entre tanto, dos sintagmas se habían refugiado a la derecha, en un repliegue del terreno, habían tirado sus armas, y todos de rodillas hacia las tiendas púnicas, levantando sus brazos implorando perdón.

Les ataron las piernas y las manos; luego, cuando estuvieron tendidos en tierra unos junto a otros, se trajeron los elefantes.

Los pechos crujían como cofres que se rompen; a cada paso aplastaban dos; sus grandes pezuñas se hundían en los cuerpos con un movimiento de ancas que los hacía parecer cojos. Continuaban, y llegaron hasta el fin.

El suelo de la llanura volvió a quedar en calma. Cayó la noche. Amílcar se deleitaba ante el espectáculo de su venganza, pero, de pronto, se estremeció.

¡Veía, y todos veían a seiscientos pasos de allí, a la izquierda, en la cumbre de un otero, bárbaros y bárbaros! En efecto, cuatrocientos de los más robustos mercenarios etruscos, libios y espartanos, habían ganado las alturas desde el comienzo, y se habían mantenido allí indecisos. Después de la matanza de sus compañeros, resolvieron cargar contra los cartagineses, ya descendían en columnas cerradas, de un modo maravilloso y formidable.

Se les envió un heraldo inmediatamente. El sufeta tenía necesidad de soldados; admiraba tanto su bravura que los admitía sin condiciones. Podían incluso, añadió el hombre de Cartago, acercarse un poco, a un sitio que él les designó, y donde encontrarían víveres.

Los bárbaros echaron a correr hacia allí y pasaron la noche comiendo. Entonces, los cartagineses estallaron en rumores contra la parcialidad del sufeta con los mercenarios.

¿Cedió a estas expansiones de un odio insaciable, o bien era un refinamiento de perfidia? Al día siguiente fue él mismo, sin espada, con la cabeza descubierta, acompañado de una escolta de clinabaros, y les declaró que siendo mucha la gente que había que mantener, no era su intención contratarlos. Sin embargo, como le hacían falta hombres y no sabía por qué medio elegir a los mejores, iban a pelearse a muerte; luego admitiría a los vencedores en su guardia personal. Muerte por muerte, valía más ésta...; y entonces, apartando a sus soldados, pues los estandartes púnicos ocultaban a los mercenarios el horizonte, les mostró los ciento noventa y dos elefantes de Narr-Havas, que formaban una sola línea recta y cuyas trompas iban armadas de grandes hierros, parecidos a brazos de gigantes que llevasen hachas en sus cabezas.

Los bárbaros se miraron entre sí silenciosamente. No era la muerte lo que les hacía empalidecer, sino la horrible alternativa a que se veían reducidos.

La vida en común había establecido entre estos hombres amistades profundas. Para la mayoría, el campamento sustituía a la patria; como vivían sin familia, consagraban todo su afecto a un compañero, y dormían uno al lado de otro, bajo el mismo manto, a la luz de las estrellas. Además, en este perpetuo vagabundeo a través de toda clase de países, de muerte y aventuras,

habían nacido extraños amores, uniones obscenas tan formales como matrimonios, en las que el más fuerte defendía al más joven en las batallas, le ayudaba a franquear los precipicios, enjugaba en su frente el sudor de las fiebres; robaba para alimentarlo; y el otro, niño recogido a la orilla de un camino, convertido luego en mercenario, pagaba esta abnegación con mil cuidados delicados y complacencias de esposa.

Cambiaron sus collares y pendientes, regalos que se habían hecho en otro tiempo, después de un gran peligro, en horas de embriaguez. Todos querían morir, y ninguno se atrevía a dar el primer golpe. Veíase acá y allá a un joven que le decía a otro, cuya barba empezaba a encanecer: «¡No, tú eres el más fuerte! ¡Tú me vengarás, mátame!», y el hombre respondía: «¡A mí me quedan menos años de vida! ¡Dame en el corazón y no te preocupes!». Los hermanos se contemplaban tristemente, con las manos estrechadas, y el amante le daba a su amado la despedida eterna, de pie, llorando sobre su hombro.

Se quitaron sus corazas para que la punta de las espadas penetrase mejor. Entonces aparecieron las cicatrices de las heridas que habían recibido por Cartago; parecían inscripciones sobre columnas.

Se colocaron en cuatro filas iguales, al modo de los gladiadores, y comenzaron con tímidas acometidas. Algunos se habían vendado los ojos, y sus espadas hendían el aire, blandamente como palos de ciego. Los cartagineses prorrumpieron en silbidos, gritándoles que eran unos cobardes. Los bárbaros se animaron, y enseguida el combate fue general, violento, terrible.

A veces, dos hombres se detenían completamente ensangrentados, caían uno en brazos del otro y morían dándose besos. Ninguno retrocedía. Se arrojaban contra las hojas desnudas. Su delirio era tan furioso que los cartagineses, aun viéndolos desde lejos, tenían miedo.

Por fin, se detuvieron. Sus pechos producían un ruido ronco y se percibían sus pupilas a través de sus largas cabelleras que colgaban como si hubiesen salido de un baño de púrpura. Muchos giraban sobre sus talones, vertiginosamente, como panteras heridas en la frente. Otros permanecían inmóviles contemplando un cadáver a sus pies; luego, de súbito, se arañaban la cara con las uñas, cogían su espada con las dos manos y se la hundían en el vientre.

Quedaban sesenta todavía. Pidieron de beber. Se les gritó que tirasen sus espadas y, cuando las hubieron tirado, se les llevó el agua.

Mientras estaban bebiendo, con la cara hundida en las vasijas, sesenta cartagineses, saltando sobre ellos, los mataron con estiletes, por la espalda.

Amílcar había hecho esto para complacer los instintos de su ejército y,

mediante esta traición, atraérselo a su favor.

Así pues, la guerra había terminado; al menos, él lo creía; Matho no resistiría, y en su impaciencia el sufeta dio inmediatamente la orden de salida.

Sus exploradores vinieron a decirle que se había visto un convoy que iba hacia la Montaña de Plomo. Amílcar no le dio importancia. Una vez destruidos los mercenarios, los nómadas no les molestarían más. Lo importante era tomar Túnez. A marchas forzadas se encaminaron hacia ella.

Había enviado a Narr-Havas a Cartago para que llevase la noticia de la victoria; y el rey de los nómadas, orgulloso de su éxito, se presentó en el palacio de Salambó.

**

Salambó los recibió en sus jardines, bajo un gran sicómoro, entre dos almohadones de cuero amarillo, acompañada de Taanach. Tenía el rostro cubierto por un velo blanco que, pasándole por la boca y por la frente, no dejaba ver más que los ojos, pero sus labios brillaban a través de la transparencia del tejido como las pedrerías de sus dedos, pues Salambó tenía sus dos manos envueltas, y durante todo el tiempo que estuvieron hablando no hizo ni un gesto.

Narr-Havas le anunció la derrota de los bárbaros. Salambó le dio las gracias bendiciéndolo por los servicios que había prestado a su padre. Entonces el nómada se puso a contarle toda la campaña.

Las palomas se arrullaban dulcemente en las palmeras, a su alrededor, y otros pájaros revoloteaban entre la hierba: galeolos de collar, codornices de Tartessos y pintadas púnicas. El jardín, sin cultivar desde hacía mucho tiempo, estaba lleno de hierbas; las coluquintidas trepaban por entre el ramaje de las cañafístulas; las asclepias sembraban los campos de rosas; plantas de todas clases formaban entrelazamientos y cenadores; y los rayos del sol, que caían oblicuamente, dibujaban acá y allá, como en los bosques, la sombra de una hoja en el suelo. Los animales domésticos, vueltos al estado salvaje, huían al menor ruido. A veces se divisaba una gacela arrastrando en sus menudos cascos negras plumas de pavo real, dispersas. Los rumores de la ciudad se confundían a los lejos con el murmullo de las olas. El cielo estaba completamente azul; ni una sola vela aparecía en el mar.

Narr-Havas ya no hablaba; Salambó, sin haberle respondido, miraba al rey nómada. Llevaba éste una túnica de lino, con flores pintadas y fimbrias de oro; dos flechas de plata sostenían sus cabellos trenzados, al borde de sus orejas; apoyaba la mano derecha en el mango de una pica, adornado con aros de electro y pellones de piel.

Mientras lo miraba, una infinidad de vagos pensamientos absorbían a Salambó. Aquel joven, de voz dulce y porte femenino, la cautivaba por la gracia de su persona y le parecía como una hermana mayor que los Baals le enviasen para protegerla. El recuerdo de Matho se apoderó de ella; no resistió más al deseo de saber lo que había sido de él.

Narr-Havas respondió que los cartagineses avanzaban sobre Túnez, con el fin de capturarlo. A medida que exponía sus posibilidades de éxito y la débil posición en que se encontraba Matho, parecía animarse con una esperanza extraordinaria. Sus labios temblaban, palpitaba su pecho. Cuando, al fin, le prometió matarlo él mismo, Salambó exclamó:

—¡Sí, mávalo, es necesario!

El númerida replicó que deseaba ardientemente aquella muerte, porque así, terminada la guerra, sería su esposa.

Salambó se estremeció y bajó la cabeza.

Pero Narr-Havas, prosiguiendo su charla, comparó sus deseos con las flores que languidecen después de la lluvia, con los viajeros extraviados que esperan a que sea de día. Le dijo incluso que era más bella que la luna, más grata que la brisa matinal y que el rostro de un huésped. Haría traer para ella, del país de los negros, cosas que no se habían visto en Cartago, y los aposentos de su casa serían enarenados con polvo de oro.

Caía la tarde; balsámicos aromas se respiraban en el ambiente. Durante largo rato, se contemplaron en silencio, y los ojos de Salambó, en el fondo de su amplio velo, parecían dos estrellas en el rasgón de una nube. Antes de que el sol se hubiera puesto, Narr-Havas se retiró.

Los ancianos se sintieron aliviados de una gran inquietud cuando éste partió de Cartago. El pueblo lo había recibido con aclamaciones aún más entusiásticas que la primera vez. Si Amílcar y el rey de los númeridas triunfaban solos sobre los mercenarios, sería imposible resistirlos. Por tanto, resolvieron, para debilitar la influencia de Barca, había que hacer que participase en la salvación de la república aquél a quienes ellos amaban, el anciano Hannón.

Éste se trasladó inmediatamente a las provincias occidentales, a fin de vengarse en los mismos lugares que habían sido testigos de su oprobio. Pero los habitantes y los bárbaros habían muerto o estaban ocultos o huidos. Entonces desahogó su cólera contra la campiña. Quemó las ruinas de las ruinas, no dejó ni un solo árbol, ni una brizna de hierba; a los niños y enfermos que encontraba, los hacía morir en el suplicio; entregaba las mujeres a sus soldados para que las violasen antes de degollarlas; las más hermosas eran arrojadas dentro de su litera, pues su atroz enfermedad le abrasaba en impúdicos deseos; y los satisfacía con todo el furor de un hombre desesperado.

A menudo, en las crestas de las colinas, se plegaban unas tiendas negras como derribadas por el viento, y grandes discos de borde brillante, que se sabía eran ruedas de carro, girando con un sonido quejumbroso, poco a poco se hundían en los valles. Las tribus, que habían abandonado el asedio de Cartago, erraban de esta manera por las provincias, esperando una ocasión, alguna victoria de los mercenarios para volver. Pero, bien fuese por terror o por hambre, tomaron todas el camino de sus comarcas y desaparecieron.

Amílcar no tuvo celos de los éxitos de Hannón. Sin embargo, tenía prisa por acabar con ellos; le ordenó que se dirigiese sobre Túnez; y Hannón, que amaba a su patria, se halló el día señalado junto a las murallas de la ciudad.

Túnez contaba para defenderse con una población autóctona, con doce mil mercenarios, además con todos los comedores de cosas inmundas, pues éstos estaban, como Matho, fijos en el horizonte de Cartago, y la plebe y el schalischim contemplaban desde lejos sus altas murallas, soñando con los placeres inefables que había detrás de ellas. Con este conjunto de odios concertados, la resistencia se organizó con toda presteza. Se cogieron odres para hacer cascos, se cortaron todas las palmeras de los jardines para tener lanzas, se construyeron cisternas y, en cuanto a los víveres, pescaban en las márgenes del lago grandes peces blancos, alimentados con cadáveres e inmundicias. Los baluartes de sus murallas, mantenidas en ruinas por la envidia de Cartago, eran tan débiles que se los podía derribar de un empujón. Matho tapó los agujeros con las piedras de las casas. Era la última batalla; no esperaba nada y, sin embargo, se decía a sí mismo que la fortuna era tornadiza.

Los cartagineses, al acercarse, observaron sobre el baluarte a un hombre que rebasaba la altura de las almenas de cintura para arriba. Las flechas, que pasaban volando en torno suyo, parecían preocuparle menos que una bandada de golondrinas. Ninguna, por rara coincidencia, lo alcanzó.

Amílcar estableció su campamento en el lado meridional; Narr-Havas, a su derecha, ocupaba la llanura de Rhades; Hannón, la orilla del lago, y los tres generales debían conservar su posición relativa para atacar el recinto todos al mismo tiempo.

Pero Amílcar, sin pérdida de tiempo, tuvo empeño en querer demostrarles a los mercenarios que los castigaría como esclavos. Ordenó crucificar a los diez embajadores, unos junto a los otros, en un montículo, de cara a la ciudad.

A la vista de este espectáculo, los sitiados abandonaron el baluarte.

Matho se había dicho que, si pudiera pasar entre las murallas y las tiendas de Narr-Havas con la rapidez suficiente para que los nómadas no tuvieran tiempo de salir, caería sobre la retaguardia de la infantería cartaginesa, que se vería cogida entre su división y las del interior. Se lanzó fuera con los

veteranos.

Narr-Havas lo vio; franqueó la playa del lago y voló a advertir a Hannón que enviara tropas en auxilio de Amílcar. ¿Acaso creía a Barca demasiado débil para resistir a los mercenarios? ¿Era una perfidia o una necedad? Nadie pudo saberlo jamás.

Hannón, deseoso de humillar a su rival, no titubeó. Ordenó que tocasen las trompetas, y todo su ejército se lanzó contra los bárbaros. Éstos se volvieron corriendo derechos hacia los cartagineses; los derribaban, los aplastaban bajo sus pies y, rechazándolos impetuosamente, llegaron hasta la tienda de Hannón, que estaba entonces en medio de treinta cartagineses, de los más ilustres de los ancianos.

Hannón quedó asombrado de su audacia; llamaba a sus capitanes. Todos le ponían sus puños en la garganta, vociferando injurias. Se apretaban unos contra otros, y los que tenían la mano puesta sobre él a duras penas podían retenerlo. Sin embargo, él intentaba decirles al oído: «¡Te daré todo lo que quieras! ¡Soy rico! ¡Sálvame!». Lo llevaban a rastras, pero aunque fuese tan pesado, sus pies no tocaban el suelo. Se habían llevado a los ancianos. Su terror aumentó. «¡Me habéis vencido! ¡Soy vuestro cautivo! ¡Pagaré mi rescate! ¡Escuchadme, amigos míos!». Y, llevado por todos aquellos hombres que se aprestaban a su lado, repetía: «¿Qué vais a hacer? ¿Qué queréis? ¡Ya veis que no hago resistencia! ¡Siempre he sido bueno!».

Una cruz gigantesca había sido izada ante la puerta. Los bárbaros aullaban: «¡Aquí, aquí!». Pero él levantó la voz aún más fuerte, y en nombre de sus dioses, les conminó a que lo llevasen al schalischim, porque tenía que confiarle una cosa de la que dependía la salvación de todos.

Los bárbaros se detuvieron, y algunos pretendían que era prudente llamar a Matho. Salieron en su busca.

Hannón cayó sobre la hierba y veía a su alrededor más cruces aún, como si el suplicio en el que iba a perecer se hubiese multiplicado de antemano, hacía esfuerzos para convencerse de que su vista le engañaba, que no había más que una sola cruz, e incluso para creer que no había ninguna en absoluto. Por fin, lo levantaron.

—¡Habla! —dijo Matho.

Le ofreció entregar a Amílcar, luego entrarían en Cartago y serían reyes los dos.

Matho se alejó, haciendo una seña a los suyos para que se apresurasen. Era, pensaba, un ardid para ganar tiempo.

Matho se engañaba; Hannón se hallaba en una de esas situaciones en que

no se repara ya en nada, y además odiaba de tal modo a Amílcar que, a cambio de una leve esperanza de salvarse, lo hubiera sacrificado con todos sus soldados.

Al pie de las treinta cruces, los ancianos languidecían en el suelo; les estaban pasando unas cuerdas bajo sus axilas. Entonces el viejo sufeta, comprendiendo que iba a morir, se echó a llorar.

Le arrancaron los vestidos que le quedaban... y el horror de su cuerpo apareció. Las úlceras cubrían aquella masa innoble; la grasa de sus piernas le cubría las uñas de sus pies; pendían de sus dedos como pingajos verdosos, y las lágrimas que corrían por entre las protuberancias de sus mejillas le daban a su cara un aspecto espantosamente triste, como si ocupase más espacio que en ningún otro rostro humano. Su diadema real, medio deshecha, arrastraba con sus cabellos blancos en el polvo. Creyeron no tener cuerdas suficientemente fuertes para izarlo a lo alto de la cruz, y lo clavaron encima de ella, antes de que fuesealzada, al modo púnico. Pero su orgullo se sobrepuso a su dolor, y los llenó de injurias. Echaba espuma por la boca y se retorció, como un monstruo marino al que se degüella en la playa, prediciéndoles que acabarían todos más horriblemente aún y que sería vengado.

Lo estaba. Al otro lado de la ciudad, de donde se elevaban ahora llamaradas entre columnas de humo, agonizaban los embajadores de los mercenarios.

Algunos, desmayados al principio, se habían reanimado por el frescor del viento; pero seguían con la barbilla clavada en el pecho, y sus cuerpos colgaban un poco, a pesar de que sus brazos habían sido clavados más arriba que sus cabezas; de sus talones y de sus manos, caía la sangre a goterones, lentamente, como de las ramas de los árboles caen los frutos maduros..., y Cartago, el golfo, las montañas y las llanuras, todo les parecía dar vueltas como una inmensa rueda; a veces, una nube de polvo subía del suelo, los envolvía en sus remolinos; se sentían abrasados por una sed horrible, se les pegaba la lengua al paladar, y sentían correr por sus miembros un sudor glacial, a la vez que su alma los abandonaba.

Sin embargo, entreveían a una distancia infinita calles, soldados en marcha, centelleos de espadas; y el tumulto de la batalla les llegaba vagamente, como el ruido del mar a unos náufragos que mueren abrazados a la arboladura de un navío. Los italiotas, más robustos que sus compañeros, gritaban aún; los lacedemonios, silenciosos, mantenían sus párpados cerrados; Zarxas, antes tan vigoroso, se doblegaba como una caña rota; a su lado, el etíope tenía la cabeza echada hacia atrás por encima de sus brazos de la cruz; Autharita, inmóvil, movía los ojos; su larga cabellera, cogida en una hendidura de la madera, se erizaba en su frente, y el estertor que exhalaba parecía más

bien un rugido de cólera. En cuanto a Spendius, se sentía animado de un extraño valor, ahora despreciaba la vida, por la certidumbre que tenía de una manumisión casi inmediata y eterna, y esperaba la muerte con impasibilidad.

En medio de su desfallecimiento, a veces se estremecían al roce de plumas que les pasaban por la boca. Grandes alas proyectaban sombras alrededor de ellos, unos graznidos crujían en el aire; y como la cruz de Spendius era la más alta, fue en la suya donde se posó el primer buitre. Entonces volvió su cara hacia Autharita, y le dijo pausadamente, con una sonrisa indefinible:

—¿Te acuerdas de los leones en el camino de Sicca?

—¡Eran nuestros hermanos! —respondió el galo, y expiró.

El sufeta, mientras tanto, había abierto brecha en el recinto, y había llegado a la ciudadela. A una ráfaga de viento, el humo se elevó de pronto, dejando al descubierto el horizonte hasta las murallas de Cartago; creyó incluso distinguir gentes que miraban asomadas en la plataforma de Eschmún; luego, al girar la vista, vio, a la izquierda, a orillas del lago, treinta cruces descomunales.

En efecto, para hacerlas más horripilantes, las habían construido con los mástiles de sus tiendas unidos por los extremos; y los treinta cadáveres de los ancianos aparecían en lo alto, en el cielo. Tenían sobre sus pechos como mariposas blancas; eran las barbas de las flechas que les habían disparado desde abajo.

En la cima de la más alta, brillaba una ancha cinta de oro; colgaba sobre el hombro, le faltaba el brazo de ese lado. A Amílcar le costó trabajo reconocer a Hannón. Como sus huesos esponjosos cedían bajo los taladros de hierro, porciones de sus miembros se habían desgarrado... y sólo quedaban en la cruz restos informes, parecidos a esos fragmentos de animales que cuelgan de la puerta de los cazadores.

El sufeta no había podido saber nada; la ciudad, delante de él, ocultaba todo su otro lado, y los capitanes enviados sucesivamente a los otros dos generales no habían vuelto. Los fugitivos que llegaban contaron la derrota, y el ejército púnico se detuvo. Aquella catástrofe, que se producía en medio de su victoria, los dejó estupefactos. Ya no hacían caso de las órdenes de Amílcar.

Matho aprovechó la ocasión para continuar haciendo estragos entre los númeridas.

Después de haber destruido el campamento de Hannón, se volvió contra ellos. Los elefantes salieron. Pero los mercenarios, provistos de teas cogidas en las murallas, avanzaron por la llanura agitando las llamas, y las enormes bestias, asustadas, corrieron a precipitarse en el golfo, donde se mataban unas contra otras al caer, ahogándose bajo el peso de sus corazas. Ya Narr-Havas

había lanzado su caballería: todos se echaron de bruces; luego, cuando los caballos estuvieron a dos pasos de ellos, saltaron a sus vientres, abriéndoselos a puñaladas, y la mitad de los númeridos había perecido cuando se presentó Barca.

Los mercenarios, agotados, no podían hacer frente a sus tropas. Retrocedieron en buen orden hasta la montaña de las Aguas Calientes. El sufeta tuvo la prudencia de no perseguirlos. Se dirigió hacia la desembocadura del Macar.

Túnez le pertenecía, pero no era ya más que un montón de escombros humeantes. Las ruinas se desplomaban por las brechas de las murallas hasta el centro de la llanura; en el fondo, entre las márgenes del golfo, los cadáveres de los elefantes, impulsados por el oleaje y la brisa, se entrechocaban, como un archipiélago de rocas negras que flotarían en el agua.

Narr-Havas, para sostener esta guerra, había echado mano de todos los elefantes de sus bosques, jóvenes y viejos, machos y hembras, y la fuerza militar de su reino no volvió a rehacerse. El pueblo, que los había visto morir desde lejos, quedó desolado; los hombres se lamentaban en las calles llamándolos por sus nombres, como a amigos difuntos: «¡Ay, el Invencible! ¡La Victoria! ¡El Exterminador! ¡La Golondrina!». El primer día incluso, no se habló más que de los ciudadanos muertos. Pero al día siguiente se vieron las tiendas de los mercenarios en la montaña de las Aguas Calientes. Entonces la desesperación fue tan profunda que mucha gente, en especial mujeres, se arrojaron de cabeza desde lo alto de la acrópolis.

**

Se ignoraban los proyectos de Amílcar. Vivía solo, en su tienda, sin más compañía que la de un muchacho, y nadie comía con ellos, ni siquiera Narr-Havas. Sin embargo, le testimoniaba miramientos extraordinarios desde la derrota de Hannón; pero el rey de los númeridos tenía demasiado interés en llegar a ser su hijo para desconfiar de sus atenciones.

Aquella inercia encubría hábiles maniobras. Con toda clase de artificios, Amílcar sedujo a los jefes de las aldeas, y los mercenarios fueron perseguidos, rechazados, hostigados como bestias feroces. En cuanto entraban en un bosque, se incendiaban los árboles a su alrededor; cuando bebían en una fuente, estaba envenenada; les tapiaban las cavernas donde se guarecían para dormir. Las poblaciones que hasta entonces los habían defendido, sus antiguos cómplices, los perseguían ahora, y reconocían siempre en aquellas bandas armaduras cartaginesas.

Muchos tenían roída la cara por pústulas rojas; esto provenía, pensaban, de tocar a Hannón. Otros se imaginaban que era por haber comido los peces de

Salambó, y lejos de arrepentirse, soñaban con sacrilegios aún más abominables, a fin de que fuese mayor el ultraje a los dioses púnicos. Hubieran querido exterminarlos.

Así se arrastraron durante tres meses a lo largo de la costa oriental, luego por detrás de la montaña de Sellum y hasta los primeros arenales del desierto. Buscaban un lugar de refugio, no importaba cuál. Útica e Hippo-Zarita eran las únicas que no les habían traicionado, pero Amílcar tenía cercadas a estas dos ciudades. Luego remontaron hacia el norte, a la ventura, sin conocer siquiera el terreno. A fuerza de calamidades tenían la cabeza trastornada.

Ya no les quedaba más que el sentimiento de una desesperación que iba en aumento; y un buen día se encontraron en las gargantas del Cobus, ¡ante Cartago otra vez!

Entonces se multiplicaron los combates. La fortuna se mantenía indecisa, pero unos y otros estaban tan abrumados, que en vez de estas escaramuzas, deseaban una gran batalla, con tal de que fuese la última.

Matho tenía deseos de llevarle personalmente la proposición al sufeta. Uno de sus libios se ofreció. Todos, al verlo marchar, estaban convencidos de que no volvería.

Volvió aquella misma noche.

Amílcar aceptaba el reto. Se encontrarían al día siguiente, al amanecer, en la llanura de Rhades.

Los mercenarios quisieron saber si había dicho algo más, y el libio añadió:

—Cuando yo estuve en su presencia, me preguntó qué quería. Yo respondí: «¡Que me maten!». Entonces él dijo: «¡No! ¡Vete! ¡Morirás mañana con los demás!».

Aquella generosidad asombró a los bárbaros; algunos quedaron aterrados, y Matho lamentó que no hubieran matado al parlamentario en terreno cartaginés.

**

Le quedaban aún tres mil africanos, mil doscientos griegos, mil quinientos campanios, doscientos iberos, cuatrocientos etruscos, quinientos samnitas, cuarenta galos y un grupo de naffures, bandidos nómadas encontrados en la región de los dátiles; en total, siete mil doscientos diecinueve soldados, pero ninguna sintagma completa. Habían tapado los agujeros de sus corazas con omóplatos de cuadrúpedos y reemplazado sus coturnos de bronce por sandalias estropeadas. Placas de cobre o de hierro apesantaban sus vestidos; sus cotas de malla colgaban en andrajos, y se veían las cuchilladas, como hilos de púrpura, entre los pelos de sus brazos y de sus caras.

La ira por sus compañeros muertos les despertaba el alma y centuplicaba su vigor. ¡Sentían confusamente que ellos eran los servidores de un dios esparcido en los corazones de los oprimidos, y como los pontífices de la venganza universal! Luego los encorajinaba el sufrimiento de una injusticia exorbitante. Juraron combatir unos por otros hasta la muerte.

Mataron a las bestias de carga y comieron lo más posible para recuperar fuerzas; inmediatamente se durmieron. Algunos rezaron, de cara a diferentes constelaciones.

Los cartagineses llegaron a la llanura antes que ellos. Untaron con aceite el borde de sus escudos para que las flechas resbalasen con más facilidad; los infantes que llevaban largas cabelleras, se las cortaron por encima de la frente, como medida de precaución; y Amílcar, desde la hora quinta, mandó vaciar todas las gamellas, sabedor de que resultaba desventajoso combatir con el estómago demasiado lleno. Su ejército ascendía a catorce mil hombres, casi el doble del ejército bárbaro. Y no obstante, jamás había experimentado mayor inquietud; si sucumbía, era el aniquilamiento de la república y él perecería crucificado; si, por el contrario, triunfaba, por los Pirineos, las Galias y los Alpes caería sobre Italia, y el imperio de Barca sería eterno. Veinte veces se levantó por la noche para vigilarlo todo, por sí mismo, hasta en sus detalles más nimios. En cuanto a los cartagineses, estaban exasperados por tanto recelo.

Narr-Havas dudaba de la fidelidad de sus númidas. Por otra parte, los bárbaros podían vencerlos. Una extraña debilidad se había apoderado de él; a cada instante bebía grandes copas de agua.

Pero un hombre a quien él no conocía abrió su tienda, y depositó en el suelo una corona de sal gema, adornada con dibujos hieráticos hechos con azufre y rombos de nácar. A veces se solía enviar al desposado su corona de boda; era una prueba de amor, una especie de invitación.

Sin embargo, Salambó no amaba a Narr-Havas.

El recuerdo de Matho la obsesionaba de una manera intolerable; le parecía que la muerte de aquel hombre despejaría su mente, de la misma manera que para curarse la herida de las víboras, se las aplasta contra la llaga. El rey de los númidas estaba bajo su dependencia; esperaba impacientemente las bodas, y como éstas debían seguir a la victoria, Salambó le hacía aquel presente para estimular su valor. Entonces desaparecieron sus angustias, y ya no pensó más que en la felicidad de poseer a tan hermosa mujer.

El mismo pensamiento había asaltado a Matho, pero lo rechazó enseguida, y su amor reprimido se volcó sobre sus compañeros de armas. Los quería como si formasen parte de su propia persona, de su odio, y se sentía con el

espíritu más elevado y con brazos más vigorosos; todo lo que había que hacer lo vio nítidamente. Si a veces se le escapaban unos suspiros, es que pensaba en Spendius.

Alineó a los bárbaros en seis filas iguales. En el centro, colocó a los etruscos, unidos por una cadena de bronce; los arqueros estaban detrás, y en las dos alas distribuyó a los naffures, montados en camellos de pelo raso, cubiertos de plumas de avestruz.

El sufeta dispuso a los cartagineses en un orden similar. A distancia de la infantería, cerca de los vélites, colocó a los clinabaras; al otro lado, a los númeridas, y al rayar el día estaban alineados frente a frente. Se contemplaban desde lejos con ojos feroces. Al pronto hubo un momento de vacilación. Por fin, los dos ejércitos se movieron.

Los bárbaros avanzaban lentamente, para no fatigarse, pisando con firmeza; el centro del ejército púnico formaba una curva convexa. Sobrevino un choque terrible, parecido al crujido de dos flotas que se abordaban. La primera fila de los bárbaros se había entreabierto rápidamente y los soldados de tiro, que estaban ocultos detrás, lanzaban sus pellas, sus flechas, sus jabalinas. Sin embargo, la curva de los cartagineses poco a poco iba enderezándose, llegó a ser completamente recta; luego se plegó; entonces las dos secciones de los vélites se aproximaron paralelamente, como los brazos de un compás que se cierra. Los bárbaros, encarnizados contra la falange, entraban en aquella cavidad y desaparecían. Matho los contuvo, y en tanto que las alas cartaginesas continuaban avanzando, hizo salir afuera las tres filas interiores de su columna; enseguida desbordaron sus flancos, y su ejército apareció en una triple longitud.

Pero los bárbaros situados en los dos extremos eran los más débiles, especialmente los de la izquierda, que habían agotado sus carcajes, y el destacamento de los vélites, que al fin cayó sobre ellos, los desbarató fácilmente.

Matho les ordenó retroceder. Su ala derecha se componía de campesinos armados de hachas; la lanzó sobre el ala izquierda cartaginesa, el centro atacaba al enemigo, y los del otro extremo, fuera del peligro, contenían a los vélites.

Entonces, Amílcar dividió a sus jinetes por escuadrones, colocó hoplitas entre ellos y los lanzó contra los mercenarios.

Estas masas en forma de cono presentaban un frente de caballos y sus extensos flancos se erizaban llenos de lanzas. Era imposible que los bárbaros pudieran resistir aquel empuje, únicamente los infantes griegos tenían armaduras de bronce; todos los demás, cuchillas en la punta de una pértiga,

hoces tomadas en las alquerías, espadas fabricadas con la llanta de una rueda; las hojas demasiado blandas se torcían al golpear, y mientras estaban enderezándolas con los talones, los cartagineses, a derecha e izquierda, los acuchillaban con la mayor facilidad.

Pero los etruscos, amarrados a su cadena, no se movían; los que estaban muertos, como no podían caer, formaban un obstáculo con sus cadáveres; y aquella gruesa columna de bronce se abría y se cerraba alternativamente, flexible como una serpiente, inquebrantable como una muralla. Los bárbaros iban a rehacerse detrás de ella, cobraban aliento un minuto..., luego volvían a la lucha con los pedazos de sus armas en la mano.

Muchos ya no las tenían, y saltaban sobre los cartagineses, a quienes mordían en la cara, como perros. Los galos, por orgullo, se despojaron de sus sayos, mostraban desde lejos sus corpulentos cuerpos blancos y, para asustar al enemigo, ensanchaban sus heridas. En medio de las sintagmas púnicas, no se oía la voz del pregonero que anunciaba las órdenes; los estandartes repetían sus señales por encima del polvo, y cada uno iba llevado por la oscilación de la gran masa que lo rodeaba.

Amílcar ordenó a los númidas que avanzasen. Pero los naffures salieron a su encuentro.

Vestidos con amplias túnicas negras, con un fleco de pelo en la coronilla y un escudo de piel de rinoceronte, manejaban un hierro sin mango, atado por una cuerda; y sus camellos, erizados de plumas, lanzaban prolongados y fuertes ronquidos. Las hojas daban en el sitio preciso, luego volvían a subir con un seco chasquido, arrastrando tras sí un miembro. Las bestias, furiosas, galopaban a través de las sintagmas. Algunos, que tenían las patas rotas, iban dando saltos, como avestruces heridos.

Toda la infantería púnica cayó en masa sobre los bárbaros; logró cortar sus filas. Sus manípulos evolucionaban, espaciados unos de otros. Las armas de los cartagineses, más brillantes, los rodeaban como coronas de fuego; un hormiguero bullía en el centro, y el sol, cayendo a plomo, despedía en las puntas de las espadas blancos resplandores que revoloteaban. Sin embargo, líneas enteras de clinabaras quedaban tendidas en la llanura; los mercenarios les arrancaban las armaduras, se las ponían y volvían al combate. Los cartagineses, engañados, se metieron muchas veces en medio de ellos. Los inmovilizaba un estupor, o bien reflúan, y clamores de triunfo que se elevaban a lo lejos parecían empujarlos como frágiles restos en una tempestad. Amílcar se desesperaba, ¡todo iba a perecer bajo el genio de Matho y el invencible valor de los mercenarios!

Pero un gran ruido de tamboriles estalló en el horizonte. Era una muchedumbre, viejos, enfermos, niños de quince años e incluso mujeres que,

no pudiendo resistir más su angustia, habían salido de Cartago y, para ponerse bajo la protección de algo que infundiese miedo, habían cogido, de casa de Amílcar, el único elefante que poseía la república: el de la trompa cortada.

Entonces les pareció a los cartagineses que la patria, abandonando sus murallas, venía a ordenarles morir por ella. Se apoderó de ellos un incontenible furor, y los númeridas arrastraron a los demás.

Los bárbaros, en medio de la llanura, se habían replegado junto a un montículo. No tenían probabilidad de vencer, ni siquiera de sobrevivir, pero eran los mejores, los más intrépidos y los más fuertes.

La gente de Cartago lanzaba, por encima de los númeridas, asadores, larderas, martillos; los que habían infundido miedo a los cónsules morían bajo los palos de las mujeres; el populacho púnico exterminaba a los mercenarios.

Éstos se habían refugiado en lo alto de la colina. Su círculo, a cada brecha nueva, volvía a cerrarse; por dos veces descendió, pero una sacudida los rechazaba enseguida; y los cartagineses, en el desorden de la pelea, alargaban los brazos; introducían sus picas entre las piernas de sus compañeros y pinchaban al acaso. Resbalaban en la sangre; la pendiente del terreno, demasiado rápida, hacía rodar por ella los cadáveres. Al elefante, que trataba de subir la cuesta, le llegaban hasta el vientre; parecía que los pisaba con delicia, y su trompa cortada, ancha en su extremo, se elevaba de cuando en cuando como una enorme sanguijuela.

Después, se detuvieron todos. Los cartagineses, rechinando los dientes, contemplaban lo alto de la colina donde los bárbaros se mantenían en pie.

Por fin, se abalanzaron bruscamente, y el combate se reanudó. A menudo los mercenarios los dejaban acercarse gritándoles que se querían entregar; luego, con una carcajada espantosa, se mataban de un golpe, y a medida que caían los muertos, los otros se subían encima para defenderse. Era como una pirámide que crecía lentamente.

Pronto no quedaron más que cincuenta, luego veinte, tres, dos solamente: un samnita armado de una segur, y Matho que aún tenía su espada.

El samnita, encorvado sobre sus piernas, manejaba su hacha a derecha e izquierda alternativamente, advirtiendo a Matho los golpes que le amagaban: «¡Jefe, por aquí! ¡Por allá! ¡Agáchate!».

Matho había perdido sus espaldares, su casco y su coraza; estaba completamente desnudo —más lívido que un muerto, los cabellos erizados, las comisuras de sus labios llenas de espuma, y su espada giraba con tanta rapidez que formaba una aureola en torno suyo—. Una piedra se la quebró cerca de la empuñadura; el samnita había muerto y la ola de cartagineses se estrechaba y

se le venía encima. Entonces levantó al cielo sus dos manos vacías, luego cerró los ojos, y abriendo los brazos, como un hombre que desde lo alto de un promontorio se arroja al mar, se lanzó entre las picas.

Éstas se apartaron al verlo venir. Muchas veces corrió contra los cartagineses. Pero siempre retrocedían, volviendo las armas.

Su pie tropezó en una espada. Matho quiso cogerla. Se sintió trabado por los puños y rodillas, y cayó.

Era Narr-Havas, que lo seguía desde hacía un rato, paso a paso, con una de esas grandes redes de cazar animales salvajes, quien aprovechando el momento en que se agachaba lo envolvió con destreza.

Lo ataron sobre el elefante, con los cuatro miembros en cruz; y todos los que no estaban heridos, escoltándolo, se encaminaron tumultuosamente hacia Cartago.

La noticia de la victoria había llegado a la ciudad, cosa inexplicable, desde la tercera hora de la noche; la clepsidra de Kamón había vertido la quinta cuando llegaron a Malqua; entonces Matho abrió los ojos. Había tantas luces en las casas que la ciudad parecía estar en llamas.

Un inmenso clamor llegaba a él, vagamente, y, tumbado de espaldas, contemplaba las estrellas.

Luego se cerró una puerta, y lo envolvieron las tinieblas.

**

Al día siguiente, a la misma hora, el último de los hombres que había quedado en el desfiladero del Hacha expiraba.

El día que habían partido sus compañeros, los zuazos que se volvían de allí habían derrumbado las rocas, y los habían alimentado durante algún tiempo.

Los bárbaros seguían esperando ver aparecer a Matho, y no querían abandonar la montaña, ya fuese por descorazonamiento, por languidez o por esa obstinación de los enfermos que se niegan a cambiar de sitio; al fin, agotadas las provisiones, los zuazos se fueron. Se sabía que no eran más que unos mil trescientos apenas, y no hubo necesidad, para acabar con ellos, de emplear soldados.

Las fieras, los leones sobre todo, en los tres años que duraba la guerra, se habían multiplicado. Narr-Havas había dado una gran batida; luego corriendo tras ellos, después de haber atado unas cabras de trecho en trecho, los había empujado hacia el desfiladero del Hacha; y todos vivían ahora allí cuando llegó el hombre enviado por los ancianos para averiguar lo que quedaba de los bárbaros.

Sobre la extensión del llano, leones y cadáveres estaban tumbados, y los muertos se confundían con los vestidos y las armaduras. A casi todos les faltaba la cara o un brazo; algunos aparecían aún intactos; otros estaban completamente desecados y cráneos polvorientos llenaban los cascos; pies descarnados sobresalían de las cnémides; los esqueletos conservaban sus mantos, y los huesos, calcinados por el sol, formaban manchas relucientes en medio de la arena.

Los leones descansaban con el pecho apoyado en el suelo y las dos patas alargadas, parpadeando bajo el rebrillo del día, aumentando por la reverberación de las rocas blancas. Otros, sentados sobre su grupa, miraban fijamente al horizonte; o bien, medio envueltos en sus largas melenas, dormían hechos un ovillo, y todos parecían satisfechos, en una actitud cansina y aburrida. Estaban tan inmóviles como la montaña y como los muertos. Caía la noche; anchas franjas rojizas cubrían el cielo al occidente.

De uno de los montones que se abultaban irregularmente en el llano, se levantó algo más vago que un espectro. Entonces uno de los leones echó a andar, recortando con su forma monstruosa una sombra negra sobre el fondo del cielo purpúreo; cuando estuvo junto al hombre lo derribó de un solo zarpazo.

Echado sobre él, sentado sobre el vientre, con la punta de su colmillo y lentamente, le fue desgarrando las entrañas.

Abrió después sus enormes fauces y durante unos minutos lanzó un prolongado rugido que los ecos de la montaña repitieron y se perdió, al fin, en la soledad.

De pronto, unos fragmentos de casquijo rodaron desde lo alto. Se oyó un deslizamiento de pasos rápidos, y del lado del rastrillo, del lado del desfiladero asomaron hocicos puntiagudos, orejas enhiestas; unas pupilas amarillentas brillaban. Eran los chacales que acudían a devorar los restos.

El cartaginés, que miraba inclinado desde lo alto del precipicio, se volvió.

XV. Matho

Cartago rebosaba de júbilo, un júbilo profundo, universal, desmesurado, frenético. Se habían reparado los boquetes de las ruinas, repintado las estatuas de los dioses; las ramas de mirto alfombraban las calles, en las esquinas de las encrucijadas humeaba el incienso, y la multitud, en las terrazas, parecía con sus vestidos abigarrados montones de flores que se abrían al sol.

El continuo chillido de las voces era dominado por el grito de los aguadores que regaban las losas a su paso; los esclavos de Amílcar ofrecían, en su nombre, cebada tostada y trozos de carne cruda; se abordaban en medio de la calle; se abrazaban llorando; las ciudades tirias habían sido tomadas, los nómadas dispersados, todos los bárbaros aniquilados. La acrópolis desaparecía bajo velariums de colores; los espolones de los trirremes, alineados fuera del muelle, resplandecían como un dique de diamantes; por todas partes se advertía el orden restablecido, una vida nueva que comenzaba, una dicha sin límites: era el día de la boda de Salambó con el rey de los númeridas.

En la terraza del templo de Kamón, tres largas mesas donde debían sentarse los sacerdotes, los ancianos y los ricos estaban cargadas de gigantescas orfebrerías, y había otra más alta para Amílcar, para Narr-Havas y para ella, pues como Salambó había salvado a la patria mediante la restitución del velo, el pueblo hacía de sus bodas un regocijo nacional, y abajo, en la plaza, estaba esperando a que ella apareciese.

Pero otro deseo, más violento, irritaba su impaciencia; la muerte de Matho había sido prometida para la ceremonia.

Primero, se había propuesto desollarlo vivo, verterle plomo hirviendo en las entrañas, hacerlo morir de hambre; lo atarían a un árbol, y un mono le golpearía, por detrás, con una piedra en la cabeza; había ofendido a Tanit, y los cinocéfalos de Tanit la vengarían. Otros opinaban que se le pasease sobre un dromedario, después de haberle clavado en varias partes del cuerpo mechas de lino empapadas en aceite; y se complacían en la idea del cuadrúpedo corriendo por las calles con aquel hombre retorciéndose bajo el fuego como un candelabro agitado por el viento.

Pero ¿qué ciudadanos serían encargados del suplicio? ¿Por qué impedir que los demás tomaran parte en él? Se hubiera deseado un género de muerte en el que participase toda la ciudad, y en el que todas las manos, todas las armas, todo lo que era cartaginés, y hasta las losas de las calles y las olas del golfo, pudiesen desgarrarlo, aplastarlo, aniquilarlo. Por tanto, los ancianos decidieron que iría de su prisión a la plaza de Kamón, sin escolta alguna, con los brazos atados a la espalda; y estaría prohibido herirlo en el corazón, para que viviese el mayor tiempo posible, y reventarle los ojos, a fin de que pudiese ver hasta el final su tortura; ni lanzar nada contra él ni golpearle con más de tres dedos a la vez.

Aunque no debía aparecer hasta la caída de la tarde, a veces creían verlo, y la muchedumbre se precipitaba hacia la acrópolis, se vaciaban las calles, luego volvía con un prolongado rumor. Había gente que desde la víspera se mantenía de pie en la plaza misma, y desde lejos se interpelaban enseñándose las uñas, que se habían dejado crecer para hundirlas mejor en su carne. Otros se

paseaban nerviosos; algunos estaban pálidos como si esperasen su propia ejecución.

De pronto, por detrás de los Mappales, altos abanicos de plumas se elevaron por encima de las cabezas. Era Salambó que salía de su palacio; un suspiro de alivio brotó de todos los pechos.

Pero el séquito tardó mucho en llegar; caminaba con mucha lentitud.

Primero desfilaron los sacerdotes de los Pataeques, luego los de Eschmún, los de Melkart y todos los demás colegios sucesivamente, con las mismas insignias y en el mismo orden que habían observado cuando el sacrificio. Los pontífices de Moloch pasaron con la cabeza baja, y la multitud, por una especie de remordimiento, se apartaba de ellos. En cambio, los sacerdotes de Rabbetna avanzaban altivos, con las liras en la mano; las sacerdotisas los seguían con túnicas transparentes de color amarillo o negro, lanzando gritos de pájaro y retorciéndose como víboras; o bien, al son de las flautas, giraban imitando la danza de las estrellas, y sus leves vestiduras esparcían por las calles bocanadas de voluptuosos perfumes. Entre estas mujeres se aplaudía especialmente a los kedeschim, de párpados pintados, que simbolizaban el hermafroditismo de la divinidad, y vestidos y perfumados como las otras, se les parecían a pesar de sus pechos aplanados y de sus caderas más estrechas. Por otra parte, el principio femenino que dominaba aquel día lo confundía todo: una lascivia mística alentaba en el aire cargado de perfumes. Las antorchas ardían en el fondo de los bosques sagrados; debía haber durante la noche una gran prostitución; tres navíos habían traído cortesanas de Sicilia, y otras habían venido del desierto.

Los colegios sacerdotales, a medida que iban llegando, se colocaban en los patios del templo, en las galerías exteriores y a lo largo de las dobles escalinatas que subían adosadas a los muros, uniéndose en sus partes superiores. Hileras de blancas túnicas aparecían entre las columnatas, y el edificio se poblaba de estatuas de piedra.

Llegaron más tarde los intendentes de hacienda, los gobernadores de provincia y todos los ricos. Abajo se produjo un gran tumulto. Por las calles contiguas afluía la multitud; los hieródulos la rechazaban a bastonazos; y en medio de los ancianos, coronados de tiaras de oro, en una litera cubierta con un dosel de púrpura, se vio a Salambó.

Entonces se oyó un clamor inmenso; los címbalos y los crótalos sonaron más fuertes, los tamboriles atronaban, y el gran dosel de púrpura desapareció entre los dos pilonos.

Reapareció en el primer piso. Salambó marchaba debajo, lentamente, luego atravesó la terraza para ir a sentarse al fondo, en una especie de trono

esculpido en un caparazón de tortuga. Le acercaron bajo los pies un escabel de marfil de tres escalones; en el borde del primero se arrodillaban dos niños negros, y de cuando en cuando apoyaba sobre sus cabezas sus brazos, cargados de anillos demasiado pesados.

De los tobillos a las caderas, iba envuelta en una red de mallas estrechas, que imitaba las escamas de un pez y que brillaban como el nácar; una zona completamente azul que ceñía su talle dejaba ver sus dos senos por un escote en forma de media luna; unas arracadas de carbunclos ocultaban sus pezones. Llevaba un peinado hecho con plumas de pavo real, cuajadas de pedrería; un amplio manto, blanco como la nieve, caía flotando sobre sus hombros, y con los codos pegados al cuerpo, juntas las rodillas, y aros de diamantes en lo alto de los brazos, permanecía erguida, en actitud hierática.

En dos asientos más abajo estaban su padre y su esposo. Narr-Havas, vestido con una cimarra blanca, ceñía su corona de sal gema, de la que salían dos trenzas de cabello, torcidas como unos cuernos de Ammón; y Amílcar, con una túnica morada bordada de pámpanos de oro, llevaba a la cintura su espada de guerra.

En el espacio que las mesas encuadraban, la pitón del templo de Eschmún, tendida en el suelo, entre charcos de esencia color de rosa, describía, mordiéndose la cola, un gran círculo negro. En medio del círculo había una columna de cobre que soportaba un huevo de cristal; y, como el sol lo hería desde arriba, despedía fulgores por todos sus lados.

Detrás de Salambó se desplegaban los sacerdotes de Tanit, con túnica de lino; los ancianos, a su derecha, formaban, con sus tiaras, una línea dorada, y al otro lado, los ricos, con sus cetros de esmeralda, una gran línea verde, en tanto que, allá al fondo, donde estaban colocados los sacerdotes de Moloch, parecía, a causa de sus mantos, una muralla de púrpura. Los demás colegios ocupaban las terrazas inferiores. La multitud llenaba las calles. Remontaba por las casas y sus largas filas iban hasta la cúspide de la acrópolis. Así, teniendo el pueblo a sus pies, el firmamento sobre su cabeza y en torno a ella la inmensidad del mar, el golfo, las montañas y las perspectivas de las provincias, Salambó, resplandeciente, se confundía con Tanit y parecía el genio mismo de Cartago, la encarnación de su alma.

El festín debía durar toda la noche, y lampadarios de múltiples brazos habían sido plantados, como árboles, sobre los tapices de lana pintada que cubrían las mesas bajas. Grandes jarras de electro, ánforas de vidrio azul, cucharas de concha y panecillos redondos se apretaban entre la doble fila de platos con bordes de perlas; racimos de uvas con sus hojas se enroscaban como tirsos a cepas de marfil; bloques de nieve se derretían en bandejas de ébano, y limones, granadas, calabazas y sandías formaban montículos, bajo las

altas vasijas; jabalíes, con la boca abierta, se hundían en el polvo de las especias; liebres, cubiertas con sus pieles, parecían saltar entre las flores; carnes aderezadas llenaban conchas; los dulces tenían formas simbólicas; cuando se retiraban las campanas de las fuentes, salían volando palomas.

Entre tanto, los esclavos, con la túnica arremangada, andaban de puntillas; de cuando en cuando, las liras tocaban un himno, o bien se elevaba un coro de voces. El rumor del pueblo, continuo como el murmullo del mar, runruneaba vagamente en torno al festín y parecía mecerlo en una armonía más dilatada; algunos se acordaban del banquete de los mercenarios; se entregaban a sueños de felicidad; el sol comenzaba a declinar, y la luna en cuarto creciente se elevaba ya por el otro lado del cielo.

Salambó, como si la hubiese llamado alguien, volvió la cabeza; el pueblo, que la estaba contemplando, siguió la dirección de su mirada.

En la cumbre de la acrópolis, la puerta del calabozo, excavado en la roca al pie del templo, acababa de abrirse; y en el umbral de aquel negro agujero se vio a un hombre de pie.

Salió de allí encorvado como un dos, con el aspecto asustadizo de las fieras cuando se las deja en libertad de repente.

La luz lo cegaba; se quedó un rato inmóvil. Todos lo habían reconocido y contenían la respiración.

El cuerpo de aquella víctima era para ellos una cosa singular y revestida de un esplendor casi religioso. Se empinaban para verlo, sobre todo las mujeres. Ardían en deseos de contemplar al que había sido la causa de la muerte de sus hijos y de sus esposos; y, a pesar suyo, desde el fondo de su alma surgía una infame curiosidad, el deseo de conocerlo del todo, un ansia mezclada de remordimientos que se tornaba en un delirio de execración.

Por fin, avanzó. El aturdimiento de la sorpresa fue desvaneciéndose. Un mar de brazos se levantó y no se le volvió a ver.

La escalinata de la acrópolis tenía sesenta peldaños. Los bajó como si hubiera rodado en un torrente, desde lo alto de una montaña; por tres veces se le vio que rebotaba, luego abajo cayó sobre los dos talones.

Sangraban sus espaldas, su pecho jadeaba dando grandes sacudidas; y hacía tales esfuerzos por romper sus ligaduras, que sus brazos, cruzados sobre su desnuda espalda, se hinchaban como anillos de serpiente.

Desde el sitio en que estaba, partían muchas calles. En cada una de ellas, una triple hilera de cadenas de bronce, fijadas al ombligo de los dioses pataicos, se extendían de punta a punta, paralelamente; la muchedumbre se amontonaba contra las casas y, en medio, se paseaban los criados de los

ancianos empuñando unos látigos.

Uno de ellos lo empujó hacia delante, de un recio latigazo; Matho echó a andar.

Alargaban sus brazos por encima de las cadenas, gritando que se le había dejado un camino demasiado ancho, y Matho iba pellizcado, pinchado, desgarrado por aquellos dedos; cuando estaba al cabo de una calle, aparecía otra; varias veces se arrojó de lado para morderlos, se apartaban enseguida, lo retenían las cadenas, y la muchedumbre estallaba en carcajadas.

Un niño le desgarró una oreja; una joven, disimulando en su manga la punta de un huso, le cortó la mejilla; le arrancaban puñados de cabellos, jirones de carne; otros, con palos en cuyas puntas llevaban esponjas empapadas en inmundicias, le restregaban el rostro. Del lado derecho de su garganta brotó un hilo de sangre: enseguida comenzó el delirio. Aquel último bárbaro representaba para ellos a todos los bárbaros, a todo el ejército; se vengaban en él de todos los desastres, de sus terrores, de sus oprobios. La rabia del pueblo aumentaba a medida que se iba saciando; las cadenas, demasiado tensas, amenazaban romperse; no sentían los golpes de los esclavos que los azotaban para rechazarlos; otros se encaramaban en los salientes de las casas; todas las aberturas que había en las paredes estaban tapadas por cabezas, y el daño que no podían hacerle lo vociferaban.

Eran injurias atroces, inmundas, con alardes irónicos e imprecaciones; y como no tenían bastante con su dolor presente, le anunciaban otros más terribles para la eternidad.

Aquel inmenso alarido llenaba a Cartago con una estúpida continuidad. A menudo, una sola sílaba —una entonación ronca, profunda, frenética— era repetida durante algunos minutos por todo el pueblo. Vibraban los muros de abajo arriba, y las dos paredes de la calle le parecía a Matho que se le venían encima y lo levantaban del suelo, como dos brazos inmensos que lo ahogasen en el aire.

Sin embargo, se acordaba de haber experimentado algo parecido en otra ocasión. Era la misma multitud en las terrazas, las mismas miradas, la misma ira; pero entonces marchaba libre, todos se apartaban, un dios lo protegía; y este recuerdo, precisándose poco a poco, lo llenaba de una tristeza abrumadora. Pasaban sombras ante sus ojos; la ciudad daba vueltas en su cabeza, le manaba la sangre por una herida en la cadera, se sentía morir; sus piernas se doblaron, y se fue abatiendo muy lentamente sobre las losas.

Alguien fue a coger, en el peristilo del templo de Melkart, la barra de un trípode enrojecida al fuego y, deslizándola por debajo de la primera cadena, la apoyó contra su herida. Se vio humear la carne; la gritería del pueblo ahogó su

quejido; estaba en pie.

Seis pasos más allá, cayó una tercera y hasta una cuarta vez; siempre un nuevo suplicio lo hacía levantarse. Valiéndose de tubos, le rociaban con gotitas de aceite hirviendo; se le ponían a sus pies cascotes de vidrio, y él seguía andando. En la esquina de la calle de Sateb, se recostó bajo el tejadillo de una tienda, de espaldas contra la pared, y ya no avanzó.

Los esclavos del consejo lo flagelaron con sus látigos de piel de hipopótamo, tan furiosamente y durante tanto rato, que las franjas de sus túnicas se empaparon de sudor. Matho parecía insensible; de pronto, tomó impulso y echó a correr al acaso, haciendo con sus labios el ruido de las gentes que tiritan por un frío intenso. Enfiló la calle de Budes, la calle de Soepo, atravesó el mercado de las hierbas y llegó a la plaza de Kamón.

Su persona pertenecía a los sacerdotes; los esclavos acababan de apartar a la muchedumbre; había más espacio. Matho miró en torno suyo, y sus ojos encontraron a Salambó.

Desde el primer paso dado por Matho, Salambó se había puesto en pie. Luego, involuntariamente, a medida que se acercaba, se había adelantado poco a poco hasta el borde de la terraza; y enseguida, desvaneciéndose todas las cosas exteriores, no vio más que a Matho. En su alma se había hecho un silencio, uno de esos abismos en que el mundo entero desaparece bajo el dominio de un solo pensamiento, de un recuerdo, de una mirada. Aquel hombre que caminaba hacia ella la atraía.

A excepción de los ojos, no tenía apariencia humana; era una forma alargada completamente roja; sus ligaduras, rotas, pendían a lo largo de sus muslos, pero no se las distinguía de los tendones de sus muñecas, completamente despellejadas; mantenía la boca muy abierta; de sus órbitas salían dos llamaradas que parecían subir hasta sus cabellos; y... ¡y todavía caminaba el desgraciado!

Llegó hasta el pie de la terraza. Salambó estaba asomada a la balaustrada; aquellas espantosas pupilas la contemplaban, y en su conciencia surgió todo lo que había sufrido por ella. Aunque estuviese agonizando, lo veía en su tienda, de rodillas, rodeándole la cintura con sus brazos, balbuciendo palabras cariñosas; anhelaba escucharlas otra vez, oír las, ¡no quería que muriese! En aquel momento, Matho sufrió un gran estremecimiento; Salambó iba a gritar. Matho cayó de espaldas y ya no se movió.

Salambó, casi desvanecida, fue llevada a su trono por los sacerdotes que la rodeaban. La felicitaron; aquello era obra suya. Todos aplaudían y pateaban, repitiendo su nombre.

Un hombre se abalanzó sobre el cadáver. Aunque no tuviese barba, llevaba

sobre sus hombros el manto de los sacerdotes de Moloch, y a la cintura el cuchillo que le servía para cortar las carnes sagradas y que terminaba, en el extremo del mango, en una espátula de oro. De un tajo hendió el pecho de Matho, luego le arrancó el corazón, lo colocó sobre la cuchara y Schahabarim, levantando el brazo, se lo ofreció al Sol.

El sol se hundía en el mar; sus rayos llegaban como largas flechas al corazón ensangrentado. A medida que el sol desaparecía, las palpitations de la entraña disminuían, y con una última palpitation, desapareció el globo de fuego.

En este momento, desde el golfo hasta la laguna y desde el istmo hasta el faro, en todas las calles, sobre todas las casas y sobre todos los templos, resonó un grito unánime; grito que se interrumpía para volver a comenzar; los edificios retemblaban; Cartago estaba como convulsa en el espasmo de una alegría titánica y de una esperanza sin límites.

Narr-Havas, ebrio de orgullo, rodeó con su brazo izquierdo el talle de Salambó, en señal de posesión y, con la diestra, cogiendo una pátera de oro, bebió por el genio de Cartago.

Salambó se levantó, como su esposo, con una copa en la mano, para beber también. Pero cayó, con la cabeza hacia atrás, por encima del dosel de su trono, pálida, rígida, con los labios abiertos y sus cabellos destrenzados colgando hasta el suelo.

Así murió la hija de Amílcar por haber tocado el velo de Tanit.